MARI PAU DOMÍNGUEZ

LA MAGIA DE LA LIBELULA

La increíble historia de La Fornarina

NOVELA HISTÓRICA

MARI PAU DOMÍNGUEZ

La magia de la libélula

La increíble historia de La Fornarina

la esfera de los libros

Primera edición: abril de 2024

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

© Mari Pau Domínguez, 2024
Autora representada por Silvia Bastos, S. L. Agencia Literaria
© La Esfera de los Libros, S.L., 2024
Avenida de San Luis, 25
28033 Madrid
Tel.: 91 443 50 00
www.esferalibros.com

ISBN: 978-84-1384-793-1
Depósito legal: M-4746-2024
Fotocomposición: Versal C. D., S.L.
Impresión y encuadernación: Unigraf
Impreso en España-*Printed in Spain*

A Antonio Condado,
celebrando que ambos quisiéramos cruzar
al mismo tiempo el puente que nos condujo
a un lugar mágico y deseado,
al cabo de tantos años…

A mi hermano Sergio y a María, nuestra madre,
por haber encontrado, por fin,
su rincón de felicidad en este mundo.

Hay personas que, como las libélulas,
son seres luminosos.

Irradian destellos de luz a su alrededor.
Otras, en cambio, son oscuras sin ellas saberlo.
Incluso llegan a creer lo contrario,
que son salvadoras de lo que no necesita salvación.

Estas últimas no tienen cabida en esta historia
como no deben tenerla en nuestras vidas.

El lugar al que van las palabras que se pierden

Déjenme que me presente, que les cuente quién soy…

No, no, no. Disculpen. ¡Qué horror! Es un nefasto comienzo para una historia como la mía. En realidad, lo es para cualquier historia.

Ahora ya poco importa lo que soy pero sí lo que fui, «La Fornarina», dicen que la artista más aclamada de toda Europa en una época en la que España se rendía a los pies de Pastora Imperio, Raquel Meller o la Bella Chelito… De Aurora Jauffret, «La Goya», Antonia Mercé, «La Argentina», o Encarnación López, «La Argentinita», enterrada, por cierto, como es también mi caso, en el hermoso Cementerio Sacramental de San Isidro, en Madrid.

Demasiado pronto morí. Demasiado pronto…

Quise haberle dicho tantas cosas a José Juan poco antes de irme… tantas, tan sinceras y profundas, que se hicieron entre ellas un remolino absurdo en el que quedé atrapada y del que no supe salir; un ovillo que no tuve habilidad para desenredar. Y jamás ninguna de aquellas palabras tan importantes en mis últimos momentos de vida llegaron a salir de mi boca. Tal vez por eso desde entonces siento que me encuentro justo en el lugar al que van las palabras que se pierden, como yo misma me perdí.

Me perdí en mis silencios y en el amor que no supe abarcar. He ido a parar a un extraño limbo en el que, al igual que las palabras, también se pierden los recuerdos. O incluso la memoria. Una suerte de recóndito rincón en el que, por más que muchos se empeñen, nunca habrá un hueco para él, para mi grandísimo amor, en el horizonte eterno del olvido.

Porque el amor no bate las alas sino que las agita como el ángel que Mariano Benlliure esculpió para mi sepultura. Aquellas alas de piedra quedaron rotas durante la Guerra Civil que yo no viví. Cuando las bombas destruyeron sin misericordia el ángel de mi tumba, hacía veinte años que yo había abandonado la vida dejando tras de mí una estela que ahora no sabría cómo definir.

Dejando a mi paso un reguero de palabras que se perdieron para

siempre.

Así, como las del ángel de mármol, también se quebraron mis alas con el último hálito de vida sin que a José Juan, mi amado Pepe, le dejaran estar a mi lado. Lloré tanto sin saber que lloraba. Cómo iba a abrazar la muerte si no me permitieron antes abrazarlo a él en mi agonía.

Cómo partir de este mundo sin antes despedirnos.

Lo imaginé en la calle, apostado frente al Sanatorio del Rosario, en una de cuyas habitaciones la vida se me iba apagando con las entrañas deshechas de dolor tras una intervención quirúrgica que no pude superar. Pepe apretaría la mandíbula, como hombre fuerte que era, para evitar verter una sola lágrima mientras mi médico, uno de los mejores ginecólogos de Madrid, intentaba explicarle lo que había pasado.

Y lo que había pasado era sencillamente que desobedecí a los médicos que fui visitando en las más importantes capitales europeas a la espera de encontrar a alguno que descartara tener que operarme como único modo de salvación. Cuando al fin comprendí que debía pasar inevitablemente por un quirófano, ya fue demasiado tarde.

Desde lo más bajo de mi cuna llegué a alcanzar la cima de la fama. Obtuve la aclamación del público en más países de los que creía que existían.

Nací y viví con mi familia en el número 12 de la Cuesta de Areneros, que luego pasó a llamarse calle del Marqués de Urquijo. Por más que mis padres se empeñaron en que fuera a la escuela, a mí no se me quedaban las explicaciones de los maestros. Vamos, que no sé por qué no era capaz de retener nada, así que la dejé pronto y de joven era una analfabeta que quería ser artista. Nadie supo entonces que quería ser algo mucho más importante: ser feliz. Ese era mi íntimo anhelo. El mayor de todos. Lograr la felicidad y salir de la miseria.

Fui rozando mis sueños en aquellos años del Salón Japonés, el de Actualidades, el Circo y Teatro de Price, el de la Zarzuela, escenario de mi debut como artista, el Apolo o el Romea, donde lo conocí a él y, en el mismo instante de verlo, tomé a su lado otro camino en la vida.

Como éramos pobres de solemnidad, me dediqué durante algunos años de mi tierna juventud a aquello que ninguna madre querría que hiciera su hija. Me arrepentí tanto… Lo único que me consuela de la vergüenza es que, con esos comienzos en la vida, sin embargo, llegué a leer en cuatro idiomas y cantar aun en alguno más,

y a codearme con lo más granado de la intelectualidad de aquel París fascinante y deliciosamente inquieto y vibrante de finales del siglo XIX. Aquel París en el que Pepe y yo vivimos juntos amándonos sin tregua.

El París en el que el pintor Toulouse-Lautrec había ahogado sus complejos y la melancolía en los trazos de las bailarinas del Folies Bergère sobre el papel. El mismo París al que menos de siete años antes había llegado un malagueño llamado Picasso, en aquel tiempo un pintor de mala muerte de diecinueve años.

Aquella ciudad me hacía olvidar los nudillos desollados de mis manos por ayudar a mi madre a lavar en el río Manzanares cuando solo tenía nueve o diez años. Una infancia en la que no recuerdo haber tenido ni una sola muñeca con la que jugar.

Allí querría haberme muerto, en los brazos de mi amor y embelesada por la luz de París, donde pasamos juntos los mejores años de nuestra relación y de nuestras vidas. Vivimos en el número 49 de la *rue* Godot Mauray, un piso precioso que abandonamos y al que regresamos en varias ocasiones. Las mismas en las que rompíamos, nos necesitábamos —porque nuestro amor jamás se apagó, ni en la vida ni con la muerte— y volvíamos a estar juntos.

Pepe fue mi luz y, al mismo tiempo, una tormentosa sombra que emborrascó mi existencia. Amor y dolor. Y vuelta al amor. Y así hasta el final. En Madrid. En Berlín. En París.

París… Tal vez sea el lugar del que proceden y al que van las palabras perdidas.

Posdata:

Con el tiempo —y tengo mucho en la eternidad— he llegado a otra conclusión más cierta. En realidad es el corazón de Pepe el lugar al que fueron las palabras que se perdieron.

Ahora sé que es ahí, en ese lugar maravilloso, en su corazón, donde permanecerán guardadas para siempre.

Primera parte:
LA PIEL DE LOS SUEÑOS

Tuve un sueño, que no era del todo un sueño.
El brillante sol se apagaba, y los astros
vagaban diluyéndose en el espacio eterno,
sin rayos, sin senderos, y la helada tierra
oscilaba ciega y oscureciéndose en el aire sin luna;
la mañana llegó, y se fue, y llegó,
y no trajo consigo el día.

LORD BYRON, «Oscuridad»

1.
El pezón de Consuelito

Plaza Mayor, Madrid, febrero de 1899

Bajo los cochambrosos soportales de la plaza Mayor, el frío buscaba los más infames rincones para hacerse molesto e imbatible. A la una de la madrugada la ventaja era que no había mirones.

El lugar enmudecía solitario cada noche en aquellas horas tardías habitadas por gente de mal vivir y de intenciones nada confesables.

—¡Ay!

Un grito rasgó el silencio.

—¿Estás loca, chiquilla? ¿A santo de qué gritas?

Por su deplorable indumentaria, el hombre, que era mucho mayor que ella, tenía aspecto de pordiosero y se mostraba bronco y grosero.

—Es que me has hecho daño, so bruto —respondió Consuelito a punto de llorar del dolor mientras, encogida, se apretaba los pechos.

¿Qué era lo que le acababa de suceder? No podía creer que se viera en esa circunstancia cuando debería estar durmiendo en casa con sus padres y sus hermanos.

Se sintió romperse por dentro, del daño que había sentido pero también de miedo. Fue como si un rayo hubiera entrado en ella, quemándole uno de los tiernos pechos.

El cliente, sin importarle su queja, volvió a magrearle los pezones, dolorido el derecho del tremendo bocado que acababa de darle dejándole marcados sus dientes, que tenían un aspecto tan asqueroso como toda su persona.

—Venga ya, niña, abre las piernas, ¡que es para hoy y no pa mañana!

El hombre intentaba abrirse paso entre los muslos, convertidas sus manos en dos potentes garfios que avanzaban a trompicones. Era la primera vez que Consuelo hacía aquello. Podía más el hambre que el asco.

—Eso no está incluido —dijo balbuceante la niña intentando cerrar las piernas.

—Eso lo decido yo —respondió el cliente babeándole en el cuello.

Nunca antes Consuelo había sabido en qué consistía lo que los mayores llamaban «el sexo». Era una niña. Pero en ese oscuro momento no fue capaz de preguntarse qué niña haría algo parecido a lo que estaba viviendo, o más bien sufriendo.

Mantuvo los ojos cerrados y bien apretados desde el instante en el que la bestia le puso la mano encima. Hasta que ya no pudo más.

El pecho mordido dolía.

—¡Ea! ¡Hemos terminado! —Le dio un pueril manotazo que arrancó en el tipo una sonora y desagradable carcajada que la asustó aún más de lo que estaba—. ¡Ssshhh, calla, hombre, que nos van a oír!

—Yo no he terminado —bramaba el borracho—. ¡Ábrete, coño!

—¡Pues yo sí he terminado! Apártate ya.

—Niñata, ¿tú qué te has creído? Ni que fueras la venus esa… —acusaba los estragos de la borrachera.

—¡Qué venus ni qué leches! ¡Que te apartes!

—La del… ¡La del Nilo! Esa. Ni que fueras «la venus delnilo». ¡Bah! —Por fin se apartó.

—¡Ag! —le salió una mueca de repugnancia.

—¿Cuándo vuelves por aquí? —le preguntó intentando acercar de nuevo su boca a la cara de la niña, que acababa de abrir los ojos.

—Si por mí fuera, ¡nunca! Vamos, paga.

—Será por lo que has hecho, ¡que no te lo has ganado!

—¡Que pagues! —De su garganta salió un chillido empapado en lágrimas abortadas, que habría conmovido a cualquiera menos al borrachuzo que le había mordido el pezón—. Por favor, por favor, te lo suplico, dame algo, es para comer.

—¡Bah!

Le soltó unas monedas, apenas unos reales, escaso dinero para la tortura que había supuesto, y se alejó dándose manotazos en la bragueta.

Cuando se hubo marchado el tipo, la joven liberó sus lágrimas, entonces sí, con la mano izquierda se frotó suavemente su seno derecho maldiciendo su destino. Entonces se dio cuenta de que bajo uno de los arcos de la plaza estaba siendo observada por una sombra y se sintió sucia y asqueada. Se trataba de un joven delgado y de mediana estatura que, al ser descubierto, huyó en dirección contraria a la que ella se disponía a tomar.

Una inmensa luna llena, única testigo de su desgracia, iluminó el camino a casa.

En aquella inhóspita noche de invierno, Consuelito tenía catorce

años de edad y la inocencia hecha pedazos.

2.
La lavandera

La evocación de la noche anterior pesaba en la conciencia de la muchacha que se despellejaba los nudillos de sus pequeñas manos en la orilla del río cuando la capital aún no había tenido tiempo de despertar.

Era hermosa y dueña de una chocante alegría triste.

Del cuerpo de Consuelito, menudo y delgado, emanaba una vibrante energía que atraía las miradas. Sus ojos negros se ahogaban en las aguas del Manzanares atravesando el espejo de la superficie en la que se reflejaba su mala suerte en la vida, que no era otra que haber nacido en el seno de una familia pobre y sin alicientes por los que luchar. Laureano Vello, su padre, guardia civil de la Tercera Compañía del 14 Tercio, había venido al mundo en una diminuta aldea de Orense, Distriz, y cuando no estaba de servicio —aunque en muchas ocasiones también cuando lo estaba— se entregaba de lleno a lo único que le aliviaba los días: el alcohol. A la taberna del barrio llegaba más dinero fruto de su trabajo que a su hogar.

Benita Cano, la madre, era una manchega recia, oriunda de El Toboso, pero con una aguda sensibilidad que le hacía más fácil el estrecho entendimiento con la mayor de sus tres hijos, Consuelito. El trabajo de lavandera era duro. Llevaba toda su vida lavando, cosiendo, zurciendo, remendando… Tanta experiencia con la ropa y, sin embargo, era incapaz de remendar las costuras de su alma, que se hallaban al borde del estallido día tras día con sus consabidas noches. Benita era una sufridora silenciosa. La resignación se convirtió para ella en un arma de defensa en el hogar, frente a los continuos ataques de su marido y a lo mal que la trataba.

Consuelito ayudaba a su madre en el río a regañadientes, y no era para menos porque no se le ocurría que pudiera haber trabajo más penoso. Bueno sí… Pero en eso no quería pensar.

—Consuelito, mi niña, ¿cómo es que viniste anoche tan tarde? Es peligroso andar por la calle a esas horas y más una criatura como tú.

—No se preocupe, madre, que sé cuidarme.

—No lo dudo, hija, pero una niña inocente no puede imaginar la de sátiros que andan sueltos a deshoras. Hazme caso, que tu madre sabe más que tú aunque solo sea por sus años.

Era tan temprano que parecía noche cerrada. Para el sol todavía no era su hora.

—Tiene razón. —La pobre sudaba a pesar del intenso frío que le calaba los huesos, dale que te pego a las sábanas que lavaba en la orilla—. No pase cuidado que le haré caso.

—Eso espero, mi niña, eso espero. Anda, dale con más fuerza que si no el montón de ropa no va a bajar en toda la mañana y nos tiene que cundir.

—Sí, madre… Lo que usted diga.

Intentaba disimular el gesto de dolor que asomaba a su rostro cuando se estiraba para frotar las sábanas. Al hacerlo, el pecho se resentía, le daba tirones; el mordisco del sátiro de anoche aún molestaba mucho.

Las lavanderas pertenecían, junto con las prostitutas, al estrato social más bajo. Trabajos duros, de sol a sol, por los que cobraban una miseria. Entre los puentes de Segovia y de Toledo se extendían vastos arenales en ambas orillas donde un enjambre de mujeres, arrodilladas, partiéndose la espalda y las lumbares, lavaban ropa, sábanas y toallas, que después escurrían antes de exponerlas al sol en tendederos verticales. La imagen, desde lejos, semejaba un mar de banderas blancas.

Algunas mujeres se metían en un cajón de madera cuya tapa utilizaban como lebrillo para enjabonar, con sosa o potasa, y golpear la ropa. Otras veces cocían la ceniza que sobraba de las cocinas de las casas y luego la filtraban para usarla como potente jabón.

Entre ellas hacían estragos el reuma, los sabañones que les destrozaban las manos, las enfermedades respiratorias que les causaba desafiar al frío y a las inclemencias del tiempo, y las contagiosas, al tener que lavar sábanas de enfermos sin ninguna prevención sanitaria ni eficaces métodos de desinfección.

Era normal ver a niños acompañando a sus madres. A principios de la década de los setenta, la reina María Victoria, esposa de Amadeo de Saboya, mandó construir para los hijos de estas trabajadoras la Casa Asilo de Lavanderas, situada en la Puerta de San Vicente, con capacidad para acoger a cuatrocientos niños a los que atendían hasta que sus madres terminaban la jornada.

Las lavanderas llevaban un hatillo grande de ropa sobre la cabeza y otro debajo de cada brazo, manteniendo un difícil equilibrio y soportando un peso que a Consuelito, tan pequeña, la aplastaba.

A veces Benita hacía la colada en su casa, en un desvencijado lebrillo que daba la sensación de estar tan harto del esfuerzo como lo

estaba la niña de tanto ayudar a su madre. No es a lo que aspiraba en la vida. El caso es que tampoco estudiaba para poder alcanzar algo mejor, a la pobre le costaba un mundo retener lo que el maestro explicaba.

—Si es que eres un leño, ¿cómo va nadie a sacar provecho de ti? —le gritaba el padre cuando regresaba a casa con más vino de la cuenta en el cuerpo.

—Mira quién fue a hablar —le reprochaba Consuelo—. Lo que mejor se te da es emborracharte.

—¡A tu padre no le hables así! ¡Un respeto, mocosa!

Le lanzó una bota, que, al esquivarla, alcanzó a la pequeña Petra, lo que le provocó un llanto inmediato.

¡Qué poca paz reinaba en ese hogar!

Cada vez que se lamentaba ante su madre de no saber qué hacer para no ser una analfabeta, Benita le respondía: «Seguro que sabes más de lo que crees».

Consuelo siempre pensaba que sus hermanos, Petra y Luisillo, posiblemente tendrían un mejor futuro que el suyo. Si dentro de no demasiados años conseguían escapar del padre, ya tendrían mucho ganado. Aquello no era vida. Su madre la había elegido y, aun equivocada, tenía que hacer frente a su elección. Los tres hijos, en cambio, debían labrar su camino y hacerlo lejos de Laureano para sobrevivir.

—Ya te has quedao ensimismá, ¡espabila, Consuelito!

A Benita el acento manchego le iba y venía dependiendo de lo que tuviera que decir, y eso solía causar la risa de la niña.

—Menos reír y más frotar. Te quedas pasmá, con tus pajaritos en la cabeza, que seguro que son tontás. Cuando pongamos esta ropa a secar voy a enseñarte a recoger bellotas. Hay que aprovechar el tiempo, mi niña, hay que aprovecharlo.

Otra particularidad de la forma de hablar de Benita era que a veces repetía dos veces la misma frase, como si quisiera fijar la idea que se le acababa de ocurrir.

—Vale, pero ¿y por qué no piñones? —pidió la niña—. Me gustan más.

—Claro, pues también piñones. Bellotas y piñones, y lo que se tercie. Aunque no vamos a recogerlos para nosotros.

—¿No vamos a llevarlos a casa?¡Qué decepción!

—No, hija. Son para vender. Algún dinerillo sacaremos. No hay que desaprovechar la ocasión de sacar unas perrillas para la casa. ¿Lo

entiendes?

Cómo no iba a entenderlo si no hacía ni veinticuatro horas que había frecuentado la plaza Mayor muy entrada la noche, esa noche profunda y perturbadora como una sima, para ganarse un dinero indecentemente. Así la llamaría su padre si se enterara, indecente, o algo peor.

Claro que no tenía por qué enterarse. Su padre era la última persona en el mundo que debía conocer lo que hacía en el centro de Madrid cuando el día tocaba a su fin.

Aquella misma noche volvió a hacerlo. Se refugió bajo los soportales de la plaza Mayor en busca de un posible cliente. Pero el frío arreciaba con saña. No se veía un alma. Hasta que se acercó un viejo de mal aspecto para abalanzarse sobre ella sin más preámbulos.

—¿Dónde vas tan rápido, hombre? —La niña le dio un empujón.

—¿Tú qué crees, eh, golfilla? —replicó mientras insistía en arrojarse sobre ella intentando manosearla.

—Pues si quieres eso enséñame las monedas que me vas a pagar.

—Eso luego, todo a su tiempo. —Fue a echarle mano al seno derecho, pero le seguía doliendo y dio un respingo.

—¡No! Ahí no… ¡Que me enseñes el dinero!

—Vaaale… tranquila.

Del bolsillo sacó un par de monedas de escaso valor que Consuelito, retando la torpeza del anciano, agarró con rapidez y se guardó. Después dejó que la tocara a su antojo, temerosa, protegiéndose el pezón dolorido.

Prostitutas haciendo la calle por su cuenta las había por centenares y escapaban a todo control. Había entonces muchas a las que llamaban «clandestinas» en antros de mal vivir —y puede que hasta de mal gozar—, pero Consuelito ni siquiera podía aspirar a ser pupila o carrerista en alguno de ellos. Entre los vastos límites de la ciudad se extendía una oculta red prostibularia nutrida de reclutadores, amas, encargados y sirvientes de mancebías, chulos, alcahuetas, amantes sudorosos que yacían en catres flanqueados por cubos y descascarillados jarros de agua.

¿Por qué siempre tendían a pensar que las putas eran otras y no ellas que estaban de paso en ese mundo oscuro?

Los prostíbulos del callejón del Gato eran los más frecuentados. Pero había muchas más calles en los que proliferaban. La de Montera y la de Jardines. Aduana, Barquillo y Almirante. La calle de la Ruda y en la de Ceres y sus aledaños. El lugar escogido por Consuelo, la plaza Mayor, lo frecuentaban muchas de estas mujeres que defendían como leonas su territorio. Hasta en el lumpen más bajo había leyes no escritas a las que difícilmente una niña de catorce años podía saber cómo hacer frente.

Una vez el viejo se hubo saciado, la criatura no quiso permanecer ni un segundo más junto a ese ser y comenzó a andar hacia una de las salidas de la plaza, con tan mala suerte que fue abordada por un desconocido. Sintió pánico, de repente pensó en las palabras de su madre advirtiéndole de los peligros de la noche y quiso salir corriendo pero él la asió fuertemente de un brazo para detenerla.

—¡Déjeme! ¡Déjeme! —Comenzó a darle patadas entre gritos ahogados para no alertar a nadie.

—¡Quieta! No voy a hacerte daño, al contrario —forcejearon—. Cálmate, solo quiero acompañarte.

Entonces Consuelo se dio cuenta de que era el joven que la noche anterior la estuvo espiando escondido. Receló de él. Pero cuando la soltó no salió huyendo, tan solo dio unos pasos hacia atrás, sin fiarse de sus intenciones.

—Por favor, déjame solo que te diga lo hermosa que eres. Cuando anoche te vi me pareciste una muchacha preciosa, la más guapa que he visto nunca.

—¿Qué quieres?

—Nada malo, te doy mi palabra. Únicamente acompañarte. Por aquí deambula mucho indeseable.

—¿Cómo sé que tú no lo eres?

—Porque no lo soy, te doy mi palabra.

—Yo no me fío de la palabra de nadie y menos de un desconocido —respondió contundente Consuelo—. ¿Qué hacías anoche espiándome? ¿Qué viste? —empezaba a ponerse nerviosa.

—No te preocupes por mí, tranquila.

—¡No! ¡Tranquila, no! ¡Dime qué viste!

—Cálmate. No pasa nada. Vamos, te acompaño a tu casa.

—¿Y por qué?

—¿Por qué…? —El joven parecía una persona tranquila.

—Sí, eso es, que por qué quieres acompañarme.

—¿Siempre piensas mal? No persigo nada más que evitar que regreses sola a casa. A nadie le viene mal una buena compañía.

—¿Y cómo sé que eres una buena compañía?

—No puedes saberlo si no lo compruebas —mostró una sonrisa que iluminaría cualquier noche oscura y fría como aquella.

—Bueno, vale —consintió la niña—, pero solo un poco, no todo el camino. A mi casa llego yo solita, no me hace falta nadie.

No quería que el desconocido supiera dónde vivía y a él no le pareció mal con tal de poder caminar un rato a su lado.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó.

—Consuelo. ¿Y tú?

—Rafael.

—¿A qué te dedicas?

Consuelo había pasado del temor a la curiosidad.

—Soy pintor.

—¿En serio te dedicas a pintar casas?

—No, a eso no —rio—. Soy pintor artístico. Me dedico a pintar cuadros.

—Uauuu…

A Consuelito se le desorbitaron los ojos, impresionada por conocer de cerca a un artista.

—¿Y los vendes? —Quiso saber más.

—Eso intento. ¿A ti te gusta el arte?

La joven habría esperado cualquier pregunta menos esa.

—Ummm… no sé —respondió encogiéndose de hombros—. Creo que no.

Caminaron un trecho en silencio. Consuelito se fue sintiendo cómoda, a pesar de que no bajaba la guardia, al fin y al cabo no sabía quién era Rafael ni lo que pretendía. Lo único claro es que era un hombre, «y ya se sabe lo que quieren siempre los hombres, y cuando lo consiguen, si te he visto no me acuerdo», había escuchado decir a su madre alguna vez.

—¿Y si posaras para mí? —preguntó Rafael rompiendo el cómodo silencio.

—Sí, claro, ¡pues solo me faltaba! Menuda broma.

—No bromeo. Me gustaría poder retratarte.

—Yo no hago esas cosas. Y no sé quién eres.

—Puedes fiarte de mí, Consuelo.

—Mi madre dice que nunca me fíe de ningún hombre.

—Seguro que tu madre es una mujer sabia, pero a veces puede equivocarse.

—No es sabia, es lavandera y nunca se equivoca. Oye, ya es muy tarde y queda poco para llegar a mi casa. Adiós y gracias por acompañarme.

Quería dar por terminada la conversación. Seguía sin fiarse de él.

—¿Así, sin más? —se quejó Rafael.

—¿Cómo que sin más? —Se detuvo y su semblante mutó en una repentina seriedad—. ¿No querrás tú lo que todos?

—¡No, mujer! No me has entendido. Me gustaría acompañarte hasta tu casa, allí nos despedimos, ¿vale?

—Pues no. No vale. Se acabó la cháchara. Mi madre se preocupará si no llego ya. Buenas noches.

Al salir corriendo se llevó consigo sin pretenderlo la mirada de Rafael, que observaba el cuerpo esbelto y bien formado, a pesar de su corta edad, de la muchacha que acababa de conocer. Sus ojos se prendaron de aquellos largos cabellos negros, frondosos como un

bosque en invierno, que veía alejarse, y se prometió a sí mismo que no pararía hasta conseguir hacerlos suyos a través de los pinceles.

Abrió la puerta de casa con sigilo para no hacer ruido pero el ruido lo encontró dentro, el de los llantos de Petra, su hermana pequeña, y las voces de sus padres discutiendo.

Cruzar los dedos y encomendarse a Dios. Lo de siempre. Otra vez papá borracho y mamá sorteando los golpes como podía.

La perpetua ausencia de paz y de comida en casa, que lo uno va ligado a lo otro. Y lo segundo es peor que lo primero, aunque llega un momento en el que acaba dando igual.

Esa noche, Laureano acertó con plena puntería al asestarle un puñetazo a Benita en la cara. La mujer cayó al suelo sangrando por la nariz. Sucedió todo tan rápido que a Consuelo no le dio tiempo de hacer nada para evitarlo. Porque nada más abrir la puerta vio el puño de su padre buscando una diana en su madre y quiso dar pasos hacia ella para empujarla o tirar de su padre o quién sabe qué con tal de que ella no resultara, una vez más, herida. Pero no pudo. Se quedó paralizada. El miedo, el habitual, el de casi una noche tras otra, detuvo su cerebro en un instante y dejó de ver y oír.

La madre tendida en el suelo, llorando y restregándose la sangre por la cara, la hizo reaccionar y fue a ayudarla a levantarse.

—¡Eres una mala bestia! —le gritó al padre con la rabia de una niña que veía tambalearse el pilar de su vida, su madre—. ¿Qué culpa tiene ella de nada? Vamos, madre, agárrese a mí, que la llevo a la cama.

Después fue a buscar un paño húmedo para limpiar amorosamente los restos de sangre del rostro de Benita. Ya no lloraban, ni la madre ni la hija. Solo Petra, necesitada de algunos brazos que la cogieran y eso hizo Consuelito, hasta que consiguió calmarla y la metió en la cama. El matrimonio compartía el dormitorio con los dos hijos más pequeños. A Consuelito le habían asignado un cubículo que no podía denominarse habitación, en el que cabía un camastro y una enana y destartalada mesilla de noche redonda en la que su madre le había colocado un cirio blanco, «para que ilumine tu alma mientras duermes». Y ya de paso que iluminara también el espacio, pensaba Consuelito, ya que no había otra manera de poder ver algo en aquel reducido lugar.

Ruidos de objetos cayendo en el salón, con los que Laureano fue tropezando hasta alcanzar el dormitorio donde la hija mayor

continuaba sentada en la cama tranquilizando a su madre después de haber conseguido dormir a la pequeña Petra.

Al verlo entrar no dijo nada, se levantó y marchó a su habitación soltándole como reproche una terrible mirada en la que se encerraba la inmensa rabia que sentía. El hombre, que por primera vez en esa terrible noche —no muy distinta de las demás— parecía avergonzado, maldijo entre dientes su mala suerte y el aguardiente del que se sentía prisionero.

De lo que estaba prisionera Benita era de la vida que tenía, triste, dura, levantándose al alba para destrozarse las manos y el alma en la ribera del Manzanares, sacando adelante a tres hijos y teniendo que aguantar a un marido alcoholizado y violento cuyo salario no daba para mucho. Eso sí era una auténtica prisión.

En la cama, Consuelito se dio cuenta de lo mucho que le dolía el pecho del mordisco, se lo masajeó con cuidado y se le derramaron lágrimas que escaparon a su control.

Al otro lado de la pared se escuchaba el llanto ahogado de la madre y los ronquidos del padre. Le resultaba desasosegante.

Se juró a sí misma que jamás permitiría que le sucediera a ella nada similar, costara lo que costara.

3.
Leves esperanzas

«¡Castañas! ¡Piñones y bellotas! ¡A la rica castaña! ¡Todo recogido hoy mismo de nuestra generosa naturaleza! ¡Vamooss, anímense que me lo quitan de las manos!».

Lo de la «generosa naturaleza» se lo había sugerido Benita, porque «la naturaleza es más generosa que el hombre».

Consuelo caminaba descalza por la calle vendiendo a voces el contenido del cestillo, que llevaba colgado del brazo, con lo recogido junto a la madre el día anterior mientras ambas esperaban a que la ropa secara. A veces también el padre llevaba a casa algunos frutos cuando efectuaba alguna intervención en el campo.

Iba sin zapatos porque el único calzado que tenía eran unas sandalias que había llevado al zapatero, cuyo negocio de tres al cuarto se hallaba en un cuchitril de la misma calle en la que vivían los Vello Cano, para que se las remendara. Unas sandalias con más años que el hambre, que ya era mucho decir. Su familia no podía permitirse comprarle otras.

Estaba acostumbrada a que la gente la mirara por la calle, no tanto por los gritos con los que pretendía atraer a posibles compradores de las frugales viandas del cesto, sino por su belleza y la gracia que su cuerpo desprendía.

Aquella mañana estaba cansada. Llevaba horas caminando. Librarse ese día de acompañar a su madre a lavar al Manzanares no había sido tan buena idea si a cambio tenía que recorrer tanta distancia para vender unos miserables frutos campestres, ¡y encima sin zapatos!

De la calle Alcalá a la de Fernando VI. Y allí lo vio. De repente sus ojos se detuvieron en un cartel. Una llamada al paraíso. Un posible salvoconducto para salir de la plaza Mayor sin necesidad de volver a ella nunca. Quién sabe… «Se necesitan aprendizas». El anuncio, colocado en el portón de un edificio de aire señorial, correspondía a un taller de costura. No podía saber lo que había escrito en él ya que no sabía leer, apenas distinguía algunas letras, pero un ligero pálpito en el corazón le hizo sentir que ese cartel podría ser importante y por

ello se atrevió a pedirle a un viandante que se lo leyera.

¡Ay, Consuelito!...

Sus pensamientos volaron, convertidos en una emoción desconocida para ella.

«Se necesitan aprendizas». Un trabajo de verdad.

La luz que necesitaba.

Mucho mejor que un rayo de sol.

¡Ay, Consuelito! Una voz resonó en su cabeza: «Ve a por ello».

El nombre del negocio que había colgado el reclamo para el puesto de trabajo era pomposo y a la niña le atrajo como un imán a un alfiler: Fru-Fru.

—¡Muchas gracias, señor! —agradeció amablemente al hombre que le había hecho el favor de leérselo.

Fru-Fru… Le sonaba internacional y excitante. Un nombre que dio alas a su imaginación incitándola a soñar, no ya con una alta alcurnia, ni mucho menos, sino sencillamente con salir de la pobreza.

Ganarse la vida. Prosperar. Conocer a gente de bien, personas de orden… No como los desgraciados que acudían a ella en las noches de la plaza Mayor, donde, para su desgracia, se estaba haciendo un «buen» nombre.

Se dio cuenta de que se había entretenido demasiado, embelesada con el cartel, y corrió hacia su casa para no preocupar a su madre, que ya tendría la comida hecha. No entendía cómo podía organizarse para atender tantas cosas al mismo tiempo. Lavar para otros y para la familia, limpiar, comprar, cocinar, atender a sus hijos, sobre todo a los pequeños, y a su marido… ¡Puf! Esa no era vida para nadie. De hecho, últimamente la veía más agotada, como si le costara seguir su ritmo habitual, y no le extrañaba. Asomaba a su rostro, de vez en cuando, una huella de dolor pero nunca se quejaba, ni siquiera de las palizas del marido. «El pobre, bastante tiene con perseguir a los malos», lo justificaba Benita.

Todavía le quedaba un largo camino hasta llegar a casa, ubicada en el número 12 de la Cuesta de Areneros. En realidad hacía diez años que le habían cambiado el nombre por el de Marqués de Urquijo, en memoria de Estanislao de Urquijo y Landaluce, un hombre de origen muy humilde que llegó a ser consejero del Banco de España y banquero del marqués de Salamanca, entre otros muchos logros. Para ella, sin embargo, seguía siendo la Cuesta de Areneros en la que nació. La familia continuaba viviendo en la misma casa de entonces.

Los pies le dolían tanto que había dejado de sentirlos. Y las

piernas empezaban a fallarle. Ese día se había alejado demasiado con el cesto, aunque mereció la pena porque descubrió el Fru-Fru y su oferta de trabajo.

El Fru-Fru… Sonaba bien y hasta sabía bien puesto en su boca. El nombre martilleaba en sus sentidos sin parar. Una vez, y otra, y otra… Se deleitaba pensando en él.

Por la tarde, la niña daba puntadas en el remiendo de una camisa de hombre. Sin moverse de la silla corría al asalto de las horas intentando encontrar las palabras con las que contarle a su madre lo que se le había ocurrido después de descubrir el salón de moda y costura. Quería que el tiempo pasara rápido y que pudiera cazar el momento en el que hablar con ella.

Además de lavar ropa, Benita llevaba tiempo enseñándole a coser para que el día de mañana pudiera ganarse la vida; y la verdad es que no se le daba mal, a pesar de que ni le gustaba ni quería dedicarse a lo mismo que su madre.

Y, aunque seguía sus indicaciones refunfuñando, al final se aplicaba y cosía y zurcía casi tan bien como su maestra.

Desde que se sentaron a coser quería decirle algo pero no se atrevía. Entre puntada y puntada el hilo se deslizaba y ella lo intentaba, sin conseguirlo.

—Algo pasa por tu cabecita, mi niña —comentó Benita con un tono cariñoso.

—¿Por qué me pregunta eso, madre?

—Por nada, me pareció que estabas intranquila. No me hagas caso, será que no estás muy conforme con la costura. Tienes que entender que si sabes un oficio es más fácil que te conviertas en una mujercita que podrá ganarse la vida sin depender de ningún hombre.

A su hija le entristeció el poso de amargura que abrigaban tales palabras. Benita quería que Consuelo siguiera sus pasos en la costura y el arreglo de ropa, pero no en su vida como mujer.

Por fin la muchacha se atrevió a hablarle de lo que discurría por su cabeza desde que descubrió el cartel en la calle.

—Madre…

—¿Qué pasa, mi niña? —Benita levantó la mirada un segundo para posarla en su hija e inmediatamente volvió a la tela que remendaba con esmero, era para una buena clienta.

—Pues verá… —No sabía cuál sería la mejor manera de abordarlo—. Ayer, cuando volvía a casa, en la calle vi un cartel y… —Hizo una pausa larga.

—¿Y…? ¿Qué, hija? ¿Qué le pasaba al cartel?

—Pues… que pedían aprendizas de costura.

—¿Aprendizas? —sorprendida, la madre levantó la vista y detuvo el movimiento de la aguja.

—Sí, madre, eso he dicho, buscan aprendizas en un taller de costura. ¡Y parece un taller muy fino! ¿No cree que podría ser una oportunidad para mí?

—¿Quieres decir que te gustaría trabajar en un taller? Pero… —a la madre le sobrevino una súbita congoja que intentó disimular para no preocupar a la niña— eres aún pequeña y eso significaría que dejarías de ayudarme.

Consuelito vio cómo los ojos de su madre se humedecían en un pozo sin fondo. No había pensado en el efecto que podía causar su intención de trabajar fuera de casa.

Benita no pudo evitar encajar las intenciones de su hija como un abandono, a pesar de que quería lo mejor para ella y entendía que tenía todo el derecho a intentar prosperar por su cuenta. Era un sentimiento ambiguo y un tanto confuso.

Consuelito, que aguardó a que la madre asimilara lo que acababa de decirle, arrancó a hablar de nuevo:

—No soy tan pequeña. Y, aunque la costura no me guste demasiado, se me da bien y podría ganar algún dinero que nos vendría de maravilla. Piense en eso.

—No, si tienes razón, mi niña. —Lanzó un hondo suspiro al aire, que a Consuelo se le coló en el corazón—. ¿Y dónde está ese taller?

—En la calle Fernando VI. ¿Podemos ir a verlo?

—En cuanto te conozcan te contratarán.

—¿Tanta fe tiene en mí?

—Toda la del mundo, hija, toda la del mundo y más.

—Entonces, ¿me acompañará? ¿Podemos ir para que me conozcan? ¡Les diremos que soy muy buena!

—Les diremos que eres muy buena porque es la verdad. Si te hace tanta ilusión iremos mañana.

—¡Mañana!

Se le iluminó la cara de alegría.

—¡Gracias, madre!

Saltó hacia ella para abrazarla con fuerza. Vio un atisbo de esperanza en el negro horizonte de la existencia a la que creía estar predestinada.

De noche, bajo los soportales de la plaza Mayor, deseaba terminar cuanto antes con los dos clientes que la esperaban. Mientras atendía al primero llegaron otros dos pero los rechazó, se había propuesto terminar pronto para amanecer descansada al día siguiente. El Fru-Fru aguardaba.

El Fru-Fru y posiblemente un futuro con el que no había podido ni tan siquiera soñar.

De todos modos, es mejor que los castillos en el aire se construyan sin prisa, con el reposo necesario para que el camino no se tuerza. Cierto que los sueños alimentan. Y con el hambre que pasaban en casa se le antojaba como la manera de superarla.

—¿No me irás a dejar así, puta? —se quejó uno de los tipos que la esperaban.

Antes de largarse de allí se recompuso la falda y le dio un empujón que le hizo tambalearse, no se fiaba de lo que pudiera hacer y esa noche no quería arriesgarse a ningún incidente. Necesitaba centrarse en lo principal: la posibilidad de un buen trabajo en un prestigioso taller de costura. Mañana iba a ser un día importante.

Rafa apareció sigiloso como un fantasma. Se cruzó con ella, que ya corría como una gacela.

—¿Adónde vas tan corriendo? —preguntó el joven pintor—. He venido a acompañarte, ¡espera!

—Esta noche, no —respondió sin detenerse—. ¡Me voy a dormir!

—¡Consuelito!

De nada sirvió la insistencia de Rafael. La joven no escuchaba y solo miraba hacia delante.

Siempre hacia delante.

Antes de dormir, su madre le acariciaba el cabello en la cama para que se abrazara al sueño tranquila.

—Mañana cautivarás a esas señoritingas. Estoy segura. Duérmete, mi niña. Que los ángeles del cielo te hagan buena compañía.

Le dio un beso en la frente, que a Consuelo le supo a gloria. Después, la niña cerró los ojos y no recordó nada más.

4.
La trastienda del Fru-Fru

Con los primeros rayos de sol madre e hija se levantaron. Consuelo ayudó a preparar un poco de pan medio duro y achicoria caliente que, a falta de un buen café, bienvenida era, sobre todo a aquellas horas tan tempranas.

Sentía los nervios danzando en la tripa. Si le saliera el trabajo podría enderezar su torcido destino y olvidarse de las noches oscuras y sucias en el centro de un Madrid que solo albergaba, pasada la medianoche, ánimas turbias y desamparadas.

Se vistió con la mejor ropa que tenía y peinó con arte su hermosa cabellera negra, espesa como su conciencia nocturna. Sacó el lustre que se le podía sacar a las desgastadas sandalias, que no era mucho, y se atusó la falda con esmero antes de salir de casa.

Justo cuando se disponían a hacerlo apareció Laureano, somnoliento, rascándose la cabeza.

—¿Adónde vais tan temprano? ¿Se os ha perdido algo en la calle?

—Vamos a un sitio —respondió su hija.

—¡Evidente! —exclamó el padre—. Eso ya lo supongo, no soy tan tonto. ¿Y qué sitio es ese?

—¿A ti qué más te da? —medió Benita—. Tienes achicoria en la mesa, aún estará caliente, y algo de pan, por si quieres desayunar ya.

—¡Mujeres! Me vuelvo a la cama.

—Entonces tendrás que calentarte luego tú solito el desayuno. ¿Crees que podrás hacerlo? —le dijo la mujer con sorna.

Antes de que él respondiera salieron de la casa dando un portazo sin importarles lo que Laureano decidiera.

—Ya se apañará, hija.

—Es un poco inútil —comentó Consuelo sin pensarlo dos veces.

—¡No digas eso de tu padre! No está bien que digas esas cosas de él.

—Lo siento, madre, pero es que a veces me saca de quicio.

—Y lo entiendo, mi niña, lo entiendo. Oye… —se paró a observarla detenidamente de arriba abajo—. Estás preciosa. Causarás

buena sensación, ya lo verás. Tú vales mucho, solo tienen que saber valorarlo y estoy segura de que lo harán.

—Gracias, madre. —En verdad le reconfortó escucharlo.

—¿No estarás nerviosa? —caminaban despacio, tenían tiempo.

—Un poco —lo pensó unos segundos antes de reconocerlo—. Bueno, mucho. Estoy muy nerviosa.

—Pues no lo estés. Todo irá bien, mi niña, todo irá bien.

Aquel Madrid que despertaba antes del amanecer era el de los aguadores y los vendedores de leche de burra que paseaban con sus animales hasta los domicilios que iban a requerirla como reconstituyente, el uso más demandado.

Los aguadores constituían un gremio copado por gallegos y asturianos, que iban por las calles vendiendo agua a voces, unos cargaban el tonel al hombro y otros utilizaban carros tirados por asnos. Unos mil figuraban como profesionales, que se repartían la treintena de fuentes autorizadas por el ayuntamiento. Luego estaba la picaresca de quienes se echaban la cántara de agua fresca a la cintura y llevaban en la cadera libre un cestillo con vasos. Los profesionales estaban encomendados para hacer llegar agua a las casas, siendo esa la única manera de que los ciudadanos dispusieran de ella.

Asimismo, era aquel el Madrid de los mangueros, encargados de limpiar las calles. Benita y su hija encontraron a varios en el camino hacia el taller.

El Fru-Fru ocupaba dos plantas —principal y entresuelo— de un edificio que, como le había parecido al verlo por primera vez, era lujoso. Elegante. Con clase. Igual que la clientela que ya pululaba por el lugar. Señoras bien vestidas y adornadas con sofisticados peinados, muchas de ellas envueltas en alhajas. Sorprendía el intenso movimiento matinal.

Consuelo y Benita fueron recibidas por una joven doncella impecablemente vestida con un uniforme que combinaba a partes iguales el negro y el blanco, el mismo color de los guantes, y una cofia historiada en exceso. A Consuelito le causó una gran impresión la puesta en escena de aquel sitio singular.

Se adentraron en el piso, amplio y luminoso. Los balcones que daban a la calle principal lucían coronados en sus extremos por cortinas blancas de excelente calidad. Benita no podía creer lo que estaba descubriendo. Ella cosía, pero su trabajo y su vida estaban tan lejos de todo aquel lujo que no se ajustaba a la idea que se había hecho de lo que sería «un taller de costura como Dios manda».

Pasaron por varios salones, a cada cual más llamativo. Las máquinas de coser debían de ser extranjeras ya que jamás había visto Benita nada parecido.

Las condujeron al semisótano. En una salita que marcaba la diferencia con el resto, por el mobiliario y la decoración más exquisita y llena de pequeños detalles de porcelana sembrados por todo el espacio, les esperaba una mujer sentada en un sofá de terciopelo rojo. A Consuelito se le abrieron los ojos, redondos como dos lunas llenas, y tuvo que reprimir una exclamación que dejó retenida en su boca para no parecer una provinciana, lo que en verdad era.

—Doña Amelia, estas mujeres han venido por la oferta del trabajo. Ella es la dueña del Fru-Fru —les aclaró la doncella sin molestarse en mirarlas a la cara.

Doña Amelia era una señora corpulenta y de buena apariencia. Tendría poco más de cuarenta años, pelo rubio rizado y recogido en un aparatoso moño, y una expresión de tiranía en el rostro que entorpecía su innegable belleza. Lucía un vestido demasiado ajustado para su abultada figura y llamaba la atención el volumen de sus pechos, que exhibía con orgullo. Iba muy maquillada para ser tan temprano.

—¿Cómo os llamáis? —les preguntó a bocajarro.

—Yo soy Benita y esta es mi hija, Consuelito.

—Esas sillas no están de adorno —dijo haciendo un gesto con la mirada hacia las sillas que estaban frente al sofá.

Benita y su hija se sentaron.

—¿Qué edad tienes, niña?

—Catorce, señora, pa servirla.

Doña Amelia la escudriñaba sin pudor ni disimulo.

—Eres muy guapa, ¿lo sabes, no?

—Sí, señora, gracias —recibió un codazo de su madre—. Digo no, señora, no lo sé. O sea, gracias, señora.

Consuelito empezaba a hacerse un lío, traicionada por los nervios.

—¿Nunca te has maquillado… perdona, cómo me dijiste que te llamas?

—Consuelito, señora.

—¿Nunca te has maquillado… Consuelito?

—No, nunca se ha maquillado. Aún es muy pequeña para hacerlo —respondió Benita sin entender qué tendría que ver el maquillaje con la costura.

Al escuchar a su madre decir que era muy pequeña para maquillarse, a la niña le embargó una repentina tristeza por el secreto que torturaba su conciencia y manchaba su cuerpo en la profundidad de las noches. Si su madre se enterara se moriría de la pena, pensó, y

ese pensamiento también le hizo sentirse apenada.

—Bien, Consuelo —puso énfasis al pronunciar su nombre para dejar claro que lo prefería a «Consuelito»—, explícame qué sabes hacer.

Zurcidos, remiendos, dobladillos, puños, pegar botones… Ambas desgranaron los conocimientos que la joven había ido aprendiendo de su madre.

—Suficiente —les cortó doña Amelia—. Hemos terminado. Tengo muchas cosas que hacer. En un par de días os llamará mi asistente, necesito una aprendiza a la mayor brevedad.

Benita y Consuelito seguían clavadas a la silla sin atreverse a mover debido a la impresión que les causaba todo aquello.

—¿No me habéis oído? He dicho que hemos terminado.

Las dos dieron un respingo de la silla al mismo tiempo.

—Acompáñenme —dijo la doncella saliendo de la sala para no perder tiempo.

En el trayecto de salida advirtieron la presencia de un par de hombres que parecían clientes, de mediana edad y tan elegantes como el resto del entorno.

—No sabía que hubiera caballeros en un taller de costura —le susurró Benita a la doncella, a la que el comentario, inexplicablemente, incomodó y dejó descolocada.

—Eh… sí… bueno… Aquí también confeccionamos ropa para hombres.

—Fíjate, hija, este taller es muy diferente y distinguido.

—Eso no lo duden —comentó la doncella con segundas—. Pasen un buen día.

Cuando salían vieron a varias jóvenes haciendo cola en el rellano esperando para entrar y ser entrevistadas, lo que desmoralizó a Consuelito.

—Cuántas candidatas, madre. Será difícil que me den el trabajo.

—¿Qué te digo siempre?

—Que hay que tener fe.

—Pues aplícatelo, mi niña, aplícatelo. Ninguna de esas muchachas va a ser mejor que tú.

—Si usted lo dice —asumió con resignación—. ¿Qué le pasa? ¿No se encuentra bien?

Benita sintió un espasmo en el pecho y se encogió de dolor. Pero no quería asustar a su hija.

—No es nada, no te preocupes. Vamos a casa.

—¿Quiere que nos sentemos en un banco? A lo mejor debería descansar un poco antes de volver.

—Se me pasará por el camino.

—Si es que no ha desayunado nada. Yo veo que últimamente

come muy poco y eso no puede ser porque se mata a trabajar. Tiene que alimentarse.

—Hablando de trabajar, tenemos ropa acumulada que nos espera. Hoy no nos dará tiempo de ir al río, así que tendremos que lavarla en casa, y solo hay un lebrillo. Anda, vamos antes de que se nos haga tarde.

Menudo plan para un día que había comenzado tan bien, renegó Consuelito para sus adentros, sin decir nada, porque no quería disgustar a su madre.

Salieron contentas de la entrevista aunque vieran a varias aspirantes al puesto haciendo cola para optar a lo mismo que ella. Por primera vez se alegró de haber aprendido a coser, jamás había imaginado que pudiera ser la carta que hiciera posible ganarle la partida a su miserable existencia.

Aquella noche Rafael se acercó a recogerla a la plaza Mayor, dispuesto a convertirlo en una cotidiana costumbre; aspiraba a que fuera un hábito que les permitiera compartir un rato de conversación pero, sobre todo, disfrutar de su mutua compañía.

Consuelito lo vio llegar mientras terminaba con el último cliente y se sintió avergonzada.

—¿Ya está? ¿Tan rápido?

El tipo que estaba toqueteándola se quejó de las prisas de la joven justo cuando estaba a punto de pasar una mano entre sus muslos al tiempo que se excitaba a sí mismo con la otra.

—No mereces lo que te pago. —Y se abrochó la bragueta con rapidez.

Rafael, que había estado mirando hacia otro lado escondido tras una columna hasta que terminó, la vio sofocada y no se le ocurrió pensar que fuera por vergüenza de que él hubiera podido observar lo que hacía con desgraciados como el que se marchó enfadado.

—Hoy fui a pedir trabajo a un taller de costura —arrancó a comentarle Consuelito como si quisiera evitar hablar de lo que acababa de hacer.

—¿Y cómo ha ido?

—No lo sé, creo que bien. Me acompañó mi madre.

—Así que sabes coser.

—Me ha enseñado ella. También sé lavar. Ya ves, qué interesante.

—Todo sirve en esta vida.

—¡Pues menudo futuro! O costurera o lavandera.

—Lo importante es que te ganes la vida y verás cómo prosperarás.

—A mí me gustaría hacer algo más importante —confesó Consuelito añadiendo aires de ensoñación a sus palabras—. ¿Tú no sueñas nunca?

La pregunta provocó la risa de Rafael. Detuvo sus pasos para colocarse delante de ella a muy corta distancia.

—Claro que sueño, todos los días. Contigo.

Se quedó tan perpleja que no se atrevió a pedirle que le explicara lo que había querido decirle.

—Sueño contigo a diario —le aclaró él leyéndole el pensamiento.

—Eso es una tontería —respondió la muchacha.

—En absoluto. Te lo digo en serio. Me gustaría que nos viéramos más, a otras horas y no siempre aquí.

—¿Me estás diciendo que quieres salir conmigo? —Se puso seria.

Rafael respondió con un sí rotundo en el que no cabía la duda.

—No es posible.

—¿Por qué?

—¿Es que no sabes qué hago en la plaza mientras me esperas?

—Claro que lo sé. Y supongo que tendrás tus razones, no vas a hacerlo por gusto. Pero a mí no me importa.

—¡A mí sí!

—No tienes que avergonzarte.

—Pues me avergüenzo, ¡claro que me avergüenzo! —Afloraron a sus ojos unas pertinaces lágrimas que no deseaba que cayeran, su sentido de la dignidad no se lo permitía.

—Entiendo… —Rafael no había querido incomodarla, todo lo contrario—. No le des más importancia de la que tiene. Te repito que a mí no me importa lo que hagas.

—¿Lo dices de verdad? —intentaba calmarse.

—Muy de verdad. —Y le cogió la mano.

—No sabía que los pintores fuerais tan raritos —bromeó Consuelito más tranquila.

—¿Y qué sueños tienes tú? —inquirió mientras reemprendían la marcha.

—Viajar por el mundo y que todos me admiren —respondió Consuelo con un aplomo que la alejaba de la vulnerabilidad mostrada en otros momentos—. ¿Te imaginas? Llegar a ser alguien importante, una artista.

—¿Artista? —se sorprendió Rafael.

—Sí, artista.

—¿Pero de qué?

—No sé… de cantar y bailar, y esas cosas… Tú también eres un artista y serás alguien importante. De otra cosa, pero los pintores también sois artistas, ¿no?

—Lo somos.

—Pues entonces los dos triunfaremos —sentenció con satisfacción.

Apretó con fuerza la mano de Rafael y siguió caminando a su lado a través de la oscuridad.

5.
Los sueños del Apolo

Soñar para evadirse de la realidad.

Soñar para que la existencia resulte más llevadera.

Soñar, en definitiva, para vivir.

La casa en la que acababa de entregar una tanda de sábanas bien planchadas y lavadas en el río junto a su madre se encontraba en el portal contiguo a un teatro que a Consuelito le fascinaba: el Apolo. En ninguna de las ocasiones en las que había pasado por delante se había detenido a contemplarlo como aquella mañana. Era lógico porque un inusual movimiento llamaba la atención y ella se dejó atrapar por él.

Ese día la señora le había pagado bastante bien y se puso muy contenta. A las doce del mediodía vio el magnífico pórtico del teatro, al que se accedía por tres arcos centrales, abarrotado de gente y una larga cola, que iba desde las taquillas y descendía por unas escaleras hasta la calle, esperando pacientemente para adquirir entradas. La realidad que se mostraba ante sus ojos atrajo como un gancho a la niña, cautivada por los carteles que colgaban en los laterales de la fachada a pesar de que no podía leerlos.

Preguntó a una de las personas de la cola.

—¿La obra es importante? ¡Es increíble la cantidad de gente que hay aquí hoy!

—¿Que si es importante? ¡Cómo no va a serlo! Lo mejor del género chico, *El santo de la Isidra*, ¡ahí es ná! —le respondió una mujer con un tono inequívocamente castizo.

Ganas no le faltaron de comprar una entrada para la primera representación que encontrara. Solo fue un fugaz impulso ya que era consciente de la imposibilidad de hacerlo. Además no podía gastarse en el teatro el dinero que había conseguido con la ropa. Y había algo más: ¿de dónde iba a sacar el vestuario adecuado para no desentonar en un teatro tan elegante? ¡Menudas tonterías se le ocurrían!

Adornaban la fachada cuatro relieves de máscaras de piedra que separaban las arcadas que daban a la calle. Encima de ellos, un largo balcón corrido en el que destacaban dos bellas estatuas, dos guías para marcar el sendero interior que conduce al canto y al baile. Porque aquel teatro estaba considerado una catedral adorada por los amantes de la zarzuela.

Consuelito no tenía ni idea de lo que significaban los relieves y estatuas de la fachada, «porque seguro que quieren decir algo», pero todo le resultaba la viva estampa de la grandeza y el arte.

Se adentró maravillada en el atrio y guio sus pasos hacia el interior del vestíbulo moviéndose con dificultad por los huecos entre asistentes y vitrinas llenas de objetos y fotografías de artistas de la compañía del Apolo, que había abierto sus puertas por primera vez algo más de un cuarto de siglo atrás. Desde entonces no dejaba de hablarse en todo Madrid de la espectacularidad del nuevo teatro. Algo había oído la chiquilla, poco porque no tenía tiempo más que de trabajar, pero lo suficiente para despertar en ella curiosidad y sueños que no creía que estuvieran al alcance de cualquiera.

Su madre, en cambio, le inculcaba todo lo contrario. «Soñar es sentirse libre —le dijo un día mientras la dormía, siendo muy pequeña—. Nadie debe renunciar a por lo menos soñar aunque sepa que lo que sueña no pueda cumplirse. Porque si se cumplieran los sueños dejarían de ser sueños. No sé si me he explicado». Benita no era analfabeta como su hija pero carecía de formación. Sin embargo poseía una innata sabiduría que a veces inducía a creer que había estudiado, y mucho. «Es la sabiduría popular de La Mancha», solía afirmar como si sentara cátedra. Sentía debilidad por su hija mayor.

La muchacha tampoco era capaz de descifrar los impresionantes frescos de los techos interiores del teatro, tres alegorías imposibles de interpretar para ella. Sabía, eso sí, reconocer la apabullante belleza de esas pinturas.

De pronto se sintió observada. Quizás la indumentaria que llevaba, unos trapillos amañados a modo de vestido que usaba para trabajar, no fuera la apropiada para estar en aquel lugar.

Cada vez eran más las personas que se fijaban en ella. La incomodidad fue apoderándose de la chiquilla. Pronto derivó en vergüenza al darse cuenta de que lo que miraban eran sus pies, calzados con unas enormes botas de hombre adulto. Resultaba que sus únicas sandalias volvían a estar en el zapatero remendón, aunque donde deberían estar era en la basura, y tuvo la ocurrencia de calzarse las botas de su padre, el par que tenía Laureano de repuesto del uniforme de guardia civil; mejor eso que ir descalza. Como le estaban muy grandes había introducido papeles y un trapo en el interior de

cada bota pero ni aun así podía caminar bien y segura. La gente, tanto daba si hombre o mujer, organizada en pequeños corrillos espontáneos, cuchicheaba burlándose de la criatura:

«Es guapísima, pero ¿has visto cómo va?».

«Parece una pordiosera».

«¿Qué hará aquí una desgraciada como ella?».

«Bueno, mujer, pero hay que reconocer que su belleza causa impacto».

«¡Pero si parece un payaso con esos zapatones!».

«Va ridícula, desde luego. Pobre niña».

«¿Qué padres dejan salir así vestida a su hija?».

«A saber si tiene padres…».

Las crueles mofas de aquellas personas sin escrúpulos la sacaron de forma abrupta de sus ensoñaciones. Le entraron ganas de llorar y deseó salir de aquella encerrona en la que se había metido ella sola, algo así como caer en la boca de un lobo sin necesidad de que te empujen.

Fue precisamente el desconsiderado empujón de un guardia para echarla del local lo que la plantó en la calle de manera precipitada. Las malas maneras de la autoridad a punto estuvieron de hacerle perder el cesto vacío dentro del teatro, pero lo asió con fuerza, como si le fuera la vida en ello, si no a ver qué le habría dicho a su madre sobre cómo lo perdió. En la mano apretaba las monedas que le habían pagado al entregar la ropa.

Las risotadas de la gente no cesaban. O al menos eso le parecía a ella, las magnificaba llevándolas más allá de lo que era real porque el daño que causa una burla siempre nos parece insuperable.

Salió corriendo sin mirar atrás, recordando, una vez más, palabras de su madre. «Si has de correr para evitar que te atrape un peligro no pierdas ni un segundo en mirar atrás, no lo hagas, mi niña, porque eso sería perder un tiempo que haría que cayeras en ese peligro del que huyes. Así está hecha la vida. No es culpa de nadie, tú sálvate mientras puedas».

Y cuanto más quería correr para ponerse a salvo más le hacían tropezar los malditos zapatones, pesados e inestables, causantes de la chanza de la que había sido víctima. Por más prisa que tenía por alejarse del teatro, sus pies no conseguían avanzar cuanto querría.

Llegó con los pies hinchados y doloridos, sin resuello y acongojada por el bochorno que le habían hecho pasar. No comentó nada de lo sucedido.

—¡Qué haces con los zapatos de tu padre! —Benita no podía creer lo que estaba viendo—. Pareces un espantajo.

A pesar de que se lo dijo con cariño, a la niña la remató del

todo, después de los comentarios que había tenido que soportar en el Apolo.

—¿Estás bien, hija? —La madre advirtió que algo pasaba—. Tienes el mismo aspecto de un alma que huye del diablo. No era necesario que corrieras, es buena hora.

—Era por si me necesitabas.

Mintió, y aunque cuando mentía su madre se lo notaba porque se ponía roja como un tomate hasta la raíz del pelo, resultaba imposible distinguirlo en esa ocasión, colorado su rostro por el sofoco.

—¿Te pongo un vaso de leche? ¿O un poquito de agua?

—No, madre. Gracias. Tengo que irme otra vez.

Fue a su habitación a descalzarse. Sus pies emergieron como dos botijos inmensos, gordos hasta doler. Se aplicó un paño humedecido con agua sin que su madre se diera cuenta y buscó un par de calcetines medio raídos. A falta de zapatos, de algo servirían.

Le dio a su madre las monedas ganadas con la entrega de la ropa. Necesitaba ganar algunas más, aún quedaba día por delante. Y noche…

—Pero no vuelvas tarde, mi niña, que últimamente no sé por dónde andas ni lo que haces para regresar tan tarde a casa.

—Bueno, madre, no siempre regreso tarde.

—Es que no deberías volver tarde nunca. No hace falta que te repita los peligros de la ciudad cuando cae la noche. Dame tu palabra de que cenaremos pronto, te quiero ver sentada a la mesa con todos.

—Está bien —prometió sin demasiado convencimiento.

Como tenía que cumplir su palabra para no enfadar a su madre, fue más pronto de lo habitual a la plaza Mayor. Rechazó a varios clientes, con las consiguientes quejas e incluso insultos por parte de los susodichos.

Terminó temprano. De hecho, al iniciar el regreso a casa el cielo se resistía a clausurar el día para dar paso a la noche, regalando a los edificios del centro de Madrid la fosca claridad de las horas cansadas.

Rafael acudió también esa noche a buscarla, sin éxito. Anduvo caminando a un lado a otro de la plaza esperándola para acompañarla a casa. Vio a algunos hombres a los que identificó como posibles clientes que la buscaban y sintió un pellizco en el estómago, entre repugnancia y rabia porque una cría como Consuelito tuviera que prostituir su joven e inexperto cuerpo por un exiguo puñado de monedas. Se dio cuenta de que sentir eso significaba que Consuelito le importaba.

Cansado de esperar e intuyendo que ya era difícil que apareciera a esa hora, marchó a su taller, en el que vivía, cargando con una frustración con la que no contaba esa noche.

Faltaba poco para las diez cuando Consuelito se sentó a la mesa para cenar.

—¿No íbamos a cenar todos juntos? —preguntó al no ver a su padre en casa.

—Llegará muy tarde. No me acordaba de que hoy le tocaba ronda nocturna.

Consuelito se acercó al oído de su madre para que los hermanos pequeños no la oyeran:

—Así estamos más tranquilitos.

Benita le sonrió y entonces su hija reparó en la pena que había contenida en su rostro.

—¿Está muy cansada, madre? No tiene buena cara.

—No es nada. Pasará.

Siempre decía lo mismo, «pasará»…, como si el mero hecho de decirlo pudiera curar lo que fuera.

Terminaron de cenar. Después de acostar a Petra y a Luisillo, Consuelo ayudó a su madre a recoger la mesa y poner plato y cubiertos para cuando su padre regresara de trabajar.

—Déjale un vaso para el vino. Total, si no lo cogerá él de todas maneras —le pidió Benita.

La niña obedeció de mala gana.

—Madre, siéntese un ratito aquí, conmigo —señaló dos sillas en torno a la mesa que acababan de recoger.

—Hay que ir a dormir.

—Pero aprovechemos que padre no está. Un momentito.

—Tienes razón, hija, aprovechemos que él no está.

Se sentó a la mesa, frente a ella.

—¡Ay, qué alivio! —lanzó un hondo suspiro de ligero bienestar.

—Me preocupa verla tan cansada últimamente, y, no sé, parece que le duela algo.

—Es solo eso, cansancio. No tienes que preocuparte por mí.

—Sí me preocupa, sí, porque no la veo bien. Podríamos avisar mañana a algún médico.

—Qué médico va a querer venir hasta aquí para atenderme… No me ocurre nada. Se me pasará. Mejor cuéntame algo de ti, nunca tenemos tiempo de hablar tranquilas.

—¿Qué quiere que le cuente?

—¿Se cumpliría un sueño si te cogieran en el taller ese, el «Fro» no sé qué. ¿Cómo era…?

—Fru-Fru.

—Eso parece extranjero, suena sofisticado.

—Me gustaría que me contrataran, pero también sueño con otras cosas.

Todo lo que había visto en el Teatro Apolo por la mañana, sin

tener en cuenta el incidente final de las burlas, hizo mella en la imaginación y los deseos más íntimos de la joven. El Apolo ejerció de faro que iluminaba inesperadamente el oscuro horizonte de su futuro. Vio algo que brillaba, un destello que le hizo abrir su mente, aunque sirviera solo para rellenar de sentido un sueño cualquiera de los que tenía vacíos hasta ese día.

—¿Que sueñas con otras cosas…? ¿Cómo cuáles, mi niña?

—¿Usted me imagina siendo una artista famosa, madre?

—Qué pregunta más rara haces.

—¡Qué va a ser raro! ¿Pues no es usted quien me dice que soñar es bueno?

—Claro, todo el mundo sueña. ¿Tú qué sueños tienes, hija?

—Se lo he dicho, ¿es que no me escucha? Ser artista.

—¿Artista? Pero ¿de qué?

—Pues de qué va a ser, de cantar, o de bailar, o… no sé.

—¿Y no sería mejor que soñaras con ser una buena costurera? A lo mejor puedes ganarte bien la vida en un taller como el Fru-Fru ese y prosperar y convertirte en una mujer de bien.

—¿Entonces, no le gustaría que fuera artista? —insistió un tanto apenada.

—Lo que me gustaría es que pudieras hacer lo que te hiciera feliz pero que también fuera de provecho.

—Si tuviera fama y dinero la sacaría de aquí, madre, la ayudaría, se lo juro.

—No jures, hija, no está bien.

Benita se levantó para acariciarle la cabeza y le dio un tierno beso en la frente.

—Anda, vamos a la cama, no sea que llegue tu padre y se enfade.

—Si ya vendrá enfadado, como siempre.

—Ve a dormir y sueña, mi niña, sueña.

Sueña…

6.
Musa de los amaneceres, mi «consuelo»

Los días pasaban sin noticias del Fru-Fru. Tres… Cinco… Siete…

Transcurrida una semana crecía la preocupación por que no la hubieran seleccionado.

—Me dijeron que en un par de días podría saber algo.

Compartió su inquietud con el pintor durante un breve paseo por una calle cercana al domicilio de Consuelo. La amistad con Rafael iba avanzando. Empezaron a quedar algunas tardes en las que ella tenía algún rato libre. Paseaban, charlaban y a veces él gastaba alguna broma para arrancarle una sonrisa.

—Tienes la sonrisa más bonita de todo Madrid —le dijo.

—Anda, no me tomes el pelo. Qué irás buscando…

—A ti —respondió rápidamente Rafael—. Te buscaba a ti. Pensaba que no existía nadie como tú, tan bella y con un corazón tan grande. Pero te encontré. ¿No te das cuenta de lo que eso significa?

—¿Qué sabrás tú de mi corazón? —la joven desconfió—. Mucha labia tienes tú.

—Es sinceridad. Hay algo en ti que te hace distinta.

—Engatusar. Eso es, que estaba pensando y no me salía la palabra. Es lo que dice mi madre que hacéis los hombres, engatusar a las mujeres.

Consuelito no había reparado, hasta ese momento, en la profundidad de los ojos de Rafael, del color y el brillo de la miel. Dulces cuando se dirigían a ella y, a pesar de sus reticencias a encajar con seriedad sus palabras y la desconfianza que de nuevo emergía, se sintió cómoda en ellos. Por unos segundos se imaginó balanceándose en aquellos ojos que completaban una agradable fisonomía. Rafael le parecía guapo.

Abstraída, no lo vio venir; cuando quiso darse cuenta ya tenía los labios de Rafael presionando suavemente los suyos con un beso.

Las mejillas de la joven, de porcelana blanca, quedaron coloreadas.

—¿Por qué lo has hecho? —preguntó con un hilillo de voz.

—¿A ti qué te parece? Pues porque me gustas, mujer, por qué va

a ser.

Consuelito ya no dijo más.

—Me gustaría enseñarte mi taller —propuso él.

En cierto modo, la muchacha se sentía identificada con Rafael. El joven pintor buscaba una oportunidad en el mundo del arte y ella, salir de la miseria familiar en la que vivía. Ambos aspiraban a algo mejor.

—¿Qué hay en tu taller?

—Mis pinturas, lienzos, caballetes, tubos, óleos, ¡uf! Es un poco caótico. Yo lo llamo desorden artístico.

—¿Y no te molesta trabajar con tanto desorden?

—En realidad trabajo y vivo.

—¿Los pintores vivís en vuestros talleres?

—Pocos, no voy a mentirte. Hoy por hoy yo no puedo permitirme pagar también una casa. Pero te diré que no se vive mal.

—Ni bien —rio.

—Vaya, he conseguido hacerte reír. Ya ha merecido la pena el día.

Consuelito volvió a sonrojarse.

—¿No te gustaría verlo?

—No sé, Rafael.

—Puedes llamarme Rafa.

—Vale, Rafa. A lo mejor estaría bien verlo.

Le dio un papel con su dirección escrita.

—¿Lo traías preparado? —receló.

—Tenía fe, nunca hay que perderla. ¿Vendrás a verme algún día? Por favor… —Sus ojos volvieron a entrar en acción, lo que estremeció a la joven.

—Algún día… —respondió ella sin querer concretar ni comprometerse a nada—. Algún día.

Diez días después de su entrevista para el puesto de aprendiza en el Fru-Fru, un crío llamó temprano a la puerta de la humilde morada de los Vello Cano preguntando por Consuelito.

—Doña Amelia, la dueña del Fru-Fru, quiere verla esta misma tarde —le dijo a Benita, quien inmediatamente llamó a su hija.

La joven estaba planchando una falda de una clienta y acudió intrigada a la llamada de su madre.

—¡Doña Amelia! —exclamó emocionada al enterarse de que la reclamaba.

—Quiere verte hoy mismo —le aclaró la madre.

—Bueno, yo me voy —les dijo el chaval y salió corriendo como una bala.

—¡Espera! —le gritó Consuelo—. ¿A qué hora?

Pero ya no podía escucharle, perdido calle arriba.

—¡Ay, ay, ay, madre! ¡Qué nervios!

Benita la cogió por los hombros con intención de transmitirle calma.

—Respira hondo, hija. Deja la plancha, ya sigo yo, y adecéntate un poco para estar presentable.

—Pero, ¿a qué hora voy? No lo ha dicho.

—Ni falta que hace. Tú te vas en cuanto estés lista y esperas allí a que esa señora pueda recibirte. Que vea que tienes interés. ¡Seguro que te dan el trabajo! —Le estampó un sonoro beso en la frente, que hizo tambalearse a una confundida Consuelo—. ¡Vamos! A qué esperas, no te quedes ahí embobada. ¡Espabila!

Emoción.
Temor.
Nervios.
Deseos por cumplir.
Y soñar… Eso siempre.

Traspasó el umbral del taller con el estómago a rebosar de sentimientos y sensaciones que lo mismo estallaban que se replegaban. Era la cita más importante que había tenido en su corta vida. Si le dieran el trabajo cambiarían tantas cosas… malas, cosas malas todas ellas. Así que más valía que cambiaran.

Quería creer que la iban a contratar, si no para qué la habrían citado.

—No hace falta que te sientes, terminaremos rápido —dijo la dueña del Fru-Fru nada más verla entrar en el salón en el que la estaba esperando, el mismo de la primera cita.

Doña Amelia iba embutida en un corpiño que claramente debía de ser varias tallas menos de la suya. Los pechos pugnaban por salir disparados hacia su cuello debido al escaso espacio que dejaban las copas del apretado corsé para un volumen como aquel. Lucía una falda de un rojo intenso que producía un extraño contraste visual con el rosa chillón del corpiño. Pero a la joven le resultaba elegante por distinto de a lo que ella estaba acostumbrada a ver.

—Después de analizar todas las candidaturas —comenzó a explicarle la mujer—, que no han sido pocas, desde luego, te he

seleccionado a ti. Quedas contratada como aprendiza en este taller que ya te anticipo que cuenta con la clientela más distinguida de toda la capital. Así que confío en que estés a la altura de lo que se espera de ti.

La revolución de sensaciones acumuladas irrumpió desde su tripa para desplazarse hacia el corazón. Sintió palpitaciones. ¡Lo había conseguido!

Pero la fantasía apenas pudo desplegar las alas. Doña Amelia aún no había terminado.

—Al principio no cobrarás nada más que las propinas de las señoras a las que les llevarás la ropa terminada a sus casas, y dando gracias, porque son la *crème de la crème*, señoras muy importantes con las que ni en tus mejores sueños habrías imaginado cruzarte, ¿queda claro?

La muchacha asintió tragándose el nudo de desilusión que se le formó en la garganta, «al principio no cobrarás nada», «¡qué injusto!», pensó. Pero lo tomó como el salvoconducto que le facilitaría la salida de los soportales de la plaza Mayor. Nada podía haber en el mundo que valiera más.

Por la tarde tuvo prisa en acudir al taller de Rafael para contarle la noticia de su nuevo trabajo. Extrajo de debajo de su almohada, donde lo había guardado, el papel doblado en el que le había apuntado su dirección y sin cambiarse de ropa enfiló el camino hacia el taller.

Sorprendido y feliz. Así la recibió Rafa.

—Entonces, ¿dejarás de acudir a la plaza Mayor por las noches? —Fue lo primero que le preguntó después de felicitarla por el trabajo.

—¿Eso es lo que te preocupa? —Le enfadó el comentario de su amigo—. No me siento orgullosa de lo que hago, ¿crees que me gusta?

—Mi intención no era ofenderte, ni mucho menos.

Consuelo lo creyó y no le costó demasiado esfuerzo dejar de estar a la defensiva.

—Sé que no querías ofenderme.

—Al contrario, lo que quiero es animarte a dejarlo porque puedes alcanzar metas por ti misma, sin ofrecer tu cuerpo a maleantes.

—Me hacen sentir sucia —confesó a punto de llorar.

—No pienses en eso ahora. —El joven la abrazó—. Celebremos tu nuevo trabajo.

Ella no quiso contarle que difícilmente podría dejar de acudir por las noches a la plaza Mayor, al menos de momento, porque al

principio en el taller de costura no iban a pagarle.

—Regálame a mí tu belleza —le pidió Rafael con inflexión de súplica—, y no a esos tipos que no son dignos de ti.

—Mi belleza ya la tienes.

—Deseo ir más allá. ¿Quieres ser mi musa?

—¿Tú qué…?

—Mi musa —repitió él.

—¿Eso qué es? ¿Qué pretendes, burlarte de mí? —respondió ella ofendida de nuevo, provocando la risa de Rafa.

—¡En absoluto! Lo que estoy proponiéndote es que seas mi inspiración, que poses para mí. Como haría una modelo. La excepcional modelo de un aspirante a pintor serio y que sueña con alcanzar la cima. Te lo propuse cuando nos conocimos y todavía sigo esperando tu respuesta.

—Ahhh… era eso —respiró más tranquila.

—Pues claro que era eso. Tú me inspiras, Consuelo, no te imaginas lo que supone para un artista.

—No tengo ni idea. Pero suena bonito —comentó la joven. Rafa consiguió conmoverla.

—Es mucho más que bonito.

Cuando ella se hubo marchado, Rafael cogió un lienzo, pinceles y una brocha, y compuso una paleta de añiles y rojos. Con todos los materiales que creyó necesitar comenzó a escribir con un pincel sobre el blanco de la tela, esgrimiendo pretendidos trazos artísticos:

«Serás mi luz y mi musa de los amaneceres… Tú serás mi “consuelo”…».

7.
Pasará… Todo pasará

Laureano había bebido. Se antojaba temprano para ello, era media tarde y solía hacerlo por la noche.

Nada más llegar Consuelito, el hombre se levantó con brusquedad y, sin dar tiempo a que cerrara la puerta, le soltó un bofetón con tanta fuerza que la tiró al suelo.

Pillarla desprevenida anuló toda capacidad de reacción o de asirse a algo que al menos hubiera evitado la caída.

Le hizo daño. Mientras se levantaba con dificultad apoyándose en una silla con una mano, se apretaba, con la otra, la mejilla en la que había recaído el duro golpe.

—¡Qué hace! ¿Ya no tiene bastante con pegarle a madre?

—¡Te cruzaré la cara las veces que haga falta, so puta! ¡Tener una hija para esto! —le gritó el padre preso de ira.

A la muchacha le dio un vuelco el corazón, sintió que se mareaba.

—¿Qué… qué ha querido decir, padre? —apenas le salía la voz. No podía creer lo que estaba pasando.

—¡Eres una vergüenza para esta familia!

—Por favor, no grite —suplicó—, que madre está al llegar y no quiero que se preocupe.

—Pues motivos tiene para preocuparse.

Benita se había ido a la compra y se llevó a los dos pequeños para que no molestaran a su marido.

—¿Qué hacías anoche en la plaza Mayor?

El mundo se le vino encima, quiso que se la tragara la tierra y que después se cerrara por todos sus confines para no emerger a la superficie nunca más y, así, conseguir que nadie se acordara de ella. No era posible que su padre lo supiera.

—¡No vas a decir nada! ¿Eh? —Laureano seguía gritando como un energúmeno.

—Es que… no sé qué decirle, no sé a qué se refiere —mintió.

—Anoche te vi. ¡Te vi con mis propios ojos!

Gritaba horrorizado. Cogió de la mesa un vaso lleno de

aguardiente y se lo bebió de un trago, quemándose la garganta y el esófago. Luego se lo lanzó a Consuelo, que pudo esquivarlo, haciéndose añicos al estamparse contra la pared.

—Por Dios, padre, no siga —suplicó la joven.

—Claro que sigo, ¡porque me sale de los cojones! Voy a decirte lo que vi.

—¡No! ¡No! ¡No! ¡No!

Entonces empezó a gritar también ella, enloquecida por el dolor que le estaba causando haber sido descubierta por su padre. Volvió a salir a la calle, presa de un tremendo berrinche, con tan mala suerte que se dio de bruces con su madre y sus hermanos, que regresaban de la compra.

Consuelito se abrazó a Benita hecha un ovillo como cuando era pequeña y ella la consolaba de sus miedos, ahuyentando los fantasmas que visitaban su mente infantil sin avisar.

—Lo siento, madre, lo siento mucho —decía sin dejar de apretar su cuerpo contra el de Benita, ni de llorar a moco tendido.

—Pero ¿qué te pasa, mi niña?

Al verla así, la pequeña Petra también arrancó a llorar. Entonces, Consuelito, llena de vergüenza, apretó a correr para escapar de allí.

—¡Hija, adónde vas! ¡Cuéntame qué te pasa! —le preguntó su madre al viento, que no tenía respuestas.

Cogió en brazos a Petra y se comió su cara a besos, los que hubiera querido darle en ese momento a Consuelito para sacudirle de encima esa pena tan grande que parecía tener.

«Porque en la vida todo acaba pasando. Esto, lo que sea que haya ocurrido, también pasará».

El primer día de trabajo, Consuelo se presentó aseada y con la mejor indumentaria que encontró en su casa, que no era precisamente buena, ni mucho menos elegante, incluyendo las sandalias doblemente remendadas.

Doña Amelia se movía con brío de un lado a otro porque, por lo visto, en el taller esperaban la visita de alguien muy importante, alguna marquesa, o quién sabe si una condesa, pensó la joven aprendiza. Sin embargo, le sorprendió la llegada de un señor de mediana edad, bien vestido y con pinta de ser un pez gordo, que desapareció tras unos pesados cortinajes granates que colgaban al fondo del taller, en el último rincón.

Sin decir ni pío, recogió una bandeja de ropa exquisitamente envuelta y aguardó a que le dijeran la dirección a la que debía

llevarla.

—¿Qué haces ahí parada, niña? —la sorprendió por la espalda la dueña del Fru-Fru.

Temerosa de no cumplir bien con su primer mandado, Consuelo respondió:

—No sé dónde tengo que entregar la ropa.

—Puesss… —doña Amelia seguía enfrascada en componerle el vestido a una de las chicas del taller y no prestaba atención a Consuelo—, dile a la otra aprendiza que lo busque, ella lleva ya aquí unas semanas y se encarga del listado de nuestras clientas.

Así hizo. Cargó con un cesto de ropa ya preparada hacia el barrio de Salamanca, el más caro y distinguido de la capital. Las calles estaban limpias, el tiempo parecía discurrir de otra manera y hasta el aire era más fresco.

El portal destilaba lujo, «esto será carísimo, Virgen santísima». Nunca había visto nada igual. Maderas de alta calidad, escaleras de mármol, lámparas plagadas de cristalitos perfectamente tallados… Una orgía de detalles de gran riqueza.

Subió a pie a la cuarta planta. Hacía poco que habían instalado un elevador, uno de los primeros de la capital, pero el portero de la finca se apresuró a informarle de que su uso estaba reservado, «por supuesto, a los señores, en ningún caso a las criadas y personal de servicio».

Eso era ella, entonces, «personal de servicio». Mejor eso que puta, se dijo para sus adentros.

Los escalones la cansaron, llevaba mucha carga de ropa en el cesto y pesaba. Lo soltó un segundo en el suelo para secarse el sudor de la frente con el brazo, volvió a cogerlo y llamó a la puerta. Había nervios en ella. Su primera clienta, a saber con qué se encontraría. Estiró la espalda poniéndose tiesa como un palo de escoba y esperó.

Le abrió una doncella vestida con un uniforme impecable, en colores negro y blanco, parecidos a los del taller, y la cabeza coronada por una cofia. Tras un correcto intercambio de saludos, justo cuando fue a entregarle la ropa apareció la señora de la casa.

—¿Tú quién eres? Nunca te había visto.

—Consuelito Vello, señora, para servirla. —Y le hizo una pretendida reverencia que no le salió demasiado bien.

—¿Qué ha pasado con la chica que viene siempre?

Consuelo pensó una respuesta con rapidez, no quería meter la pata.

—Es que ahora hay mucho trabajo en el taller, señora, y yo estoy ayudando.

La mujer no era muy amable.

—Está bien. Toma, dáselo. —Le puso unas monedas en la mano

a su criada en lugar de dárselas ella directamente y desapareció.

—Aquí tienes. —Le dio las monedas atendiendo la orden—. Hasta la próxima.

Y cerró la puerta.

Consuelo miró el dinero con alegría y también con mucha esperanza. En su primer día de trabajo le habían dado una muy generosa propina, que guardó en una pequeña caja de latón nada más llegar a casa.

Dio un beso a su madre y a los pequeños y marchó rauda a ver a Rafa.

—¡Se acabó! —le soltó cuando la recibió.

—¿Se acabó? ¿El qué? Oye, que ni un hola me has dicho, ¿dónde quedaron tus modales? —bromeó él.

—¡Es que por fin se va a acabar!

Rafael no entendía nada, la veía tan contenta… Pensó que su alegría la hacía aún más hermosa.

—La plaza Mayor. Los viejos y los tipos asquerosos, Rafa, ¡se van a ir todos a algún sitio donde el demonio los estará esperando!

—¡Seguro que sí, mi amor! —Rafael la abrazó y colmó de besos.

—¡Para, para, para! Que aún hay más. Ya lo he decidido, posaré desnuda para ti. —Y fue desprendiéndose de su ropa.

Rafael se quedó maravillado del esplendor de su desnudez y la estrechó contra su cuerpo prodigándole las caricias que aguardaban impacientes.

—¿No ibas a pintarme? —susurró ella.

—Tiempo habrá para pintarte…

Y se recostaron sobre un banco donde hasta entonces reposaban bocetos a lápiz que resbalaron al suelo arrastrando consigo las ganas que tenían el uno del otro.

8.
El chaval del Price

—¿Tú tienes sueños, Rafa? —le preguntó un día al levantarse del banco en el que se recostaba para posar desnuda.

Se echó por los hombros una bata de fina tela.

—Todo el mundo tiene sueños.

—Todo el mundo, no. Mi padre seguro que no tiene ni uno, solo le interesa la taberna.

—¿Y tu madre? —quiso saber el joven.

A Consuelo se le ensombreció la mirada antes de responder:

—Sí, ella sueña con una vida mejor y un hombre que no le pegue cuando llega a casa borracho. Pero nunca habla de eso. Y últimamente no anda muy católica de salud, me tiene preocupada.

—Vaya, lo siento —comentó Rafael con sinceridad.

—¿Quieres saber cuál es mi gran sueño? Te lo digo si no se lo cuentas a nadie. Me encantan las artistas, ¿te imaginas que llego a ser una gran bailarina? ¿O una famosa cantante? Aunque, si te digo toda la verdad, me conformaría con ser parte del podenco de una compañía.

—¿Podenco? —se extrañó Rafael.

—Sí, hombre, el grupo de todos los artistas que hacen una obra.

—¡Elenco! Consuelito, ese es el elenco.

—Pues eso mismo, el elenco —remató la joven consciente de lo analfabeta que era—. Es que nunca me ha gustado estudiar, ¿sabes?

—¿No has ido al colegio?

—Sí, pero ni dos años aguanté, y no saqué provecho de las pocas clases a las que fui.

—Siempre puedes volver —la animó Rafael.

—¡Ja! A buenas horas.

—Para las cosas buenas nunca es tarde, Consuelito. Piénsalo.

Y para las malas siempre hay tiempo.

No se había atrevido a volver al Teatro Apolo desde el desagradable incidente de los zapatos. Pero le pudo más el buen recuerdo de la majestuosidad descubierta minutos antes de que empezaran a reírse de ella, y decidió acercarse otra vez para recuperar lo que había tenido de bueno el suceso. Y al hacerlo descubrió la poderosa atracción que aquel lugar ejercía sobre ella.

Algunos días, al caer la tarde, cuando disponía de algo de tiempo libre —lo cual no ocurría con frecuencia— se acercaba a merodear por los alrededores del Apolo. Se detenía enfrente, observando los carteles, aunque no pudiera leerlos, y aguardando a que la función terminara para ver las caras del público al salir y escuchar sus comentarios. Después se iba a la parte trasera del teatro a esperar que también desfilaran hacia la calle los artistas. La salida de estos quedaba enfrente del Circo y Teatro de Price, en la plaza del Rey.

En un banco de piedra solía ver sentado a un chaval que miraba la fachada del Price con los ojos tan abiertos que parecía un muñeco. Tenía cara de pillo, resultaba gracioso y sería algún año menor que Consuelo, pero poco. Reconoció en ella misma lo que se escondía en lo más profundo de la mirada del niño. Le resultaba familiar.

—¿Te gusta el Price?

Un día se sentó junto a él en el banco de piedra y le habló.

El chiquillo se giró hacia ella y, dedicándole la sonrisa más sincera que había visto hasta entonces Consuelito, respondió con gracia:

—Sí. Me gusta lo mismo que a ti el Apolo.

La joven rio con ganas.

—¿Cómo te llamas?

—Pepín Álvarez, pa servirla a usté, señorita —respondió guasón—. ¿Y tú?

—Consuelito Vello, también pa servirle a usté, caballero —le correspondió en el mismo tono—. ¿Vienes aquí todas las tardes? Porque siempre que vengo te veo aquí sentado.

—Vengo siempre que puedo. Supongo que como tú, ¿a que sí? Vengo «casi» siempre —puso énfasis al decirlo—, casi.

—¿Y por qué vienes tanto? ¿Es por el Price?

—Seguramente por lo mismo que vienes tú a observar el Apolo, ¿no?

—Eres listo, chaval.

—Tú también lo eres, se te nota. ¡Ahí va! —Dio un brinco—. ¡Tengo que irme a casa!, que si no mis padres me meten una bronca de no te menees.

Hizo una cabriola en el aire sorteando el banco de piedra, que

dejó extasiada a Consuelito, y se largó corriendo.

—¡Pepín! ¡Que te dejas la gorra!

Pero el chico había volado. Se calzó la gorra de Pepín en la cabeza, apretándola bien para que encajara, y se marchó a casa.

Halló a su madre en la cama, se encontraba «indispuesta», le dijo el padre, única palabra que le dirigió antes de acostarse también él. A los dos minutos ya estaba roncando.

Benita le pidió que se hiciera algo de cena para ella y los pequeños, no había tenido fuerzas para batirles siquiera un huevo.

—Hoy conseguí huevos frescos —comentó arrastrando un profundo cansancio entre las palabras—, y ya sabes que cuesta mucho encontrarlos. Aprovecha y haz una buena tortilla, como la que te gusta que yo te haga.

—Madre… —Tomó su mano inerte—. ¿Qué tiene?

—Nada, mi niña, nada. Solo es cansancio.

—Siempre dice lo mismo.

—No te preocupes, pasará pronto.

—No tendrá nada malo, ¿verdad? Tenemos que llamar al médico para que venga a verla.

—Qué cosas dices… No te pongas pesada con eso. No hay que llamar a nadie. Y baja la voz, que tu padre duerme como un bendito.

—Menudo «bendito».

—No le faltes al respeto, que te veo venir.

—Y él, ¿qué? ¿La respeta a usted? ¿O a los demás? No respeta a nadie.

—No empieces.

Cada vez estaba más agotada.

—¿Padre no le ha hablado nada de mí?

—¿De ti? ¿Qué iba a contarme? Él no habla mucho, ya lo conoces.

Lo conocía bien. Tanto como Benita. Al verla a su lado, a Consuelito le producía repugnancia, por más que fuera su padre.

Se escucharon los llantos de Luisillo y de Petra al unísono.

—Tienen hambre —dijo Benita.

—Ya voy, madre, no se preocupe.

Consiguió callarlos, una pequeña tregua que le permitiría hacer la tortilla y servirles un vaso de leche antes de acostarlos.

Mientras cascaba los huevos en un plato desportillado dejó volar pensamientos que rondaron los tejados de Madrid hasta posarse en el largo balcón del Apolo.

Y detrás, el Price.

9.
El punto de partida

Fru-Fru… Nombre exótico. Ventana abierta a un horizonte luminoso y brillante.

Fru-Fru… Suena a verbena en Francia. A calles con ambiente de París. A sofisticación. Pero, ante todo y sobre todo, sonaba a futuro.

Fru-Fru… Taller de sueños; los que se desataron en la mente de Consuelito: si se empleaba en ser una buena aprendiza podría convertirse en oficiala y, después, quién sabe si una aclamada modista o llegar a tener su propio taller como el de doña Amelia.

Quimeras, ensoñaciones… Aspiraciones que todavía debían recorrer un enorme trecho para poder entrar en el mundo de lo real. En cambio, lo que sí parecía claro era que se iba alejando de los soportales de la plaza Mayor, donde hacía todo aquello que representaba para ella una auténtica pesadilla y evitaba siempre nombrar. No podía referirse a su nocturna actividad clandestina con nadie más que con Rafael.

La reacción violenta de su padre al enterarse había hecho mella en su ánimo y desató el temor de que pudiera acabar contándoselo a su madre. Por nada del mundo querría que ella se enterara, la mataría del disgusto, «la pobre, con lo delicada que está últimamente».

A Consuelo el taller en el que trabajaba le parecía un negocio un tanto peculiar, en el que igual se daban cita señoras de alto copete como adinerados caballeros que eran quienes solían acabar pagando las facturas. «Caballeros caballerosos», le comentó en una ocasión a Rafael, haciendo un juego de palabras, al hablarle de la clientela del taller.

La fama del Fru-Fru tenía tal alcance que era frecuentado también por grandes nombres de la farándula e incluso por intelectuales y por prebostes de distintos ministerios del Gobierno.

Una mañana se presentaron dos hombres que iban con la idea de cumplir un encargo muy concreto, el de elegir algunos modelos para una función artística. Como la única persona del taller que estaba libre en ese momento para atender al público era otra de las aprendizas, que no sabía qué hacer con lo que le estaban pidiendo, intervino

Consuelito.

—Hombre… a ver, ¿en qué puedo ayudarles, señores?

La otra aprendiza le dio un codazo.

—Perdón, perdón, quise decir caballeros —rectificó con rapidez—. ¿Qué necesitan? —haciéndose ahora lo más refinada que era capaz.

—Tres o cuatro trajes, o vestidos, para una importante artista extranjera. Han de servir para una función muy exclusiva.

Consuelito estuvo a punto de caerse de espaldas. Iba a tener la posibilidad de contribuir a encontrar un vestuario adecuado para una función artística. Era más de lo que había imaginado que podía pasarle en el Fru-Fru.

—Muy bien —dijo con actitud resolutiva—. Acompáñenme, por favor. Algo encontraremos que sea de su agrado.

De los dos, quien llevaba la iniciativa era un hombre agradable, de modales exquisitos y una manera de hablar tan correcta que a la joven le llamaba la atención. Tenía una pronunciada nariz sostenida por un prominente mostacho afinado en los extremos.

Ese hombre le explicó a Consuelo que la artista a la que debían vestir trabajaba en el recién inaugurado Salón Japonés.

—¿No has oído hablar de él?

—No, señor.

—Deberías prestarle atención, en poco tiempo se ha convertido en uno de los sitios más interesantes de Madrid para asistir a un espectáculo —bajó la voz para añadir con un tono cómplice—, aunque no tiene nada que ver con los grandes teatros. Aquello, el Japonés, es otra cosa, ya me entiendes.

—Claro, señor —aseveró Consuelito sin tener ni idea de a lo que estaba refiriéndose—. ¿Y qué tipo de vestidos quieren?

—Elegantes, *ma chérie* —al decirlo, el bigote ascendió al mismo tiempo que las cejas—. ¿Sabe francés?

—No, señor —Consuelito agachó la mirada lamentando no saberlo, ni francés ni tantas otras cosas.

—Oh, no importa. Bien, el caso es que esta artista del Salón Japonés, que es francesa, por cierto, ha sido invitada a participar en una función única en el Teatro Real a beneficio de la Asociación de la Prensa. Y nos ha pedido el favor de ayudarla con el vestuario.

—¡Es un honor para mí, señor! ¡El Teatro Real…!

Al hombre le conmovió la predisposición entusiasta de la joven expresada, consideró, con la evidente ingenuidad de su edad.

—Me gusta el arte —soltó al mismo tiempo que se ruborizaba.

—¿El arte?

Al cliente le sorprendió que a una aprendiza, una joven sencilla, cuya apariencia humilde se escondía bajo el pretencioso uniforme, le

gustara el arte.

—¿Qué tipo de arte? —Quiso saber más—. ¿Pintura? ¿Escultura? ¿Poesía, tal vez?

—El de los teatros, señor. Ese es el arte que me gusta.

—Vaya, qué sorpresa. Entonces seguro que entiendes a la perfección lo que necesitamos.

—¡Eso espero! —reconoció con franqueza.

—Esta criatura resulta deliciosamente pueril —le cuchicheó el hombre a su compañero para que ella no lo oyera.

Media hora tardaron en elegir el vestuario completo; escogieron más vestidos de los que tenían pensado que iban a necesitar, «y todo gracias a usted, señorita, a su eficacia —agradeció el segundo hombre —, se lo haremos saber a doña Amelia».

Doña Amelia apareció justo en ese instante para cobrarles entre adulaciones que, en opinión de Consuelito, no venían a cuento. Los dos caballeros no daban la sensación de ser muy amigos de las lisonjas. Habían demostrado su sentido práctico, sabían lo que querían y se emplearon en ello sin perder el tiempo, aunque se dejaron aconsejar por la joven, lo cual a ella le llenó de enorme satisfacción. Le reconfortó del hecho de no cobrar por su trabajo más que las propinas. Quizás fuera la primera vez en su vida que se había sentido útil y podía saborear lo que se experimenta al haber culminado con éxito una tarea.

—Espero que volvamos a vernos pronto, señorita —se despidió con amabilidad el hombre del mostacho.

—Niña, no tienes ni idea de quiénes son esos caballeros —comentó la dueña después de que se marcharan—. Espero que sea verdad que han quedado satisfechos con lo que les hemos ofrecido.

«Esos caballeros», como dijo doña Amalia, eran dos importantes personalidades de la sociedad madrileña, aunque su influencia y reconocimiento iba mucho más allá. Quien estuvo llevando en todo momento la iniciativa de la compra era Alejandro Saint-Aubin, reputado periodista, pintor y crítico de arte, entre otras actividades. Un intelectual y artista muy respetado, nacido en Madrid de padres franceses. Sus orígenes se traslucían en el punto *chic* de su forma de vestir y de hablar. Descendía de una saga de pintores, dibujantes y grabadores de gran relevancia nada menos que desde el siglo XVIII.

En aquel año de principios de un nuevo siglo, Saint-Aubin ya contaba en su haber con dos cuadros excelentes: *La buenaventura*, que le reportó ser galardonado con la Tercera Medalla en la Exposición Nacional de Bellas Artes de 1895, y *Burlado y vencido*, premiado con la Segunda Medalla dos años más tarde. Ambas contribuyeron a aumentar su prestigio.

—¿Has conocido a Saint-Aubin? —le preguntó impresionado

Rafael por la tarde en su casa taller.

—Sí. ¡Eso es! Así se llama, es que no me salía.

Consuelo llevaba un rato intentando recordar el nombre del periodista al que le había vendido aquella mañana el vestuario para la función teatral, «era un nombre un poco raro, como si fuera compuesto y no sonaba español». Pero Rafael supo enseguida de quién se trataba.

—¿Sabes quién es?

—¡Pues claro! —exclamó Rafael—. Está triunfando como pintor, aunque no lleva mucho tiempo dedicándose a la pintura. Pero en Madrid se habla del taller que ha montado, ¡ya me gustaría a mí tener uno aunque solo fuera parecido! ¿Sabes…? Algún día yo también conseguiré premios con mis cuadros.

Consuelito, a pesar de estar a dos palmos de él, parecía encontrarse lejos, absorta en su mundo de ensueño, en el que ahora empezaba a reconocer tímidos atisbos de posible realidad a largo plazo.

—¡Imagínate! ¡En el Real! Ese señor tiene que ver con una función en el Teatro Real y con una artista extranjera. Eso es una señal, ¿no crees? —comentó exultante Consuelo a Rafael mientras posaba desnuda para él.

—No sé si una señal pero puede ser interesante para ti.

Pero ella no lo escuchaba, ensimismada en sus pensamientos que la condujeron a las bambalinas del Real.

—¿Cómo será ese escenario? ¡Qué suerte la de quien pueda actuar ahí! Quién sabe si yo algún día…

—Estate quieta, Consuelito, que así no hay quien pueda pintar, te mueves más que una culebra —se quejó su amante pintor.

10.
Algunos hombres buenos

Madrid, 1901

En el taller de costura, Consuelito intentaba trabajar lo mejor que podía para, así, prosperar. Observaba que en la trastienda entraban con frecuencia señoras muy perfumadas acompañadas de algunos caballeros con los que claramente coqueteaban. No le daba buena espina. Qué harían ahí dentro. No sabía qué pensar.

Comenzó a sospechar que su lugar de trabajo quizás encubriera algo más allá de los maniquíes y las máquinas de coser, aunque al tiempo que se le ocurrían esas ideas las desechaba por delirantes. El Fru-Fru era un taller de costura y un salón de modas con la clientela más selecta de Madrid. No había más. Punto. Y bien claro que se lo había dejado *madame* Amelia, que así solían llamarla los clientes.

Esa noción de que hubiera algo oculto en muchos movimientos que allí se producían rozaba el absurdo. Es lo que se decía cuando afloraban los extraños pensamientos. El Fru-Fru estaba siendo una oportunidad para ella y de ese modo debía contemplarlo.

Aun así… El trasiego de caballeros y damas, todos muy bien vestidos, entre los salones y la trastienda ubicada al fondo del local y separada por los pesados cortinajes de terciopelo granate, resultaba incesante. Era un ir y venir a todas horas, aunque al finalizar el día se producía una mayor afluencia. Y ni compraban ni realizaban encargo alguno; siempre decían lo mismo: que iban adentro a probarse varios modelos. Vestidos que, finalmente, nunca acababan adquiriendo. Sin embargo, según doña Amelia, eran los que más dinero dejaban en el negocio. Inexplicable para Consuelito. Pero aún más lo era que una misma señora, en una misma ocasión, se probara ropa ante hombres diferentes, que iban entrando y saliendo del «probador» sin que ella se moviera del sitio.

Le preguntó a su compañera, la otra aprendiza.

—A mí nunca me dejan entrar ahí —le contó la chica, que se llamaba Raquel—. Yo creo que hacen cosas guarras.

—¡Anda ya! ¡Qué ideas se te ocurren!

Hablaban cuchicheando para que nadie las oyera.

—¿Cómo van a hacer cosas guarras en un sitio tan lujoso y tan fino? —insistió Consuelito.

—¿Qué tendrá que ver? Además, seguro que los ricos son los que más lo hacen. El sexo, digo, y las cochinadas. Esos se pueden permitir todo lo que se les antoje.

Raquel estaba viendo la cara de incredulidad de su compañera de fatigas.

—¿Y cómo lo permite doña Amelia? —preguntó Consuelito mostrando su inocencia.

—Tú estás tonta, a ti te ha dado un aire. Seguro que es ella la que se lo inventó, ¿no ves que todo esto es suyo?

—¿Estás segura de lo que dices?

Raquel meditó antes de contestar.

—Segura del todo, no. Pero tiene toda la pinta.

Consuelito siguió a lo suyo, convencida de que eran figuraciones de Raquel.

Un día, Saint-Aubin, admirado por su belleza y gracia envuelta en una apabullante naturalidad, y conocedor ya de las aspiraciones artísticas de la joven en las que había ido profundizando en sus visitas al salón para adquirir más vestuario artístico, le propuso que posara para él a cambio de una importante remuneración económica.

—Es un honor para mí, señor. Posar para un pintor tan importante como es usted, de su talento y fama.

—No tanto, no tanto —sonrió quitándose importancia—. ¿Tú me conoces como pintor? —le sorprendió.

—Oh, sí. Es que mi novio también es artista, es pintor.

—Así que tienes novio —le preguntó Saint-Aubin sin ninguna segunda intención.

—Bueno… —se arrepintió de haberlo dicho, en realidad no lo consideraba así a pesar de la insistencia de Rafael—. Novios, novios… Es un amigo, y yo le gusto.

—¿Y él te gusta a ti?

Se quedó pensativa.

—Si le digo la verdad, no lo sé.

—Entonces es que no. Hazme caso, uno sabe bien cuando le gusta alguien, ¡y no digamos si está enamorado! Son sentimientos bastante inequívocos.

—Usted sabe más que yo, seguro que tiene razón.

—No siempre la tengo, pero me temo que en esto sí.

La animó para que no cejara en su empeño de convertirse en artista.

—Si es realmente lo que deseas.

—En eso sí que no tengo ninguna duda —bromeó—. Estoy segura.

—Pues entonces ve a por ello, muchacha. Emplea, para conseguirlo, todas las ganas de los que dispongas. Y si me permites un consejo…

—¡Por favor! —respondió con entusiasmo—. Quiero oírlo.

—Te diré lo que a mí me ha funcionado: energía, paciencia y perseverancia. Es más, creo que son las claves para avanzar en lo que sea en la vida.

—No lo olvidaré nunca, señor. Se lo agradezco.

Los consejos de Saint-Aubin se quedaron revoloteando en busca del sitio en el que anidar para poder ser recordados siempre. Le calaron. Absorbió como una esponja el rosario de palabras que salieron de la boca del pintor.

«Un pintor de verdad».

—Usted me dirá cuándo empezamos…

Consuelito Vello no renunciaba a las visitas a la plaza del Rey para esperar que finalizara la función del Teatro Apolo. Acabó entablando con Pepín Álvarez una amistad que le resultaba agradable. Quizás fuera porque los dos tenían sueños bastante parecidos: convertirse en grandes artistas. Pepín quería serlo de circo, anhelaba ser un gran acróbata.

—Creo que tengo dotes para hacerlo. Se me da bien.

—¿Lo crees? A mí me parece muy difícil, no me imagino en un trapecio, ¡qué miedo!

—El miedo no le va a la acrobacia —contestó con una sonrisa—, así que mejor que tú cantes y bailes y yo me dedique al circo.

Rieron y a Consuelo le sentó bien relajarse.

—Mi padre se opone —le explicó Pepín—, cree que soy un tonto. Pero yo quiero prepararme a fondo para ser el mejor. Lucharé hasta donde haga falta.

—Si tu padre te quiere, querrá que te dediques a algo con lo que puedas ser feliz —tenía presente las enseñanzas de Benita.

—¡Ja! Qué inocente.

—De inocente nada, es lo que me dice mi madre y yo le creo.

A Pepín le llegó al alma que la madre de su amiga le transmitiera ese sentimiento.

—Perdona, lo decía en broma. Está genial que tu madre te apoye.

—Tu padre acabará haciéndolo también, ya verás.

—No lo creo. Él piensa que soy un vago y que me quiero dedicar al circo porque no quiero trabajar.

—¡Como si no fuera un trabajo! Y muy difícil.

—Eso mismo creo yo pero él dice que soy un irresponsable.

—¡Que le den! Tú ni caso. Ve a lo tuyo.

—¿Verdad que sí? Eso es lo que necesito, ánimos.

—Pues cuenta con los míos. ¡A muerte, Pepín! Ve a por ello.

—¡Me encanta tu fuerza! ¡Sí, señor!

Chocaron las palmas de las manos en el aire.

Los ánimos que le infundía a Pepín se los dedicaba, en realidad, a sí misma. Necesitaba reafirmarse en sus ideales y tuvo en él el reflejo perfecto.

—Nos llegará nuestro momento —comentó feliz Pepín—. ¡Ya lo verás!

Esa misma tarde, después de entregar un cesto de ropa en un domicilio, voló hacia el taller de Alejandro Saint-Aubin para su primer posado.

El estudio era amplio y luminoso. Nada que ver con el de Rafael, que era el único que conocía hasta entonces. Infinidad de utensilios, lienzos en blanco y también ya terminados, bocetos, pinturas, telas, esculturas moldeadas en escayola, pinceles… yacían desperdigados por todos los rincones, pero con estilo y mucha clase. En el centro, un valioso diván, de buena madera maciza forrado en delicada seda de tonalidades ocres. Decían que era el taller más lujoso y espacioso de todo Madrid, convertido en escenario de interesantes tertulias de intelectuales de distintos ámbitos.

Antes de comenzar, el pintor tenía una petición que hacerle:

—Quiero pedirte algo, Consuelito, que espero que no te ofenda ya que mis pretensiones son exclusivamente artísticas. Te doy mi palabra.

—Usted dirá, don Alejandro.

—Necesito que poses desnuda.

—¡Desnuda!

—Por favor no me malinterpretes. Te pagaré más, si así lo consideras.

Ella dudó unos segundos. ¿Dónde estaba escrito que todos los hombres tuvieran que verla como objeto de su deseo? ¿También Saint-Aubin? No le había parecido que fuera de ese tipo de personas. Necesitaba creer que existían algunos hombres buenos. No como su

padre o los clientes que solía tener en las noches clandestinas, en las que prostituía su cuerpo.

Cruzó pensamientos en una dirección y en otra, se le juntaron varias maneras de entender la propuesta. Hasta que finalmente decidió apostar por él ya que parecía sincero en su pretensión de ayudarla, a lo que se añadía que, en efecto, le pagaba una interesante remuneración. Saint-Aubin era un hombre respetable, conocido en los círculos intelectuales y artísticos de Madrid, y con buena reputación. No iba a jugárselo todo por una chiquilla, se convenció Consuelito. Se trataba, pues, de algo serio, así que aceptó contenta y convencida de la decisión que le reportaría un beneficio económico tan necesario.

Ni de lejos le daba para vivir pero le venía de perlas para aportar un valioso dinero en casa y poder aliviar la penuria en la que vivían. Si con ello le aligeraba a su madre la carga diaria del trabajo y de la familia se daría por satisfecha.

Saint-Aubin se destapó como una buena persona, haciendo honor a la imagen que se tenía de él y respondiendo a la intuición de ella. Después de que Consuelo le confesase sus carencias de formación, le propuso aprovechar sus visitas a su taller para enseñarle lo más básico, que era leer y escribir.

—Una artista de categoría no puede ser una analfabeta integral —afirmó—. Hay que ponerle remedio con la mayor celeridad.

—¡Don Alejandro! ¿Haría eso por mí? Pero ¿por qué?

—Veamos, bella señorita… —Saint-Aubin se gastaba unas maneras delicadas pero a veces impregnadas de cierto sentido del humor—. No sé si sabes que en este taller ayudo a jóvenes pintores que empiezan en este proceloso mundo del arte.

Por supuesto Consuelo no sabía lo que significaba «proceloso», pero calló y siguió atenta a lo que decía.

—Si desinteresadamente contribuyo a su formación e incluso hago de mecenas de algunos de los que considero de más valía, cómo no voy a hacerlo con alguien como tú. Algo me dice que aprenderás rápido. ¿Y sabes por qué?

Consuelo estaba asombrada.

—¿Por qué, señor?

—Pregúntatelo a ti misma. Solo en ti hallarás la respuesta…

Lo que no podía pensar era que el paso que había dado le acarreara negativas consecuencias personales. Al día siguiente, cuando por la tarde fue a ver a Rafael, surgieron los primeros roces entre ellos.

—Ayer estuve esperándote aquí hasta la noche.

—Se me hizo tarde y me fui a casa.

—¿Y ya está? —Rafael no disimulaba su enfado.

—Sí. Ya está.

—¿Qué estuviste haciendo?

—Eso a ti qué más te da, no tengo que darte explicaciones. Pero, mira, te las voy a dar. Se te olvidó que era mi primer día con *santubín* —no le salía pronunciarlo de otra manera—. Te lo había dicho.

—Aaah, ¡claro!... ¡Acabáramos! —Tiró de ironía hiriente que lanzó contra Consuelo como un dardo—. La señorita no se dignó acudir a su cita con un pintor de tres al cuarto porque, en su lugar, prefirió hacerlo con uno consagrado del que seguramente sacará más tajada.

—¡Cállate, bárbaro!

—Así que es eso, ¿verdad?

—Eres un idiota, Rafa.

—¿Y tú qué eres?

Silencio.

Un golpe bajo.

La pesadumbre larvada en el tiempo y la circunstancia.

Le hizo daño.

—No tienes ningún derecho. Eres muy injusto. Poso para él porque me paga bien.

—¿También lo haces desnuda? ¿Qué más haces para él?

La ofensa crecía en el corazón de Consuelito. No estaba dispuesta a permitir que continuara metiéndose con ella de esa manera.

—Él me paga por posar. ¿Y tú? ¿Vas a pagarme alguna vez? —se atrevió a recriminarle.

—¿Eso es lo que esperas de mí, que te pague? Supongo que no hablarás en serio.

—¿Y si lo hiciera? —replicó retadora.

Rafael consideró que si respondía les costaría salir de la espiral de reproches en la que se estaban adentrando, y no veía claro adónde podría conducirles. No tenía ganas de entablar una discusión seria con Consuelo.

—Dejémoslo —dijo condescendiente—. Anda, ve a prepararte para la sesión. Yo voy a sacar las pinturas, ya tengo aquí los pinceles que necesito.

Unos segundos de reflexión. Llevaba los hombros cubiertos por un mantón que le había prestado su madre. Era la única herencia que conservaba de su abuela. Y aunque no era de seda estaba bordado con hilos finos y de hermosos colores, y tenía como remate unos vistosos flecos. Jamás se lo ponía pero había querido visitar por primera vez el

estudio de Saint-Aubin con una prenda especial que resaltara su belleza. Si pretendía impresionarlo, lo consiguió. Saint-Aubin supo captar la singularidad del atuendo que aumentaba el atractivo de la joven.

Se había sentido tan bien que volvió a lucirlo.

Allí seguía, sin moverse. Tomó la decisión. Irrevocable. Continuaba plantada en medio del taller, frente a Rafael, envuelta en el mantón. Observó sus movimientos cogiendo y soltando paleta y pinceles. Inspiró profundamente y al soltar el aire de sus pulmones soltó también la ira que sentía hacia él.

No dijo nada. Caminó hacia la puerta y sin despedirse salió dejándola entreabierta. Ni siquiera quiso molestarse en cerrarla. Creyó que no merecía la pena.

11.
La madame

Consuelito era siempre muy puntual. Cuando aquella mañana llegó al Fru-Fru, doña Amelia ya estaba esperándola sentada en el sofá de terciopelo. Quiso hablar con ella antes de que se cambiara de ropa y se enfundara el uniforme, lo que generó una súbita preocupación en la joven.

—Verás, voy a ir al grano. Pero antes quítate esa cara de asustada.

Verdaderamente lo estaba. El comentario no le tranquilizó. No era capaz de contemplar la posibilidad de quedarse sin trabajo.

—Voy a proponerte un ascenso. ¿Qué te parece?

¿Estaba soñando…? Era lo que menos podía esperar que le dijera. Le sonó a música celestial que aceleró el latido de su corazón.

—Muchas gracias, doña Amelia, es usted muy buena. ¡No la defraudaré! Se lo juro.

—Bueno, bueno, déjate de juramentos. Antes tendré que explicarte lo que estoy proponiéndote, ¿no?

Se quedó cortada. Si acababa de decirle que iba a ascenderla estaba claro en qué consistía la oferta: en dejar de ser aprendiza.

Pero se equivocaba. Ni remotamente habría podido sospechar lo que le estaba proponiendo.

—Ya te anticipo que, si aceptas, podrás ganar mucho dinero. Supongo que te habrás dado cuenta de que al fondo del taller hay unas espesas cortinas, ¿verdad?

Solo se atrevió a asentir con la cabeza.

—¿Y sabes lo que hay detrás?

—Un probador —respondió Consuelo tímidamente.

—Sí, en cierto modo es un probador —dijo sin poder evitar la risa—, pero no de ropa. Ya has visto que en este salón tenemos una clientela de lo más selecta. Los hombres a los que atendemos son discretos y, sobre todo, acaudalados. Mucho nivel, ¿entiendes? —Dibujó una cabriola en el aire estirando un brazo.

La muchacha volvió a asentir. Imposible para ella adivinar por dónde iba doña Amelia. O sería más acertado pensar que prefería no

adivinarlo.

—Todos esos caballeros se marchan siempre satisfechos. Nuestras chicas saben lo que quieren, sus preferencias, sus gustos, y los complacen. A veces incluso con creces y eso luego se nota en la caja.

El puñetero destino. Consuelito, demudada, se quedó sin habla.

—No me mires así, ni que hubieras tenido una aparición mariana. Soy la *madame* de este *meublé* —enfatizaba el acento francés como si con ello suavizara la ilegal actividad que encubría.

Como la muchacha no articulaba palabra, doña Amelia quiso saber:

—A ver, niña. ¿Tú sabes lo que es un *meublé*?

—No, señora. —Agachó la cabeza sintiendo vergüenza por su escaso conocimiento.

—Me lo temía. Prostíbulo, puterío… ¿Eso sí lo entiendes?

No solo lo entendió a la primera esta vez sino que la acongojó pensar en lo que posiblemente estaba ofreciéndole como un ascenso.

«¡Cómo he podido ser tan inocente!», se lamentó en silencio. Todo ese tiempo había estado pensando que a doña Amelia la llamaban *madame* porque llamarla señora en francés le aportaba distinción, cuando en realidad era una puta. Con un poco de clase, tampoco mucha, pero puta al fin y al cabo.

—Ninguno hay en toda la capital como el Fru-Fru. Por eso tenemos tanta clientela y tan fiel. Y resulta que muchos señores, de entre nuestros clientes, se han fijado en ti y llevan tiempo pidiéndome que seas tú quien los… «atienda» —esta última palabra la susurró, apeándola de la frase.

—¿Que yo les atienda?

—Sí. Solicitan tu compañía íntima y lo que eso conlleva. Sé que no lo has hecho nunca, no te preocupes. Si aceptas puedes ganar mucho dinero y seguro que a tu familia le iría muy bien. Estoy segura de que te acostumbrarás rápido.

Le costaba tragar saliva y respirar. «Sé que no lo has hecho nunca»… Sintió un puñal atravesado en la garganta. Se moriría si alguien se enterara de a qué se había estado dedicando las noches de la plaza Mayor.

El destino es puñetero, era el runrún que se instaló en su cabeza.

Terrible.

Odioso.

Puñetero.

Estuvo convencida de que el Fru-Fru podría ser la llave que le abriera el camino a un futuro mejor, que le facilitaría salir del lumpen nocturno, y resultó ser lo mismo, prostitución, pero por la puerta grande y de lujo. ¡Qué más daba!

Puñetero destino. Puñetera prostitución.

De nuevo vio alejarse los carteles con su nombre colgados en los mejores teatros. Lo suyo, su sino, no era otra cosa que el fango, lo más bajo y miserable. Demasiado joven para encajarlo con entereza.

Tembló. De miedo y de angustia. Y le entraron ganas de llorar.

Por supuesto se reprimió, con gran esfuerzo.

—¿Qué me dices?

—Yo… doña Amelia… pues… no sé qué decirle.

—Tranquila, tómate unos días para responderme. ¿De acuerdo?

—Sí.

Acertó a balbucear el lacónico «sí», pero nada más.

—Un par de días será suficiente —añadió la mujer.

La mente de Consuelito intentaba activarse y pensar algo coherente. A la única conclusión a la que pudo llegar fue que esos días que tenía de margen para dar una respuesta los emplearía en buscar otro trabajo.

Pero el Fru-Fru no era el único taller de prostitución encubierta que funcionaba en la capital. Desconocía que en aquel Madrid de doble moral y falsas apariencias, una buena parte de las prostitutas procedían o ejercían en talleres de confección similares, en los que el negocio se escondía en la trastienda. Tras espesos cortinajes granates, como los del Fru-Fru.

Tras una moralidad inexistente.

Pasó el resto de la mañana arrastrando su pesar de un lado a otro del taller, en un vano intento de concentrarse en las tareas.

La jornada se le hizo larga. Al terminar acudió a la plaza del Rey, a sentarse en el banco de siempre, frente a la salida trasera del Teatro Apolo. La de los artistas.

—Hola, Pepín.

—¡Uf! Vaya cara traes hoy, Consuelito.

—¿Tan mal me ves?

—Hombre… mu bien, mu bien, no te veo, amiga. —El chaval nunca perdía su chispa.

—Ya… Tienes razón.

—A ti te pasa algo. ¿Puedo ayudarte?

—Gracias, pero creo que nadie puede ayudarme.

—¿Tan grave es?

—No he tenido un buen día. Pero tú no te preocupes, no he venido para aguarte la tarde. Mi madre siempre me dice que todo lo malo acaba pasando. Hay que mirar hacia delante, olvidarse de lo

malo del pasado y caminar hacia el futuro.

¿Futuro…?

¿Qué futuro le esperaba a ella, si todos los caminos la conducían al mismo punto: miseria y prostitución? Y todavía no era adulta.

Hablando con Pepín esa tarde le embargó la clara sensación de que le habían robado la inocencia, que le habían hurtado su infancia, y había sido la propia vida la que lo había hecho. ¿Cómo, entonces, sortearla? Se vio encajonada en un punto fijo. Un callejón sin salida hacia ninguna dirección.

—¿Te ha pasado alguna vez, que estás viviendo algo que crees que estás en un sueño? Bueno, en una pesadilla. No sé cómo explicártelo, Pepín. Me refiero a que te está pasando algo que es tan malo, tan malo, que sientes que no está pasando sino que es un mal sueño en el que tú mismo estás metido. Pero no eres tú. ¿Lo entiendes?

—Pues la verdad es que no. Cómo quieres que entienda ese galimatías.

—¿Ese gali qué?

—Embrollo, Consuelito. Ese embrollo. Menudo lío tienes en tu cabeza.

Se sentía cansada, decaída, empapada de desánimo. En ese momento en el que no estaba para tomar ninguna decisión, de repente una idea atravesó su mente como un rayo. Le habría gustado más imaginar una estrella fugaz, pero sin duda fue un rayo.

—Tengo que irme.

—¿Tan pronto?

A Pepín le extrañó que quisiera irse con tanta prisa, últimamente solían conversar durante largos ratos.

—Sí, tengo que hacer algo importante.

—¿Pero no puedes hacerlo mañana? Quédate un poco más.

—No, lo tengo que hacer ahora. Nos vemos otro día.

—Bueno, vale, ¡suerte!

Dirigió sus pasos apresurados hacia la casa de Rafael. A él le complació que Consuelo volviera por su taller después de la discusión que se desató entre ellos la última vez que se vieron.

—No me gusta que estemos enfadados —le dijo nada más entrar y fue a darle un beso que ella rechazó—. Me alegro mucho de verte, Consuelito.

—Pues guárdate la alegría para otra ocasión.

—Lamento mucho que te marcharas como lo hiciste, fue culpa mía, no tenía que haberme puesto tan furioso. Te pido disculpas.

—Me aclaraste las ideas.

—¿Qué ideas?

—Me hiciste ver con una claridad que no tenía cómo es nuestra

relación.

—No lleves tan al extremo una simple discusión.

—No lo entiendes. Fue mucho más que una simple discusión.

—Me puse celoso, eso es todo.

Comenzó a disponer los pinceles junto a una paleta usada.

—Venga, cariño, ve preparándote. Hoy vamos a recuperar el tiempo de pintura perdido —comentó animoso.

Pero Consuelo seguía inmóvil cerca de la puerta observando los movimientos de Rafael.

—¿Podemos empezar? —le preguntó viendo que no se movía ni mostraba intención de hacerlo.

—Eso es lo que soy para ti. Una modelo para tus cuadros. Pero una modelo que te sale gratis. Eso sí, me largas el rollo ese de que somos novios.

—¡Qué tontería es esa! Tú eres para mí muc…

—¿Vas a pagarme? —lo cortó—. *Santubín* lo hace —así seguía llamando a Saint-Aubin.

—¿Te has vuelto loca?

—Se te ha acabado el chollo, Rafael. Ya me harté.

—¿Qué quieres decir con que te has hartado?

—Que no prepares nada, no va a hacer falta. No voy a quedarme. Me marcho, para siempre.

Rafael soltó los pinceles y la paleta.

—Te he pedido disculpas.

—Y yo lo que te pido es que me dejes en paz.

—¿Quieres que rompamos?

—Se terminó. Adiós, Rafael —dijo inmutable.

Sin más dio media vuelta y salió a la calle, dejando a su amante con la palabra en la boca y su orgullo de hombre pisoteado diluyéndose entre la mezcla de pintura y agua.

12.
Clandestino

Hay días, extraños y excepcionales, en los que uno se levanta con un presentimiento atravesado en la boca. En esos días, que por suerte suceden muy de vez en cuando o puede que tal vez nunca, nos aferramos a la cotidianidad no vaya a ser que salirnos de ella nos conduzca inesperadamente al abismo.

Consuelo Vello entendía de abismos y de pozos oscuros. Haber encontrado trabajo en el Fru-Fru podría haberle ayudado a enfilar un sendero en la vida que le abriera ventanas a las que asomarse en el triste camino de lo sucio y miserable. Pero estaba viendo que no iba a ser así. Las ventanas se cerraban.

Aquella mañana amaneció como las demás. O eso parecía. La muchacha se vistió, tomó su tazón de achicoria con pan duro migado, le dio un beso a su madre y se fue al taller de doña Amelia. Para cuando se marchaba, su padre hacía rato que se había ido a trabajar, comenzaba muy temprano salvo los días en los que había tenido ronda nocturna la noche anterior.

En el salón de moda se puso su uniforme y buscó la ropa que debía preparar para llevarla a donde correspondiera. Todo dentro del orden normal del hábito diario. Nada había en el horizonte de aquella jornada que indujera a pensar que pudiera torcerse.

—Buenos días, don Ramón —saludó a un cliente asiduo—. Sí que ha llegado pronto hoy.

—Ya ves, Consuelo. Esta mañana tengo una reunión importante y quiero «prepararme» antes para estar en forma —destiló picardía en la mirada al guiñarle un ojo.

Y desapareció tras los pesados cortinajes del fondo del local. O sea, todo normal.

Cuando tuvo lista la ropa para entregar se lanzó a la calle a iniciar el reparto. Esa mañana iba a dos casas, como siempre del barrio de Salamanca. Lo normal.

Sin embargo, de regreso al taller, lo ordinario, natural, común, frecuente, en definitiva lo normal, se truncó. Al girar en la calle del Fru-Fru vio, a lo lejos, un movimiento inusual a la altura precisamente

del local. En la distancia no podía distinguir qué sucedía pero conforme fue acercándose vio con claridad una multitud arremolinada ante el portal y muchos agentes de la autoridad intentando poner orden.

Corrió hacia allí, algo estaba pasando y parecía grave. La calle estaba llena de curiosos que no paraban de hablar; le costó hacerse un hueco para aproximarse a la entrada a codazos. Entonces pudo verlo todo y en primera línea. Varios agentes de la guardia municipal se llevaban detenida a doña Amelia, víctima de un pronunciado ataque de nervios. Chillaba como si la estuvieran acuchillando y no paraba de dar patadas y tirones para soltarse de los policías. «¡Zafios de mierda, no sabéis lo que estáis haciendo!», bramaba. «¡Lo pagaréis caro! ¿Quién ha sido? ¡Esto no va a quedarse así! ¡Socorro! ¡Socorro!».

Aquel sainete sucedió con suma rapidez, sin tiempo para que Consuelito pudiera entender a qué venía todo ese escándalo, del que se había librado por minutos ya que vio salir detrás de doña Amelia a dos aprendizas y varias doncellas igualmente detenidas.

«¡Quién ha sidooo!», seguía gritando la dueña del Fru-Fru mientras la empujaban hacia el interior del coche de las fuerzas del orden, con los pechos reventones saliéndose del corpiño. Pero la pregunta que hacía tenía sentido, alguien debió de delatarlas, como en efecto había sido. Consuelito fue preguntando a algunos curiosos si sabían lo que estaba ocurriendo.

Había un responsable del desaguisado, un jovenzuelo que, al pasar por delante de la fachada del taller, escuchó unos ruidos extraños, gemidos que procedían del interior y que bien podrían haber sido una petición de auxilio como una llamada al placer, y resultó ser lo segundo. En un descuido alguien se olvidó de cerrar una de las mirillas del salón de moda, el chaval empujó para acabar de abrirla y se quedó petrificado al ver a un hombre y una mujer desnudos entregándose a un intercambio sexual que le pareció terrible e inmoral. Correspondía a la trastienda del negocio. Alarmado, inmediatamente avisó a los guardias que estaban cerca haciendo su ronda para que entraran a ver qué pasaba. Para entonces, los mirones habían proliferado y el corrillo delante de la escena fue en aumento de forma tan rápida como espontánea. Los desnudos protagonistas, pillados *in fraganti*, se taparon con lo primero que encontraron y huyeron despavoridos hacia el interior del local, quitándose de en medio de las miradas indiscretas y juzgadoras.

Escasos minutos tardaron en llegar refuerzos para desmantelar el taller que, siendo de costura, escondía uno de los burdeles de más alto postín de la capital. La tapadera perfecta. A Consuelo no le había dado tiempo de responder a la desalentadora propuesta que le hizo doña Amelia precisamente para que trabajara en esa cara oculta del

negocio.

El coche de los guardias arrancó con las mujeres dentro y mientras se alejaba se seguían escuchando los gritos aberrantes de doña Amelia.

Desolada, Consuelo echó un vistazo a su alrededor descubriendo que se encontraba en un escenario de después de una batalla. Descubriendo, también, a un chaval que, desde la acera de enfrente, lo observaba todo con claro gesto de satisfacción dibujado en su cara. Al darse cuenta de que la chica tenía su mirada clavada en él, soltó una lacerante carcajada y huyó del lugar. Estaba claro quién había sido el delator.

Por si a ese convulso día le faltara algo, el estado de salud de Benita empeoró. Estado de salud o cansancio, como ella insistía en llamarlo sin descanso, el mismo que no tenía.

—Qué pocas fuerzas tengo, mi niña…

—Que no, madre, que a usted aún le queda mucha batalla que dar.

—Tienes razón —afirmó con descomunal dificultad—. Esto pasará.

—Pues claro, todo lo malo pasa. Es lo que usted me ha enseñado.

Cómo gira el mundo y se coloca del revés en cuestión de horas, o peor aún, de minutos, es algo inexplicable. Crees hallarte en un punto del camino de la vida y, de repente, descubres que estás justo en el lado opuesto. Como si te dispusieras a cruzar un río para cambiar de orilla, cuando resulta que estabas en la otra, con lo que ya no te mueves del sitio.

Se vio pasando de una clandestinidad a otra sin pausa, de la plaza Mayor a Fernando VI y del taller de la calle de Fernando VI a los soportales de la plaza Mayor. Como viajes de ida y vuelta.

Pensó que lo que el destino tenía previsto para ella la confinaba a no salir de los límites de lo clandestino, y así no había manera de ir hacia delante.

Había quedado roto el abrazo que quiso darle al futuro.

13.
Hazlo, Consuelito, hazlo…

Volvió a llamar a una puerta amiga. Necesitaba ayuda. El más temido de los horrores de sus pesadillas volvía a hacerse realidad en forma de arcos de piedra bajo noches oscuras.

Oscuras de cielo y de alma.

No se le ocurría otra forma más rápida de conseguir algo de dinero que la que ya conocía. Volvió a elegir la plaza Mayor simplemente por ser un territorio conocido para ella y que, dentro de lo que cabe, le aseguraba cierta discreción al tener rincones y escondrijos en los que poder entregar su cuerpo sin ser vista.

La situación económica de la familia era crítica. Su padre cada vez gastaba más del poco dinero que ganaba como guardia civil. Menudo ejemplo, pensaba Consuelo cada vez que en casa sufrían sus borracheras.

Aunque en el Fru-Fru no ganaba un dinero que pudiera considerarse un sueldo, al menos era algo, una ayuda que venía muy bien pero que se acababa de esfumar. Por más que le destrozara por dentro, no podía quedarse de brazos cruzados y decidió volver a la calle a prostituirse.

Decidió, también, pedirle ayuda a su amigo Saint-Aubin, quien se alegró sinceramente de volver a verla.

—Piénselo, don Alejandro, ¿de verdad que no necesita que pose otra vez para usted?

Se lo había explicado. Atravesaba un momento artístico que lo había llevado a decantarse por el paisajismo para apartarse poco a poco de las figuras humanas. A pesar de ello, y sin necesitar entonces a ninguna modelo, Saint-Aubin no tenía que pensarlo mucho cuando se trataba de ayudar a alguien en apuros, y más aún siendo Consuelito.

—Está bien. ¿Será suficiente con dos sesiones? ¿Mejor tres…?

La muchacha dio un salto rápido para abrazarse a él agradeciéndole su apoyo.

—Dos o tres sesiones conmigo no va a solucionar mucho tu bolsillo. Tendrías que tomarte en serio dar pasos, avanzar, para

cumplir tu sueño de ser artista. Al menos te mereces intentarlo.

Saint-Aubin la consideraba como si fuera su hija. La que no tenía. Estaba soltero.

—Pero eso me llevaría mucho tiempo —le argumentaba Consuelo—y tengo que llevar algo de dinero a casa. Mi padre se lo gasta todo en la taberna. Y mi madre está cada vez peor, se mata a trabajar y parece que le están fallando las fuerzas. No quiere comer. Me preocupa.

—¿Puedo hacer algo? —Saint-Aubin se conmovió.

—No, muchas gracias, don Alejandro. Bastante hace usted ya.

—Te veo muy desanimada.

—Es que lo estoy. No es para menos. El cierre del Fru-Fru ha sido un golpe que no esperaba.

—Pero ¿tú no sospechabas lo que allí se cocía?

—¿Se cocía?

—Mujer, es una manera de hablar. Quiero decir lo que ocurría al fondo del local. Medio Madrid era conocedor del negocio de doña Amelia, al que, por cierto, nunca he recurrido. Lo digo para que no pienses lo que no es.

—¡Oh, no, no! No se me habría ocurrido pensarlo.

—Bueno, por si las moscas. Y no me vayas a preguntar ahora qué le pasa a las moscas —rio el hombre—. En fin, que entiendo que una persona inocente y sana como tú no diera crédito a que un taller de costura pudiera ser un prostíbulo.

Inocente y sana.

Consuelo se sintió fatal, pensó en lo que iba a volver a hacer por las noches. «Si usted supiera, don Alejandro», danzó en su mente.

—¿Y cómo llevas tus lecturas?

—Pues no muy bien, con tanto lío… No tengo tiempo. Además me atasco mucho.

—Lo entiendo. Pero, aun así, no dejes de hacer los ejercicios que te puse, verás que pronto podrás escribir y leer mucho mejor. Y déjame que insista en que te emplees a fondo en conseguir lo que tanto deseas. ¿No te gustaría ver tu nombre como el de Joaquina Pino, en teatros como el Apolo?

El Teatro Apolo… La cuna de sus sueños.

—¡Pues claro! A quién no le gustaría.

—Ya sabes, entonces, lo que tienes que hacer. ¡Esforzarte!

—Si yo me esfuerzo. —Durante unos segundos Consuelo se convirtió en la niña que en verdad era por edad. Vulnerable e inocente, a pesar de todo—. Don Alejandro, le agradezco otra vez que me eche una mano.

—Una, dos o las que hagan falta. Eres buena. Solo falta que la suerte te acompañe. Confía en que pronto pueda pasar. Pon también

de tu parte y empújala un poquito, anda.

—Usted siempre con su buen humor.

A la salida del taller de Saint-Aubin, y con la estela de sus palabras de ánimo bajo las suelas de las desastrosas sandalias, sus pies la condujeron hasta el Teatro Apolo. Faltaba poco para que la función acabara. Lo rodeó para acercarse a la plaza del Rey. Pepín estaba sentado en el banco de siempre. Fue a por él, lo cogió del brazo y lo arrastró hasta la entrada, de nuevo, del Apolo para pedirle que le leyera el cartel de la representación y el elenco de artistas:

—La obra se llama *Doloretes* y es de un tal Carlos Arniches —leyó Pepín.

—¿Qué más pone? Sigue leyendo.

—La música es de Amadeo Vives y de Manuel Quis… espera, qué apellido tan raro, a ver si me sale. Quis-lant —separó las sílabas para decirlo bien—. Es una zarzuela.

—¿Y la actriz que hace de protagonista se llama Joaquina?

—¡Sí! Joaquina Pino, en el papel de Doloretes.

Pino era la estrella de la compañía del Teatro Apolo.

—¿Sabes qué, Pepín? Algún día yo seré como Joaquina Pino. Seré una gran artista.

—¡Así me gusta! Yo también lo seré, seremos grandes artistas, cada uno en lo suyo. Lo estoy viendo —puso cara de soñador y describió en el aire un par de cabriolas mientras hablaba—, nuestros nombres escritos con letras grandes en las mejores carteleras.

—Eres único, Pepín —rio—. Tengo que irme, llevo muchas horas fuera de casa y mi madre va a regañarme.

—Marche usted con Dios, señorita Vello. —El amigo le hizo una graciosa reverencia para despedirla.

Consuelo emprendió camino de regreso a casa animada. Entre Saint-Aubin y Pepín habían conseguido que, si bien su situación no cambiaba apenas, la viera con otros ojos no tan cenizos.

Sus pensamientos volaron con ella. Ser una gran artista. Actuar para el público. Por qué no. Estaba dejando de ser una completa analfabeta y eso lo considera un gran paso. Tenía que esforzarse más pero merecía la pena.

Se dio cuenta de que a pesar de la carrera se le había echado el tiempo encima. Quizás no tenía que haber ido a ver a Pepín, ¡pero le sentó tan bien!

Encontró abierta de par en par la puerta de casa. Y gente dentro. No entendía qué hacía allí el párroco del barrio.

Su padre, sentado y con el cuerpo inclinado sobre la mesa llorando junto a un vaso y una botella de vino prácticamente vacía.

Nada más entrar se hizo un silencio que no gustó nada a Consuelo, y menos aún que las miradas de todos los presentes se

dirigieran a ella.

—Pobrecilla —fue a abrazarla una vecina—. Tienes que ser fuerte, niña.

Sintió un latigazo de angustia partiéndole el pecho.

—¡Qué pasa, padre! ¿Dónde está madre?

Pero Laureano no podía levantar la cabeza, de la borrachera.

Fue al dormitorio, temiendo. Con un inmenso miedo de niña.

El pánico halló su hueco y su sentido. La madre yacía muerta en la cama.

Muerta.

Los propios gritos de dolor de Consuelito traspasaron su corazón y viajaron en el tiempo de los años venideros en los que no iba a poder olvidar la escena. La imagen de Benita inerte. Tan buena, tan entregada, tan cariñosa… Tan muerta ahora.

Insufrible lo que se le venía encima. Soportar la vida sin ella. Le inundó la rabia porque el destino hubiera querido arrebatársela de su lado tan pronto. Le hacía tanta falta… En vida había sido consciente del amor que sentía por su madre, pero sobrevenida la muerte, se le quedó corto para lo que realmente sentía.

No se movió de su lado en toda la noche, sosteniéndole una mano entre las suyas, cada vez más gélida. Cada vez más lejos.

El inicio de la mañana siguiente resultó tan áspero como una lija sobre la piel.

Una mañana árida y triste como ninguna otra.

Benita Cano, lavandera, manchega de El Toboso, fue enterrada en compañía de su marido, tres hijos y algunos vecinos, pocos, la verdad, para lo que merecía una mujer como ella. El nicho era de los más humildes del cementerio. De los más pobres. «Descanse en paz y vayan todos con Dios». Despedida del cura y Consuelito preguntándose en qué estaría pensando Dios para permitir semejante e irreversible desgracia.

Besó con la fuerza de la desesperación su medalla de la Virgen de la Soledad que dejó apretada contra su pecho durante un rato en el que perdió la noción del tiempo, aunque más hubiera querido perderla de la realidad.

El vacío que queda cuando ya todo acaba le horadó el corazón. Intentó permanecer en casa con su familia pero se le hacía imposible porque la ausencia de su madre cubría como un manto luctuoso cada rincón de la reducida vivienda. Salió a la calle y deambuló durante horas sin rumbo fijo. Estaba convencida de que su madre había fallecido por no poder alimentarse bien, desnutrida y agotada hasta la extenuación por el exceso de trabajo y la mala vida que le daba su padre.

Regó de lágrimas las calles por las que caminaba.

Pasó por delante de la vivienda de Rafael. Se detuvo a observar una ventana que daba al exterior, pero siguió su camino sin llamar a la puerta.

Pensó que ver a Pepín le reconfortaría, así que se dirigió hacia la plaza del Rey. Pero justo ese día no estaba sentado en su banco de piedra. Entonces se sintió sola. No se lo ocurrió pensar que su amigo no estuviera donde siempre, necesitaba hablar con alguien y Pepín sabía cómo tornar en luminosidad el lado oscuro de cualquier circunstancia y eso era lo que mejor le iría en ese momento.

Se sentó en el banco. Qué inabarcable resulta la soledad cuando se apaga una de las luces que te guían en la vida. La muerte de su madre le causó el dolor de lo irreversible.

No se encontraba lejos de la plaza Mayor y decidió ir. Había olvidado el aspecto que tenía de día, casi le costaba reconocerla a la luz del sol.

Una vez más, la necesidad de una voz amiga en un momento de desolación la condujo a casa de Saint-Aubin.

—¡Bienvenida! —exclamó al abrir la puerta—. Desconocía que tuvieras dotes de adivina. Iba a enviar a buscarte porque quería hablar contigo. Tengo algo interesante que contarte. Oye… ¿qué te ocurre?

Cuando la miró con detenimiento advirtió el rostro demudado de la joven, que volvió a llorar con tal desconsuelo que su amigo corrió a abrazarla.

—Vamos, mi niña, cuéntame, ¿qué pasa?

Le ayudó a sentarse e intentó calmarla para que pudiera hablar. «Mamá está muerta», «yo no pude ayudarla», «la pobre, no comía», «no he visto a nadie trabajar más que ella», «¿qué va a ser de mí ahora…?». Más que hablar, disparaba las frases.

Don Alejandro comprendió la pena de la joven pero quiso hacerle ver, aunque la muerte de su madre estuviera tan reciente, solo cuestión de unas horas, que tenía que continuar hacia delante, que la vida seguía.

—Eres muy joven y te quedan tantas cosas por hacer… No puedes permitirte hundirte por muy terrible que haya sido el golpe que has recibido, y créeme que sé lo duro que es para ti.

Consuelo solo lloraba. Pero por encima de su llanto necesitaba que Saint-Aubin le siguiera hablando. Así lo entendió él.

—Sé que ahora te importa poco lo que voy a decirte, pero tienes que escuchar con atención. ¿Sabes para qué quería hablar contigo? Me he enterado de que en el Teatro de la Zarzuela buscan a jóvenes para que formen parte de su compañía lírica, van a renovar el cuerpo de figurantes y creo que también el de coros. Podría ser una gran oportunidad para ti, Consuelito.

—Se lo agradezco mucho, don Alejandro —hablaba con

dificultad entre hipidos—, pero entienda que ahora no estoy para nada.

—Lo siento, no voy a entenderlo porque no estoy de acuerdo con ello.

—¿Qué voy a hacer ahora sola? —volvió a arreciar el llanto.

—Te diré lo que vas a hacer ahora: hacerle caso a tu madre, intentar cumplir tus sueños. ¿No es eso lo que ella siempre te decía?

Poco a poco, tan lentamente como tardaba Benita en hacer sus guisos tan ricos que ya no volverían, la joven fue dejando de llorar mientras seguía atentamente las palabras de su amigo.

—El recuerdo de tu madre tiene que hacerte reaccionar. Acude a ese teatro para realizar las pruebas y cómete el mundo.

—¿Usted cree que puedo hacerlo en estas condiciones?

—Hazlo, Consuelito, hazlo, preséntate a las audiciones —le animó Saint-Aubin—. Hazlo por tu madre, ella querría que lo hicieras.

«Hazlo, Consuelito, hazlo»… imaginó que le decía su madre desde el incierto lugar en el que se hallara.

Hazlo…

14.
La primera vez

Teatro de la Zarzuela, Madrid, diciembre de 1901

Las puertas del teatro estaban abarrotadas de aspirantes a formar parte de su compañía artística. Había varias colas integradas por jóvenes de ambos sexos dispuestos a luchar por una primera oportunidad en los escenarios.

En una de ellas, Consuelo. Y delante suyo, Nati, una chica poco agraciada físicamente pero agradable y cercana. No les resultó difícil entablar conversación. Nati optaba al coro. Consuelo, a lo que fuera.

De repente, Consuelo se apretó la tripa y se agachó casi hasta caerse al suelo doblada de dolor. No podía mantenerse en pie. Fue como si un cuchillo le hubiera rasgado las entrañas. Respiró hondo, ayudada por Nati, que se agachó a asistirla pidiendo auxilio.

—¡No, no! No llames a nadie, por favor, quiero hacer las pruebas —le rogó Consuelo.

—Estás loca, sería una temeridad.

—Puede que esté loca, no lo niego —hablaba mientras seguía sujetándose el vientre—, pero necesito este trabajo, Nati. Estoy bien, no pasa nada, ha sido un mareo —les dijo a quienes se disponían a llamar a alguien para que le atendiera.

—De acuerdo, dame la mano, voy a levantarte —le dijo Nati mientras la aupaba del suelo—. Ponte bien la falda, espera, que te ayudo.

—Eres una persona muy amable, Nati. ¡Gracias!

—Bueno, mujer, cualquiera hubiera hecho lo mismo. ¿Seguro que estás bien?

—Seguro. Ya pasó. Todo lo malo pasa. —Le cogió la mano como muestra de agradecimiento, pero también por lo alentador que le resultó sentir que no había estado sola en aquel trance.

Las dos fueron avanzando en la cola sin dejar de conversar hasta

que les llegó el turno.

«¡Suerte!», se desearon la una a la otra.

—¡La siguiente! Señorita Vello Cano, doña Consuelo. Por favor acceda al centro del escenario.

La primera impresión que tuvo Consuelito en aquella sala preparada para examinar a las candidatas fue la de sentirse pequeña ante la situación.

—¿Edad? —preguntó uno de los hombres sentados en la misma fila junto a otros cuatro, en el centro del patio de butacas. De todos, era el más serio.

—¿Edad? ¿La mía? —dijo Consuelito, los nervios estaban jugándole una mala pasada.

—No va a ser la mía, señorita, que ya me la sé.

—Perdone, señor. Sí, claro. Tengo diecisiete años.

Le sobrecogía el hecho de estar a punto de cantar y bailar ante personas que no la conocían de nada y que, encima, iban a examinarla. Pensó en su madre, en lo que diría si la viera allí, «sea cual sea el resultado haces bien en presentarte e intentarlo».

Qué lejos está, madre. Qué lejos…

Un joven ayudante de los examinadores le pasó varios papeles con letras de zarzuelas, el género que estaba en boga en aquel momento; el mismo que daba nombre al teatro. Otro de los hombres del tribunal le preguntó por el tema que mejor se sabía de cuantos le habían dado. Respondió que *Agua, azucarillos y aguardiente*.

Recogiéndose los nervios en manojillos que ocultó como flores escarchadas tras su candorosa sonrisa, comenzó a cantar. Su voz no sonaba precisamente armoniosa. Las expresiones de los miembros del tribunal de audiciones no eran halagüeñas al respecto y ella lo notó. Sin embargo, la gracia con la que se movía, los balanceos de su delgado cuerpo y su picardía envuelta en un halo de inocencia desprendían un atractivo que compensaba la falta de una gran voz. A su innegable belleza añadía también simpatía y desparpajo recorriendo el escenario, hasta el punto de que encandiló a los examinadores, que acabaron admitiéndola sin pensárselo mucho a pesar de la desastrosa interpretación vocal.

¡Qué gran día! Notaba el cobijo de la sombra protectora de su madre, a la que agradeció la fuerza infundida para dar un paso que había resultado fructuoso, si bien iba a ser una mera figurante. Pero lo entendía como el primer peldaño de una extensa escalera por la que iría ascendiendo.

Fue ese un momento único en su vida. Se sintió como Moisés caminando sobre las aguas, según le inspiró Saint-Aubin cuando conoció que la habían seleccionado, aunque no sabía quién era Moisés ni por qué caminaba sobre el agua si eso era imposible.

La emoción retumbaba en su pecho. Por fin, ahora sí, se abría una pequeña puerta que podría conducirle a empezar a cumplir su gran sueño de ser artista.

Luces. Butacas. Bambalinas. Palcos. Y el aplauso del público. Un auténtico sueño.

Consuelo fue la primera en salir. A los pocos minutos lo hizo Nati: «¡Me han dicho que sí!», «¡A mí también me han cogido!». Ambas se agarraron las manos y empezaron a danzar en círculo sin importarles que todo el mundo las mirara. A Nati la seleccionaron como corista, «lo mío es el cante flamenco. ¿Y lo tuyo…?».

Teatro de la Zarzuela, Madrid, enero de 1902

El gran día. El debut. Por fin, las tablas. La obra en la que Consuelito actuaba como figurante traía consigo los ecos de un triunfo absoluto en otro teatro, el Apolo, aquel que despertó en la joven los sueños artísticos.

La función se desarrolló sin ningún incidente. Todo fue rodado, el camino hacia la repetición del éxito en el Apolo.

¡Era emocionante! La primera vez que Consuelo actuaba. Al finalizar la representación, los artistas irrumpieron de nuevo en el escenario para saludar al público, que arrancó en fervorosos aplausos. Pero, de pronto, de manera instantánea, desde diferentes puntos del patio de butacas comenzaron a escucharse algunos silbidos de protesta, que luego se convirtieron en pitidos e incluso abucheos. Era extraño, mantenían un ritmo casi de orquesta, como cuando se produce una nota de un instrumento y luego otra nota de otro y así hasta completar una sinfonía. En ese caso fue una sinfonía bronca que se impuso a los aplausos.

Todo se torció en el breve plazo de escasos segundos, con la consiguiente decepción de los intérpretes, a quienes lo que estaba sucediendo dejó descolocados.

Camino de los camerinos para cambiarse, Consuelito no sabía

qué pensar, dejándole aquel estreno un regusto de amargura.

Los miembros de la compañía artística fueron apareciendo en el vestíbulo, en el *foyer* donde volvían a coincidir con el público esta vez ya sin actuar, así como con críticos y seguidores. En aquel momento, el empresario que gestionaba el Teatro de la Zarzuela era el vasco Luciano Berriatúa, quien había amasado una importante fortuna con el negocio de los frontones en Madrid. La pelota vasca se había puesto de moda entonces en la capital y, aprovechando el tirón, Berriatúa levantó el Frontón Central y el Euskal-Jai, dos de los más importantes, con aforos que superaban las dos mil localidades y avances que incluían tanteadores eléctricos para ir anotando los tantos que marcaban los jugadores. Los interiores de estos frontones se parecían a los de los teatros, quizás por la afición que les tenían Berriatúa y su socio, Tirso Escudero, porque además del teatro de la calle de Jovellanos donde Consuelo acababa de debutar, suyas eran las adjudicaciones del Español y del de la Comedia.

Se le veía muy enfadado. Por su inexperiencia, Consuelo no supo si dicha actitud era lo normal en el día de un estreno. La idea que ella tenía era que debía ser más bien motivo de alegría. Pero a Berriatúa no se le veía muy contento.

Guiada por sus ganas de saber qué estaba sucediendo, siguió con la mirada los movimientos del empresario y, así, se enteró de que el motivo del enfado eran los pitidos al final de la función.

—¡No lo entiendo! No sé qué le ha pasado al público —le comentaba furioso Berriatúa a quien parecía ser su socio—. Las expectativas previas al estreno eran buenas.

—Sí, y la función no ha ido mal. Puliremos algunas cosas pero la obra está bien. Yo tampoco entiendo…

Berriatúa lo cortó:

—Mira —señaló a dos hombres con pinta de matones que se dirigían hacia ellos—. Tal vez sí entendamos ahora.

A partir de ahí Consuelo no pudo enterarse de más. Los empresarios desaparecieron junto a los dos hombres siniestros tras la puerta de un despacho, que cerraron con agresividad no disimulada.

—¡Enhorabuena, amiga! —Nati la abrazó por detrás, eufórica—. ¡Lo hemos conseguido! Hemos debutado.

Consuelo también lo estaba. Y por más alegría que sintiera Nati, no podía imaginar lo que significa para su nueva amiga el debut de esa noche. El debut en el Teatro de la Zarzuela. Se habían estrenado en obras diferentes. La de Nati se representaba antes y estuvo viendo después la de su amiga. Esperó a que terminara para ir a buscarla.

—¿Por qué crees que al público no le ha gustado mi obra?

—Ha sido muy raro. Yo qué sé. Mañana irá mejor —respondió Nati—. ¡Tú has estado estupenda!

—¿Has visto los hombres que se han encerrado allí con Berriatúa? —Consuelo señaló el despacho.

—No. ¿Por qué? ¿Quiénes son?

—Por nada. No tengo ni idea. ¡Anda, vamos a celebrarlo! Aunque a nosotros nos hayan pitado, a vosotros os han aplaudido a rabiar. Y eso hay que celebrarlo.

—Lo importante —respondió la amiga— es que por fin hemos debutado. Eso sí merece un gran brindis.

En la calle hubo una sorpresa para Consuelito: Pepín la esperaba, al igual que hacía ella antes cuando aguardaba la salida de los artistas tras la función. Corrieron a abrazarse entre risas y besos de los amigos reencontrados en la mejor de las circunstancias.

Le presentó a Nati y los tres marcharon a una taberna a tomar un vino para festejar el gran día.

—Ya verás, Pepín, cómo tú también estrenarás pronto en un teatro —le animaba Consuelo pletórica—. ¡Eres muy bueno!

A Pepín no hacía falta que lo animara nadie, seguía tan entusiasta como siempre y eso le gustaba a su amiga.

—Yo también he dado pasos para lo mío. He comenzado a tomar clases de acrobacia por las noches.

—¡Eso está muy bien! ¿Cómo has convencido a tu padre?

—No lo sabe. Mi madre es mi cómplice, ¿te suena? —le guiñó un ojo.

Un pellizco anidó en el estómago de Consuelo con la evocación velada de su madre.

Brindaron y se despidieron.

—Es tarde y el borracho de mi padre está solo con mis hermanos. A saber si habrán cenado, los pobrecillos.

Esa noche, al ir a acostarse, encendió la vela de la destartalada mesilla de noche en memoria de su madre, «para que ilumine tus sueños, hija».

Estaba a punto de dormirse cuando un terrible dolor en las entrañas le hizo encogerse en la cama. De nuevo la dolencia que le incomodaba desde hacía un tiempo. Solía pasar rápido, como decía Benita, «todo pasa».

«Todo pasa», salvo aquella noche en la que intentó atrapar el sueño entre sentimientos revueltos; entre la alegría de haberse estrenado sobre un escenario, aunque fuera de relleno de la compañía,

y la tristeza porque su madre no hubiera podido verlo.

15.
La musa del pintor Rafael

La luna de los sueños iluminaba los oscuros tejados del centro de Madrid. Mientras una población dormía y otra cerraba tabernas y casas de juegos, Consuelito velaba sus ilusiones recreándose en las funciones en las que actuaba. No le estaba resultando tan fascinante como había imaginado que sería pero le daba igual. El mero hecho de debutar en un teatro era apasionante y le había hecho olvidarse de la plaza Mayor, donde las últimas veces, por cierto, el nivel de los clientes había subido ligeramente, de manera que poco a poco fue dejando de atender a delincuentes que no le pagaban.

La fortuna quiso que aquello se terminara.

Fueron días, los de su debut en el Teatro de la Zarzuela, de pasarlo bien. De complicidades y anhelos comunes. Había jóvenes que, como ella, estaban subiendo el primer escalón de lo que esperaban que fuera el motor de su vida. Y eso que hasta le habían puesto un mote, «señorita pelusilla» por lo de su apellido Vello, pero lo tomaba con humor.

Tras el aparente fracaso del estreno, en las jornadas siguientes los aplausos del final de cada representación pasaron a cobrar la forma contraria, se tornaron en desmedidos, y lo raro era que, como ocurriera con los pitidos, también parecían instigados desde varios puntos de la platea. «Ni tanto, ni tan calvo», pensó Consuelo, tendría que acostumbrarse a esos bandazos.

En los ratos que sacaba quitándole tiempo a sus muchas tareas diarias siguió frecuentando el taller de Alejandro Saint-Aubin para sus clases de aprender a escribir y a leer. Él estaba satisfecho con los avances y ella también, a pesar de que le sabían a poco y salía siempre con la sensación de que podía hacer más.

Pepín se sorprendió aquella tarde al verla en la plaza del Rey, adonde acudió después de la última clase. Pensaba que como ya actuaba en un teatro no iría más a compartir las tardes con él en el banco frente al Circo y Teatro de Price. Hacía tiempo que, en lugar de sentarse a contemplar, el chaval realizaba algunas de las piruetas y ejercicios acrobáticos que estaba aprendiendo.

Consuelito quiso darle una sorpresa. Volvió a tirar de él sujetándolo por el brazo como el día que lo llevó a que le leyera los carteles de la fachada del Apolo. ¡Y esta vez los leyó ella! «Eso sí es superarse, ya lo creo», la alabó su amigo.

«Hazlo, Consuelito, hazlo… ».

Y Consuelito lo hizo.

El contrato con el Teatro de la Zarzuela iba tocando a su fin. Sin que Consuelo lo supiera, el director artístico de un local llamado Salón Japonés se había fijado en ella. Luego recordó que, trabajando en el Fru-Fru, antes de su clausura, Saint-Aubin ya le había hablado de ese teatro diferente a los demás. Por aquel entonces, el Japonés buscaba a jóvenes que destacaran por su belleza y a las que no les importara participar en espectáculos… digamos que frívolos. Lo de menos era si cantaban o bailaban bien. Siendo guapas y teniendo gancho para los espectadores masculinos ya interesaban.

El género de las varietés estaba considerado de lo más bajo del espectro teatral, por ello se le llamaba también el «género ínfimo». El Salón Japonés abrió sus puertas, al inicio de la calle de Alcalá, siguiendo la estela de popularidad no bien vista de ese «género ínfimo». Inferior o no, a Consuelito tanto le daba con tal de poder seguir ingresando algún dinerillo. Y así fue como el empresario de aquella sala de poca monta, pero, en cambio, mucho tirón de público, masculino obviamente, le puso delante un contrato para que lo firmara a razón de tres pesetas diarias, que era un sueldo más que razonable.

La obra no podía considerarse el paradigma del buen teatro ni mucho menos del buen gusto, pero venía de cosechar un gran éxito nada menos que en París. Izarduy, el director artístico del Salón Japonés, vio en Consuelo un tesoro que encajaba como un guante en la extravagante obra que tenía en preparación, el *Pachá Bum-Bum*, un espectáculo difícil de catalogar, entre un *ballet*, por llamarlo de alguna manera benévola, y una opereta bufa o pantomima, protagonizada por un bailarín francés junto con un extenso elenco.

Aquella creación teatral y musical era un disparate de lujo barato, ostentoso y exótico, con un aparatoso vestuario lleno de brillos y ornamentados con piedras y cristalitos. La trama era aún más imposible que la puesta en escena. Al Pachá Bum-Bum su harén le ofrecía un recital de canciones y danzas, como quien ofrece un sacrificio a los dioses. En el momento apoteósico, con toda la compañía en escena al mismo tiempo y un derroche de efectos pretenciosos, portado por dos musculosos mozos aparecía, acurrucada en una bandeja de plata, la ofrenda estrella: una esclava mora de inusual belleza y rotundos cuerpo y juventud. Esa era Consuelito.

Como en esa obra iba todo a lo grande —menos su nombre en el cartel, «¿para esto he aprendido a leer? ¡Si casi ni se ve!»—, el empresario le sugirió que se buscara un nombre artístico; todavía estaban a tiempo de incluirlo ya que el cartel no sería definitivo hasta días antes del estreno.

La idea le anduvo quitando el sueño durante varias noches. En el fondo era motivo de agitación interior. Tener que escoger un nombre artístico suponía que ya era una artista como Dios manda. Aunque ella acostumbraba a hacerle más caso a su Virgen de la Paloma que a Dios.

A punto estuvo de decidirse por el de «Carmen de Granada» pero gente de la compañía, así como sus amigos Nati y Saint-Aubin, le hicieron ver que ese nombre no iba con su personalidad, por más que físicamente pudiera tener un toque racial que en realidad se reducía al negro del cabello y de las cejas. Y, aunque tampoco es que la alternativa fuera una maravilla, tras varias listas, cada cual más delirante, finalmente escogió el de «Rosa de Té», por aquello del exotismo que destilaba el Pachá Bum-Bum, protagonista de la obra que estaba ensayando.

—Alguien como tú no puede llamarse artísticamente «Rosa de Té» —le dijo Saint-Aubin rotundamente convencido de que era así.

Consuelo no se lo esperaba. Sintió decepción, ese nombre le parecía de lo más sugerente.

—Pero don Alejandro, a mí me parece bonito.

—Y lo respeto. ¿Confías en mi criterio?

—¡Claro!

—No olvides que soy periodista y escritor, además de pintor. Algo sé de palabras y nombres. ¿Te suena el pintor Rafael?

—No, señor.

—Bueno, no te preocupes, no tienes por qué conocerlo. Pero quiero que veas algo. Ven conmigo.

La condujo a su biblioteca, inmensa y poblada de libros de todos los tamaños y colores. Saint-Aubin extrajo uno grande y pesado. Era de arte. Buscó entre sus páginas algo muy concreto y, cuando lo hubo encontrado, se lo mostró a una extasiada Consuelito. Era la

reproducción de un cuadro en el que una mujer de gran belleza aparecía con los pechos desnudos y el vientre semicubierto por una sinuosa tela transparente. Su cabello y sus enormes ojos, de un negro intenso, tanto como su mirada. Con la mano derecha se sostiene el seno izquierdo, pareciendo que retara a quien tuviera la suerte de poder contemplarla. Cubre media cabeza con un turbante oriental en tonos ocres aunque oscurecidos, rematado a un lado por una perla que se desliza por el cabello.

—¡Qué guapa! —exclamó Consuelo con admiración.

—Lo es, aunque en ella no es lo más importante. Su imagen y la expresión de su rostro denotan profundidad. Aunque sí, su belleza llama la atención.

—¿Quién es?

—La Fornarina. Así se llama el cuadro. Dicen que su verdadero nombre era Margherita Luti, joven romana amante del pintor, Rafael. La llamaban la Fornarina, que significa panadera, porque era hija de un panadero, Francesco Luti da Siena. Al parecer, el cuadro permaneció en el taller de Rafael hasta su muerte. Como si no hubiera querido desprenderse de él nunca.

—Vaya historia… —los ojos de Consuelo se abrieron tanto como los de la Fornarina del cuadro de Rafael.

—Toma —le tendió el libro—, aquí encontrarás más explicaciones sobre Rafael y su musa. Llévatelo y léelo cuando puedas. ¿No te gusta el nombre de Fornarina?

—Pues… —no esperaba una pregunta así.

—Es un bonito símbolo del arte. Y también de belleza.

—Si usted lo dice.

—A mí me parece que a ti te encajaría bien ese nombre, ya lo estoy imaginando —estiró los brazos elevándolos con teatralidad—, tu nombre, «La Fornarina», en los mejores teatros del mundo. Para ser una gran artista hay que tener un gran nombre, y ese lo es. Piénsalo.

Consuelo se sintió desbordada. El reposado y culto Saint-Aubin intentaba hacerle entender el acierto de llevar un nombre artístico como ese, pero ella no terminaba de verlo claro.

Aun así, cogió el libraco y se marchó pensativa, «¿de verdad que “Rosa de Té” no tiene clase…?».

Se pasó toda la noche leyendo. A la mañana siguiente se levantó siendo ya La Fornarina, porque así se sentía.

16.
¿Desnuda en el Salón Japonés?

Salón Japonés, Madrid, abril de 1902

Arabescos y chinerías. Exotismo. Estampados y sedas.

La moda por lo oriental se extendía en España con el nuevo siglo. En octubre del año 1900 se inauguró, en el número 36 de la calle de Alcalá, el Salón Japonés. Una sala teatro pequeña y coqueta, elegante e iluminada con profusión. La decoración, que resultaba chocante en la Villa y Corte, se ambientaba en Oriente. Farolillos, caretas, pinturas, miniaturas, máscaras, dibujos… Recargada en extremo.

Al principio mucha gente iba atraída por lo que se contaba del telón, elaborado con motivos japoneses, que, al replegarse sobre el escenario, dejaba caer una tupida y llamativa guirnalda de flores.

En origen, los espectáculos del Japonés eran tan inocentes que fascinaban, a partes iguales, a hombres, señoras y señoritas. Tanto daba. Desde las cinco de la tarde se sucedían diferentes espectáculos cortos, obras variadas y breves. Pero fue una falsa ilusión que llamaba al engaño, como pronto pudo comprobarse. La elegancia y suntuosidad del local acabaron acogiendo espectáculos pícaros con elevadas dosis de sensualidad que derivó en procacidad, con lo que el público se fue reduciendo al sexo masculino.

La pátina intelectual del nombre artístico de Consuelo, La Fornarina, no se correspondía con el contenido de la primera obra en la que iba a ser usado. El *Pachá Bum-Bum*, el harén que desató el desgañitar del respetable, que cada vez lo era menos.

El estreno no fue nada relevante, a pesar de la expectación generada. Izarduy pensó en cómo enmendar, con la mayor rapidez, su tibio éxito y aumentar la repercusión de la obra en la que había invertido mucho dinero. Por Madrid había circulado, de un mentidero a otro, que la jovencita Consuelo Vello posaba desnuda para artistas respetados, como Saint-Aubin. Así que le pareció algo natural la propuesta de que apareciera despojada de ropa sobre un escenario,

algo que nadie se había atrevido a hacer hasta entonces. A cambio le aumentaría el sueldo. Tenía que aparecer completamente desnuda en el momento culminante de la función.

A Consuelo la propuesta le cayó como un jarro de agua helada. Se lo pensó. Le dio muchas vueltas. ¿Romper moldes de esa manera, por mostrar su cuerpo sin que interesaran sus dotes artísticas? ¿Era así como quería destacar? Se hizo tantos planteamientos que creyó que su cabeza iba a estallarle.

Pero la posible proyección que podría suponerle y el aumento de la remuneración inclinaron claramente la balanza y acabó aceptando. Atreverse a salir desnuda en el escenario le valió su primer gran éxito, pero en realidad no era un desnudo auténtico sino que había trampa: aparecía con una malla de color carne tan ajustada a su figura que desde lejos daba la auténtica sensación de que iba despojada de ropa. Al fin y al cabo era lo que importaba.

Todo fue muy rápido, vertiginoso. Había pasado de ser poco menos que una invisible corista a ser una estrella a la que todos querían agasajar. La prensa llegó a describirla como una «venus con brazos». Y todo por una malla.

Hubo un antes y un después de ese día en el que sobre el escenario del Salón Japonés dio un salto mortal en la carrera de su vida. Arriesgó siendo consciente de lo que arriesgaba. Y salió bien.

Pero… Duró poco.

A la semana del estreno, al acudir al trabajo, encontró el Salón Japonés clausurado. La guardia municipal estaba marchándose del lugar justo después de haber acabado de colocar el precinto. Parecía una broma del destino. Otro sueño condenado por la moral imperante. El Salón Japonés era cerrado por atentar contra la moralidad pública.

Consuelo, convertida ya en La Fornarina, se vio de nuevo en la calle y empezando de cero mientras su padre la presionaba cada vez más para que consiguiera dinero que llevar a casa «de la forma que fuera». Entendió, con una mezcla de tristeza y rabia, lo de «la forma que fuera».

No esperaba vivir la contradicción de que, al mismo tiempo que se hundía el espectáculo en el que actuaba, su popularidad aumentara entre el público, que comenzó, así, a dar muestras de su interés. Se hablaba de ella en la calle, en mentideros, mercados y en aquellos gratos cafés de principios de siglo en los que la vida se concentraba con intensidad en ambientes de charlas, alcohol y tabaco.

Nunca pensó que llegaría a ver su imagen reproducida en postales, sin ser todavía una aclamada artista. Se vendieron con tanta rapidez que provocó una especulación. El morbo de conseguir una de aquellas fotografías de La Fornarina hizo que la gente pagara precios desorbitados. Se convirtió, pues, en un lucrativo negocio que, de

momento, no tenía su reflejo en las carteleras teatrales. Siendo así no le importó que los madrileños hablaran más de su belleza física que de su arte, por aquel entonces aún escaso.

A los pocos días de ser clausurado el Salón Japonés se celebró en el centro de Madrid un espectacular baile de máscaras organizado por el Círculo de Bellas Artes en el Teatro Real. Fornarina fue invitada a participar y, una vez más, su amigo Alejandro Saint-Aubin estuvo dispuesto a ayudarle, en esta ocasión para que se luciera con espectacularidad y dejara a todos impresionados. ¡Y vaya si lo consiguió! Para su atuendo, el artista dibujó un patrón inspirado en uno de los cuentos de *Las mil y una noches* maravilloso, llamativo y a la vez elegante. Le ayudó a ponérselo. Consuelo se sintió verdaderamente como una princesa de un cuento exótico. Pero aún no había visto lo mejor. Para el final, Saint-Aubin tenía reservado un regalo que sorprendió a la joven, incrédula ante tamaña joya. En el lado del corazón le prendió un broche precioso con forma de libélula. Más que una joya era una auténtica obra de arte, una pieza única y diferente a las joyas que pudieran imaginarse en Madrid.

—Ahora ya está completo tu atuendo.

—De ninguna manera, don Alejandro, no puedo aceptar un broche que seguro que es carísimo. ¿De dónde lo ha sacado?

—De París —respondió sonriente Saint-Aubin.

—De… París… —Consuelo estiró las dos palabras como si quisiera encaramarse a ellas.

—Cuesta mucho encontrar piezas como esta. Es del reputado joyero Lalique, un verdadero artista.

—La… ¿qué?

—Lalique. Es una pieza elaborada nada menos que por René Jules Lalique, en su taller propio en el que lleva trabajando en los últimos años, desde que dejó de hacerlo para otros como Cartier y Boucheron. Pero esto es demasiada palabrería para un día como el de hoy.

—No, por favor, don Alejandro, siga explicándome esas cosas que usted sabe y que a mí también me gustaría saber.

—Querida, tu infinita sed de conocimiento está muy bien, pero hoy tienes que relajarte y disfrutar.

A Consuelo le costaba despegar la mirada del broche. De un tamaño importante, representaba una libélula con el torso y la cabeza de una mujer cubierta de esmalte opaco de color verde, con el cabello de oro, de cuyos hombros nacían las alas espectaculares, inmensas, realizadas en una increíble mezcla de materiales naturales que incluían oro, adularia, diamantes y calcedonia, una ágata muy translúcida de color azulado.

De debajo de los pechos de la mujer emergía una bestia con dos

potentes garras en alto, también de oro macizo. El largo cuerpo, conforme descendía se iba afinando para adoptar la forma de libélula. Claramente representaba la metamorfosis de una mujer. Una de las técnicas utilizada por el maestro era engarzar esmaltes opalescentes con una gama de colores que iba del azul al verde. Lalique era un innovador tanto en sus métodos artesanales como en los materiales y hasta en la inspiración, reflejando en sus obras el mundo de barroca fantasía que poblaba su mente. Un mundo que llegaba a la vida de Consuelo para fundirse con el suyo.

—No cabe duda de que es un genio. Está promoviendo una corriente artística a la que llaman *art nouveau*, pero eso mejor lo dejamos para otro día. Por cierto, ¿quieres saber cuál es el significado mágico de las libélulas?

—¡Por supuesto que quiero! ¿Además de ser hermosas, también significan algo?

—Las libélulas sirven como amuleto para materializar los sueños. Y son símbolo de transformación, de cambio y de capacidad de adaptación. ¡Parece perfecta para ti!

Desde luego que Consuelo destacaba por su capacidad para adaptarse a las peores circunstancias. Pero ya las cosas estaban cambiando. Solo tenía que seguir en ese empeño sin claudicar.

Fue a participar en aquel extraordinario baile emocionada por el regalo. Acarició la libélula y la piel se le erizó. La suavidad del tacto incitaba al placer de los sueños, como el que estaba a punto de vivir.

El Teatro Real mostraba esa noche sus salas engalanadas por todo lo alto para acoger un baile de máscaras que pretendía ser histórico. Para La Fornarina lo fue.

En el momento cumbre del baile, en pleno éxtasis colectivo, aparecieron en el salón principal cuatro hombres corpulentos transportando un palanquín oriental del que se incorporó una espectacular mujer que parecía una mágica aparición. Era Consuelo.

Se produjo una ovación inaudita, los asistentes a la fiesta aclamaron a la joven, que causó sensación y una reacción que habría de ser recordada durante años. Estaba radiante, espléndida, tocada por la gracia de la belleza completa.

Desde un rincón del salón principal, Saint-Aubin le hizo un gesto de triunfo con la mano derecha. Aquella irrupción apoteósica, en el Teatro Real, fue algo así como su consagración en sociedad.

Volvió a acariciar la libélula de Lalique prendida en el pecho. Transformación y cambio. Quién diría que las brillantes alas de la

libélula pudieran servir para coger impulso…

Solo ella creyó ver que las alas se movían y entonces imaginó que ambas, ella y la libélula, alzaban el vuelo sin dejar de brillar.

17.
La esencia de La Fornarina

El brillo social no saca a nadie de la pobreza. No pone pan sobre la mesa. No llena la cazuela. No sabía cómo ingeniárselas para alimentar a su familia. Laureano, su padre, seguía gastándose la mayor parte de la paga en beber. Incorregible. Irremediable.

Su amiga Nati, que se había convertido en inseparable, le recordó que cuando Consuelo dejó el Teatro de la Zarzuela para irse al Salón Japonés, el empresario que lo gestionaba, Berriatúa, le dijo que siempre tendría las puertas abiertas para cuando quisiera volver. Pero no consiguió convencerla. Consuelo creía que sería dar pasos hacia atrás y desechó la idea. Merecía la pena seguir hacia delante, luchar, como le aconsejaba su madre en vida.

—Quiero comerme el mundo —afirmó.

A lo que la amiga, mucho más realista, le respondió:

—Poco mundo te vas a comer si no puedes ni comerte un plato de cocido o de sopa.

Consuelo pasó unos meses de enorme desesperación. A pesar de la fama, si bien exigua, que empezaba a tener no le salían más contratos y en su casa la miseria aumentaba por días hasta límites que difícilmente se sostenían. Sufría por la impotencia de no poder mejorar la situación paupérrima en la que se encontraban Petra y Luis, sus hermanos pequeños.

—Mira que lo intento, hija, te lo juro. —Laureano dio un golpe de rabia en le mesa.

Consuelo apenas solía cruzar dos palabras con su padre, pero esa mañana él sintió necesidad de desahogarse. Se le veía abatido y como si estuviera agotado de sí mismo. Había tomado un anís con el café y, de momento, no había bebido nada más; sorprendente, para ser domingo.

Su aspecto desaliñado era el habitual a cualquier hora, por eso a la hija no le extrañó verlo despeinado, sucio y con la barba sin rasurar.

—¿Crees que no echo de menos a tu madre? —Mientras hablaba se frotaba la cabeza nervioso.

—Me cuesta creerlo. ¿Y entonces por qué la trató tan mal? —Consuelo se entristeció por el mal recuerdo.

Laureano, entre gemidos, lloró lamentándose. Perdido. Asustado, podría ser por los recuerdos que también le atenazaban, con la diferencia de que a él lo acompañaba la culpa.

—Soy un desgraciado. Gano una miseria y tengo hijos a cargo a los que no soy capaz de cuidar.

—Pues debería ser capaz.

Consuelo hablaba utilizando un tono extraordinariamente severo y recriminatorio. Estaba harta de tener que tirar ella sola de la familia, luchando contra un padre que sembraba de obstáculos su existencia.

—¡Reaccione, por Dios, padre! Tiene que reaccionar. Yo ya no sé qué más hacer. —Se le inundaron de lágrimas los ojos.

Lágrimas y desesperación.

—Ojalá fuera fácil —prosiguió Laureano—. Esta mierda de vida no tiene remedio. Tampoco lo tiene que tu madre ya no está y que me porté con ella peor que si fuera el demonio.

—Nunca le perdonaré las palizas que le dio —apretaba la mandíbula al hablar—. Espero que pesen sobre su conciencia hasta el día en que se muera. ¡Y deje ya de llorar como un crío!

Hubiera querido poder tender algún puente entre ellos pero le resultaba demasiada dura la evocación de su madre tirada en el suelo, con su dignidad pisoteada y el corazón roto. El perdón no cabía entre los márgenes de su forma de entender la vida, como tampoco en su forma de amar.

A Benita, en cambio, la amaría siempre y más allá de siempre. Posiblemente su padre nunca lo entendería.

La soga al cuello no la estranguló del todo, aunque hubo un momento en el que creyó que ocurriría. La niebla que convertía en insoportable su existencia comenzó a disiparse para entreabrir una rendija por la que entrara algo de luz. Quince días por doscientas pesetas, más viaje y hotel pagados. Ese era el contrato que le ofreció, como un maná que cae del cielo, un empresario barcelonés cuando parecía que todo estaba perdido y que su vida volvía a hundirse.

El público de Barcelona había visto a La Fornarina en las tarjetas que se prohibieron por inmorales coincidiendo con la clausura del Salón Japonés. Al pasar a ser furtivas alcanzaron una importancia que ni la artista ni la fotografía tenían. Bastó que se prohibieran para que la gente se peleara por hacerse con una de las postales.

A la estela de las tarjetas le siguió el haber posado desnuda, o casi, en aquel mismo escenario, el Japonés; una fama que le precedía allá donde iba. El escándalo siempre vende y por aquel entonces La Fornarina tenía, sobre todo, una imagen escandalosa sin habérselo propuesto.

Y con el escándalo y los temores que no confesaba por vergüenza y sus ganas de triunfar, hizo las maletas.

Barcelona, principios del verano de 1903

Qué diferente le pareció Barcelona. Era la primera vez que salía de Madrid. Viajaba sola, con la inquietud de quien va a descubrir algo nuevo siendo muy joven, en esa etapa en la que se es más impresionable. En mayo había cumplido diecinueve años y lo cierto es que había vivido experiencias impensables en la niñez. Poco había que pudiera impresionarle. Pero Barcelona lo consiguió. Pensó en la pena que le había causado tener que dejar a sus hermanos a cargo del padre durante el tiempo que durara el desplazamiento, que iba a depender, en parte, del éxito que tuviera la obra para la que había sido contratada.

Como hasta el día siguiente no tenía que presentarse en el teatro para hablar con el empresario, lo primero que quiso hacer fue correr en dirección al Mediterráneo, buscando el mar para verlo. Anhelaba ese gran descubrimiento.

Se quedó extasiada ante el inmenso paisaje azul, de infinito horizonte, que desprendía un intenso, agradable y desconocido olor a salitre. Era una mañana de domingo y la playa de la Barceloneta estaba abarrotada de gente, ni un alfiler habría encontrado hueco.

El mar… La arena… Las gaviotas. Qué impresión tan inesperada.

«Baños de San Sebastián». Es lo que ponía en un letrero gigantesco de letras azules que Consuelo ya era capaz de leer, lo que le produjo una grata sensación aumentada por el aire marino que penetraba en sus pulmones gracias a profundas inspiraciones con las que quería atrapar todas las sensaciones que desprendía la playa. Le parecía increíble encontrarse en aquel lugar tan inimaginable para ella

tan solo unos minutos antes. ¡Cómo iba a pensar que pudiera existir aquel mundo de bullicio playero en el que se mezclaban los hombres con las mujeres y el mar de fondo!

No parecía una muchedumbre de las clases bajas a las que estaba acostumbrada Consuelo, sino de gente de nivel, con estilo. El ambiente destilaba una elegancia marinera desconocida para la joven madrileña. En la arena se extendían, desde la orilla, varias hileras de casetas de baño blancas y azules, interrumpidas por entoldados que cubrían del sol. Nunca había visto mujeres en traje de baño, quienes, en su mayoría, portaban gorros de color claro para proteger el cabello.

Los señoriales baños de San Sebastián se destinaban a lo que se conocía como «baños de pila y oleaje» y formaban un complejo que contaba hasta con restaurante y espacios destinados a sacudir la incómoda arena que se pegaba al cuerpo al salir del mar. Consuelo, hechizada por aquella estampa, se dejó caer en la arena para seguir contemplando el inaudito espectáculo humano.

Barcelona era una eclosión de modernidad, alegría, manifestaciones artísticas, entre ellas la música, y de unas desaforadas ganas colectivas de disfrutar la vida. La Exposición Universal de 1888 había cambiado la fisonomía de la Ciudad Condal pero también su ánimo, su alma, su disposición para empaparse de los nuevos tiempos. El Liceo era el templo europeo de la ópera y convivía con teatros en los que triunfaban la zarzuela, la comedia, el género ínfimo… Las cupletistas provocaban la admiración de las clases burguesas.

Fue allí, en la capital catalana, en el Teatro Nuevo Retiro, donde tuvo lugar el verdadero debut de La Fornarina como artista. Formaba parte de una compañía lírica que la presentaba como la atracción de las postales, la protagonista de las fotos atrevidas que se vendían en toda Barcelona. Aun así, actuaría como cupletista y por eso se consideró una intérprete a la que el público quería ver en escena además de en fotos.

El programa a punto de estrenarse ofrecía la zarzuela del maestro Ruperto Chapí con libreto de Arniches y Asensio Mas, *El puñao de rosas*, pero curiosamente también incluía una parodia *El cuñao de Rosa*, zarzuela cómica en un acto y tres cuadros en verso firmada por Gabriel Merino y Antonio Candela, y música del maestro Tomás López Torregrosa.

El peculiar programa se completaba con la obra titulada *Su*

majestad el buen gusto, en la que actuaba ella. El cuplé compuesto para Consuelo, *Tango Fornarina*, se convirtió en un pequeño éxito.

Echaba de menos el broche que le regaló Saint-Aubin. Le parecía demasiado valioso para llevarlo en el viaje y se lo dejó para que él lo guardara en su casa. Ahí estaba seguro. Pero pensó en las impresionantes alas de aquella joya con forma de libélula e imaginó como habría sido pasear por Barcelona con ella.

Su nombre empezó a correr por provincias. De Barcelona la llamaron para ir al Teatro Novedades de Valencia, ciudad en la que las variedades gozaban igualmente de muchos seguidores. Le fue más o menos como en Barcelona. Triunfó aunque con moderación. Y destacó por su belleza y su inocente picardía, que embelesaban al público. Poco a poco su incipiente carrera iba a más.

De regreso a Madrid pasó días añorando Barcelona, el Mediterráneo y cuanto había descubierto de modernidad y distinción en aquella efervescente gran ciudad.

Nati la recibió con los brazos abiertos, la había extrañado mucho, ya se habían acostumbrado a estar juntas. «Y yo a ti», le correspondió Consuelo contenta por la infinidad de vivencias y sensaciones que había almacenado en sus sentidos y que corrió a contarle a su amiga.

—¿Has visto a Pepín en este tiempo?

—Poco porque se ha enrolado en una pequeña compañía de circo y está de gira fuera de Madrid.

Una buena noticia. Su amigo enfilaba también su camino tan deseado y por el que había estado luchando y preparándose.

Otros que celebraron su vuelta fueron sus hermanos pequeños, que se le colgaron del cuello nada más verla. Consuelito les había traído unas fruslerías que les encandilaron. Con las ganancias de las representaciones de Barcelona escolarizó a Petra y a Luisillo y les compró algo de ropa; parecían, como ella hacía pocos años, unos pordioseros.

La relación con el padre no cambiaba. Tampoco cambiaba él. En algún efímero momento pareció que sí pero volvía a lo mismo. A las lamentaciones, el mal humor y las borracheras. El vino y el aguardiente lo estaban consumiendo a la vez que esquilmaban su sueldo. En casa de nuevo, Consuelo sintió una enorme tristeza por la ausencia de su madre.

Había muerto tan joven…

Sucedió en un instante inesperado. Una noche, el padre, justo antes de acostarse, se aproximó a Consuelo, que estaba fregando los platos de la cena. Puso una mano sobre la de su hija y detuvo el movimiento para decirle en voz baja, porque no le salía con más fuerza:

—Lo siento —casi ni se le oía—. Espero que algún día me perdones. Me arrepiento tanto… Lo siento mucho, hija.

Le soltó la mano y se encerró en su dormitorio.

Tras unos segundos para recuperar el aliento, Consuelo continuó lavando los platos, ahora con más lentitud.

Los ecos de sus incipientes éxitos llevaron a La Fornarina hasta el Teatro Romea. La compañía estaba preparando una estrambótica obra en un acto, difícil de clasificar entre lírica, cómica y *ballet*, titulada *La bodega del diablo*. Diez pesetas era la nada desdeñable cifra que iba a ganar al día.

La célebre artista María Reina, una de las estrellas indiscutibles de las variedades y protagonista de *La bodega del diablo*, tenía previsto interpretar el número procaz del cuplé del conejo. Todo aquel mundo enloquecido, esplendoroso de nocturnidad y, sin embargo, clandestino, al producirse a la sombra de lo moralmente establecido, maravillaba a Consuelito, que ya formaba parte de él.

En su papel encarnaba a Mefistófeles. Cuplés subidos de tono y poco más. Pero cantados con gracia, sensualidad y unas dosis de picardía que llenaban el escenario y expandían por la platea un aroma de irresistible travesura. La compañía la formaban exclusivamente mujeres, de las que por encima de todas destacaba ella, Consuelito Vello, La Fornarina.

El Teatro Romea era uno de los baluartes del género chico. Tras el incendio que en abril de 1876 lo arrasó por completo, el nuevo Romea se había inaugurado hacía trece años en otro emplazamiento distinto, en un patio interior del número 14 de la calle Carretas, donde antes estaba el Teatro Café de la Infantil. El local se convirtió en un almacén de paños hasta que el violinista Leopoldo Marco lo transformó en el Teatro Romea, donde se representaban funciones por horas, entre las cinco de la tarde y la una de la madrugada.

Tenía doscientas butacas y tres palcos a cada lado. El nombre lo escogió en homenaje al famoso actor Julián Romea. En las plantas superiores se mantuvieron las viviendas privadas que ya existían.

Aunque reformado, el Romea no pasaba de ser un local descuidado. Con el derribo de varias paredes quedó espacio para un *foyer* provisional, un vestíbulo que pretendía emular a los teatros de París —que ya era mucho pretender— y que pronto se convirtió en el lugar más interesante del teatro. En esa bruma desdibujada en la que era difícil trazar la línea entre el arte y el vicio, al *foyer* salían las artistas durante los intermedios entre un número y otro para alternar con los espectadores, convertidos en muchos casos en aduladores de pacotilla que caían en la trampa de la consumición, tendida por unas jóvenes que veían de esa manera incrementar las exiguas ganancias que conseguían actuando. Que si un cafelito… una copa de vino o de coñac… un aguardiente… una gaseosa… Y así iban sumando.

Cuando tocaba volver al escenario el regidor daba el aviso en el vestíbulo del «alterne».

Templo de frivolidad, el cuplé y la revista revitalizaron aquel espacio de pésimo sino. «Cuplés selectos», así se anunciaban. El nombre del Romea resonó al acoger a la pareja de cómicos formada por Loreto Prado y Enrique Chicote.

La tarde antes del estreno fue a visitar a Saint-Aubin para devolverle el libro que le prestó sobre el pintor Rafael y, de paso, recoger el broche de Lalique, pues quería lucirlo en una ocasión importante como era estrenar *La bodega del diablo*. Su amigo se lo guardaba porque Consuelo no se fiaba de su padre, quién sabe si, en caso de descubrirlo, lo cual no era difícil en aquella casa, sería capaz de venderlo para darse un festín de tabernas con lo obtenido. Tenía demasiado valor como para pasar desapercibido.

Antes de guardar la libélula, Consuelo la contempló con la delicadeza que merece una frágil obra de arte. Se sintió sobrecogida por la apabullante belleza del broche.

Saint-Aubin no quiso que le devolviera el libro.

—De ningún modo. Fue un regalo que espero que conserves bien porque ahí está la esencia de Fornarina. No lo olvides nunca.

Ahí estaba la esencia de La Fornarina…

18.
La magia de la libélula

Teatro Romea, Madrid, noche del 5 de noviembre de 1903

Estreno de *La bodega del diablo*. ¿Sería por fin su éxito en Madrid?

Emoción y un revoloteo de alas de libélula recorriendo el interior de su cuerpo.

La sala ya estaba llena, en su mayoría de público masculino.

Nati la acompañaba en el camerino antes de salir a escena. Consuelo era muy religiosa; y también terriblemente supersticiosa. Fiel devota de la Virgen de la Soledad y Desamparo, llevaba siempre encima estampitas, medallas y escapularios. Aunque era de la Soledad se le conocía popularmente como la Virgen de la Paloma porque en la calle del mismo nombre fue donde se encontró el lienzo, con el que jugaban unos niños, que dio origen a la veneración y culto. Consuelo siempre se convencía de la protección que aquella virgen ejercía sobre ella.

Besó una estampa y la dejó sobre la mesilla de maquillaje. Con una mano se cogió la medalla que llevaba colgada del cuello, la cerró en un puño, luego la besó y la introdujo en el interior del vestido para que no se viera.

Nervios de los últimos minutos. Era el primer estreno serio, después del escándalo del Salón Japonés.

—¡Vamos allá! —la animó Nati.

Consuelo se persignó y ambas salieron juntas del camerino. Nati se fue a buscar su asiento mientras que Consuelo caminó hacia las bambalinas con un ligero temblor de piernas.

Se abre el telón y el mundo gira.

Todo se desarrolló con fluidez, como si la compañía llevara tiempo representando la función. El éxito, pues, estaba asegurado, sentenció Consuelo en su mente.

El telón, que cae al finalizar la función. Las nueve mujeres de la compañía salen a saludar y a recibir los aplausos del público.

Pero los espectadores aplaudían tibiamente y a Consuelo se le encogió el corazón. Asumía que no sería ese el gran estreno del año en la cartelera madrileña pero de ahí a casi no tener el respaldo del público mediaba un abismo incomprensible para la joven artista.

Las chicas se miraban entre ellas, alguna visiblemente compungida, hasta que un hombre colocado en un lugar estratégico hizo una señal y los aplausos arreciaron desde varios puntos de la platea, y eso hizo de arrastre para que toda la sala se contagiara. Aplaudieron tanto que hasta se pusieron en pie rompiendo en una ovación.

Tras el saludo en el escenario, que acabó resultando extraño, se retiró al camerino para coger la estampa y agradecerle el éxito del estreno. Se miró al espejo mientras apretaba la foto de su virgen contra el pecho dedicándole esa noche a su madre, a quien tanto recordaba en cualquiera de sus actos, más aún en uno como aquel.

Nati entró alegre y lo primero que hizo fue darle un fuerte abrazo, «¡quita, mujer, mira que eres exagerada», le reprendió de broma Consuelo mientras fingía un ademán de quitársela de encima.

—¡Tienes que salir ya! El vestíbulo está lleno de gente y hablan de ti —la amiga hablaba con excitación.

—¿De mí? Pero si casi ni se me ha visto.

En efecto, los asistentes al estreno estaban comentando en corrillos cómo había destacado La Fornarina a pesar de su papel secundario.

—Es tu brillo, querida —le dijo Nati—, y eso se tiene o se tiene. ¡Y tú lo tienes! —Y volvió a abrazarla.

—Vale, vale —Consuelo no paraba de reír—, que me vas a gastar. Ve yendo, yo saldré enseguida.

La amiga le puso el broche de libélula en las manos y se las cerró. Cuando se quedó a solas siguió mirándose en el gran espejo del camerino intentando ver a la niña que se prostituía con catorce años bajo los arcos de la plaza Mayor en penosas condiciones, y no la vio. No se encontró a sí misma en aquel tiempo de desventura. Se sintió reconstituida y fuerte.

Se cambió de ropa, colocó el broche en el vestido a la altura del pecho, se ahuecó ligeramente el pelo, reforzó el carmín de los labios y salió en dirección hacia el vestíbulo pisando con firmeza, erguida. La frente alta y una sonrisa permanente dibujada en su hermoso rostro.

Su presencia en el *foyer*, que visitaba por primera vez en un teatro, causó sensación al instante. Si bien su actuación, que podría calificarse de insignificante, no pasaría a la historia, el magnetismo y encanto de su persona dejaba a todos asombrados. Igualmente

cautivaban su belleza y su extraordinaria simpatía, que llevaba con naturalidad.

Una de las primeras personas que se acercó a ella, porque la estaba esperando, fue un hombre robusto, de estatura un poco por encima de la media, cara voluminosa, cubierto por una capa oscura y flanqueado por dos inquietantes hombres que parecían dos carabinas.

—Benito Calzado, a sus pies, señorita. Ha estado sublime —lo cual sonaba a sorna ya que su papel en la obra era poco menos que irrelevante.

Reparó en que se trataba del hombre que había dado la señal para que arrancaran los aplausos con fuerza. ¡Qué raro le pareció eso a Consuelo! Y más extraño cuando cayó en la cuenta de que los dos hombretones que iban con él eran los mismos que abordaron con cara de pocos amigos al empresario Berriatúa en el Teatro de la Zarzuela. Exactamente la misma cara de pocos amigos que mostraban ese día acompañando al que claramente era su jefe, don Benito.

—Estaría bien que usted y yo encontráramos un momento para hablar con calma —le dijo con voz pausada, pero nada tranquilizadora.

—¿De qué quiere que hablemos? —preguntó intrigada y desconcertada.

—Mis hombres ya le avisarán. Ha sido un placer. Y de nuevo mi enhorabuena por su interpretación.

No le dio tiempo a digerir la extraña escena que había ocurrido ya que enseguida tuvo que seguir estrechando la mano a unos y otros, escuchando halagos, recibiendo besos y más felicitaciones… Un joven guapo y con muy buena planta, cabello negro y ojos azules, uniformado de la Guardia Real, se aproximó a besarle la mano. Como era una noche para atender a muchos sin detenerse demasiado en nadie en particular, él iba preparado con un pequeño sobre que contenía una nota que le entregó. Consuelo se la guardó en el interior del escote con discreción, lo que agradó al joven, que desapareció sin que ella se diera cuenta de por dónde.

Entonces se aproximó con dificultad entre la multitud un hombre delgado que sobresalía entre los demás gracias a su altura. A Consuelo le llamó la atención los pasos decididos con los que, sorteando los inconvenientes de la falta de espacio, se dirigía hacia ella.

Los ojos del desconocido se mantenían en alerta permanente buscando, envueltos en un halo triste, las vivezas de lo que acontecía a su alrededor. Eran ojos de soñador empedernido. Le gustó su pelo lacio caído sobre las orejas con una densa melena llamativa.

Su estilosa indumentaria, traje con chaleco a juego, camisa blanca y un pañuelo sobresaliendo en el cuello, demostraba una

elegancia que favorecía su porte y galanura. Completaba su buena planta un profuso y moderno bigote perfectamente atusado con los extremos apuntando hacia el cielo.

Le resultaba muy seductor el aire romántico de su figura estilizada y al mismo tiempo categórica, determinada. Podría haber sido uno más de los caballeros que la rondaban entre halagos y piropos. Pero tenía algo, un aire que lo hacía distinto.

—Buenas tardes, señorita Vello.

Su cortesía y maneras eran exquisitas.

Ella le correspondió con una coqueta inclinación de cabeza.

—Observo que lleva sobre su pecho, más que un broche, una verdadera obra de arte.

—Veo que sabe admirar la belleza —sonrió Consuelo.

—¡Evidente! Por eso la admiro a usted.

—Me abruma con su comentario —murmuró a su vez con evidente falsa modestia.

—Cuesta creer que la abrume, ya que estará acostumbrada a que se lo digan —fue su rápida respuesta—. Es un placer conocerla en persona.

—Se lo agradezco, es muy amable, señor… disculpe, ¿cuál es su nombre?

—José Juan Cadenas, a su servicio. —Le tomó la mano y se la besó caballerosamente inclinando la cabeza—. Pero puede llamarme Pepe —añadió sin soltarla.

—Si yo le llamo Pepe a cambio deje de llamarme de «usted» y suelte mi mano.

—Hecho.

—¿A qué te dedicas, Pepe? —Empezaba a interesarle ese hombre. Se soltó la mano ya que él no parecía dispuesto a hacerlo.

—A muchas cosas, pero soy periodista, escribo.

—¿Y qué escribes?

—Vaya… le gusta saber.

—¿No hemos quedado en que ibas a tutearme?

Consuelo sorprendió a Cadenas con una agilidad que a él le gustaba e incluso supuso un inesperado aliciente.

—Así hemos quedado, sí, tienes razón.

—Entonces, ¿qué tipo de cosas escribes?

—De todo. Artículos, obritas teatrales, aunque más bien como aficionado, críticas, poesía… La vida es demasiado corta y a mí me gusta aprovecharla —hizo una pausa— en todos los sentidos… Y presupongo que a ti también porque eso es lo que simbolizan las libélulas —señaló el broche—, el aprovechar cada oportunidad que brinda la vida, disfrutar de todos los momentos que se presentan. Ese es el don de vivir y la capacidad de comprenderlo.

—¿También entiendes de insectos? —Su tono era jocoso.

—La libélula es un insecto pequeño pero con una enorme carga simbólica. Me resulta apasionante. ¿Sabes lo que significa la iridiscencia de sus alas transparentes?

—Ni idea, pero seguro que me lo vas a decir tú.

Cadenas empezaba a aguantarse la risa, contagiado por la actitud de ella, que era exactamente la misma. A la joven le impresionaba el porte y saber estar del desconocido y sus conocimientos, que iba deshilachando con una gran soltura mental, por momentos socarrona.

—Significa una clara visión de la vida y para conseguirla hay que aplastar las dudas estériles. ¿Tienes claro lo que quieres en la vida?

—Siempre lo he tenido. ¿Y tú?

—En este momento, clarísimo.

—¿Y qué es?, si es que puede saberse —estaba provocándole y él, encantado con la provocación.

—No apartarme del lado de una mujer como tú.

—Es lo que decía mi madre, que en paz descanse, que los hombres siempre quieren lo mismo de una mujer.

—«Los hombres», en general, puede. Pero yo soy diferente.

—También me advertía de los que dicen eso. —Se tocó instintivamente el broche.

Él sonrió, y en aquella sonrisa volaron los pensamientos de Consuelo, en los que Cadenas estaba quedando atrapado sin saberlo aunque deseándolo con ganas.

Señaló con la mirada la joya que ella acababa de acariciar, y continuó:

—Su vuelo es ágil y versátil, como eres tú sobre el escenario, según he tenido ocasión de comprobar hoy. Son los insectos con las alas más fuertes y transparentes de su especie, así son las que llevas en el pecho y como ocurre contigo. Creo que eres una persona transparente.

—Pues no te fíes de las apariencias, podrían ser un engaño. ¿Conoces a muchas mujeres que no guarden un misterio?

—Tienes razón, de nuevo. Me gusta hablar contigo.

—Lo mismo digo.

De hecho, durante la conversación se habían estado acercando espontáneos para saludarla pero ella les hizo poco caso. Se mostraba amable, pero con la misma amabilidad los despedía para seguir hablando con el periodista. Solo lo escuchaba a él. El resto de la realidad se había difuminado.

A Pepe le pasaba lo mismo.

—Aquí es difícil tener un poco de intimidad —insinuó Cadenas.

La invitó a ir a algún *colmao* de las cercanías o buscar una taberna donde poder tomar algo juntos antes de irse a casa, pero ella declinó amablemente, no tanto porque no le apeteciera sino porque le gustó más la idea de dejarlo con las ganas. Aunque reconocía que ya habían sido muchas emociones para un solo día. Tenía suficiente.

Le dijo un adiós que sonó a deseo de un espacio de tiempo corto.

—Una última cosa —dijo Cadenas cuando Consuelo ya se había dado media vuelta para marcharse—. Las libélulas funcionan también como talismán para conseguir la felicidad. Eso es lo más importante.

La joven asintió mientras le sostenía la mirada con perturbadora picardía. José Juan Cadenas tuvo en ese instante la reveladora sensación de que aquella mujer podría hacerlo enloquecer y el pecho se le inundó de alas batiendo sin parar, como si diminutas libélulas hubieran invadido su cuerpo.

La atracción surgió en ambos. Es en esos momentos, únicos e irrepetibles, en los que se pone en movimiento una magia indescifrable, cuando sentimos la rotundidad de la transformación que va a producirse en nosotros.

Eso fue lo que sintió Consuelo. Buscó a Nati para despedirse.

— ¿Quién es ese tipo tan guapo con el que hablabas?

—Tampoco es tan guapo.

—¡Uy, que no! —Nati ya la iba conociendo—. Esa carita que estás poniendo dice que sí es guapo, ¡y mucho! ¿Quién es?

—Un tal Cadenas.

—¿Un admirador?

—Sí, uno de tantos… —respondió Consuelo forzando un gesto de indiferencia.

Uno de tantos, que rondó por su cabeza durante aquella larga y fría noche de noviembre de 1903 que estaba destinada a perdurar largamente. Tanto como puede llegar a serlo el infinito o la eternidad.

Segunda parte:
COMO EL FULGOR DE UN RAYO

Soy como un espíritu que mora
en lo más hondo del corazón.
Siento sus sentimientos,
pienso sus pensamientos
y escucho las conversaciones más íntimas del alma,
la voz que solo se oye en el rumor de la sangre,
cuando el vaivén de los latidos
se asemeja al sosegado oleaje del océano estival.
He desatado la melodía dorada
de su alma profunda y me he zambullido en ella
y, como el águila en medio de la bruma y la tormenta,
he dejado que mis alas se adornasen
con el fulgor de los rayos.

PERCY BYSSHE SHELLEY, «Soy como un espíritu que mora»

19.
Extorsión

Era de noche. Después de la función en el Romea, un coche trasladó a Consuelo al Palacio Real, donde la esperaba el oficial de la Guardia Real que la había agasajado en el teatro. La condujeron a través de amplios pasillos y apabullantes salones, suntuosos y llenos de valiosos muebles. Se dirigían a la zona de los dormitorios en medio de un silencio cómplice.

El joven esperaba de la cita más de lo que consiguió.

—Me llamo Ignacio, pero puedes llamarme Nacho.

Así lo llamó pero solo durante los breves minutos que duró el encuentro, y ya no volvió a llamarlo ni Nacho, ni Ignacio, ni nada, porque no tenía intención de verlo más.

Pensó que la única diferencia que habría con lo que había estado haciendo bajo los soportales de la plaza Mayor, si aceptaba lo que tácitamente significaba aquella cita, sería el lujo frente a la miseria. Pero nada más. En cualquiera de los dos casos se trataba de prostituir su cuerpo, ahora con el morbo añadido de que era una artista que aparecía en postales tan demandadas que se había llegado a traficar con ellas.

Pero, a pesar del sentido de su reflexión, se sintió, en cierto modo, halagada; era un hombre guapo y gozaba de una buena posición, pero no lo conocía de nada y, por otro lado, una zozobra en su interior le decía que algo importante, pero aún por identificar con claridad, podría estar a punto de sucederle.

¿O le estaba sucediendo ya…?

Se disculpó. El mismo coche que la había llevado hasta allí la devolvió a su casa. Algo le había pasado en las últimas horas, estaba claro. Una perturbación de desconocidas consecuencias. Durante el camino no podía dejar de pensar en Pepe Cadenas.

Al día siguiente, al entrar en su camerino, lo encontró inundado de ramos de rosas rojas. Preciosas. Eran de Cadenas y llevaban una nota:

Para la mujer más hermosa,
incomparable ni a una rosa.

Tuyo, Pepe Cadenas.

Se emocionó. Le pareció tan hermoso el detalle que ni siquiera reparó en lo cursi que era el ripio de la nota. Esa noche salió al escenario dando lo mejor de sí misma, como si fuera la protagonista de la obra, dedicándoselo al periodista. Intuía que se encontraría en la sala viéndola y no se equivocaba. Al terminar la representación fue a buscarla para invitarla a cenar.

—Qué pena que hoy no se haya puesto su fascinante broche —le comentó saliendo del teatro.

—Es una joya muy valiosa, no puedo llevarla un día cualquiera.

—¿Es hoy un día cualquiera?

—¿No lo es…?

—Te aseguro que para mí no.

—He decidido sacarlo solo en ocasiones especiales.

—Pensé que esta lo sería —le retó Cadenas.

—Dependerá de ti que lo sea. Tú verás… —le devolvió el reto.

Pepe propuso que cenaran en una casa de comidas del barrio de las Letras que solía frecuentar, Casa Alberto.

—¿Te gusta el bacalao? —le preguntó nada más ocupar una mesa en un coqueto rincón del local.

—Nunca lo he probado —reconoció Consuelo.

—¡Pues aquí hacen un bacalao a la madrileña de chuparse los dedos! —dijo Cadenas con entusiasmo y pidió dos.

Degustaron sin prisa el pescado, que acompañaron con agua y una frasca de un buen tinto, dejando pasar el tiempo con levedad. El periodista era un hombre ingenioso y culto, de agradable conversación. Un tipo interesante, pensaba Consuelo. También lo encontraba atractivo, solo que se lo parecía a ella y a las muchas mujeres con las que flirteaba.

Cadenas resultó para Consuelo un gran descubrimiento que brilló en medio de una larga cola de admiradores que ya tenía y no precisamente por sus dotes artísticas. Le preocupaba que él se diera cuenta de su escasa formación y dejara de interesarle.

Entonces decidió hablarle de su reciente viaje a Barcelona y del mundo diferente y moderno que había descubierto. Se pasó tanto rato hablando de ello que Cadenas acabó diciéndole con ironía:

—Por lo que veo, Barcelona te ha impresionado sobremanera.

En realidad, como había sido su única aventura hasta entonces, la estiró igual que se estira un hilo en un carrete y, de esa manera, el

relato dio mucho de sí. Cualquier cosa para que él no notara su falta de conocimiento. Pensó que contando ese episodio daría una imagen de mujer de mundo y, por qué no, un tanto sofisticada.

Pero a Cadenas no le importaba si Consuelo tenía mucho mundo o poco, o si era sofisticada o dejaba de serlo; le gustaba esa chica delicada y rotunda al mismo tiempo, que mostraba sin pretensiones unas ganas de vivir que se contagiaban con facilidad. Y, sobre todo, le apasionó su permanente ansia por saber cosas, algo que para él era sinónimo de vivir, de querer estar vivo no por estarlo sino por disfrutar, «ya que estamos en este mundo, saquémosle partido», le dijo apurando la última gota de vino que quedaba en el vaso.

—Y hablando de sacar partido —añadió—, ¿por qué no se lo sacamos a esta noche? Te invito a un aguardiente en el Café de Fornos, ¡si no lo conoces debes hacerlo ya! —Ambos rieron—. ¿Sabes que hemos cenado en un sitio con historia?

—¡Pues claro! —bromeó ella—. Gracias a nuestra presencia, Casa Alberto será un sitio histórico a partir de hoy —dijo con mucha gracia.

—Vale, por eso también, te lo admito, pero te lo digo en serio. En el edificio donde hoy está el restaurante vivió Miguel de Cervantes. Mejor te lo explico por el camino, vamos.

Dieron un largo paseo para llegar al Café de Fornos, recalando en la Puerta del Sol.

—¿No te gusta la ciudad de noche? A mí me da vida —comentó Cadenas con vehemencia.

A Consuelo, en cambio, no le daba vida sino asco, sobre todo por la cercanía del submundo que ella había conocido y que constituía su gran secreto.

La soledad de la plaza Mayor que había frecuentado contrastaba con la animación que las noches amparaban a la luz de candiles a tan solo unos metros de distancia, en la Puerta del Sol. En tabernas y colmados, los *colmaos*, remoloneaba la gente resistiéndose a irse a dormir. Esos establecimientos, y otros garitos que abarrotaban los alrededores de la Puerta del Sol, cerraban tan tarde que a veces se las veían con los serenos o con guardias municipales que realizaban sus rondas nocturnas.

Todos se perdían en la ronda de la noche; no la de las autoridades sino la de los vicios sin espacio para las virtudes. Chulos, rateros, conspiradores, pendencieros, bandidos, componían un paisanaje único, característico de una fisonomía de ciudad muy diferente a las demás en el mapa español que transitaba de un siglo a otro.

Consuelo estaba descubriendo una noche diferente. Era muy niña para haber pasado por ahí en los tiempos en los que mantenía

una actividad no precisamente para niñas. Pasaron por delante de un par de las más de diez casas de juego ubicadas en aquella misma plaza, que se mantenían abiertas hasta el amanecer.

El mismo amanecer que les sorprendió a Pepe y Consuelo saliendo del café. Lo último con lo que se encontraron antes de retirarse a descansar fue una pequeña banda de murguistas, bohemios que tocaban todo tipo de instrumentos musicales y estaban dispuestos a dar la murga en cualquier celebración que se les presentara. Claramente ellos también iban de retirada. Les tocaron unas notas al pasar por su lado a modo de chistosa despedida, iban contentos, de murga y de copas.

Consuelo y el periodista José Juan Cadenas se despidieron en la puerta de la casa de ella. Había sido la primera noche maravillosa vivida juntos.

—Que sí, Nati, que anoche me invitó a cenar, no imaginas cómo es de galante y de ingenioso, y cuánto sabe.

—Uyyy…, alguien aquí se está enamorando.

Consuelo y Nati tomaban café cerca de la plaza del Rey. La amiga la veía ilusionada con el periodista que la cortejaba. «Te mereces lo mejor». Y lo mejor era que la vida empezara a sonreírle para compensar los muchos sinsabores que la acompañaban desde su infancia.

Ahora la vida por fin le abría esa puerta. Cuando se retiró de cartel *La bodega del diablo*, a Consuelo le prorrogaron su contrato. Por aquel entonces aún no tenía repertorio propio, así que al empresario se le ocurrió que cantara el cuplé *El conejo*, que no era precisamente santo de la devoción de la joven por su excesiva procacidad. Pero se vio obligada a aceptar para poder seguir actuando.

La Fornarina le confirió al obsceno cuplé su sello propio, provisto de una inocencia y naturalidad imposibles en cualquier otra intérprete, pero que en ella funcionaba. Esa apariencia de no saber el significado de las intenciones de aquella letra que interpretaba, pero insinuándose al mismo tiempo, enardeció al público, convirtiéndolo en su primer gran éxito popular.

Sin embargo, el día del reestreno de Fornarina en el Romea no presagiaba dicho éxito. Benito Calzado, el padre Benito, como se enteró Consuelo que lo llamaban, presente como espectador en aquella función, hizo un leve gesto al terminar la representación y cuando el público arrancó a aplaudir empezaron a escucharse algunos tímidos pitos desde algunos asientos, que fueron en aumento. Hubo

gritos de «¡fuera!», «¡ordinaria!» y calificativos más gruesos.

Consuelo, muy afectada, abandonó el escenario entre lágrimas. No se lo esperaba. Se sintió sola. Nati estaba actuando en su función en otro teatro madrileño y no sabía dónde encontrar a Cadenas, que esa noche no fue al teatro por tener otro compromiso profesional.

Llevaba consigo el broche de la libélula. Lo acariciaba desolada, sin comprender qué había pasado. Esa misma circunstancia ya la había vivido con anterioridad, le resultaba extraña, incomprensible. ¿Sería tan desastre la obra? ¿O su interpretación carecía del nivel requerido por un público exigente? Aunque aquel público daba muestras de ser cualquier cosa menos exigente.

Al salir a la calle, la bofetada de viento gélido que recibió en la cara le puso los pelos de punta al recordarle, una vez más, el frío que pasaba bajo los soportales de la plaza Mayor haciendo cosas que no quería a viejos, borrachos y maleantes. Quizás fuera exagerado pensarlo, pero el fracaso de esa noche la abocó, de nuevo, al precipicio de aquellas noches de alma oscura.

No conseguía descansar, imposible dormir.

Oyó ruidos en la casa y se levantó a ver qué pasaba. Era su padre. Tampoco él podía conciliar el sueño y estaba buscando un trozo de queso que quedó de la cena y sirviéndose un vaso de vino.

—¿Vino a estas horas, padre?

—Pero es muy poco, mira. —Alzó el tosco vaso de cristal grueso para que su hija comprobara que, en efecto, no tendría más de dos dedos de vino.

—¿Usted tampoco puede dormir?

—No, hija, no. No me deja la conciencia.

Consuelo dejó de respirar un segundo. La declaración que acababa de hacer su padre le golpeó en el corazón, el lugar donde más dolía la ausencia de su madre. Laureano no era precisamente un hombre reflexivo, por lo que sorprendía que reconociera la tortura que debía de estar causándole su conciencia.

Se le veía nervioso y agotado, le costaba realizar los movimientos más elementales y arrastraba los pies, remolcando con ellos el peso de la culpa de tantas cosas…

—Sé que no vais a perdonarme por lo mal que me he portado con vosotros.

—Sobre todo con madre —sentenció cortante Consuelo, a quien costaba sentir un gramo de conmiseración hacia su progenitor después de haber presenciado, y sentido como en propia carne, los golpes que recibía Benita, y los gritos y platos rotos que volaban por el aire de aquel pequeño espacio que era la casa.

—Sobre todo con ella… —repitió Laureano agachando la cabeza mientras sostenía el vaso entre las dos manos—. No era yo, hija, el

que pegaba a tu madre, no era yo sino alguien atrapado en el alcohol, y el alcohol nos lleva a hacer cosas feas que no queremos.

Le costaba seguir. Hizo una pausa que Consuelo rellenó con más silencio.

—Cada día de mi vida me arrepiento —siguió confesándose Laureano—. Sé que no tengo perdón. Por eso entenderé que no me perdones. No debería haber hueco para mí en este mundo —ahora se frotaba agitadamente la cabeza—. No tengo derecho a vivir, no lo tengo.

—No diga eso. —El tono de la hija seguía siendo de severidad.

—Por favor, créeme si te digo que siento la vida que tuvo tu madre.

—La que usted le daba.

—Sí… —El hombre agachó de nuevo la cabeza sintiendo el bochorno y la vergüenza de quien quiere huir del mundo, consciente de sus malas acciones y del daño causado a otros.

—Creo que deberíamos volver a la cama, padre.

Con el rostro desencajado y los ojos rojos, inyectados en un llanto volcánico, agarró de las manos a su hija, mostrando una desesperación larvada en el tiempo, y le dijo:

—No puedo seguir viviendo si no me perdonas.

Apretaba las manos con tanta fuerza, nacida de la angustia, que estaba haciéndole daño sin querer.

—Por favor, te lo suplico, hija, perdóname. No puedo vivir así…

La joven se sintió en una difícil encrucijada. Era su padre, pero qué pocas veces se había comportado como tal. Un padre ausente aun viviendo juntos en un espacio tan reducido que era difícil no llegar a tocarse. Pero estaba lejos, siempre lo estuvo. Lejos de su esposa y de sus hijos. Y luego estaban los intolerables golpes a Benita que Consuelo no quería olvidar. Era incapaz de hacer como si todo aquello, al perderse en la nebulosa del tiempo, no hubiera sucedido. No estaba dispuesta. No podía.

—Perdóname, perdóname… —lloraba sin parar.

El desasosiego sobrevoló la estancia.

—Creo que deberíamos intentar dormir un poco, padre. Usted tiene que madrugar. Es muy tarde. Le acompaño a la cama.

Fue el gesto más cariñoso del que era capaz. Después regresó a su cuarto, se tumbó y cerró los ojos a la espera de un nuevo día.

Consuelo pasó la jornada siguiente deseando que llegara la tarde para ir al teatro y comprobar si Cadenas estaba. Necesitaba verlo. Pero ese

día tampoco apareció.

Al tercer día recibió en su casa la visita de un hombre un tanto siniestro. Era uno de los matones de don Benito.

—¿Cómo ha sabido dónde vivo? —le requirió intentando disimular el miedo que le infundía aquel tipo y que hubiera dado con su casa.

—El jefe la invita a comer —le informó haciendo oídos sordos a su pregunta—. La espera a la una del mediodía en el restaurante Lhardy, en la carrera de San Jerónimo. Hoy —añadió cortante antes de que ella quisiera saber más.

Sin dar lugar a nada, el hombre con pinta de matón se largó y ella se quedó cargando con la cita impuesta y una inquietante incertidumbre.

La carrera de San Jerónimo era una calle que se había puesto de moda. Eso explicaba la cantidad de gente que deambulaba por ella a esa hora. El restaurante Lhardy, de inspiración francesa y uno de los más elegantes y lujosos de la ciudad, llevaba abierto más de sesenta años. La fachada, de varias plantas, sugería, de forma inequívoca, lo que un cliente podía encontrar si franqueaba aquella puerta atrayente. Consuelo no había pisado jamás un lugar como aquel. Nada más entrar quedó atrapada por el sugerente ambiente que destilaban los dos mostradores de madera de caoba enfrentados, a derecha e izquierda, un impresionante espejo al fondo, un artilugio que le pareció un hervidor de agua, lo que llamó su atención, no sabía que algo así existiera, y una botillería como posiblemente no hubiera en todo Madrid. El conjunto conseguía crear una atmósfera de ensueño.

Un camarero la acompañó al piso superior, que albergaba varios salones. En uno que parecía más amplio que el resto ya la esperaba don Benito, en una mesa junto a la salida a un balcón que daba a la carrera de San Jerónimo, degustando un líquido rosado en una copa de cristal fino y ante un suculento plato de cocido.

Los clientes vestían con elegancia. Le sorprendió ver que también había mujeres.

Tensa y en guardia, Consuelo se sentó en la lujosa silla enfrente a la de don Benito.

—¿Cómo está, señorita Vello? Tiene muy buen aspecto.

—Bien —tragó saliva—. No creo que me haya invitado a comer para saber cómo estoy.

Don Benito puso sus cartas sobre la mesa sin esperar.

—Tienes razón, para qué andarnos con rodeos. ¿Aún no te has dado cuenta de cómo funciona la claque?

—Dígamelo usted. Seguro que es quien mejor lo sabe, me temo.

Como un violento puñetazo en su cerebro descifró los comportamientos del público que le habían parecido extraños en diferentes estrenos en los que había participado y ató cabos.

—Yo, señorita Vello, repito, yo, soy quien maneja al público en esta ciudad.

Qué mal sonaba su voz y peor aún la intencionalidad con la que la usaba.

Aunque Consuelo lo estaba entendiendo quiso asegurarse y oír de sus propios labios la asunción de culpa de una acción que le había causado un daño entonces inexplicable pero cuyo enigma se estaba despejando.

—¿Qué significa que lo maneja?

—Está muy claro: puedo hacer que una obra triunfe o fracase en función de lo que me beneficie a mí.

—¿Le beneficie?

—Eso es, dependiendo del dinero que yo gane. Y cuando lo gano le aseguro, señorita, que entonces la obra es un gran éxito. Está en mi mano. La prensa es demasiado impresionable, para mi gusto, y se deja llevar por la primera sensación que capta en la sala una vez se baja el telón. Yo soy el creador de esa sensación.

Se quedó helada. Soltó la cuchara y dejó de tomar el consomé que le habían servido, no le entraba nada. Intentaba evitar que se notara el efecto que estaba causando en ella la amenaza, pero era difícil.

—Con un cinco por ciento será suficiente —dijo con aire casual el padre Benito al tiempo que se introducía en la boca una montaña de garbanzos bailando en un trozo de tocino, lo que provocó un profundo asco en la joven.

Se trataba de una extorsión en toda regla. Lo habitual era que se lo pidiera a los empresarios —a la mente de Consuelo acudió, en ese momento, la escena de Berriatúa flanqueado por los dos matones de don Benito en el teatro—, pero había visto en La Fornarina un interesante negocio emergente del que pretendía sacar tajada.

Ella se negó. Sería el colmo que cuando estaba empezando a percibir una remuneración simplemente aceptable tuviera que pagar para que no hundieran la obra en la que actuaba.

—Piénselo, Consuelo. Le doy un día, ni uno más, para que se replantee su actitud. Considere lo que puede ganar… o perder.

Ella no conseguía articular palabra.

—Ah, por cierto —añadió el diablo—, la comida corre de mi

cuenta, está invitada.

«¡Pues solo faltaba!», pensó la joven.

—Será parte de mi inversión en La Fornarina —prosiguió don Benito—, si es que es lo suficientemente inteligente. ¿Desea tomar postre? Yo no puedo permitírmelo —se dio varias palmadas en su barrigón—. Usted pida lo que quiera. Buenas tardes.

Dio un abrupto sorbo a su copa de vino, se levantó y salió del comedor con insufribles aires de grandeza sabiendo que tenía en sus manos el futuro de jóvenes artistas como ella.

Se sintió acorralada. El rayo de sol que se colaba entre los visillos de la ventana junto a la que estaba su mesa siguió iluminando la sala del comedor, pero su figura se ensombreció y quedó en penumbra mientras bajaba las escaleras y salía a la calle a respirar.

20.
Paseos con Cadenas

Pasaron tres días más hasta que por fin el periodista se dejó caer, de nuevo, por el Teatro Romea. Pepe le contó que había tenido mucho trabajo, le encargaron varias críticas teatrales que le hicieron desplazarse a ver otras obras, por eso no pudo volver a ir al Romea para verla, como hubiera preferido.

—¿Quieres que sea tu Romeo…? —desplegadas, sus alas de seductor resultaban eficaces.

Consuelo se dio cuenta de lo mucho que le gustaba ese hombre. Entre el disgusto por lo de don Benito y no haber podido ver a Pepe en tres días, había cundido en ella el desánimo. Era la señal evidente de que empezaba a sentir algo por él.

Le confesó la extorsión que estaba sufriendo por parte de don Benito. Cadenas ya tenía noticias de ese hombre.

—Imagina por qué lo llaman padre Benito. Es el cabecilla de una banda de delincuentes, un chantajista, un ladrón con varios matones a sueldo. Son tipos muy peligrosos.

—Estoy desesperada, Pepe. ¿Cómo es posible que mi éxito dependa de un indeseable como ese?

—Ha extendido por varios teatros de la ciudad su imperio del hampa y emplea las tretas que sean necesarias para que los empresarios accedan a su chantaje y paguen. Si no lo hacen, se exponen a que la función fracase, maneja en su beneficio las reacciones del público, que, como bien sabes, luego la prensa recoge puntualmente.

—¡Pero yo no soy una empresaria! —se lamentaba Consuelo.

—No, pero ha visto en ti posibilidades de explotarte porque empiezas a destacar.

Recibió las últimas palabras como una vaharada de esperanza.

—¿Tú crees que empiezo a destacar?

—¿Acaso lo dudas?

—No sé qué pensar, Pepe, y ahora encima la preocupación de ese tal don Benito.

—Todo saldrá bien, ten confianza —tomó su mano y la besó,

provocando un estremecimiento en Consuelo—. Te dejo que te prepares para la representación.

La función de esa tarde, de nuevo, tuvo pitidos, silbidos y hubo alguna que otra expresión bastante malsonante. Fue desagradable. Consuelo se sintió impotente, pero al menos sabía que Pepe estaba esperándola.

—¿Quieres que te acompañe a casa? —propuso él.

—Te queda lejos —le respondió ella—, no es necesario, no te preocupes. Nos vemos mañana, estaré con mejor ánimo.

Cadenas no se quedó muy conforme, pero creyó conveniente no insistir.

Aproximándose a su casa, Consuelo vivió el mayor susto de su vida cuando un hombre la asaltó por detrás. La más absoluta y oscura soledad callejera circundaba la escena. La joven empezó a gritar y a darle patadas, pero su fuerza no era comparable a la del asaltante, que le tapó la boca y la inmovilizó atrapando el cuerpo de Consuelo contra el suyo.

—¿Verdad que no te gustaría que les pasara nada malo a tus hermanitos? Petrita y Luisillo te quieren mucho, como tú a ellos. Ya sabes, entonces, lo que tienes que hacer.

La soltó y huyó rompiendo el silencio nocturno con aplausos para que no tuviera ninguna duda de la procedencia de la violenta misiva.

En la cama, todavía con el susto en el cuerpo, se retorcía de dolor por la molestia abdominal que se le reproducía de manera recurrente. Lo achacó a la impresión que se había llevado por el incidente y el miedo que le produjo.

Pensó en cómo le gustaría en ese momento acariciar la libélula de Lalique para que la protegiera. Y también la piel de Pepe para sentirse a gusto y abrazar el sueño acurrucada en él.

La fachada del edificio mostraba señales del tiempo como puñales que se clavan en una carne tierna. La acompañaba su amiga Nati, estaba demasiado asustada para acudir sola.

Uno de los matones que le resultaba familiar les franqueó el paso y otro, al que Consuelo no había visto nunca, les acompañó hasta el siniestro despacho del padre Benito.

—Sean bienvenidas a mi humilde morada.

La «morada», como dijo, podía ser calificada con cualquier adjetivo menos el de humilde. Ostentoso y grandilocuente, obsceno como él. Así era aquel espacio que angustió a las dos jóvenes nada

más entrar.

Benito Calzado había amasado una ingente fortuna en el extrarradio de la ley y sus relaciones eran tan fluidas con el hampa como con la policía. La justicia lo persiguió por impagos y tejemanejes varios, pero siempre conseguía salir indemne. Había vivido durante muchos años, y no sería casualidad, en la calle de Ceres, una de las más concurridas de burdeles y prostitutas callejeras.

—Acabemos cuanto antes —dijo Consuelo con impaciencia.

Nati se quedó sorprendida al ver a su amiga tan resuelta. Quizás aún no sabía que cuanto más extrema era la situación por la que le tocaba pasar a Consuelo, más se crecía para afrontarla. Y aquella era extrema.

De la bolsa que llevaba colgada al hombro extrajo otra pequeña de tela barata cerrada con un cordel. La abrió y puso sobre la mesa noventa pesetas.

—¡Qué haces, Consuelo! ¡Eso es mucho dinero! —exclamó Nati alarmada.

Fue a abalanzarse sobre el dinero para recogerlo, un gesto que le salió por instinto. Pero Consuelo la detuvo y miró fijamente al padre Benito.

—Espero que ahora cumpla su parte y haga lo que tiene que hacer. Y hablo muy en serio —sentenció Consuelo.

El innoble don Benito recogió las monedas, las guardó en un cajón y le dijo:

—Eres muy generosa, querida Fornarina. Estamos en paz… por ahora.

Las dos amigas se cogieron de la mano intentando que los hombres allí presentes no lo advirtieran. No querían que se dieran cuenta del miedo que estaban pasando.

—Que tengan una buena tarde —añadió.

Respiraron tranquilas y fueron a salir de la asfixiante estancia cuando todavía escucharon algo más de boca del padre Benito:

—Consuelo… espero que volvamos a vernos pronto.

Entonces Consuelo se desarmó por dentro y notó cómo le subían hasta la garganta unas náuseas terribles que le hicieron temer que fuera a vomitar.

Mareada, tiró con fuerza de Nati hacia la salida. Necesitaba aire y ver el cielo.

—Por favor, no digas nada. No hablemos de ello. Esto no ha pasado, ¿de acuerdo?

Le hizo ese ruego a Nati, que no pudo responderle con palabras porque no le salían, asintió ligeramente y echó a andar sin mirar atrás.

La siguiente función fue aplaudida hasta con ovaciones. Cadenas se encargó de hacerlo llegar a varios periódicos, que publicaron el gran éxito cosechado por La Fornarina en el Romea. Aquellos aplausos y el insolente cuplé *El conejo* la convirtieron en una incipiente estrella cuyo fulgor se resumía entonces como la cupletista más atrevida de la capital.

Cadenas tuvo mucho que ver con el despegue de esa joven de la que, desde el primer instante en el que se cruzó con ella en el vestíbulo del Romea, su instinto le llevó a ver un diamante, una piedra preciosa y de mucho valor a la que se le puede sacar un brillo espectacular puliendo aristas y dedicándole tiempo para convertirla en una gran artista. Porque una gran persona ya lo era, a Cadenas no le cabía ninguna duda. Le había impresionado conocerla. De todas sus conquistas, que eran muchas como se sabía en determinados círculos sociales y bohemios en Madrid, Fornarina fue distinta para él desde que la tuvo delante, en una corta distancia que le hizo embriagarse de un aroma sempiterno de adoración. Su espíritu se enganchó al de ella y sus manos acabaron asiéndose mientras paseaban por las céntricas calles de Madrid, como si hubieran estado esperándose en algún punto incierto del camino.

Si Consuelo necesitaba pasar con él el mayor tiempo que fuera posible, igualmente Pepe quería verla a todas horas. Se convirtió en una mutua necesidad que derivó en un estallido al que no querían poner nombre, pero que cualquiera habría identificado como enamoramiento.

Buscaban ratos a deshoras para pasear y hablar por el céntrico Madrid que era, en aquellos años, un auténtico bullicio. En las mismas calles coincidían los primeros vehículos motorizados que circulaban por la capital y los tradicionales carruajes de caballos. La combinación de motores y animales no terminaba de ajustarse todo lo bien que debería. Para no asustar a los animales, el primer Reglamento de Circulación de la Villa prohibía a los automóviles tocar el claxon si estaban cerca de los carruajes de caballos. El problema era que también había multitud de viandantes, que se exponían involuntariamente al peligro de ser atropellados entre tanto barullo.

Durante aquellos paseos, en los que se notaban las miradas de los transeúntes a Consuelo, deshilvanaron sus respectivas vidas, entregándose recíprocamente recuerdos, vivencias, confesiones… Aunque Consuelo guardaba para sí una de la que se avergonzaba. Esa quedaba encerrada con llave en la caja imaginaria de lo que ni siquiera nosotros mismos queremos creer que haya existido.

—¿Qué crees que pudo pasar para que el desastre del estreno se convirtiera en un éxito? —le preguntó Pepe.

—¿A ti qué te parece…?

—No… Consuelo, no tenías que haber accedido —le preocupó que hubiera entrado en el juego del padre Benito.

—No pensemos en eso ahora y disfrutemos de la noche. —Se cogió del brazo de él para seguir andando más estrechamente.

De camino hacia el Café de Fornos, a la salida del teatro, Pepe no pudo resistir más. El cielo barruntaba tormenta y, aunque aún no había descargado, el aire olía a lluvia. Refrescaba. Sin estrellas y entre nubes grises, Consuelo sintió los labios de Pepe atrapando los suyos, pillados en una dulce traición.

21.
Un abismo deseado

¡Hola, Consuelito! ¿Cómo está mi amiga favorita? Espero verte muy pronto ya que mi compañía tiene previsto actuar en Madrid. Debes estar atenta a la cartelera del Price. Están intentando cerrar un acuerdo para que hagamos varias representaciones. Eso sería mejor que un sueño.

Echo de menos nuestras conversaciones, pero soy feliz pensando que tú también lo eres pudiendo actuar en teatros importantes. He encontrado a mucha gente que habla de ti, oye, ¡ya eres una estrella! ¿Ves cómo tu madre tenía razón? No hay que ponerle límites a los sueños.

Yo estoy recorriendo España, de punta a punta. Hemos actuado en Andalucía, en Murcia, en Albacete, en Segovia y hasta en Galicia. Y en muchos sitios más, ¡qué sé yo! No puedo quejarme.

Cuídate mucho. Un abrazo y hasta pronto.

Tu amigo Pepín A.

—Va a llover. Lo noto en los huesos —comentó Elvira sin dejar de dar puntadas con la aguja.

—Siempre dices lo mismo pero luego nunca llueve.

Nati cosía a la luz de la ventana junto a su madre. La mujer, aunque no era muy mayor, padecía múltiples achaques que, sin embargo, la envejecían. Cuando no se resentía de las articulaciones, le molestaba la espalda o se le hinchaban los tobillos o le dolía la cabeza hasta provocarle náuseas. Su hija estaba siempre pendiente de ella, dudando de si los males de la madre eran reales o tan solo una manera de llamar su atención.

Vivían las dos solas. El padre había muerto cuando Nati contaba solo seis años y no tenía hermanos. Ahora que era ya una mujer, el ambiente en casa, sola con una madre en perpetuo quejido, le

resultaba asfixiante.

La situación económica, sin ser boyante, no era mala. El padre les había dejado una pequeña herencia que les daba para vivir sin las estrecheces que había conocido, y sufrido, su amiga Consuelo. Nati había decidido presentarse a las pruebas en el Teatro de la Zarzuela, donde conoció a Consuelito, porque buscaba una manera de salir de casa y comprobar que existía un mundo fuera de ella.

—Eres una incrédula, hija.

—Que no, madre, que usted se queja de vicio.

—¡Eso! Encima me dejas por mentirosa. No te lo consiento.

Era una cansina discusión a la que Nati, por reiterada, había dejado de hacer caso hacía tiempo.

—Que nooo… No la llamo mentirosa, lo que pasa es que a lo mejor no está tan mala como dice. Tiene que animarse.

—¿Y cómo voy a animarme, si tengo razón y va a llover?

¡No había manera!

Nati, que no había dejado de coser en todo el rato que estuvo hablando con su madre, levantó la vista de la prenda, miró por la ventana y vio unos oscuros nubarrones cernirse sobre el cielo.

—¿José Juan Cadenas? Es un periodista que apunta maneras. Un tipo interesante.

Saint-Aubin estaba escribiendo cuando llegó Consuelo. No la esperaba. Ni ella pensaba ir a visitarlo esa tarde pero necesitó escuchar, una vez más, los sabios consejos de su amigo adulto. Los veintisiete años que le sacaba de ventaja Saint-Aubin le servían a ella de mucho provecho.

Tenía tantas cosas que contarle…

—Pepe es…

—¿Pepe? —Saint-Aubin no pudo evitar cortarle la frase, sorprendido—. ¿Ya hay esa confianza entre vosotros?

—Sí… bueno, somos amigos.

—Desconocía que entre tus virtudes estuviera la de la rapidez para hacer amigos —su comentario iba cargado de ironía.

—El caso es que Pepe es un hombre muy inteligente —comentó Consuelo con orgullo.

—Sin duda lo es, pero a ti no te interesa porque sea periodista… ¿no?

La joven agachó la mirada sonriendo; se mordió el labio inferior.

—Digamos que me interesa todo.

—Entonces tienes que saber que, además de inteligente, que

verdaderamente lo es, también es mujeriego. Y ahora no sé si me meto donde no me llaman.

—Usted puede meterse en lo que quiera, don Alejandro. Pero eso de que es mujeriego, ¡vaya usted a saber! La gente es muy cotilla.

—Yo solo te digo que vayas con cuidado. Tiene fama de conquistador y lo cierto es que se deja ver en círculos bohemios de la capital frecuentemente acompañado por damas de gran belleza, ¡qué casualidad! Y fíjate que digo damas, no dama en singular, porque no siempre va con la misma. Ahí lo dejo… El resto ya es cosa tuya.

Lo era. Y estaba dispuesta a que Cadenas fuera «cosa suya», a implicarse.

Pidió una cosa más antes de marcharse.

—¿Puedo ver el broche?

—¡Por supuesto! Es tuyo, faltaría más.

Fue a buscarlo a una habitación y volvió con un cofre cerrado con un candado que abrió delante de ella. Fue como si una luz en forma de abanico surgiera del broche. Así lo sintió Consuelo al ver de nuevo la joya única que desprendía un halo invisible de magia. La acarició con suavidad y le guiñó un ojo.

—Ahora ya puedo irme —dijo sonriendo a su amigo.

—Ve con cuidado, Consuelito. Me refiero a «Pepe» —puso intención al pronunciar el nombre—. Eres muy pasional y estrenarte en el amor con demasiada entrega podría acabar haciéndote sufrir.

—¿Es que merece la pena el amor sin una entrega total?

—No conviertas el amor en un abismo.

Fue el último consejo de Saint-Aubin. Pero Consuelo estaba dispuesta a lanzarse a un abismo si Pepe la esperaba abajo.

—En Madrid no se habla de otra cosa. ¡Ese hombre está loco!

Pepe tenía premura por contarle a Consuelo lo sucedido con el padre Benito.

Prosiguió:

—Ha sido en el Teatro Eldorado. Un hombre lanzó un comentario sobre lo que estaba haciendo la claque entre el público, hundiendo la función, y, ni corto ni perezoso, Benito Calzado le atizó un fuerte garrotazo en la cabeza que lo dejó tan mal herido que tuvieron que llevarlo de urgencia a la Casa de Socorro.

—No me extraña, es capaz de hacer cualquier cosa —comentó Consuelo—. ¿Y qué le ha pasado a él? ¿Lo han detenido?

—Ha acabado en el juzgado de guardia. Ojalá lo metan en la cárcel, donde debe estar un tipejo como él.

—No tendremos esa suerte.

—Confía.

—¿Crees de verdad que el infierno que supone este hombre en mi vida acabará? No puedo soportar más que me siga pidiendo dinero.

—Lo que no entiendo es que te niegues a denunciarlo. Al final otros lo han hecho por ti y ha tenido que ser después de que se produjera un incidente como ese. Lo importante es que está detenido.

—¿Qué pasará cuando salga? Seguirá con sus fechorías.

—Amor —era la primera vez que Pepe la llamaba así—, no permitamos que ese sinvergüenza se haga hueco entre nosotros. Todo va encajando, tienes que estar más tranquila. El padre Benito tiene a la Justicia siguiéndole los pasos, no creo que siga cometiendo tropelías.

Le cogió una mano para llevársela a los labios y besarla deleitándose en aquella piel de seda. Después siguió aproximándose a su cuerpo para acariciarla y atraparla en un beso tan intenso que casi le cortó la respiración.

Ella se dejó llevar por el balanceo de la pelvis de su amante, con el que se fundieron en un abrazo íntimo y profundo que ambos llevaban esperando desde el primer instante en el que se vieron en el vestíbulo del Teatro Romea.

Sintió cómo recorría su cuerpo, de arriba abajo, el vértigo de la sima a la que había decidido asomarse.

Los sueños iban cumpliéndose a su alrededor. Pepín y el Price. Formaban una unidad indivisible desde hacía años. El joven iba atado a la imagen del teatro en el que, por fin, se disponía a actuar. Y ya no era un sueño. Ahora le tocaba a él. «Ya era hora, amigo», le dijo La Fornarina al acróbata tras el triunfo de una de las funciones. No pudo acudir al estreno por estar ella actuando también, en su caso en el Romea, «¡es la mejor razón para no verme debutar en Madrid», la excusó Pepín mostrando su sincera alegría por el trabajo de su amiga.

Sin que ninguno de los dos tuviera que proponerlo, caminaron juntos hacia el banco de piedra donde solían sentarse, convertido en «su rincón», en medio de la plaza del Rey, donde, hacía muchos meses, las confidencias se desataban de manera natural dando paso a una sólida amistad llamada a perdurar en el tiempo, aunque no se vieran todo cuanto quisieran. Había algo, intangible, pero emotivo, que únicamente les pertenecía a ellos y les hacía sentirse libres al hablar con la sinceridad que no se atrevían a cultivar en ninguna otra circunstancia o con ninguna otra persona. Aunque en el caso de Consuelo, su amiga Nati se aproximaba bastante a una amistad sin

tapujos ni medias verdades.

Se contaron cómo les había ido. Pepín le habló de su hermano Antoñito, más pequeño que él, al que también le había entrado el gusanillo del circo y llevaba tiempo preparándose para ello. Al parecer era muy bueno, «¡mejor incluso que yo!», bromeó Pepín con su habitual buen humor. Tenían pensado formar un dúo profesional. Consuelo y Pepín rememoraron sus ratos en los que hablaban de lo que anhelaban para el futuro.

Ya habían emprendido la senda que podía permitirles cumplirlo. Ahora solo dependía de ellos no abandonarla.

22.
¿Tú y yo?

> ¿Podría, un servidor de usted, tener el honor de gozar de su compañía mañana por la noche, al terminar su extraordinaria actuación?
>
> Ninguna mujer es igualable a usted, apreciada y hermosa Fornarina. Y yo seré el hombre más dichoso de la tierra si accediera a cenar conmigo esta semana. El día elíjalo usted. Yo me limitaré a rendirme ante sus pies.

¿Cómo explicar que existe una cara oculta de la belleza? No es que le importe mucho al público, pero sí a Consuelo Vello.

> Le ruego acepte este presente —un valioso collar—, aunque sé que La Fornarina merece mucho más, como prueba de mi más ferviente admiración. Si le parece bien, pasaré a visitarla a su camerino después de la función de hoy.
>
> Me perdería en la frondosidad de sus cabellos negros como el azabache. Entiéndame, lo digo con mis mejores intenciones.
> Pero me vuelvo loco pensando en usted, amada Fornarina. Esa es la verdad innegable que deseo que conozca.

Nadie se pregunta si Consuelo quiere ser visitada en su camerino por un desconocido.

Cuando cultivaba sus sueños de ser artista no se le ocurrió dar por hecho que su identidad fuera a desdibujarse para ser engullida por la del personaje que pisaba las tablas de los escenarios.

A diario le llegaban al teatro notas, regalos caros, flores, algunas

en gigantescos ramos y proposiciones de todo tipo. Nati le ayudaba a recogerlo. Consuelo nunca respondía. Y si alguno de los caballeros que le enviaban las cartas o regalos se apostaba en el *foyer* a esperar a que saliera tras la representación, la amiga, que ya ejercía de ayudante para todo, lo despedía amablemente. Se especializó en apartar a los moscones, pues no todos los admiradores eran educados y caballerosos.

Con más de medio centenar de funciones a sus espaldas, el Romea le renovó el contrato para otras dos obras, aunque menores. «Obritas», las calificó ella. Pero eran trabajo y podía mantenerse más tiempo en cartel. Eso le decía Cadenas, que en cuestiones artísticas y teatrales había demostrado su autoridad.

Las «obritas» en cuestión eran *Del Lavapiés a Turquía*, obra en un acto, que seguía la tendencia imperante de lo oriental, y *No te fíes de los turcos*. En esta última cantaba un cuplé, el primero escrito para ella, que fue considerado por la crítica como lo mejor de la obra.

> Una profesora yo soy, que había venido de París. Tengo montado un gran salón, con mucha gracia y mucha, sí, y aquel que quiera adelgazar debe venir a verme a mí… pues doy masajes, doy masajes, con una gracia sin igual y el que va a probarlo una vez se fía más.

Lo titularon *El masaje*. Que fuera lo mejor de la obra no significaba que tuviera calidad. Pero fue lo más aplaudido, con mucha diferencia respecto del resto de la función.

> Un chico joven también me vino a visitar, pues la nariz se le torció porque le dio una enfermedad…

Era una composición de una burda obscenidad que a La Fornarina le quedaba lejos. Una obscenidad que siempre había sorteado, a veces por los pelos, pero el caso es que evitó caer de lleno en ella. Hasta ese día.

La función fracasó.

> Le di masajes en la nariz, le di masajes sin cesar pero, por más que trabajé, no se la pude enderezar.

Resultaba difícil, por no decir imposible, enderezar la nariz, ni

enderezar aquella obra, ni nada, con semejante letra.

Quiso pensar que el fracaso se debía a la intervención de los esbirros del padre Benito pero lo cierto es que la obrita de marras no necesitaba de ayuda para que fuera un desastre.

No obstante…

Al salir del estreno de *No te fíes de los turcos* encontró apostado en la acera de enfrente a uno de los matones de don Benito. Fumaba con descaro. Apoyaba la espalda contra la fachada en actitud chulesca. Tiró al suelo la colilla y juntó las manos para realizar el gesto de aplaudir sin llegar a hacerlo. Consuelo echó a andar a grandes zancadas para huir de allí lo más pronto posible, pero el tipo era más rápido, pasó a su lado rozándola y le dijo:

—Mañana en el despacho de don Benito, pero con diez pesetas más.

Después desapareció en la siguiente esquina.

Consuelo no podía respirar, la angustia la ahogaba. No sabía qué hacer para salir del yugo de ese malnacido.

Pepe y Consuelo se intrincaron en sus pasos en la vida y en sus días. En las noches de luna llena paseando por la Puerta del Sol. En sus abrazos.

Sus brazos devinieron en flexibles ramas que se entrelazaban en cuanto la ocasión lo propiciaba. Buscaban esa soledad compartida que no participa de nadie más que de los amantes que desean serlo.

Cadenas se esmeraba en causarle buena impresión en todo momento proponiéndole planes que suponía que podrían sorprenderle. La mañana de sábado en la que la invitó a ir al parque del Retiro, la joven no podía imaginar que iba a descubrirle un nuevo deporte: las carreras de velocípedos, importadas de Inglaterra y, sobre todo, de Francia. Eran unos artefactos sostenidos por una rueda delantera gigantesca y una trasera muy pequeña. Sus conductores vestían atuendos similares a los de los jinetes y hacían juegos de equilibrio para alcanzar la meta sin dar con sus huesos en el suelo. Valientes y temerarios eran los que se encaramaban a estos artilugios. Y también era necesario, según algunos, un punto de locura.

A Consuelo se le abrieron los ojos como platos contemplando el espectáculo.

—¿Sabes que muchos padres han prohibido las relaciones de sus hijas con estos insólitos deportistas?

Le dio un ataque de risa al escuchar el comentario de Pepe.

—¿Y eso por qué? Ah, no, me estás tomando el pelo.

—¡En absoluto! Lo que te digo es cierto. Dan por hecho que para competir encaramados a un velocípedo se ha de tener alguna clara perturbación mental.

Esos cacharros de dos ruedas también se usaban como medio de transporte, sobre todo por la noche. A veces se veía a gente llegando en velocípedo a una sala de teatro o de espectáculos.

Llegó a producirse lo que muchos, especialmente quienes se negaban al avance de los nuevos tiempos, llamaron una invasión del espacio, al ver calles y avenidas llenas de estos artefactos circulando en todas direcciones.

La relación entre Consuelo y Pepe fue intensificándose. Tras los dos últimos descalabros de las obras en las que La Fornarina actuó, aunque en el fracaso algo pudo tener que ver la espuria actuación del padre Benito, lo cual no quita que la calidad fuese ínfima, Cadenas empezó a mover sus contactos en la prensa y en revistas especializadas en teatro para que le prestaran atención a la joven. Estaba convencido de sus aptitudes artísticas. También de sus capacidades humanas; cada vez le gustaba más la forma de ser de Consuelo.

Convenció a la revista *Teatro* y también movió hilos en el periódico recién creado por don Torcuato Luca de Tena, el *ABC*, así como en *El Imparcial* o *La Correspondencia de España*, con el que colaboraba.

La Fornarina comenzaba a ser una estrella en ciernes del cuplé, gracias a Pepe y a pesar de no tener un éxito propio que justificara el encumbramiento. El único obstáculo en su despegue, que no podía permitir que se convirtiera en insalvable después de tanto esfuerzo para conseguir el reconocimiento público, era el padre Benito.

—¿Qué iba a hacer, sino pagar?

Consuelo le contó a Nati que había vuelto a ceder a su extorsión. No sabía a quién contárselo. Intuía lo que Pepe le habría dicho y prefería mantener al margen su relación con él.

Pero la angustia se mantenía como una roca. Nati la abrazó, era lo que su amiga necesitaba.

—Vamos, Consuelo, tú eres fuerte. Tienes que poder con esto.

—La única manera de poder con esto es pagar. Tú misma lo viste

cuando me acompañaste.

—Tiene que haber otra. No sé por qué te niegas a denunciarlo.

—Es lo mismo que me dice Pepe. ¿Te imaginas qué pasaría si lo denunciara? Ese hombre es muy peligroso, Nati. Ya me ha amenazado una vez con hacerle daño a mi familia. ¡Es horrible! Estoy atrapada, ¿es que no lo ves?

—Cálmate, cálmate… Está bien. Se nos tiene que ocurrir una alternativa para poder cortar con esto.

—A mí lo que se me ocurre ahora es que hablemos de otra cosa, a ver si se me pasa un poco esta angustia que tengo.

—Pues entonces te cuento: voy a dejar el teatro, Consuelito, esto no es para mí.

—¿Qué? ¡Sorprendente! No me lo creo.

—Pues créetelo. Lo he pensado mucho y no voy a destacar nunca. En cambio, la costura se me da bien, mira qué vestuario hemos hecho para tus funciones.

—¡Ha sido fantástico! Y no lo digo solo yo, hasta los periódicos han alabado los vestidos.

—Gracias, querida. Me hace sentir bien y quiero seguir haciéndolo pero dedicándome en cuerpo y alma y aprendiendo más. Por eso ya he encontrado un taller.

—Ten cuidado, ¡a ver a qué taller vas! —respondió Consuelo con sorna pensando en el Fru-Fru.

Al despedirse, el padre Benito volvió a ocupar su sitio en la cabeza de Consuelo.

—¿Puedo hacerte una proposición de lo más deshonesta?

Mientras hablaba, Pepe recorría el cuello de la muchacha con besos ligeros como plumas.

—¡Menos mal que no eres pintor! —bromeó ella disfrutando de los labios de Pepe—, porque si no la propuesta sería que posara desnuda para ti.

—Puedo proponerte lo mismo sin que poses…

—¿Que me desnude? —susurró ella.

Consuelo se estremeció. Se abrazaron.

—Pasemos juntos una noche distinta a las del resto del año. Una noche que sea especial… Solos tú y yo.

«Tú y yo»…

23.
Romper con lo establecido

Madrid, 31 de diciembre. Nochevieja de 1903

La profusión de velas sembradas por todo el local le conferían un ambiente ambarino predispuesto a despedir el año. Los comedores estaban llenos de clientes poseídos por un alegre desenfado y sembrados de candelabros de plata que acompañaban sus conversaciones, a veces despiadadas, a veces transgresoras e impúdicas.

Delicados y elegantes manteles, con sus respectivas servilletas a juego, cubrían las mesas llamando la atención de los comensales ya que en Madrid no se acostumbraba a ver aquella puesta en escena afrancesada exclusiva de las élites.

Esa noche, el restaurante Lhardy resplandecía bullente, con un incesante ir y venir de copas, botellas y platos. Había alegría por todas partes y algo más, mucho más que alegría, en la mesa que ocupaban Consuelo y Pepe.

—Dijiste que lo único bueno de tu cita con el padre Benito había sido conocer este sitio.

—Sí, pero no podemos permitírnoslo —hizo el comentario bajando la voz y jugando con ella, divertida.

—Un día es un día, querida.

Pepe le besó la mano. Consuelo lucía el espectacular broche de libélula en el pecho.

—Tú eres más bonita que la libélula, y eso que el broche no se queda atrás.

Lo había recogido en casa de Saint-Aubin por la tarde. Él se alegró de poder felicitarle el nuevo año:

—Te deseo los mayores éxitos personales y artísticos, mi querida Consuelo. Ya cogiste el camino. Ahora no lo dejes.

—Energía, paciencia y perseverancia. Es lo que me dijo hace tiempo. ¿Ve cómo no lo he olvidado?

En casa de Pepe culminaron otra noche maravillosa, después de que el reloj de la Puerta del Sol hubiera marcado las doce. Brindaron con champán, «¡qué rico!, es la primera vez que lo tomo», reconoció Consuelo plena de dicha.

En el incipiente enredo de sus cuerpos, él le quitó el broche de Lalique para depositarlo con delicadeza sobre la mesilla antes de que se desataran llamas en ellos, como estaba a punto de suceder. El nuevo año y sus expectativas, los deseos, las aspiraciones, ardían en el interior de sus cuerpos al desnudarse con urgencia. Se quitaron la ropa mutuamente dejando al descubierto la verdad de cada uno de ellos. Porque habían tomado la decisión, que en realidad toman los instintos más que la mente, de entregarse sin medida, tal era el amor que les había invadido sin dejar un resquicio de ellos a salvo.

El recorrido por la piel los guiaba hacia los rincones ocultos de sus cuerpos que ansiaban ser explorados por las certeras manos del amante. Entre aquellas sábanas se estaba sellando un pacto de unión no escrita, ni expresada con palabras. Hablaban las manos, los músculos, los roces perpetuos en el cuerpo de quien se ama. Hablaban las bocas, los labios, las ardientes caricias.

Pepe se convirtió en un rayo penetrando en ella, luminoso y potente, con el que culminó la tempestad desatada sobre el abrasador lecho. Y ambos volaron a la vez como si quisieran atrapar el vuelo de la libélula.

El último contrato con el Romea finalizó y le entró miedo de que no volvieran a ofrecerle trabajo. Consideraba que todavía no había conseguido hacerse el suficiente nombre en el mundillo artístico y que el mayor logro de su carrera hasta entonces era su belleza y su gracia en el escenario. Pepe, en cambio, no opinaba lo mismo.

—Tienes que aprender a confiar más en ti. Piensa en lo que has conseguido ya, que está muy bien para la edad que tienes.

—Habló el hombre mayor.

—Maduro, señorita —respondió él cómicamente atildado—. Un caballero madurito, no mayor.

—Si tú lo dices…

La diferencia de edad no suponía un obstáculo en su relación.

—En esto tengo razón, Consuelo —Cadenas volvió a ponerse serio—, es mucho lo que has conseguido, más de lo que muchas artistas que empiezan soñarían, aunque nunca se debe bajar la guardia de la ambición. Solo así hay posibilidades de llegar a lo más alto. Y tú

la tienes.

—Empiezo a dudar de si llegaré a hacer algo grande. Además, aunque ya sepa leer y escribir, te confieso que lo paso mal cuando no puedo estar a tu altura en muchas conversaciones.

—¡Qué tonterías son esas! La «altura», como tú dices, es algo que uno mismo tiene que intentar lograr, en lugar de perder el tiempo en lamentarse de lo que no se es —le dijo Cadenas con cariño.

Se quedó mirándola al mismo tiempo que daba vueltas a una idea.

—Se me acaba de ocurrir algo…

Pepe la llevaba a un lugar sin desvelar de qué se trataba y ella se dejaba guiar. Llegaron a un edificio del centro y subieron hasta el segundo piso, donde les esperaba un hombre sentado ante un piano de cola, con un atril al lado y partituras y letras de canciones dispersadas por toda la estancia. Iba a tomar clases de solfeo, canto y declamación.

—¡Ah, no, ni hablar! —Fue su primera reacción. Estar en aquel lugar y para ese cometido la asustó—. Nunca se me ha dado bien estudiar.

Pepe sonrió ya que era exactamente la reacción que esperaba. Pero confiaba en ella y le transmitió, como también había estado haciendo Saint-Aubin, que tenía que confiar en sí misma, por encima de lo que los demás, e incluso ella misma, creyeran.

—Ya te anticipo que también te tengo preparadas clases de danza en otro lugar.

Consuelo se dejó caer, evidenciando su derrota, sobre la primera silla que encontró a mano y resopló.

Cadenas, que era un tipo además de sagaz, muy tenaz, volvió a utilizar sus contactos para conseguirle un nuevo contrato. Esta vez fue en el Salón de Actualidades, en el número 4 de la céntrica calle de Alcalá, junto a una de las entradas laterales del Gran Hotel de París; un teatrillo de poca monta que seguramente no le aportará mucho a su trayectoria artística, pero en el que le pagaban la nada desdeñable cantidad de veinticinco pesetas diarias. Y también daba trabajo a su inseparable Nati, a quien encargaron el vestuario, que acabaron

confeccionando juntas.

Durante sus años de existencia, el gran tirón de dicho salón había sido la novedosa decisión, por parte de sus dueños, de acoger en su sala lo que entonces era «lo nunca visto», los últimos avances en imagen y sonido. Corría la moda, desde la última década del siglo recién terminado, de mostrar en diferentes salas madrileñas fotografías en movimiento a través de rudimentarios proyectores. De hecho, el Romea instaló uno nada menos que de la casa francesa Pathé, pioneros mundiales, que proyectaba en sesiones nocturnas.

El pequeño Salón de Actualidades apostó por la modernidad que suponía para el sector atraer a numeroso público con otros reclamos que no fueran el cante y el baile en el escenario. Y triunfó, desde su modesta posición, con nuevos aparatos con imágenes coloreadas, primero, después sincronizadas y, finalmente, hasta incluyeron sonido. La gente acudía atraída por nombres indescifrables, e inventados, como el cronocromoscopio o fonocromoscopio. El éxtasis colectivo culminó con el añadido último del decáfono Excelsior, un conjunto de diez fonógrafos, cada uno de los cuales emitía el sonido correspondiente a un instrumento, con lo que el efecto que se conseguía era el de una orquesta a lo grande.

En aquella sala peculiar acabó recalando Consuelito, que tenía muy claro cuál era su lugar y adónde pretendía llegar. «Un paso más, hay que ir sumando…».

Todas las piezas de la vida de Consuelo Vello se iban colocando en una armonía que Cadenas quiso convulsionar con otra proposición de mayor trascendencia para la vida de cualquiera.

—Vivamos juntos, Consuelo.

Un corte momentáneo de la respiración. Un suspiro y el aire regresa a los pulmones. Cuando pudo hablar le respondió:

—No me gustan esas bromas.

Entonces Pepe la besó apasionadamente antes de susurrarle al oído:

—Ven conmigo, mi amor…

Se besaron de nuevo. Y más susurros de Pepe depositándose en su corazón y en su piel:

—Trasládate a mi casa. ¿Por qué no pasamos la vida juntos? ¿No te atrae la idea?

Le atraía la idea, el sentimiento, el deseo, la pulsión… Y le atraían los besos y las caricias que seguían prodigándose.

Le atraía Pepe. Ambos sentían lo mismo, una atracción poderosa

que los impelía a desear formar parte del otro sin límites que les impidieran alcanzar los confines de la tierra.

Sin embargo:

—Nada me gustaría más en este mundo pero… —Su rostro, iluminado y radiante hasta ese instante, se ensombreció.

—¿Qué ocurre?

—No puedo dejar a mis hermanos solos con mi padre. Él no sería capaz de cuidarlos.

—Lo entiendo pero tienes derecho a hacer tu vida. Te has ocupado de tu familia y has asumido tareas que no corresponden a una niña.

Al escuchar esto último sintió una terrible punzada en el pecho, recordando los soportales de la plaza Mayor y aquellas noches oscuras. Eso sí que no correspondía a una niña. Si Pepe lo supiera… No quería pensarlo.

Regresó a la realidad.

—¿Te encuentras bien? De repente tu cara ha cambiado, te has puesto blanca.

—Sí, no es nada. Ha sido la emoción —mintió—. Yo te amo, Pepe. Nunca había sentido nada parecido. Es tan fuerte lo que siento por ti que hasta marea. Por eso no sé qué hacer. Seríamos tan felices viviendo juntos que no puedo ni imaginarlo, pero no creo que mi felicidad fuera completa preocupada siempre por cómo les irá a mis hermanos.

—Yo estoy loco por ti, Consuelo, por eso quiero tenerte solo para mí.

—Y me tienes.

—Nunca he vivido con nadie, como bien sabes he estado siempre soltero.

—Pero eso es porque no te gusta atarte a ninguna mujer, es mucho más divertido picar en una flor y en otra, ¿no? —le dijo irónica.

—La única flor que quiero eres tú.

—Por Dios, no te vayas a poner cursi ahora.

—Por ti me pongo cursi y lo que haga falta —le respondió intentando abrazarla y aguantándose él mismo la risa por sus ocurrencias para seducirla.

Al final pasaba más tiempo en casa de Pepe que en la suya, pero siguió yendo a dormir para no distanciarse de Petra y Luis. Qué pena que Benita no hubiera podido participar de lo bien que le estaba yendo la vida a su hija. De su cambio de rumbo. De un renacer en el que se encuentra el hilo del que tirar para caminar por la senda acertada, la que conduce a la felicidad.

En el Actualidades, La Fornarina cosechaba un mayor éxito en el vestíbulo, donde había varias vitrinas con fotos y postales suyas en las que aparecía semidesnuda, que en el escenario, donde la obra era tan pobre como el teatro. Las postales desaparecían con rapidez antes de que las autoridades las confiscaran, lo que provocaba, a su vez, más ansias por conseguirlas.

Ante semejante panorama había que pensar en algo que sirviera de reclamo. Al empresario del Actualidades le ocurría algo similar que a Cadenas, ambos se daban cuenta de que La Fornarina era diferente al resto de cupletistas del momento; que había en ella elementos intrínsecos de una naturaleza fuera de serie que merecía la pena explotar. Cadenas reconocía que tenía más mérito que lo pensara un empresario, dado que a él le unía una relación con Consuelo que iba más allá de lo profesional.

—Tiene que sacarle partido a su exotismo —propuso el gestor del Actualidades a Consuelo y a Pepe en una reunión que mantenían los tres en un despacho del teatro.

—Estoy de acuerdo con que hay que conseguir que destaque del resto de cupletistas —aseveró Cadenas.

—Pensaba que era distinta a las demás —dijo la artista con cierto desencanto.

—Y lo eres, querida —intervino de inmediato Pepe—, pero lo que queremos es un triunfo rotundo e inequívoco, que destaques todavía más. Que todo Madrid se rinda a tus pies. Y eso es posible. De hecho ya estás empezando a conseguirlo, incluso te han aclamado en una ciudad como Barcelona, en la que no es fácil triunfar como tú lo hiciste.

Cadenas era único animando y mostrando la cara más positiva de la realidad, porque el éxito que obtuvo en la Ciudad Condal no había sido apabullante precisamente.

—Creo —siguió pensando Pepe en voz alta— que el público se ha cansado de las artistas raciales y agitanadas, que parecen todas andaluzas, ¡caray!

—¡Ya lo tengo! —saltó el empresario—. Eso es, nada racial… Fornarina, prepárate porque vas a romper moldes, ¡ya lo creo que los vas a romper!

Primero le pasó el cepillo por el cabello, comenzando por la raíz y descendiendo después por la espesa melena azabache hasta el final. Después, Consuelo echó la cabeza hacia delante y Nati le derramó por

encima agua con una jofaina para empaparla. Se la secó frotándola con fuerza para quitarle la humedad. Tomó un bote de agua oxigenada, mezclada con extractos vegetales, y fue repartiéndola por el cabello con unas gasas.

Consuelo respiró hondo. Ya estaba hecho. Solo había que sentarse a esperar a que hiciera efecto.

Terminado el proceso cogió un espejo, cerró los ojos, se lo colocó delante y los abrió. Nati lanzó una exclamación y ella respondió con una sonrisa felina lanzada contra su propia imagen.

Aquella tarde, en su primera actuación en el Actualidades después de que Nati hubiera ejercido de peluquera, «no sé qué me falta hacer por ti», bromeó, el revuelo que se organizó en el patio de butacas al aparecer completamente rubia, con el cabello recogido en un abultado moño hecho con gracia, fue lo nunca visto —¡eso sí que lo fue!— en las salas de teatro madrileñas.

En una esquina del patio de butacas, Cadenas y el empresario aplaudían pletóricos y acabaron dándose la mano con un claro gesto de satisfacción mientras La Fornarina salía en varias ocasiones a saludar al entregado público. En una de ellas se lanzó a un mayor atrevimiento y se quitó una gran horquilla de fina madera tallada que sujetaba el peinado. La larga melena se desplegó por la espalda, como una ondulante cascada, que ella mostró al respetable agitándola con movimientos sinuosos que puso en pie a todos los asistentes a aquella insólita e histórica función.

24.
Quien a hierro mata…

El eco de la imagen de la nueva Fornarina, como así la consideraron algunos periodistas después del impacto del nuevo color de su melena, se extendió con rapidez por la capital y las funciones pasaron a llenarse, quedando incluso gente en la calle por no haber podido conseguir ninguna localidad.

Como era de esperar, allí, en primera fila, estaba sentado el padre Benito. Como las aves de rapiña cuando huelen la sangre, su oronda figura ocupaba una butaca en el centro, mientras que varios de sus hombres lo hacían en los extremos de dos filas de asientos.

¡No podía ser! Pero lo vio claramente. ¿Una casualidad? Tratándose de ese indeseable seguro que no. Al estar sentado tan cerca del escenario, Consuelo lo vio con total claridad nada más levantarse el telón: lucía prendido en la capa un broche desmesurado con forma de insecto que se asemejaba a una libélula. La joven se descompuso. Indispuesta y agobiada.

Actuó sobreponiéndose con enorme dificultad. Al terminar solo saludó una vez, se encontraba mal y notaba que cada vez le costaba más respirar con normalidad. Don Benito, desde su asiento, acariciaba obscenamente su broche. Consuelo no pudo más y se retiró tras la bajada del telón, que no volvió a elevarse a pesar de que los aplausos del público no cesaban.

Se retiró corriendo al camerino y cerró con llave sintiéndose, así, más segura. Necesitó sentarse en el sillón y se encogió de dolor, tal vez fueran los ovarios. Lloró de rabia. Había que poner fin a la pesadilla como fuera. Pero el problema era que no sabía cómo.

¿Cuál sería el mensaje que quería darle en esa ocasión?

Días de miel y rosas, esto último en el sentido más literal. Cadenas no era un millonario, ni un aristócrata, como los que le proponían a La Fornarina relaciones a cambio de valiosos regalos. Sin embargo, era

un hombre de gran carisma, culto y bien relacionado en el entorno cultural y periodístico, además de audaz y astuto. Y un *bon vivant*.

Consuelo se esforzaba en sus clases relacionadas con el arte, pero también las que de vez en cuando le daba Pepe en casa sobre los temas más variados. Aunque estas le costaban más, su ansia de saber la convirtió, a diferencia de lo que ocurría en su infancia, en una alumna con palpables ganas de aprender y de adquirir conocimiento. Pepe empezó a enseñarle también un poco de francés, «nunca está de más».

Hasta que la añorada ciudad de Barcelona volvió a cruzarse en su vida al recibir la llamada del empresario barcelonés que ya la había contratado en el Teatro Nuevo Retiro. En la Ciudad Condal las variedades seguían triunfando y necesitaban a una estrella incipiente como La Fornarina, a la que recordaban sobre todo por las postales que tanto éxito tuvieron allí.

El nuevo viaje suponía que Consuelo y Pepe iban a separarse por primera vez y a ninguno de los dos les hacía demasiada gracia. Pero tenía que hacerlo.

Alegría y tristeza al mismo tiempo. Más tarde o más temprano iba a tocarles afrontar el reto de una separación. La carrera de La Fornarina no solo no podía flaquear sino que tenía que coger impulso, alzar el vuelo y desplegar las alas para volar más alto. «Como una libélula»… Tenía muy presente que debía ser así.

Le propuso a Nati que viajara con ella, le abonaría un pequeño sueldo por ayudarla y no dejarla sola.

—Seguro que mi madre puede vivir sin mí unas semanas. ¡Te acompaño sin dudarlo! Pero solo por perderla de vista una temporada —bromeó Nati, y ambas estallaron en risas.

—Anda, que si no la tuvieras la echarías en falta.

Como a ti, Benita. Como a ti…

Elvira cortaba una rebanada de una hogaza de pan recién hecho.

—Ninguno sabe tan bien como el que hacía tu padre.

El padre de Nati había regentado toda su vida, ayudado por su madre, un despacho de pan, tan pequeño que ni tahona podía llamarse, pero funcionó mejor de lo que eran capaces de abarcar y se ganaban la vida. Con el tiempo se trasladaron a un local ligeramente más amplio y en él estuvo hasta que las fuerzas le fallaron debido a una enfermedad que nunca supieron determinar los médicos. En el barrio eran populares «los panes del Andrés».

«Como viuda, mi madre es insoportable, te lo aseguro», se

sinceró una vez Nati con su amiga Consuelo. Era buena mujer, pero demasiado dada a la queja fortuita de la que costaba encontrar el origen o razón.

—A ver, madre, que no me voy al fin del mundo sino a Barcelona.

—¿Y dónde está Barcelona sino en el fin del mundo? ¡Está lejísimos!

—Usted siempre tan exagerada. ¿No puede alegrarse, aunque solo sea una vez, de algo bueno que me pase?

—Pero si a ti nunca te pasa nada bueno —replicó Elvira con cierta indiferencia que dolió a Nati.

—¡Pues por eso! Ahora que por fin me pasa alégrese, mujer, que va a pagar lo mismo —ironizó la cansada hija.

La muchacha se retiró a su dormitorio pensando ilusionada en la ropa que metería en la maleta, mucha de ella vestidos confeccionados por sus propias manos.

Se miró al espejo y contempló con regocijo su escasa belleza, sintiéndose una privilegiada por viajar con La Fornarina y ver mundo.

Sobre todo ver mundo…

Barcelona y Madrid, noche del 27 de junio de 1904

De nuevo sobre las tablas de la Barcelona que tanto le había impresionado en su primer viaje. Esta vez debutaba con el apelativo de «Bella Fornarina» y un repertorio en el que empezaba a notarse, para bien, la influencia de José Juan Cadenas.

La primera idea que se le vino a la mente al alzarse el telón del Teatro Nuevo, inaugurado en la avenida del Paralelo hacía tan solo tres años, fue el alivio de que en ese lugar no pudiera hallarse el padre Benito. En Madrid estaba acostumbrándose a actuar con el miedo de que apareciera en cualquier función sabiendo que su presencia suponía siempre la extorsión de tener que pagarle para que no la hundiera.

La Bella Fornarina era distinta a la que había conocido el agradecido público barcelonés. Ahora era rubia, lo cual no hizo sino aumentar la expectación y la devoción que sentía por ella, como se demostró en aquel segundo debut.

Fue feliz recibiendo la ovación con la que Barcelona le rendía tributo. Apareció radiante durante los saludos finales.

A esa misma hora, en Madrid, un hombre enfundado en una capa negra se disponía a introducir la llave en la cerradura de la puerta de entrada a su casa cuando tres encapuchados lo asaltaron, tapándole la boca uno de ellos con un pañuelo bien apretado para que no se oyeran sus gritos de auxilio.

Por tercera vez, la Bella Fornarina tenía que salir al escenario a saludar, luces, flores, aplausos… mientras en Madrid los asaltantes arrastraban al padre Benito a un callejón cercano y empezaban a golpearlo.

Las voces de alabanza del público, las aclamaciones y la interminable ovación llenaron de emoción el espíritu de Consuelo. Al mismo tiempo que en Barcelona un trabajador del teatro le entregaba en escena un espectacular ramo de flores, en Madrid los golpes destrozaban el voluminoso cuerpo del secuestrado.

Lo inesperado atañe a vicios y virtudes desencadenados en una danza armoniosamente rítmica que los une a través de miles de millas de distancia.

Silencio en el callejón madrileño, roto únicamente por el sonido seco de los puñetazos de la brutal paliza que don Benito Calzado estaba recibiendo. Sangraba hasta perder el conocimiento. El hombre prepotente, el ser maligno, el delincuente sin escrúpulos que amenazaba a diestro y siniestro, quedó reducido a un fardo desparramado, tirado en la calle.

Como en las escenas épicas, una tormenta se desató sin avisar, humedeciendo la noche. Pero la lluvia no limpió el rastro de maldad que sobrevivió a la paliza.

25.
El latido de un volcán

Quedaban pocos días para que la Bella Fornarina concluyera su exitoso espectáculo en el Teatro Nuevo. Nati lamentaba tanto como ella tener que abandonar la Ciudad Condal, aunque Consuelo solo pensaba en Pepe y en las ganas de reencontrarse con él.

Lo que pasó aquella noche en el vestíbulo del teatro no tenía explicación posible y, por momentos, pareció una maniobra orquestada por alguien en la sombra. Pero pensar eso no habría sido más que una teoría conspirativa.

Al finalizar la representación, dos periodistas que pugnaban por los favores personales de La Fornarina, aprovechándose de pertenecer a sus respectivos periódicos, como si tuviera ello que ser un aliciente para acceder a estar con nadie, se le acercaron al mismo tiempo para felicitarla entre agasajos y acabar requiriendo su compañía en privado. A Consuelo las propuestas de los dos señores, ¡encima por partida doble!, le sentaron como un cañón disparando a la boca del estómago, y más aún cuando ambos se enzarzaron en una violenta discusión para ver quién de ellos «se la llevaba», como si Consuelo no estuviera delante o no tuviera nada que decir. Ni ella ni Nati daban crédito a lo que estaba sucediendo.

—¡Basta!

Fornarina lanzó un grito que calló la discusión pero por unos segundos, nada más.

—Son ustedes ya mayorcitos como para andar discutiendo por una mujer, igual que si fueran niños. ¿Por qué no me preguntan a mí, que soy la interesada, si quiero irme con alguno de ustedes?

—Ya les adelanto yo la respuesta: no —intervino Nati bravucona y terriblemente enfadada.

Tuvieron que interceder los responsables del teatro, que se disculparon avergonzados por lo ocurrido.

Entonces, pareciendo que se encontraran en dos planos distintos de realidad, un silbido cruzó por delante del rostro de La Fornarina en forma de puñetazo que un periodista le lanzaba al contrincante, tumbándolo. Los allí presentes levantaron la voz en un rumor

generalizado en el que se mezclaban exclamaciones de incredulidad con gritos de alarma, pidiendo que alguien llamara a los guardias.

Cuando Consuelo y Nati intentaban ponerse a salvo guiadas por uno de los responsables del teatro, cuyo objetivo en aquellos momentos de confusión era sacarlas de allí, un grito clamoroso y seco se escuchó desde la escalera principal. «¡Es ella! ¡Furcia! ¡No huyas como una rata!». Una mujer ataviada con joyas y ropa cara estaba plantada en un escalón y apuntaba su dedo, estirando el brazo, directamente a La Fornarina, que quedó petrificada. Una estatua de mármol habría tenido más flexibilidad de la que ella poseía en ese instante. No era capaz de dar un paso. Nati la sujetó fuertemente por un brazo, pero tanto daba porque no conseguía salir de la inmovilidad.

Todo el mundo calló y la desconocida, fuera de sí, aprovechó el momento. Comenzó a bajar muy lentamente la escalera mientras hablaba a voz en grito.

—¡Eh, tú, Fornarina! No creas que saldrás indemne de aquí después de haber pasado por tu cama a mi marido.

«¡Oooooh»… Una exclamación unánime invadió el recinto.

—Dios, ¿qué locura es esta? —musitó Consuelo, sin aliento, a su amiga intentando que nadie la oyera. Asió con fuerza su mano, necesitaba un bastión que la sustentara en medio de aquella escena demencial.

El suceso era más grave de lo que parecía. El marido en cuestión era un diputado catalán en Cortes del partido Lliga Regionalista que, por supuesto, no conocía en persona a La Fornarina. Pero daba igual. Debido a su imagen de artista desinhibida era la víctima perfecta para que cualquiera la acusara de ser una seductora empedernida; una devoradora de hombres. Lo que ocurría, sin embargo, era que la idea que se tenía de ella como cupletista y la realidad como persona distaban mucho entre sí. Poco o nada tenían que ver.

La mujer continuaba su lento y teatral descenso por la escalera escupiendo hiel por la boca.

—¡Eres una fulana! Y todos tienen que saberlo, ¡tú no eres una artista sino una ramera! ¡Destroza matrimonios! ¡Puta! ¡No dejen que se vaya!

Por desgracia, los dos tarados que se habían enzarzado a puñetazo limpio por disputarse sus favores sexuales no eran los únicos periodistas que ese día estaban presentes en el teatro. Había otro, mucho más serio, de *La Vanguardia*, que consiguió hacer una foto en la que aparecían todos los protagonistas del incidente para sustentar una demoledora crónica sobre los hechos acontecidos aquella noche. Por suerte, la actuación de la Bella Fornarina quedó exenta de una mala crítica.

Tuvieron que salir del lugar escoltadas. El empresario, el gerente y el resto de directivos del Teatro Nuevo se disculparon y al día siguiente le llenaron el camerino de flores blancas.

Quedaban dos funciones para concluir el contrato. Dos días que a Consuelo se le hicieron eternos; después de aquel revuelo solo quería regresar a casa y abrazar a Pepe.

Evitó leer la prensa. Lo hizo Nati por ella, pero calló para evitarle que prevaleciera un regusto amargo sobre las buenas sensaciones que le proporcionaba Barcelona desde que la visitó por primera vez.

El teatro se llenó hasta la bandera en las dos últimas representaciones. Pero eso a La Fornarina había dejado de importarle.

Como todas las mañanas, Cadenas ocupó su mesa en la redacción del periódico *La Correspondencia de España*. Había tomado el primer café y se puso a leer un ejemplar del día mientras esparcía las notas de la jornada anterior que tenía que pasar a limpio y cogía un lápiz afilado del cubilete.

Como todas las mañanas.

O no… Porque resultó que no iba a ser una mañana como cualquier otra. En la sección de «Ecos de Sociedad» vio una noticia que le hizo saltar de la silla como si hubiera sido impelido por un potente muelle averiado. Lanzó el lápiz contra la pared con tal furia que los colegas a los que pilló en medio la trayectoria del puntiagudo proyectil se agacharon, sorteando el impacto. Su propio periódico se hacía eco de los lamentables sucesos protagonizados por La Fornarina en Barcelona. «¡El colmo!».

Empezó a dar vueltas alrededor de su mesa como un animal enjaulado al que acaban de herir.

—¡Un diputado de la Lliga! —gritó, dejando perpleja a toda la redacción—. ¿Qué pasa? ¿Qué estáis mirando?

Los compañeros vieron que la cosa se ponía fea e inclinaron la cabeza hacia abajo al mismo tiempo, creándose un silencio artificial.

Cadenas fue a recoger el lápiz del suelo y volvió a su mesa en silencio. Tenía que ponerse a escribir y lo hizo con la imagen de su novia y un diputado, el que fuera, que lo mismo le daba la cara que tuviera, retozando libertinamente.

Las malas pasadas de la imaginación.

Ese mismo día se dejó ver en compañía de una bella joven de buena posición social, hija de un político de renombre, y se aseguró de que algún colega diera buena cuenta de ello en su diario.

El suceso de Barcelona se convirtió, sin que lo hubiera buscado La Fornarina, en un reclamo para muchos teatros de provincia repartidos por la geografía española, que le proponían un cúmulo de actuaciones con el único fin de hacer caja. Hasta el Teatro Eslava, de Madrid, le ofreció nada menos que ingresar en su compañía.

Pero nada de eso le preocupaba a Consuelo a su regreso del convulso viaje a Cataluña. Jamás pensó que fuera a resultarle tan difícil que Pepe creyera que lo del diputado era una invención de una loca a la que no había visto nunca en su vida.

—Ni a ella ni a su marido —insistió.

—¿Crees que una mujer de su categoría iba a exponerse a una escena como la que he leído por algo que no es cierto?

—¿De su categoría? ¡Ja! ¡Me río yo de la categoría de esa loca de atar! ¿Qué culpa tengo yo?

—¡Todos los periódicos hablan de ello!

Cadenas fue alzando la voz y ella, sin apenas darse cuenta, acabó poniéndose a su nivel. El resultado: una acalorada discusión prácticamente a gritos.

Era el primer ataque de celos de Pepe, un rasgo de su carácter que estaba descubriendo Consuelo a sangre y fuego. Sangre, en el sentido literal, no hubo. Pero fuego…

—¡Qué es eso! ¡Está saliendo humo de mis papeles!

En efecto, de repente y sin saber cómo, una parte de los escritos que reposaban sobre su escritorio empezaron a arder.

Él corrió a tirar de documentos importantes para evitar que se quemaran y ella también corrió pero hacia la cocina para llenar de agua una jarra con la que apagar el fuego.

—¡Esto es el colmo! —gritó Pepe con gran enfado—. ¿Desde cuándo fumas?

—Yo no fumo.

—¿Ah no? ¿Y qué es esto? —sostenía entre los dedos, en alto, la colilla que había prendido en la mesa.

—Fumo alguno de esos, sí. Me los dieron a probar en Barcelona.

—¡Vaya! Sí que te ha cundido el tiempo en Cataluña, has triunfado en el teatro y parece ser que más aún fuera de él, te has tirado a un diputado, está bien, apuntas alto, has empezado a fumar… ¿Hay algo más?

—¡Yo no me he tirado a nadie! Ya te lo he dicho, son invenciones de una perturbada que salieron en los periódicos, como si fuera noticia.

—Para mí sí lo es. Creo que será mejor que te marches. Tengo que recoger este desastre y escribir un artículo.

—¿Me estás echando?

—Solo te he dicho que tengo que trabajar.

—Sí, me estás echando, no soy tonta.

—Tómalo como quieras.

—Pepe, estás sacando las cosas de quicio. No tengo por qué irme. Mira, si quieres puedo quedarme esta noche contigo, no creo que mi padre me eche de menos.

—Eso no es posible.

—¿El qué? ¿Que me quede a dormir hoy contigo? ¿Es que tienes planes?

Cadenas lo meditó unos segundos antes de responderle:

—Pues sí, esta noche tengo planes.

—¡Cómo! Seguro que es con alguna de tus muchas conquistas —volvía a la carga con los gritos—. ¡A saber quién es esta vez! ¿Sabes una cosa? Que ahí te quedas.

Cogió la jarra, y el agua que quedaba la arrojó sobre el lado de la mesa que había sobrevivido al conato de incendio, empapando los papeles que se habían salvado de la efímera quema.

—¿Qué haces? ¡Estás loca!

Pepe se lanzó a rescatar los escritos que acababan de mojarse mientras Consuelo salía de la casa dando un sonoro portazo.

Saint-Aubin tenía que hablar con ella urgentemente, había ocurrido un hecho de suma gravedad. Antes de que él le dijera para qué quería verla, Consuelo comenzó a lamentarse furiosa, dejando entrever cómo era su temperamento de enamorada.

—Desde que volví de Barcelona, Pepe me evita. ¿Por qué razón? Yo no he hecho nada, acabamos de mantener una bronca tremenda, la culpa la tienen los period…

—Consuelo, atiende, por favor —le cortó—. Entiendo que eso te duela y ya veremos qué pasa con ese hombre pero hay algo importante, un suceso grave, que debes saber. No te preocupes, ¿eh?, no pararemos hasta que aparezca.

—Don Alejandro, me está preocupando, ¿qué pasa?

—Tu broche de libélula… lo han robado de mi casa.

La muchacha se desplomó en una silla. Eso no era posible. Estaba a buen recaudo. Su preciada joya… Su libélula única.

Notó nervioso a su amigo, no era para menos.

—Te aseguro que no dejo de pensar y no entiendo cómo ha podido suceder. Tú misma has visto cómo lo custodiaba, era realmente difícil forzar el cofre. Me siento muy mal, Consuelito.

—No se preocupe, no es culpa suya. Solo puedo decirle que ojalá aparezca, es una joya importante para mí, por todo lo que significa y

porque me la regaló usted. No creo que pueda tener nunca un objeto tan valioso. Aunque le aseguro que su gran valor para mí es sentimental, no me imagino vivir sin que esa libélula forme parte de mi vida.

—Créeme que lo siento. Ha debido de ser obra de ladrones profesionales. No perdamos más tiempo y vayamos a denunciar.

—Pero, por favor, don Alejandro, dígame si sabe algo de Pepe, ¿qué puedo hacer?

—Por partes, Consuelo. Vamos a ocuparnos primero del broche y después, de tu enamorado. Venga, vamos —tuvo que tirar de ella para que reaccionara y se levantara de la silla.

De camino a poner la denuncia en la policía, y sin que Consuelo consiguiera dejar de llorar por todo, por el robo, por los problemas con Cadenas y, si se descuida, por la humanidad al completo, Saint-Aubin le contó la paliza que le dieron al padre Benito la noche en la que Fornarina estrenaba su nueva obra en la Ciudad Condal.

—¿No te lo ha contado Cadenas?

Se le cortó el llanto de raíz.

—No, y me parece mal, ¡muy mal! —pasó de la consternación amorosa al enfado.

Saint-Aubin no empleó demasiado tiempo en contárselo, más preocupado en aquel momento por el robo del broche.

Una vez puesta la denuncia se despidieron y Consuelo, sin decirle nada al amigo, se fue a casa de Cadenas. No estaba, así que se sentó en el rellano a esperarlo.

Él llegó a las dos de la madrugada y se la encontró dormida en la escalera, con la cabeza apoyada en el último escalón. Al despertarse y ver la hora que era empezó a gritarle. Pepe, para que no despertara a los vecinos, la introdujo corriendo en su casa.

La discusión, la segunda importante que tenían, fue un monumento al desenfreno disparatado de los celos en estado puro. Se dijeron de todo sin orden ni ningún concierto. Si temperamental era él, más temperamental era ella. Que si quién será la fulana en la que te refugias; que si peor es lo tuyo, con un diputado, casado y a la vista de todo el mundo; y que si pobre de su mujer, la vergüenza que habrá pasado, la que tú no tienes; que si tú tampoco la tienes, y que si qué mujer tiene el cuajo de pasearse por Madrid del brazo de un hombre que es pareja de una reconocida artista… Y así hasta la extenuación.

Terminaron agotados, porque la rabia, y la furia, cuando se descontrolan consumen las fuerzas. Aunque algunas les quedaban para

dar un giro a la nefasta situación. Del odio al amor. Pepe, con la brusquedad de los últimos estertores de ira que quedaban en su cuerpo, la estrechó contra sí abrazándola, acariciándola con prisa y premura que desembocaron en un beso largo y apasionado. Empezó a quitarle la ropa, sucediendo todo con aceleración, mientras la empujaba hacia el dormitorio donde cayeron rendidos dentro del volcán que acababa de entrar en erupción en ellos mostrándoles cuál sería, en lo sucesivo, la senda que tomaba el amor que quema.

26.
Primavera en la Zarzuela

Coliseo dos Recreios, Lisboa, febrero de 1905

Su primer debut en el extranjero tuvo lugar en uno de los mejores teatros de Lisboa. A tres meses de cumplir veintiún años y con un repertorio y vestuario renovados, llegó a Portugal de la mano de las gestiones realizadas, de nuevo, por Cadenas, empeñado en encauzar con éxito la carrera de La Fornarina.

Y éxito tuvo, el mayor obtenido hasta ese momento. La impresionante ovación al final de la función el día del estreno le hizo temblar. ¡Y qué alivio salir a saludar sabiendo que no estaban los hombres del padre Benito reventando los enfervorecidos aplausos! Se sintió grandiosa en aquel escenario, saludando, recibiendo felicitaciones lanzadas a voz en grito. Siendo encumbrada.

A pesar de la compañía de su leal Nati, que le evitaba el sentimiento de soledad, echaba de menos a Cadenas. ¡Cuánto le habría gustado que hubiera visto aquel sonado triunfo que retumbó en cada rincón de Lisboa!

En Portugal, Consuelo contaba en todas partes que se sentía unida a «un hombre maravilloso» a quien pertenecía su corazón. Después de la dolorosa experiencia en Barcelona con el turbio asunto del diputado, quería que quedara muy claro que mantenía una relación sentimental.

¿Era necesario que lo hiciera? Posiblemente en condiciones normales, no. Sin embargo, a pesar de que se esforzó en dejarlo claro, era requerida por multitud de admiradores y por algunos potentados, incluso por caballeros de los considerados de sangre azul. Aristócratas y nobles portugueses bebían los vientos por la artista española. Le resultó un delicioso delirio en el que se recreó.

Nati no le fallaba nunca. Disfrutaba de lo que le pasaba a Consuelo como si le estuviera pasando a ella. Lo bueno y lo malo. Aunque, sin duda, era mucho más divertido lo bueno.

La joven artista, en otro tiempo analfabeta y falta de interés por

nada que no fuera salir de la miseria, se empapaba de todo cuanto veía a su alrededor en su nueva sed de aprendizaje. Ávida de conocimiento, disfrutó de la increíble experiencia que le brindó Portugal en aquel viaje.

Pero… las malas casualidades de la vida. Paseando por la calle una mañana, acompañada, por supuesto, de Nati, tuvo un encontronazo con un hombre que la reconoció, pero no precisamente como cupletista. Como era español, a los tres les hizo ilusión la casualidad, «un paisano», dijeron ellas al unísono. En apariencia tenía que ser un encuentro agradable; un compatriota tan lejos de su país, como en ese momento lo estaban también ellas. Además era madrileño. Sin embargo, cuando el hombre le preguntó a Consuelo si no se acordaba de él, y sobre todo en el tono en el que lo hizo, se puso en guardia.

Su aspecto era inmejorable. Bien vestido, elegante y agradable. Parecía un caballero.

—¡Hola, Consuelito! —le espetó con llamativa camaradería.

—Hola —respondió ella con exquisita amabilidad, congratulándose de encontrar a un español.

—¡Qué bueno verte en Lisboa! ¿Cómo te va?

Consuelo hizo un esfuerzo mental rápido por recordar quién era ese hombre que la trataba con tanta naturalidad.

—Bien, me va bien… Disculpe, ¿nos conocemos?

El desconocido bajó la voz, golpeó suavemente con su codo el brazo de Consuelo y le dijo con una complicidad delatora que a ella la dejó paralizada:

—¿De verdad no te acuerdas…? Porque para mí es difícil olvidarlo… en la plaza Mayor, hace ya unos años.

—¡Ah, sí! Ya caigo —intentaba controlar el sofoco que le estaba produciendo aquel encuentro—. Nos encontramos hace tiempo, un día en el que yo iba acompañada de su hija, creo recordar que era una joven periodista que entonces estaba empezando —mintió con descaro—. Espero que le haya ido bien. Me alegro de verlo, caballero. Vamos, Nati.

La cara de perplejidad del hombre vino a decir, sin palabras, que no entendía nada. No tenía ninguna hija. Consuelo no le concedió la posibilidad ni de decirles un escueto adiós; las vio alejarse, sin más.

—Por favor, ¿me explicas lo que acaba de pasar? —preguntó Nati, tan perpleja, en realidad, como el desconocido.

—Un tipo impertinente, nada más.

—¿Tú no lo conocías? Porque daba la sensación de que él lo tenía muy claro.

Detuvieron el paso.

—A ver, Nati. ¿Hay que explicarte que cualquier tarado puede

creer conocerme porque lo que le ocurre es que querría que fuera así? Conocen a la artista, a La Fornarina, no a Consuelo Vello.

Hizo dudar a la amiga.

—Visto así… Tienes razón.

—Pues claro que la tengo. No le des más vueltas.

Madrid se rendía a su paso. En cuanto ponía un pie en la calle tenía una corte de admiradores que deseaban verla de cerca. Más de un caballero tiró su capa en la acera por donde ella iba a pasar para que la pisara con su garbo característico. Hasta ese punto se desató la locura por La Fornarina.

La relación con Pepe se había reconducido, lo que apaciguó su ánimo. Lo curioso era que cuando eso ocurría solía ir aparejado de un remontar profesional que ella ya se había acostumbrado a atribuirle a su amante.

El Teatro de la Zarzuela, el mismo en el que había actuado por primera vez, convertido ahora en uno de los mejores de la capital, volvió a buscarla cuando se había convertido en una artista con mucho tirón entre el público, y, así, se pasó actuando en él toda la primavera.

—Nunca pensé que lo conseguiría. Tú has sido una gran ayuda —le dijo Consuelo antes de besarlo.

—Pero el mérito es tuyo. Jamás lo olvides.

Estaban en casa de Pepe enfrascados en una clase de francés.

—Cariño, creo que deberías plantearte completar tu formación. Me refiero a un poco de cultura básica, historia, tal vez algo de matemáticas… —planteó él—. Aunque está muy bien lo que has conseguido hasta ahora, pero, si me permites que te lo diga, saber leer y escribir no es suficiente para alguien que aspira a mucho en la vida. Alguien como tú, que intenta superarse sin descanso.

—Sí, claro, y si te parece me hago catedrática —bromeó la joven.

—Hazme caso, que sé lo que digo. He averiguado que existe una escuela para mujeres adultas, está en el barrio de Cuatro Caminos. Es una barriada obrera, en la que las mujeres no deben de tener un acceso fácil a la educación. ¿A que te suena? Me ha parecido interesante y creo que a ti también te lo parecería si lo intentaras.

—¿Asistir a clases colectivas con otras mujeres? Me daría vergüenza que me reconocieran y supieran que soy una zoqueta que canta y baila.

—Tienes gracia, Consuelito, y también por eso te quiero. Pero voy a enmendarte la plana, es decir que no tienes razón, o al menos eso creo, y por eso quiero corregir lo que has dicho. Si asistes a esas clases, las que vayan a ser tus compañeras valorarán positivamente que una persona importante como tú vay…

—Bueno, bueno, no tanto —corrigió también ella, con sarcasmo —. No te pases. Sigue…

—Que una persona conocida, una gran artista a la que todos admiran, quiera superarse, mejorar, y comparta generosamente lecciones con otras mujeres que no habrán tenido la suerte que ella. O sea, que tú.

—¿Has terminado? —comentó Consuelo con ironía.

—Sí. Aunque podría seguir.

—No, por favor, no sigas —juntó las manos cómicamente en lo que intentaba ser un gesto de súplica—. ¡Y también por todo esto te quiero yo! —riendo tomó su cara y le estampó un beso en los labios, que arrancó igualmente la risa en Pepe.

La escuela se hallaba en el número 1 de la calle de los Artistas, «eso es una señal», pensó Consuelo mientras se persignaba y besaba la medalla de la Virgen de la Paloma que llevaba siempre colgada del cuello. Se había inaugurado a finales de abril de 1901, por tanto no llevaba demasiados años funcionando, pero podía decirse que estaba consolidada. Empezó como un aula aparte dentro de una escuela de niñas. La instigadora del proyecto era una antigua profesora, Matilde García del Real, ovetense que había llegado a ser inspectora de Escuelas Públicas de Madrid, cargo que detentaba en el momento de promover la creación de la escuela para mujeres adultas, pionera en España.

—Es un honor asistir a estas clases —dijo Consuelo, mostrando la mejor educación en su estreno como alumna a Matilde, que había tenido la deferencia de ir a esperarla para darle la bienvenida.

—El honor es nuestro, Fornarina —Matilde le guiñó un ojo al extenderle la mano como saludo.

Catorce alumnas, que pasaban a ser quince con Consuelo, aguardaban la llegada de la profesora, entretenida en saludar a la artista y presentarse. Había otras tres aulas, con las que se completaba

un total de cincuenta escolares. Cincuenta mujeres dispuestas a desafiar las normas establecidas de privarles de una educación que les ayudara a desenvolverse mejor en la vida. Querían aquello que les estaba vedado: el conocimiento. Sin embargo, aunque Matilde García del Real les ofreció, igualmente, la posibilidad de aprender detalles que no supieran de labores o tareas domésticas, todas, sin excepción, rehusaron, «es gastar el tiempo».

Las clases eran diarias, de cinco a siete de la tarde. Tenía el tiempo justo para llegar al teatro. El primer día, en el trayecto de regreso a casa quiso desviarse para ir a rezar a su Virgen de la Soledad, la de la Paloma.

Se arrodilló ante la imagen y, acariciando el lugar en el que solía prender el broche en forma de libélula, sobre el pecho, echándolo en falta, rogó a su virgen que no volviera a aparecer nunca más ningún hombre del pasado.

27.
La luz de la vida

Cena en Casa Alberto. El mismo lugar de la primera cita. En esta ocasión se recluyeron en un pequeño reservado, estrecho pero acogedor. Era tan íntimo que Consuelo sospechaba gratamente que conseguirlo había sido una maniobra de Pepe. «Es que el dueño es muy simpático y amable», le dijo el periodista restándose importancia, «ha sido cosa suya». Pero Consuelo sabía que no, Pepe lo había preparado con esmero.

Hacia el final de la velada, Cadenas extrajo una pequeña caja de un bolsillo y la depositó sobre la mesa. A Consuelo le sorprendió y el primer pensamiento que le vino era que pudiera tratarse de un anillo, ¿quizás de compromiso? Se puso nerviosa, no sabía si deseaba que fuera eso o mejor que no. Sintió un vértigo repentino.

—No esperaba ningún regalo, amor.

—Eso es lo bueno de los regalos, mejor aun cuando son inesperados —respondió Cadenas—. ¿No vas a abrirlo?

Temía hacerlo. Mantenía un fugaz debate interior.

Lo abrió y la sorpresa se reforzó en intensidad. En la caja no había un anillo sino una llave.

—¿Es la llave de tu corazón? —bromeó Consuelo.

—No. Es la de nuestra casa.

—¡Nuestra casa!

—Eso he dicho. Esta llave franquea la puerta del que espero que pronto sea nuestro hogar.

A la joven le causaron impacto tales palabras, navegando entre sensaciones dispersas y dispares.

—¿Tú y yo, viviendo juntos? —no acababa de creérselo—. Eso sí que no lo esperaba.

—No es la primera vez que te lo propongo.

—Lo sé, pero ya dejé de pensar en ello.

—¿Significa que no quieres?

—¡Oh, no! Sería muy feliz viviendo contigo, ¡me encantaría! Aunque te confieso que por un momento pensé que era un anillo de

compromiso y que me ibas a pedir que nos casáramos. ¡Imagínate! —se echó a reír, restándole importancia.

—Desde luego no puede decirse que no seas una persona sincera, ¡incluso en exceso!

Pepe no supo, en su primera reacción, cómo encajar el comentario de Consuelo, pero lo que sí tenía clara era su nula intención de casarse.

—Convivir sin estar casados… seremos la comidilla de todo Madrid —se lamentó ella.

—¿Realmente te preocupa lo que piensen o digan los demás?

—¿Sabes qué…? —alzó su vaso para brindar—. No. No me importa en absoluto. Nuestro amor es lo importante.

—En ese caso —Pepe se aproximó a su boca después del brindis—, el contrato de alquiler ya está firmado. Si me dices que sí ahora mismo, mañana la casa será nuestra.

Se besaron, y entre un beso y otro, Consuelo coló de rondón un sí que fue a parar al alma de Cadenas, tan impulsivo como su amante.

—En una noche como esta echo de menos mi broche —comentó Consuelo—. Qué pena, a saber por dónde parará.

—¿No has sabido nada de la policía aún?

—Qué va. El problema es que ellos no avanzan en la investigación del robo y me desespera.

—Ten paciencia —le aconsejó Pepe intentando transmitirle la templanza que su amada no tenía respecto de ese asunto.

—No es fácil dar con esa joya.

—No lo es, no te quito razón —reconoció él—. Tiene toda la pinta de ser obra de ladrones profesionales. Unos pillos son incapaces de robar algo así en una casa bien protegida como la de Saint-Aubin.

—Me gustaría que lo conocieras.

—¿A Saint-Aubin? ¡A mí también me gustaría! Es un hombre que goza de muy buena prensa.

—¿Pero es que todo tienes que mirarlo con el mismo ojo, el de la prensa? —le reprendió en buen tono Consuelo.

—Aquí, señorita, sería más correcto decir mirarlo bajo el mismo prisma, en lugar de ojo.

—¡Aj! No soporto cuando te pones pedante. ¿Ves? Eso, lo de qué es ser pedante, lo he aprendido en la escuela de mujeres, y tengo en ti un buen ejemplo.

—Vaya, tal vez no fuera una buena idea que te apuntaras… A ver si vas a terminar sabiendo demasiado —continuó con la broma.

—También he aprendido que nunca es demasiado. El saber no tiene límites.

—Consuelito… me vuelves loco.

—Don Alejandro, tengo una sorpresa para usted… señor «sent-uban» —pronunció el apellido en un perfecto francés.

—¡Bravo! ¡Es fantástico!

Aplaudió con ganas, sorprendido por los avances de la joven.

—Ahora que pronuncias mi apellido mejor que yo, creo que es hora de que me quites el «don» y lo dejes sencillamente en Alejandro.

Y entonces «sent-uban» recordó el día en el que convenció a Consuelito para que se presentara a las audiciones del Teatro de la Zarzuela, dando un paso camino del cielo de sus sueños por cumplir.

Madrid, finales de noviembre de 1905

—Petra, cariño, tú eres la mayor de los dos. Ahora tendrás que cuidar de Luisillo, pero cuídate también tú misma, no te desatiendas. Además, a mí me seguiréis teniendo cerca y vendré a veros.

Su hermana aguantaba en los ojos unos lagrimones que casi abultaban más que la niña.

—No llores —le decía Consuelo intentando no hacerlo tampoco ella—, que tu carita preciosa no lo merece.

Le dio un abrazo fuerte y esponjoso, con el que depositó en Petra la fuerza necesaria para soportar al padre, que presenciaba en silencio la escena. Hasta que por fin dijo algo:

—La gente pensará de ti que eres una fulana, yéndote a vivir con ese hombre sin haberos casado.

—Así no tiene que soportar a un yerno, para usted tiene sus ventajas, padre.

Le dio un beso de mero trámite y aprovechó para decirle al oído:

—Se lo ruego, no beba delante de ellos y cuídelos bien. Es lo que se hace con los hijos.

Salió con un hatillo en el que cabían sus escasos enseres personales, con el libro sobre el pintor Rafael regalado por Saint-Aubin y un desasosiego que le partía el alma.

Consuelo Vello y José Juan Cadenas establecieron su nido de amor, así lo consideraban ellos, en un piso del número 126 de la calle de Hortaleza. Se pusieron el mundo por montera y lo pasearon sin ningún tipo de vergüenza por los ambientes más diversos de la capital, en un Madrid que se desperezaba de un letargo que mujeres como La Fornarina estaban dispuestas a agitar.

«La educación de la mujer debe ser enteramente igual a la del hombre pues la inteligencia, luz de la vida, es tan necesaria al uno como al otro».

MATILDE GARCÍA DEL REAL, fundadora de la Escuela para Mujeres Adultas

En una de las clases, la maestra les habló de los pintores renacentistas más importantes.

—¡Rafael de Urbino! —Consuelo no pudo evitar saltar exaltada, lo conocía bien y le supuso una satisfacción en la que se estaba estrenando.

La maestra, sorprendida, le dio la enhorabuena y entabló con ella un diálogo fluido sobre la repercusión de Rafael en la historia de la pintura universal. Cuando explicó al resto de alumnas que era el autor de un fascinante cuadro titulado *La Fornarina*, a Consuelo se le hinchó el pecho. Y más cuando la maestra remató, mostrándole una alentadora sonrisa:

—Seguro que te suena, Consuelo.

—Llevo mi nombre artístico por ese cuadro de Rafael. La mirada de esa mujer es inquietante y ella es muy sensual. Fue idea de un amigo, un hombre culto de origen francés.

—Sigue así, Fornarina, con ese interés, y pronto completarás una formación excelente.

—Y entonces seré más feliz —sentenció complacida.

Consuelo estaba transformándose, exactamente lo que simbolizan las libélulas. Estaba ampliando sus capacidades de comprender el sentido de la vida y volaba, como esos insectos iridiscentes, en muchas direcciones en busca del camino adecuado.

Batir las alas y alzar el vuelo majestuoso…

Por cierto que la libélula en forma de joya seguía sin aparecer. Ninguna noticia se tenía del broche robado que tanto echaba de menos su dueña. Despojada de él se sentía, a veces, desprotegida. Sobre todo cuando, actuando en el Teatro Novedades, volvía a notar la presión del padre Benito.

El sátrapa se recuperó del brutal ataque sufrido en un callejón próximo a su casa y volvió a las andadas. Todos pensaron que quizás, tras el susto, se hubiera retirado de circulación. Sin embargo, la impresión que daba era la de que había vuelto a la carga con más fuerza y chulería.

Cadenas, harto de la situación, «aunque más harta estoy yo, te lo aseguro», se quejaba Consuelo, la instaba a denunciarlo pero a ella le daba miedo por las posibles represalias. Jamás olvidaría la amenaza referida a su familia.

Por suerte pudo aparcar el problema, aunque fuera transitoriamente, al tener que abandonar Madrid por motivos profesionales.

A San Sebastián, donde le propusieron actuar en el Teatro Circo, fue acompañada de Cadenas, que presenció con satisfacción cómo su amada interpretó varios cuplés en perfecto francés. La primera sorprendida fue la propia Fornarina, para quien cantar en otro idioma suponía un reto en un principio insalvable que, sin embargo, sorteó con éxito. La repercusión se extendió a la prensa nacional, teniendo en la de Madrid un eco mayor.

El triunfo. Ya llegaba por partida doble, el artístico y, más aún, el personal. El triunfo de la superación. No quedaban demasiado lejos los tiempos en los que ni leer ni escribir sabía.

El «más todavía» era una asignatura que Consuelo no estaba dispuesta a dar por terminada. Quedaba mucho camino por recorrer y pensaba hacerlo. Lo que fuera encontrando en él era algo que solo el destino sabía. Y como nosotros mismos no sabemos lo que nos depara, solo debemos caminar hacia él, seguir adelante hasta ver adónde nos conduce.

Así hacía La Fornarina, empujada por Consuelo.

Una mañana, Pepe desconcertó a su amor al ir a casa en pleno horario de trabajo, debían rondar las once. Llegó visiblemente excitado, periódico en mano.

—Hablan de una posible estafa millonaria, ¡y nombran al padre Benito como uno de los principales implicados!

Sorprendida y, sobre todo, esperanzada con semejante noticia, se sentó en el sofá a leer el periódico que Pepe blandía desde que entró por la puerta. En efecto, se trataba de un turbio asunto con visos de dar mucho más de sí y acaparar páginas en la prensa. La estafa ascendía a la mareante cifra de un millón de pesetas a varios empresarios que habían emprendido acciones legales contra don Benito.

—Veremos qué da de sí el caso —comentó Pepe después de que Consuelo leyera la noticia completa—. Pero desde luego pinta mal para esa sanguijuela… y bien para ti y otros muchos que

desconocemos y que también estarán siendo víctimas de sus extorsiones.

—Ojalá este fuera su final.

—Podría ser. Pero ¿sabes qué es lo que me indigna? Que muchos colegas periodistas lo han estado protegiendo por el innoble y miserable interés de conseguir buenas entradas para espectáculos o información sobre artistas para sus crónicas, en muchos casos, mediocres.

—Al menos es una buena noticia —intentaba consolarse la joven —. Algo es algo.

Al cabo de una semana, la noticia fue todavía mejor. Mucho mejor. Benito Calzado Aguirre había sido detenido y encarcelado a la espera de juicio. Los cargos: estafa, que era millonaria, y extorsión. Ahora sí que lo habían dejado fuera de circulación. ¡Menudo alivio! La pareja lo celebró, sin que ella acabara de creérselo del todo, el sufrimiento había sido tan grande… El chantaje inagotable del padre Benito supuso un obstáculo, de elevada factura, en su ya de por sí difícil trayectoria artística.

Era un peso que se quitaba de encima. Una losa que le privó de poder dormir durante mucho tiempo y casi hasta de poder respirar, y le esquilmó el paupérrimo bolsillo de sus comienzos.

Y, como cuando se ajusta una pieza desencajada de la vida parece que las demás van detrás, encajando al encontrar el lugar que antes no hallaban, la justicia fue extendiendo también sus alas para volar a favor. Dos agentes de policía se presentaron en el domicilio de Consuelo y Pepe. Estaba ella sola ya que a aquellas horas Cadenas seguía en la redacción del periódico.

—¿Doña Consuelo Vello Cano? Tenemos que hablar con usted…

Les hizo pasar.

Desconcierto y temor. No se le ocurría la razón por la que la autoridad querría hablar con ella. Se puso en alerta.

Sin embargo…

—Esto debe de ser suyo.

Por fin el inesperado reencuentro que ya parecía imposible. Uno de los agentes extrajo de un bolsillo del uniforme una pequeña bolsa de tela gruesa que abrió ante Consuelo, causándole una emoción solo equiparable a cuando inició su vida en común con Cadenas.

La miró detenidamente antes de cogerla. La libélula, brillante y majestuosa, volvía a su vida. Incapaz de articular palabra, la miraba y después miraba a los policías, y así varias veces.

Hasta que el agente que la sostenía le dijo:

—Si quiere nos la volvemos a llevar.

—¡No, no! —reaccionó.

—Cálmese, señorita, era broma.

Le explicaron que, tras la detención de Benito Calzado, procedieron a un registro de su casa así como del taller en el que tenía su despacho, que no era sino una tapadera de sus sucios negocios. Entre los muchos objetos y enseres robados encontraron el broche que coincidía exactamente con la descripción que había hecho Consuelo cuando «fue a poner la denuncia acompañada de un señor».

Aquel «señor» recibió esa misma tarde la visita imprevista de Consuelo y su libélula al fin recuperada. La llevaba en las manos, que abrió para mostrársela a su amigo Saint-Aubin, y ambos creyeron ver que batía sus alas. Quizás por la alegría de volver a estar con ellos, en su lugar, encajadas ya todas las piezas.

Así, junto a la libélula volaron pensamientos, ideas, sensaciones y un hecho inesperado que venía a descolocar, de nuevo, otra pieza del rompecabezas, pero para recomponerlo de manera distinta, quién sabe si más satisfactoria. El periódico en el que trabajaba Cadenas, *La Correspondencia de España*, lo nombraba corresponsal en Berlín, «vaya, ahora que estamos viviendo juntos», se lamentó Consuelo.

Un lamento que duró poco. Ambos decidieron irse juntos a Alemania, pensando que para La Fornarina sería bueno forjar una proyección internacional que apuntalaría su carrera.

Y para Consuelo, la mejor manera de perpetuar su amor sin sobresaltos. Eso es lo que pensó.

28.
El desorden de tu amor

Berlín, 28 de mayo de 1906

Flores blancas sobre la mesa del pequeño pero luminoso salón que daba, gracias a un amplio ventanal, a la Alexanderplatz, una plaza elegante y muy transitada, llena de comercios, de gente yendo de un lado a otro y una permanente circulación de tranvías que coexistían armoniosamente con coches tirados por caballos. Un devenir más ordenado que el de Madrid.

Estaba reciente su llegada a Berlín y ese día Consuelo cumplía veintiún años. Veintiuna rosas blancas regaladas por Pepe cumplían con cada uno de los años.

El corazón de la joven, rebosante de juventud y de amor por un hombre con el que veía la vida de manera distinta y junto a quien estaba experimentado sensaciones y situaciones que jamás pensó que estuvieran destinadas a ella, se le salía del pecho. Por primera vez en su vida acariciaba la verdadera felicidad. Lo más importante, es lo que siempre pensó. Es lo que siempre le decía Benita, su madre.

Como una danza minuciosamente elaborada, Pepe había ido orquestando en la prensa, utilizando sus muchos contactos y amistades, una campaña para promocionar a La Fornarina. Y debió de hacerlo bien y con mucho acierto ya que no tardó en llegar su repercusión al extranjero. Periódicos de importantes capitales europeas como París, Londres o el mismo Berlín hablaban de ella como de una artista a la que merecía la pena ver, una cupletista de gran intensidad sensual, que llenaba el escenario con su sola presencia aunque en ninguno de esos lugares hubiera actuado.

—Lo que interesa es que tu nombre circule por Europa, cosa que no es fácil, pero ya lo has conseguido. Ahora hay que trabajar duro.

—Pero no hay que empezar hoy que es mi cumpleaños, ¿verdad?

Respondió la joven, con zalamería, mientras desabrochaba el pañuelo que Pepe llevaba al cuello, para empezar a desnudarle. Fue empujándole hacia el dormitorio y él se dejaba llevar participando en

un juego que a ambos volvía locos. Porque lo suyo no era un amor tranquilo y ordenado, sino un volcán del que se teme la erupción tanto como se desea. «Se vive mejor en el desorden de tu amor» era una frase que ella le dijo una noche en Madrid durante la reconciliación que sobrevino después de un arrebato de celos, y que luego gustaba de repetir.

La tarta que Consuelo había preparado para la celebración quedó intacta en la mesa, junto al resto de la comida, las flores blancas y las ganas de comer. Había otras ganas más urgentes. Sentir la piel desnuda, recorrer el cuerpo a base de mareas de caricias que van y vienen… indagar en el deseo del otro cuerpo.

Morder el tiempo y atravesar con la lengua las barreras infranqueables de un mapa sudoroso que solo ellos se atreven a recorrer.

Desbordarse al final destruyendo el silencio.

La recomendación de Pepe, de que había que trabajar duro, iba en serio. Empezó a enseñarle algunas nociones básicas de alemán, que Consuelo absorbía como una esponja. Había descubierto su facilidad para los idiomas y estaba empeñada en dejar atrás su convencimiento de que no era capaz de retener en su memoria lo que aprendía. Estaba experimentando lo contrario, asimilaba conocimientos con facilidad, así que creyó que lo que le había pasado desde pequeña era una evidente falta de interés.

Pero aquella felicidad fue inesperadamente empañada por las preocupantes noticias que llegaban de España. Tres días después de su cumpleaños, el día 31, en Madrid se produjo un atentado contra el rey Alfonso XIII durante los fastos de su boda con la princesa inglesa Victoria Eugenia de Battenberg. Un hombre había lanzado una bomba camuflada en un ramo de flores al paso de la comitiva real por la calle Mayor para acabar con la vida del monarca y de su reciente esposa. Y aunque los reyes salieron ilesos sí hubo muertos, hasta veintitrés se contaron, y más de cien los heridos.

Los ánimos en la capital andaban revueltos. Hubo detenciones y registros, y la gente se encerró en sus casas. Luego se supo que había sido obra de anarquistas. Pepe intentó contactar con alguna de sus dos hermanas, Paz y Elisa, preocupado por su estado. Ellas estaban bien, como también la familia de Consuelo, de la que Elisa pudo informarle días más tarde después de haber hecho indagaciones.

A través de la redacción de su periódico, Cadenas pudo conseguir algún dato fidedigno sobre la situación real. A Alemania la

información llegaba con cuentagotas.

Lo ocurrido les afectó. Pero como ambos eran personas que no se arredraban ni se dejaban influir por los reveses, fueran de la índole que fueran, volvieron a encerrarse en su universo particular. Pepe, además, tenía mucho trabajo como corresponsal, que no podía descuidar.

Consuelo avanzaba en sus clases de alemán y disfrutaba también de la intensa vida social que se había convertido poco menos que en una actividad frenética. Acudían a infinidad de fiestas a las que Cadenas era invitado en su condición de periodista y en las que aprovechaba para presentar en sociedad a «la gran artista española La Fornarina». Había que sumar a eso sesiones de teatro, restaurantes caros, paradas militares, espectáculos de danza, ópera… Gastaban con desenfreno. Lo malo era que el dinero que Consuelo había ganado con su última función en el Novedades lo estaba empleando en la vida que llevaban en Berlín como si fueran ricos.

Ni lo era ella, ni tampoco Cadenas, que se ganaba la vida como corresponsal y escritor, lo que daba para vivir sin estrecheces pero no a todo tren, como ellos hacían.

Era previsible, el dinero se acabó y Fornarina tuvo que regresar a Madrid, donde la esperaba Nati, ya avisada, para seguir actuando. Su amiga estaba trabajando como costurera y modista, y le ayudó a preparar una gira veraniega por Andalucía. Su inestimable apoyo resultaba siempre fundamental para Consuelo.

La despedida de Pepe había sido dolorosa, sobre todo para ella. Llevaba días telegrafiándole sin obtener respuesta. También le escribió varias cartas, y nada. Se activaron las sospechas de que no la echaba de menos, entretenido con otras chicas. Volvió a encenderse el fuego de los celos, que Nati intentaba apagar para aplacarla y que se centrara en su trabajo.

—Que no, Nati, que tú no sabes lo que me arde aquí dentro —melodramática, Consuelo se daba golpes en el corazón.

—Eres muy exagerada. No es para tanto, mujer, estará muy ocupado con su trabajo.

—Eso piensas porque no estás enamorada. No sabes lo que es sentir un hueco enorme en las entrañas.

—Hablando de entrañas, ¿cómo llevas tus dolores? ¿Estás mejor?

—Mal, lo llevo mal. En Berlín he tenido momentos de mucho dolor.

—Si es que eres terca como una mula. Nunca me haces caso. ¿Cuándo piensas ir a que te vea un buen médico?

—Ya lo haré, no te preocupes.

—Sí me preocupo, ¡ya lo creo! Y tú también deberías. Virgen

santísima, qué criatura —se desesperaba la amiga.

La primera parada andaluza fue en el Teatro Lara de Málaga, donde vivió una situación amarga. El público pretendió que cantara algunos cuplés de su antiguo y escandaloso repertorio, del que La Fornarina, a esas alturas, no quería saber nada. Se negó. Y hubo una sonada bronca.

Hizo un gran esfuerzo por seguir con las representaciones, pero no pudo. Nati la consolaba sin conseguir grandes logros, Consuelo renegaba de aquellas canciones picantes y, en muchos casos, ordinarias, por más que les hubiera conferido su toque personal de una inocencia casi imposible.

Con gran pesar acabó cancelando la gira para aceptar un contrato en el Teatro Príncipe Real de Oporto. Cadenas la animó a ello. En Portugal, a diferencia de lo sucedido en Málaga, fue aclamada. El público quiso demostrarle su cariño. Funcionó como un efecto bálsamo en aquel momento.

—Estoy decidida.

—Piénsalo bien —Nati siempre intentaba aportar una sensatez que, no es que no tuviera Consuelo, sino que en esta quedaba superada por su temperamento—. No tiene nada que ver con tu público y a saber qué consecuencias podría tener en tu repertorio habitual. Es decir, en tus contratos.

—¡Ojalá Pepe estuviera aquí!

—Ese no es el asunto. Eres tú quien ha de tomar la decisión y no tengo claro si es una buena ocurrencia. Porque ocurrencia es, no sé de qué otra manera podría definirse.

Pepe seguía con su vida en Berlín sin alteraciones pero ciertamente también sin aburrirse. El que hubiera rebajado el nivel de gasto al quedarse solo no repercutía directamente en la frecuencia de sus salidas o asistencia a eventos públicos. Sabía moverse con habilidad para conseguir invitaciones de lo más variopintas que lo mantenían socializando a tiempo completo, sin contar el que le dedicaba a sus crónicas para *ABC*. Estaba convencido de que aquel carrusel de actividades le servían para desarrollar su trabajo y propiciar un mayor interés. «No hay nada mejor para un corresponsal como introducirse en todos los círculos sociales, públicos y privados,

del país en el que tiene que ejercer». Listo era, desde luego. Por supuesto que en dichos círculos siempre encontraba alguna atractiva mujer que le hacía olvidar, involuntariamente, claro, su lealtad a Consuelo.

Claro…

Con Nati continuaba la discusión.

—Le pediré a él que me adapte el repertorio para que sea apto para todo tipo de público, no solo dedicado a los caballeros.

—Caballeros, lo que se dice caballeros… no suelen serlo con frecuencia los espectadores de tus funciones.

—Bueno, pues ahora lo serán, te lo garantizo. Ya estoy cansada de que a mis espectáculos asistan exclusivamente hombres.

—Mujer, ¿qué quieres, con esas letras y esos trajes que luces? Y con tanto cuerpo como se te ve… No imagino a madres con sus hijos ocupando una butaca.

—¡Los vas a ver!

—A mí me da que te has vuelto loca, Consuelito.

—No te digo yo que no. Pepe se encargará de adaptar mi repertorio a un público infantil.

—Si lo consigue se habrá ganado un trocito de cielo, ¡porque mira que es difícil! ¡Niños en una obra tuya!

—Tú ve preparándole, entonces, las alas.

La pirueta que parecería la más difícil de realizar fue una meta alcanzable para José Juan Cadenas, capaz de adaptar el mismo repertorio para el auditorio más heterogéneo. El más difícil todavía, propio de los espectáculos circenses, suponía para el periodista madrileño una demostración de sus habilidades intelectuales y sus conocimientos teatrales.

Siguiendo las indicaciones de Consuelo consiguió una más que decente selección de temas para la función que iba a destinar nada menos que al público infantil. ¡Triple salto mortal! A Pepe, al igual que a Nati, le pareció una locura, pero, en su caso, no había nada que le gustara más que eso, una locura con un escenario de por medio.

Aunque hubiera a quien pudiera parecerle una broma, se anunció con mucha seriedad una función para niños en el Teatro del Casino Peninsular de Oporto, cuya recaudación pensaba destinar a los

pequeños más necesitados. La sala se llenó hasta la bandera de hombres, padres, mujeres maduras solas, señoritas, madres y niños. Por primera vez un espectáculo de La Fornarina tenía a más mujeres que hombres entre el público. Muchas eran españolas que andaban por esa parte de Portugal veraneando y, como en España no estaba bien visto que asistieran a un espectáculo de la Fornarina, saciaron así la curiosidad de ver una actuación suya aunque fuera excepcional como aquella.

Hubo mucha prensa. La expectación que generó era mayúscula. Pocas veces había cosechado un éxito como aquel. Estaba tan crecida en el escenario que se atrevió a cantar un fado en perfecto portugués, gesto que hizo que el teatro terminara de venirse arriba. La gente puesta en pie aplaudía con fervor. Y aunque los críos no se enteraban mucho de lo que iba todo aquello, les parecía divertido.

«Ha sido una noche especial, diferente a todas. Solo faltabas tú. Ojalá hubieras estado», le escribió Consuelo a su amado cuando se hubo recuperado de la acumulación de emociones vividas por «la ocurrencia».

En ese mismo instante, Pepe brindaba con *champagne* mientras besaba la mano de una mujer.

29.
Excomunión

Teatro Circo Villar, Murcia, noche del 28 de octubre de 1906

El estreno barruntaba tormenta pero no en el cielo. Conforme los espectadores iban ocupando sus localidades, algo indefinido sobrevolaba el ambiente enrareciéndolo con fortuna para la orilla del mal.

Previamente al estreno de La Fornarina en Murcia, los adalides de la moral imperante elaboraron un catastrófico plan contra la actuación de quien consideraban un peligro extremo para la decencia y la rectitud. Ya estaba acostumbrada a las quejas y furibundas críticas de las que se autodenominaban «ligas de la decencia», que la recibían con insultos y abucheos sin venir a cuento. No querían que una artista como ella, con su pasado, actuase en ninguno de los teatros de sus ciudades.

En Murcia se encontraban las más beligerantes. Esos ciudadanos del sector más intransigente de la sociedad quisieron impedir su actuación al considerarla inmoral e impúdica.

En un principio consiguieron lo contrario y las entradas más caras se agotaron con rapidez. El resto, en cambio, las consideradas del «gallinero», fueron adquiridas por esos grupúsculos contrarios a la artista con el fin de reventarle su debut. Consuelo se había librado de la extorsión del padre Benito en Madrid y resultó que la esperaban los moralistas murcianos, con los que no contaba. Al igual que los matones de don Benito, seguro que ellos también cobraban por la fechoría que tramaban.

La función empezó torcida, con una parte del público, pequeña pero faltona, pidiéndole que cantara *La pulga*, cuplé que no estaba en el repertorio de La Fornarina y que ella abominaba. Y ahí ya se lio, que si dónde tienes la pulga, que si yo te ayudo a encontrarla, mujer, no te hagas la estrecha, que si la pulga es juguetona, y un sinfín de sandeces que fueron calentando la atmósfera pero no tomando el camino de la sensualidad sino de lo zafio y bronco.

Los gritos en contra de La Fornarina fueron escalando hasta el nivel más alto que podía escucharse en un teatro. Seguían pidiéndole que cantara *La pulga* e incluso que se desnudara en el escenario. El caso era ofender. Estaba bastante claro.

El incívico comportamiento de los detractores colisionó con los aplausos y gritos a favor de la parte mayoritaria del público, que aplaudía a la artista madrileña llamándola «diosa». Acabó siendo un bochorno insufrible, sobre todo para ella, desconcertada por lo que estaba ocurriendo.

La función se desarrollaba a duras penas, y fue entonces cuando partidarios de La Fornarina y su contrarios llegaron a las manos en el vestíbulo del teatro, dando otro espectáculo, esta vez fuera del escenario, penoso y lamentable.

—¡Pero ¿qué queréis de mí?! —comenzó a gritar con desesperación La Fornarina desde escena—. ¡Lo siento! No lo entiendo.

Los bestias sentados en el patio de butacas gritaban desaforados, como cenutrios desbocados, pidiendo canciones procaces que, por supuesto, no formaban parte del repertorio desde hacía tiempo. Muchas ni siquiera habían formado parte de él jamás.

La situación daba miedo.

A la calle salieron aquellos animales que reventaron la noche, pidiendo nada menos que la excomunión de la artista y que la apedrearan a la salida. Llegaron a clamar que la quemaran viva en la hoguera como a los herejes. Consuelo no pudo soportarlo, fue demasiado, e intentó abandonar el teatro entre sollozos, impotencia y una terrible perplejidad, pero la multitud se lo impedía. Le sobrevino un ataque de pánico.

Fue necesaria la intervención de la Guardia Civil para desalojar el teatro, mientras el gobernador civil daba la orden de disolver la escandalosa concentración a las puertas del Circo Villar. Ella y Nati tuvieron que ser fuertemente escoltadas para poder regresar sanas y salvas al hotel.

La Fornarina estuvo a punto de dejar su carrera después del deplorable incidente del que se hizo eco la prensa de las principales capitales de Europa, incluidas las de Nueva York y Berlín, donde Pepe seguía trabajando. Las lágrimas de Consuelo se acordaban de él en aquel aciago momento. Jamás perdonaría que la hicieran llorar en público.

Quiso cancelar el contrato pero, aparte de la complicación legal que suponía, necesitaba el dinero. Por mucho que le costara recuperarse para seguir actuando, tuvo que hacerlo. Tan solo canceló al día siguiente. Después cumplió con lo estipulado contractualmente antes de salir huyendo de aquella maldita ciudad.

Regresó a Madrid, al Teatro Gran Kursaal, y allí volvió a gozar del fervor —más que favor— del público. En ese teatro que se ponía y quitaba en las instalaciones del Frontón Madrid coincidió con Pastora Imperio y La Malaguita. Pero también con la famosa Mata Hari, cuyo nombre real respondía al de Margaretha Geertruida Zelle, originaria de Países Bajos. Ya entonces su figura iba envuelta de un halo de leyenda.

Volvieron los regalos caros, las flores, las proposiciones no siempre honestas o desinteresadas, los cumplidos y halagos. Volvía la Fornarina auténtica, en su esplendor. Y volvía con un cuplé, *La primavera*, una adaptación de Cadenas, llamado a convertirse en uno de los grandes éxitos de su repertorio. Precisamente su amante viajó a Madrid y, en lugar de afianzar su relación con Consuelo, volvió a las andadas, saliendo por la capital acompañado de diferentes mujeres, a cual más bella y llamativa. Recuperaba, así, su fama de conquistador que, al parecer, echaba de menos lejos de su patria.

—¿Por qué hace eso? ¿Por qué? ¡Aggg, no lo soporto! —clamó Consuelo.

Se desahogaba con Nati, la sufrida amiga que encajaba todo, lo bueno, lo malo y lo medio regular.

Ese día, tras haber leído en un periódico una crónica social que describía la diversión de Cadenas con una tal Lupe por los más elegantes locales nocturnos, tuvo un arrebato de celos con el que parecía que fuera a llevarse por delante lo que hiciera falta, «ya que por desgracia no lo tengo a él enfrente». Volaron por los aires almohadones del sofá, el frutero de la mesa del comedor, pisapapeles, bolígrafos y lo que pilló del buró de trabajo de Pepe. Aunque lo intentaba, Nati no conseguía detenerla, «¡qué carácter, Virgen santa!», se lamentaba.

—¡Nati! Ayúdame a buscar entre las tarjetas de mis admiradores.

—¿Y qué buscamos?, si puede saberse —preguntó la amiga con cara de resignación.

—Ahora te lo cuento.

«El Duende de la Colegiata». Ese era el sobrenombre por el que se conocía a un peculiar personaje de los círculos de la bohemia madrileña de aquellos primeros años del nuevo siglo. Natural de Úbeda, periodista avezado, viajero, diplomático, abogado y escritor, Adelardo Fernández Arias era admirador de La Fornarina, como así se

lo había hecho saber a través de múltiples presentes y notas personales. Era el blanco perfecto para el plan de Consuelo.

Él se sintió halagado, y por qué no reconocerlo, también sorprendido cuando la artista aceptó su invitación semanas después de su última nota de felicitación que le hizo llegar al teatro.

—Qué honor, señorita Vello.

—Oh, por favor, llámeme Consuelo —respondió con impostada coquetería.

Acudieron al elegante Café de Fornos, el mejor lugar para dejarse ver y causar sensación. Y la causaron. La aclamada artista del momento, en compañía de un afamado periodista.

Por aquel entonces, El Duende la Colegiata era ya conocido, además de por sus artículos, reportajes y entrevistas, como autor de muchas y variadas obras literarias; un escritor prolífico. En ese mismo año, 1906, llevaba publicados nada menos que tres libros: *Nubes*, *La isla de los elefantes* y *Los curiosos*. ¿De dónde sacaría el tiempo?

—Es usted un hombre con un trabajo tremendamente interesante, razón de mi interés por conocerle —mintió Consuelo sin pestañear.

—Lo dice la mejor artista del mundo.

—No exagere, Adelardo.

Le tomó su mano, gentil, para llevársela a los labios al tiempo que le rogaba exhalando picardía en su mirada:

—¿No cree, Consuelo, que deberíamos tutearnos…?

Lo hicieron. Se tutearon, tontearon, coquetearon, se lanzaron miradas con aparentes intenciones ocultas, hubo risas y rubor… y, lo más importante, a la vista de todos.

La Fornarina vestía con una elegancia que llamaba la atención, tanto como el broche de libélula que lucía sobre el pecho. Portaba un vestido de satén en color marfil con encaje en el escote, que realzaba la forma de su cuerpo, guantes negros largos, hasta el codo, y un collar de perlas nada menos que de seis vueltas. Cubría la cabeza con un impresionante sombrero tipo pamela ornamentado con cascadas de plumas que caían lánguidas por la espalda como si quisieran ir al encuentro de la frondosa melena de La Fornarina. Un precioso abrigo de terciopelo rojo remataba la indumentaria.

La gente se acercaba a ellos para conocer a la famosa cupletista deshaciéndose en halagos y muestras de cariño.

—Es abrumador —reconoció ante Adelardo.

—Tanto como lo es para mí que me obsequies con tu compañía. No creía ser merecedor de tanto. Ahora mismo soy el hombre más orgulloso del mundo. ¡Brindemos por ello!

Chocaron en el aire sus copas de *champagne*.

—Se está haciendo tarde —dijo Consuelo, con la satisfacción del

objetivo cumplido, el de que mucha gente la viera en compañía de otro hombre que no era Cadenas.

—Claro. Permíteme que te acompañe hasta tu casa. Confío en que esta noche tenga repetición.

—Eso tendrás que ganártelo.

—¡Dispuesto estoy! Ya estoy trabajando en ello, ¿acaso no te das cuenta?

Rieron.

—Me asalta una duda y espero que no te ofenda que te lo pregunte así —quiso saber Adelardo—. ¿Tu corazón pertenece a José Juan Cadenas? Es exactamente lo que publican los periódicos, he leído algún titular con esas mismas palabras.

—Mi corazón, querido Duende, solo me pertenece a mí.

Cuando llegó la hora del regreso de Cadenas a Berlín casi ni se hablaban. Después de un cruce de reproches, en el que ambos y ninguno tenía razón ya que habían actuado de la misma manera, se despidieron con una cortante frialdad que acabaría helando las camas solitarias de uno y de otra.

Ese era el peor momento de todos los días. En Madrid y en Berlín. En la hora de acostarse solos, a oscuras y en la mayor de las soledades, se echaban de menos. Esa es la auténtica hora de la verdad. Y entonces a cada uno de ellos los envolvía una fina lluvia de pesadumbre que les impedía atrapar el sueño.

30.
De locura en locura

Berlín, comienzos de 1907

Cuando aquella mañana el cartero le entregó a Consuelo un sobre a su nombre procedente de España, concretamente de Madrid, Pepe se hallaba en casa. Dio por hecho que sería alguna comunicación dirigida a él referente a su trabajo periodístico, con lo que se quedó expectante al ver que no era así. ¿Quién iba a escribir a Consuelo a Berlín?

> Mi muy querida y admirada Consuelo:
>
> No he dejado de pensar en ti, impresionado por haber podido conocerte en persona. Debido a tu viaje a Berlín no hemos tenido ocasión de repetir aquella inolvidable noche en la que Madrid se iluminaba a tu paso en la noche.
>
> Espero que esté yéndote allí tan bien como mereces, a pesar de que te halles tan lejos. Como también espero que volvamos a vernos pronto.
>
> Mientras tanto, recibe los respetuosos saludos de tu fiel admirador,
>
> El Duende

Por más que Pepe insistió, Consuelo no le dejó leer la carta, que puso a buen recaudo hasta encontrarse con Nati por la tarde en el teatro y dejársela a ella en depósito para que la guardara en el hotel en el que se alojaba. Esta vez, la amiga había preferido el establecimiento hotelero para no interferir en la vida diaria de «los tortolitos».

Pero sí le dijo a Cadenas quién le había escrito y él, como era de esperar, se enfureció. Más aún después de que algún periódico madrileño se hiciera eco de la salida nocturna de Consuelo con

El Duende. Esa era la finalidad. Y funcionó. Cosa distinta era si merecía la pena o formaba parte del precipicio absurdo al que, de manera cíclica, se abocaba la pareja.

A pesar del amor borrascoso que vivían, Cadenas no desatendía la carrera de La Fornarina. En el Berlín en el que él seguía desarrollando su labor como corresponsal, le consiguió un extraordinario contrato que podría suponerle el espaldarazo que la impulsara hacia los cielos que ambos querían conquistar. Volviendo a Alemania, donde resplandeció con su estilo tan diferente a la idea que se tenía de las artistas españolas, morenas, raciales y agitanadas, quedaba consagrada como la artista de varietés más importante de Europa y, de paso, creyó que podría servir para suavizar la relación de la pareja. Aunque ni la carta de El Duende ni las salidas de Cadenas sin dar explicaciones contribuyeron a esa causa.

Pese a todo, para Consuelo, que Pepe le consiguiera esa tanda de funciones demostraba que la quería y que ella le importaba. Pensaba que no tenía por qué estar tan pendiente de que su carrera avanzara. Y tal vez tuviera algo de razón, pero Cadenas, persona de gran sentido práctico y ambición, había visto en ella lo que nadie supo ver cuando La Fornarina empezaba a nadar en las aguas del arte escénico. Tomar las riendas de su trayectoria profesional era apostar para conseguir el éxito, no solo de Consuelo sino también el suyo propio, y eso es lo que hacía sin descanso, sin bajar la guardia. La Fornarina encadenaba éxitos, ascendiendo en la escala de repercusión e importancia, en la misma proporción en la que se encadenaban el uno al otro.

La relación entre los amantes se tornó más posesiva en Alemania. Por eso, cuando el Coliseo dos Recreios le ofreció volver a actuar en Lisboa, Consuelo tuvo dudas al creer que podría ser una ocasión para dejar el camino libre a Pepe con sus conquistas. Pero terminó aceptando porque para su carrera era importante.

Lisboa, primavera de 1907

En ese segundo viaje a Lisboa repitió el éxito del anterior, con la diferencia de que ahora era más famosa y eso se notaba en los cumplidos y reacciones del público, el masculino, se entiende. Al teatro y al hotel en el que se alojaba con su inseparable Nati llegaban a diario cartas con proposiciones de todo tipo y muchos ramos de flores y regalos de diversa índole. Se había convertido ya en una costumbre.

—No creo que haya ninguna otra artista en el mundo más agasajada que tú —reía Nati en el camerino intentando hacerse un hueco entre tantas flores.

En aquel momento, España y Europa estaban inundadas de la imagen de La Fornarina en forma de fotografías, postales hasta con brillo en relieve, y cajas de cerillas, entre otros muchos cachivaches que se vendían con ella como protagonista.

Consuelo se sentía bien. Pero volvía a echar de menos a Pepe y le telegrafió, sin obtener respuesta, y vuelta a trazar el círculo de amor y celos.

Un buen día —de los buenos de verdad— recibió en el teatro la visita del jefe de la empresa Bureau-Marinelli, que estaba recorriendo Europa buscando artistas de valía, *vedettes* internacionales, para conformar una compañía para el Théâtre Apollo de París. Consuelo y Nati, sentadas en un despacho que les dejó el empresario para mantener la reunión, frente al señor serio y bien vestido que chapurreaba español con enorme dificultad, ni parpadearon al escuchar la oferta de mil francos mensuales. La condición era que tenían que cerrar el acuerdo en cuarenta y ocho horas porque el debut de la nueva compañía iba ya con retraso.

Casi ni se atrevían a moverse de la silla. ¿Estaba pasando de verdad? Actuar en París y a razón de mil francos mensuales desbordaba los sueños y la imaginación.

A un codazo de Nati, Consuelo reaccionó:

—No se preocupe que mañana mismo tendrá una respuesta.

Nati la miró pensando si se había vuelto loca para no dar una rotunda respuesta afirmativa en aquel preciso instante. Pero Consuelo sabía bien lo que hacía.

—Ah, por cierto —añadió el representante de Bureau-Marinelli cuando ya estaba saliendo—, hemos contratado también a Pastora Imperio.

La joven telegrafió de urgencia a Cadenas, quien le confirmó el contrato de Pastora Imperio y le dijo: «¡Fírmalo ya! Algo así no se puede dejar escapar». Aceptadas las condiciones, firmó en el consulado de España en Lisboa, donde pronto terminó sus actuaciones para regresar a España a la mayor celeridad.

Consuelo creyó que se trataba de un sueño, algo así no podía ser real. Pero lo era. Nada más llegar a Madrid fue a visitar a su Virgen de la Soledad para agradecerle que le hubiera sucedido algo tan bueno, tan

increíble. Y depositó sus lágrimas de emoción sobre la idea de París esperándola.

¡PARÍS! Antes, sin embargo, le aguardaba una gira por Cartagena, Alicante, Valencia y de nuevo el Kursaal de Madrid, donde coincidió otra vez con la famosa bailarina Mata Hari. Lo de Cartagena se le hacía cuesta arriba ya que Murcia no le traía buenos recuerdos, después del último escándalo con el público y todo el lío de la excomunión y la quema en la hoguera.

Pero esta vez fue todo lo contrario, le brindaron cariño, aplausos y ovaciones.

En agradecimiento, antes de marcharse organizó un evento diferente.

—¿Recuerdas lo bien que salió la función especial que hicimos para todos los públicos, incluidos niños —dijo Consuelo—, en nuestra primera visita a Lisboa? Aquello parecía una locura, ¿verdad?

—Lo parecía porque lo era —replicó Nati.

—Pero salió bien. No… bien, no, ¡muy bien!

—Ay, Dios… ¿Es necesario que vayamos de locura en locura?

—No sé si es necesario, pero vamos a hacerlo.

Prepararon una función especial para niños enfermos de tuberculosis, y como la vida a veces tiene carambolas dignas de ser admiradas, La Fornarina contó con la bendición, literal, del arzobispo de Murcia, el mismo al que en su día le plantearon su excomunión y a punto estuvo de concederla.

El segundo experimento que hacía con niños volvió a culminarse con éxito. Fue un hito en su historia artística, que Cartagena y Murcia no olvidarían. Lo que resultaba más dudoso era que tampoco lo olvidara La Fornarina.

Pepe Cadenas viajó a Madrid. Parecía un viaje más, de rutina, pero…

—Mira que eres rarito, Pepe —se mofó Consuelo—. ¿Cómo es que has venido con tanto equipaje? ¿Vas a volver con otro parecido? Tendrás que contratar a varios porteadores.

—Esta vez he venido a darte una sorpresa.

—Es lo que dices cada vez que vienes. ¿Y la sorpresa viene en el equipaje? Por eso abulta tanto.

—No volveré a Berlín. ¿Piensas que eso entraría en la consideración de «sorpresa»? ¿O no lo crees suficiente?

—¡Te quedas en Madrid! ¡Es fantástico, mi amor! ¡Pues sí que es una sorpresa!

Se lanzó en sus brazos besándolo con fruición.

—No tan rápido, *ma chérie* —se la quitó de encima intentando que no se molestara.

Ella se preocupó.

—¿Qué ocurre, Pepe? ¿No será nada malo, verdad?

—¿Malo? En absoluto. ¿Estás preparada para escuchar una noticia bomba?

—Uf… No sé qué decirte.

—Voy allá.

—Miedo me da —comentó Consuelo sin saber qué pensar.

—El diario *ABC*, de don Torcuato Luca de Tena, me ha hecho una interesante oferta para ser su corresponsal en París, ¡y he aceptado! ¡El *ABC*! ¡París!

Consuelo enmudeció. Tampoco sabía cómo debía encajarlo.

—Entonces, ¿te irás a vivir a París? —dijo con poco fuelle en la voz.

—¡No, no! Querida mía. No me iré a vivir a París, sino que… ¡nos iremos! Tú y yo. Juntos. ¿Qué te parece?

Su mente sufrió un colapso pero de agitación. ¿Vivir en París? ¿Era posible? Ella tenía un proyecto con el Teatro Apollo, pero ¿qué iba a hacer cuando terminara?

Sin dudar no se avanza, o se avanza peor. A Consuelo, los temores y dudas la impulsaban a seguir adelante con más fuerza y ahínco.

La pareja estaba pletórica y feliz.

París y un esperanzador futuro les aguardaban. Nada podía salir mal…

Tercera parte:
PERDIDOS EN EL LABERINTO

Olvidaré tus ojos cargados de ternura;
tu voz que me llenaba de dulces emociones;
tus promesas perdidas en este laberinto;
la presión turbadora de tu mano, tan suave,
y hasta lo más querido: el intercambio diario
de nuestros pensamientos, que tanto nos unía,
pues los dos corazones fundía en una mente
sin miedo ni esperanza más que en nosotros mismos.

MARY SHELLEY, «Olvidaré tus ojos cargados de ternura»

31.
Cuanto más me tiras, más gusto me das

París, verano de 1907

El increíble París de la *belle époque*, la avanzada capital de amplias avenidas e interminables bulevares… Era una locura de diseños en ropa y joyas, manifestaciones artísticas, culturales, restaurantes, cafés, galerías de arte, teatros y salas como el Olympia, Le Chat Noir, el Moulin Rouge o el Folies Bergère, estos dos últimos de artistas de varietés que exhibían sus cuerpos con descaro. Consuelo había llegado a la cuna del espectáculo y del *music hall*, la edad dorada del *cabaret*, desarrollados con un atrevimiento que no se veía en ningún otro lugar del mundo.

Las calles del centro de la capital se llenaban de gente elegante y alegre, que viajaba en automóviles modernos, tranvías de tracción, tanto animal como eléctrica, y en el metro, un trasporte revolucionario que se decidió soterrar; llevaba funcionando siete años. Desde hacía menos, dos años tan solo, circulaban taxis, vehículos privados que admitían clientes para sus desplazamientos. Había incluso una mujer taxista: *madame* Decourelle obtuvo la primera licencia que se otorgaba a una mujer en París.

En la otra cara de la moneda, la de los barrios limítrofes donde los sueños no alzaban el vuelo, habitados por fábricas y por familias de la clase social más baja, los obreros utilizaban para ir al trabajo o regresar a casa ómnibus motorizados, que se inauguraron un año antes de que Consuelo llegara a París.

«¡La Torre Eiffel debe de ser el monumento más grande del mundo!», exclamó impresionada la primera vez que se encontró frente a ella en el corazón de aquel París de ensueño.

La pareja se instaló en un piso del número 49 de la *rue* Godot de Mauroy, cerca del Teatro Olympia y de la Ópera Garnier. Emplearon un par de días para acondicionar lo fundamental que necesitaban en

su nuevo hogar, entusiasmados con la aventura que iban a vivir.

Acudieron juntos a la primera cita en Bureau-Marinelli, la empresa de representación artística que había contratado a La Fornarina. Allí, Cadenas se reencontró con su buen amigo Quinito Valverde, joven compositor al que le habían encargado la música de la revista que iba a protagonizar la artista española en el Teatro Apollo.

El maestro y La Fornarina se dieron cuenta al instante de conocerse de que iban a entenderse. Se gustaron. El músico español era todo un personaje, un tipo peculiar con una gran personalidad y una historia que acompañaba su fama, para unos empañándola y, para otros, enalteciéndola.

Se llamaba Joaquín Valverde Sanjuán. Madrileño de treinta y dos años, era hijo del también compositor Joaquín Valverde, colaborador habitual del maestro Federico Chueca, máximo representante de la zarzuela. Quinito, al que llamaban así para diferenciarlo de su padre, cultivó igualmente y con éxito el género chico. Pero quiso probar otros registros y recaló en el cuplé, por suerte para La Fornarina puesto que era muy bueno.

No estaba claro por qué Quinito Valverde abandonó España, pero algo tenía que ver con alguna cuita amorosa ya que cosechó una no deseada notoriedad por sus líos con damas y su excesiva devoción por la vida bohemia. Por aquel entonces, París era también la patria de la bohemia, así que Quinito halló su acomodo y se alojó en una pensión de la *rue* Richer, próxima al Folies Bergère, regentada por la gruñona *madame* Petit y en la que se comía la carne más dura de toda la capital. En ella se alojaban otros españoles; entre todos formaban un simpático grupo que, además de reírse de sus desgracias con humor, se apoyaban entre sí lejos de su tierra.

Fornarina aprovechó el verano en París para tomar clases de francés con Cadenas y ensayar a fondo para el estreno. Curiosamente, los idiomas se le daban muy bien y, en cambio, era lenta para memorizar las letras de las canciones. Pero en aquellos días trabajó muy duro y no atendió las tentaciones que la capital francesa ofrecía, un comportamiento insólito en ella.

Cadenas y Quinito se pusieron a escribir canciones para el debut de La Fornarina. A cuatro manos. Uno, la letra, y el otro, la música, en un ritmo frenético. Aquello parecía solo el principio de una fructífera relación; formaban un buen equipo. Bebían y fumaban hasta altas horas de la madrugada, se reían de las tonterías que a veces se les

ocurría en la marejada del cansancio y divagaban sobre los gustos del público parisiense. Querían acertar con el repertorio. Se jugaban mucho.

Un día, Cadenas se presentó en casa con una marioneta para incluir en la función. Se le ocurrió para uno de los números que habían creado, *El polichinela*, una letra muy subida de tono que no querían desvelarle todavía a La Fornarina. El trío la bautizó como «Tobías».

Quinito y Pepe se pasaron días enteros encerrados trabajando en la canción, hasta que la tuvieron lista y se la presentaron a Consuelo. A ella le encantó la composición y a ellos, su interpretación, era perfecta. Los tres olieron el triunfo. La Fornarina empezó a hablarle a Tobías como si fuera su mascota, caminaba por la casa moviendo los hilos de la marioneta y cantándole, estableciendo con ella una estrecha relación en la que no estaba dispuesta a que nadie más se inmiscuyera. Aquel muñeco se convirtió en su sombra, en su inseparable compañía junto al que iba a caminar hacia el éxito nada menos que en París.

Y se hallaba solo a un paso…

Teatro Apollo, París, noche del 25 de septiembre de 1907

París… La Fornarina emergió en el escenario como una diosa de Botticelli. Una venus admirada e imponente. Reluciente, espléndida, brillante… Su vestuario había sido confeccionado en un taller de la capital pero ella le dio su toque personal al colocarse sobre los hombros un mantón de manila bordado a mano que volteó varias veces con habilidad y picardía, caldeando el ambiente desde los primeros minutos.

Abrió el espectáculo con *Clavelitos*, un tanguillo de Cadenas y Quinito Valverde. Finalizado ese primer tema, los dos amigos chocaron las manos felicitándose al comprobar el fervor que su composición desató y en ese mismo instante decidieron que, en lo sucesivo, comenzarían siempre el espectáculo con *Clavelitos*. El teatro se puso en pie. Y solo era el principio.

Valverde y Cadenas también eran los «padres» de otro de los números estrella que desataron la pasión del público, para satisfacción de la propia Fornarina. *El polichinela*, en el que habían trabajado durante días —más bien, noches—.

Tobías y La Fornarina ejecutaron sobre el escenario atractivas

piruetas muy ensayadas.

Para divertirme, para que trabaje,
hago al muñequito que suba o que baje.

La Fornarina movía su cuerpo como sinuosas líneas bajo una gasa. Manejar los hilos de la marioneta, a la vez que huía falsamente de ella para evitar que cumpliera sus aviesas intenciones, lo convirtió en una travesura que enardeció al respetable.

Tiro de la cuerda y él me dice: ¡Más!
Cuanto más me tiras, más gusto me das.

Algunos le gritaban que querían las mismas carantoñas y mimos que le prodigaba a su polichinela y ella fingía escandalizarse.

El éxito fue apoteósico. Cantó en un perfecto francés, como en otras ocasiones había hecho en los idiomas de países en los que actuaba. Inglés, alemán, italiano, portugués… El teatro, de nuevo puesto en pie, le rindió una ovación que sería difícil de olvidar.

Se acordaba de Nati y de la despedida en Madrid. La amiga se hinchó a llorar, «somos unas sentimentales empedernidas, no tenemos remedio», le dijo. Era la primera vez en muchísimo tiempo que no viajaban juntas.

El repertorio creado por Cadenas y Valverde contribuyó al rotundo éxito en París y estaba llamado a ser el perfecto para la consagración internacional de una artista de la talla de la Fornarina.

La noche terminó de la mano de Pepe paseando por la *Rive Gauche* del Sena mientras escuchaban los silentes secretos que se escondían bajo el agua del río.

32.
Una libélula en París

Café Madrid, barrio de Montmartre, París,
invierno de 1907

En una de las mesas del fondo, en el Café Madrid, cuatro personas ajenas al ruido y al ambiente del local se reían de alguna gracia que debió de contar una de ellas. Tres mujeres y… ¿y la cuarta? ¿Era hombre o mujer? Difícil saberlo con certeza.

Se trataba de un grupo elegante y divertido, que charlaba animadamente entre copas de *champagne* y vasitos de pastís. Destacaba la escritora Colette, acompañada de las artistas de varietés Mistinguett y Polaire, y de… ¿otra amiga? ¿O amigo?

En un momento dado, Colette, que reconoció a La Fornarina, se levantó envuelta en una intensa vaharada de humo de su cigarro para dirigirse a la mesa en la que se encontraba la artista española con Quinito Valverde y José Juan Cadenas. Le habló a ella:

—Hola, querida. ¿Eres la española que está actuando en el Apollo? Y si no lo eres, discúlpame, entonces.

Consuelo sonrió.

—No hay nada que disculparte, en efecto, soy La Fornarina.

—¡*Enchantée, ma chérie*! Es un placer conocerte, querida. Eres muy hermosa.

—¿A quién debo el honor?

—Soy Colette.

—¡La famosa escritora! —exclamó Fornarina.

—Vaya… esto sí es una sorpresa grata, muy grata. Así que sabes quién soy.

—Lamento no haber leído nada tuyo pero sí, he oído hablar mucho de ti y de tus novelas… digamos que subidas de tono.

Colette soltó una sonora carcajada y después dio una intensa calada al cigarrillo que pendía de sus labios. Le estrechó fuertemente la mano para sellar la presentación.

—Mi nombre es Sidonie-Gabrielle Colette.

—Y el mío, Consuelo Vello Cano.

Juntaron dos mesas y los dos grupos se mezclaron. El francés era muy singular y llamativo.

Polaire, argelina huérfana de madre y emigrada a París con quince años, empezó como cantante mientras servía y recogía las mesas en un café donde trabajaba un hermano, el Dufleuve.

—Soy Émilie Marie Bouchaud —se presentó a los españoles.

Polaire era delgada y menuda, musculosa, de rasgos árabes, marcadas cejas oscuras y maquillaje exagerado para la época. Tenía el negro cabello corto tan abundante que no parecía natural, pero lo era. Se había hecho famosa por un rasgo físico que Consuelo estaba pudiendo comprobar: una exageradísima cintura de avispa que estrechaba con corsés pareciendo imposible que pudiera respirar. El pecho voluminoso en permanente desafío completaba un físico que asemejaba su figura a la de un reloj de arena.

Debía de tener unos diez años más que Fornarina.

—¿A qué se debe tu nombre artístico? —preguntó Consuelo.

—Elegí Polaire por una canción sobre la estrella Polar que solía interpretar en mis comienzos.

—Pues me gusta.

La tercera amiga del grupo francés era Mistinguett.

—Es un placer conocer a otra compañera artista que no sea francesa. Me llamo Jeanne Bourgeois.

Mistinguett lucía en el escenario como ninguna otra. En su triunfo había tenido mucho que ver su impresionante vestuario, abarrotado de pesadas plumas que portaba con garbo, muchas veces sujetas en un enorme tocado que no hacía fácil el movimiento de la artista. Poseía un gran talento y desenvoltura, y el dominio escénico poco menos que de una equilibrista. Esa noche vestía de manera espectacular, a pesar de no estar actuando; un traje valioso, adornado de diminutos abalorios, y un sombrero elaborado con delicadas plumas de color dorado.

Su edad parecía similar a la de Polaire.

El cuarto miembro del grupo resultaba enigmático. En realidad era una mujer, Matilde de Morny, que vestía como un hombre desde que su madre falleció, en 1898, y se hacía llamar indistintamente Max o Missy. Era una de las mujeres más célebres, y también provocadora, en el París de aquella «bella época», la *belle époque*. Vestía con pantalones, prohibidos entonces a las mujeres, lucía el pelo tan corto que la fisonomía de su cabeza no se distinguía de la de un hombre y fumaba sofisticados pitillos. De rostro anguloso, nariz prominente y puntiaguda, orejas perfectas que destacaban al no haber cabello que las tapara, y labios finos y apretados. Era la pareja sentimental de Colette, a la que le sacaba diez años de diferencia.

Desde el verano del año anterior, Missy y Colette vivían juntas en una maravillosa villa, la *Belle Plage*, en Le Crotoy, y viajaban con frecuencia a París.

—Ella no os lo dirá, porque no es tan habladora como yo —explicaba Colette—, pero Missy, aquí donde la veis, es marquesa de Belbeuf.

La escritora hablaba de una manera exageradamente ceremoniosa, muy dada a gesticular. Disfrutaba siendo el centro de todas las miradas.

—Me gusta llamarla Missy —añadió.

—Yo prefiero Max —dijo la marquesa un tanto cortante.

—Supongo que porque es más masculino —comentó Fornarina.

Con una expresión en el rostro endurecida por la lucha permanente para imponer su modo de ver la vida, Matilde de Morny, Missy o Max, clavó la mirada en La Fornarina:

—Supones bien. —Y, acercándose a ella, le soltó el humo del cigarrillo.

—No le hagas caso —dijo Colette—. Hoy no tiene un buen día.

—Por cierto —continuó Missy—, soy marquesa por matrimonio.

—¿Has estado casada? —intervino Quinito Valverde.

—Sí. ¿Tan raro te parece?

—No, claro, no quería molestarte.

—El marqués de Belbeuf era mi marido. Nos divorciamos hace cuatro años.

—Yo también he estado casada —terció Colette.

Por fin Missy mostró algo parecido a una sonrisa, pero solo parecido.

—La historia de mi matrimonio os la cuento otro día, ¡ahora vamos a celebrar que nos hemos conocido! —se adelantó Colette antes de que alguien del grupo español le preguntara.

—Sí, mejor brindar que hablar de ese cerdo —dijo Missy.

El Café Madrid era un lugar de reunión de españoles afincados en París y dedicados al mundo del arte: desde bailarinas o cantantes hasta músicos, cómicos, magos… Uno de los más importantes cafés literarios y artísticos de la capital francesa. Además de españoles, solían frecuentarlos escritores como Charles Baudelaire, Paul Verlaine, Guy de Maupassant o Gustave Flaubert.

Una vez completadas las presentaciones del mosaico humano tan variopinto, a Consuelo le quedó claro que eran personas diferentes, con un mundo propio y una manera de ser y de entender la vida que

poco tenía que ver con la mayoría. Quizás fuera una de las razones que contribuían a su atractivo. Se preguntó si sería casualidad haberlas encontrado en Francia. Posiblemente, no. El país vecino, y sobre todo su capital, se veía mucho más avanzado que España. Más libre y libertino. Una nación en la que importaba poco el qué dirán; donde la gente, en especial los artistas y los intelectuales, vivían en el extrarradio de las convenciones sociales, de lo establecido como lo correcto.

La escritora Colette era un personaje popular en Francia por su manera liberal de vivir y sus costumbres sin ataduras. Y por sus escándalos, no solamente literarios.

En aquel año, Colette acababa de publicar la novela *El retiro sentimental* y había vendido medio millón de ejemplares de las novelas de Claudine. Se había convertido en un fenómeno social. París estaba inundado de carteles con las portadas del personaje, se decoraban tazas, platos, vajillas enteras, y a muchas mujeres les dio por salir a la calle vestidas de colegialas como la protagonista. La exitosa serie de novelas sobre Claudine se basada en su propia experiencia, la de una colegiala provinciana de dieciséis años. *Claudine en la escuela*, *Claudine en París*, *Claudine en su casa*, *Claudine desaparece*… No había que olvidar el «pequeño» detalle de que todas fueron firmadas por su esposo, artífice de la idea de que contara historias suyas del colegio pero poniéndoles un punto picante para que tuvieran gancho. Luego él aumentó las dosis de erotismo que contribuyeron al éxito.

Colette, como el resto del grupo que se acababa de presentar, era muy diferente a otras mujeres corrientes. Sus ojos felinos llamaban la atención y su personalidad se imponía como un erguido faro iluminando el océano. Unos segundos bastaban para advertir que era una mujer cautivadora.

Tan cautivadora como le resultaba París a La Fornarina.

La prensa francesa aclamó a las dos artistas españolas que formaban, en el Teatro Apollo, un tándem perfecto y exitoso. A Pastora Imperio, bailaora, ¡ella sí que era agitanada!, la bautizaron como «la reina de las gitanas», mientras que La Fornarina era «la linda princesa de los bucles de oro». Literal. Los franceses eran muy suyos reconociendo el arte.

Consuelo se encontraba en uno de sus mejores momentos, de esos en los que uno se levanta de la cama por la mañana temiendo que el sueño acabe. Era tan bueno lo que le estaba pasando que no podía

ser real. No tardaron en doblarle el suelo: dos mil francos mensuales. Una barbaridad. Aun así, no bajaba la guardia ni se daba por satisfecha. Intentaba seguir estudiando idiomas y literatura, convertida en una de sus mayores aficiones.

Había llegado la hora de empezar a pensar en qué hacer con el dinero que ganaba, que era mucho más de lo que había codiciado. Asesorada, decidió invertir, comprar acciones y joyas, y adquirir una casita en su amada ciudad natal, Madrid; un «hotelito», como le llamaba, para cuando tocara retirarse. Esa casa sería, a partir de entonces, su mayor aspiración; el gran objetivo que había que conseguir, por el que trabajaría con empeño y tesón. Todo el que hiciera falta.

Querida Petra, mi Petrilla:

¿Cómo estáis tú y Luisillo? No puedes hacerte una idea de cuánto os echo de menos, llevamos demasiado tiempo sin vernos y pienso mucho en vosotros, sobre todo en ti. Te estarás haciendo una mujercita.

Yo estoy bien. Mi esperado debut aquí ha sido un gran éxito. París es una ciudad que desborda la imaginación, en la que tienen cabida los sueños más inalcanzables.

Espero que nos veamos pronto, mi querida hermanita. Da besos de mi parte a Luisillo y cuídate mucho.

Consuelo

En aquel año de 1907 en el que La Fornarina se instaló en París ya había llegado, siete años antes, un jovencísimo y desconocido pintor español llamado Pablo Picasso, malagueño fascinado por Toulouse-Lautrec y Paul Gauguin, y habían pasado por los escenarios parisienses otras artistas españolas como la Bella Otero, la Tortajada y Tórtola Valencia.

El representante Marinelli, empeñado en impulsar con todos los medios de los que disponía la carrera de La Fornarina, consiguió que la contrataran en otras importantes salas de París como el Teatro Olympia y el Ambassadeurs.

Todo era motivo de celebración. Consuelo, Cadenas y Quinito Valverde se convirtieron en inseparables, un simpático y curioso trío

al que se sumaba el grupo de amigos franceses, en el que se habían integrado y que resultó ser el molde perfecto para sus ganas de disfrutar de la vida. Y de disfrutar de París.

Aquella semana, Quinito tocaba el piano en el American Bar y una noche hizo improvisar a Consuelo en una especie de debut informal. Sin que ella lo supiera, Pepe le dio la sorpresa de invitar a Colette con su pareja, a la Mistinguett y a Polaire, que llegaron acompañadas de Maurice, un joven de apenas diecinueve años, cuatro menos que Fornarina, aspirante a ser un gran artista.

Maurice derrochaba simpatía.

—Maurice Chevalier, para servirla —así se presentó a Consuelo con exquisita corrección y buenos modales—. Es un placer conocerla.

Imposible vestir más a la francesa que aquel muchacho. Pantalón estrecho, chaqueta de color claro sobre un chaleco de la misma tonalidad, pajarita al cuello y en la cabeza un sombrero canotier, típico francés, tan *chic*. Utilizaba un bastón muy historiado con el que jugaba permanentemente. Se notaba que con su indumentaria, que representaba una pose, pretendía configurar un personaje que buscaba su extensión en los escenarios, esperaba que fuera más pronto que tarde. A Consuelo le cayó en gracia.

Su verdadero nombre era Maurice Édouard Saint-Léon y procedía de un barrio humilde del noroeste de París. Hijo de familia numerosa, era el pequeño de nueve hermanos. A los once años dejó la escuela para trabajar como aprendiz de grabador y también como agricultor. Pero siempre se sintió atraído por el mundo del espectáculo. A Consuelo le recordaba su propia historia.

Maurice empezó siendo acróbata de circo pero tuvo que dejarlo por un accidente que le causó una lesión. Entonces se inclinó por la interpretación, el canto y el baile, y en ello estaba, empleándose a fondo para abrirse camino.

—Y dime, Colette, ¿qué pasó con tu matrimonio? —Fornarina sentía curiosidad—, me dijiste que me lo contarías.

La escritora echó la cabeza hacia atrás, lanzó una bocanada de humo hacia el techo y se dispuso a contar…

Gabrielle había sido una niña precoz. En su adolescencia conoció a Henry Gauthier-Villars, a quien llamaban Willy, quince años mayor que ella, popular escritor y un vividor que explotaba a los colaboradores que le ayudaban con sus novelas. Era un hombre corpulento, con un tripón prominente, fumaba puros y usaba chistera. Cuando Colette cumplió los diecinueve se casaron y se instalaron en París. Ella provenía de un pueblo de menos de mil habitantes y de una familia con ideas y costumbres muy avanzadas; su padre era capitán del ejército francés y su madre, una mujer moderna con hijos de un matrimonio anterior.

No hacía ni un año que Colette se había divorciado de Willy, harta de representar en sociedad el papel de esposa perfecta y tras un matrimonio profundamente infeliz, en el que el marido había mantenido, en todos los sentidos, a un sinfín de amantes. Incluso tuvo un hijo con una de ellas, lo que a Colette le hizo sentirse una esposa burlada y humillada, sin interés para nadie y menos para Willy. Las malas lenguas decían que llegó a encerrarla en una habitación para obligarla a seguir escribiendo las novelas de Claudine y que lo hiciera rápido porque, de lo contrario, no la dejaría salir.

Hasta que ella reaccionó y puso patas arriba su inamovible mundo establecido y artificialmente estructurado. Hizo todo aquello que podía soliviantar y escandalizar a las mentes bien pensantes de la élite a la que pertenecía. Comenzó por poner a prueba su sexualidad dejándose llevar por el instinto que inclinaba su deseo hacia las mujeres y empezó a mantener relaciones lésbicas —¡hasta con alguna de las amantes de su esposo!— y decidió dedicarse al *music hall* para ganarse la vida por sí misma mientras se resolvía el contencioso contra Willy sobre la autoría de sus novelas de la serie de Claudine.

Se hizo amiga íntima, en el sentido más literal y sexual, de una rica heredera americana, Natalie Clifford Barney, lo que enfureció a Willy cuando estaban aún en trámites de separación. No contenta con ello, una noche, Colette se presentó en el salón de *madame* Arman vestida de marinero, con unos pantalones que marcaban sus fibrosas piernas y el cabello recogido y oculto con una gorra, cuando por aquel entonces estaba prohibido que las mujeres los llevaran si no era en un escenario por exigencia de la obra.

Más tarde se enamoró de la marquesa de Belbeuf, Missy, una mujer tan extravagante como lo eran sus gustos, aficionada a los monos y a los pájaros exóticos, que tenía como mascotas. Los rumores hablaban de que podría ser una hija bastarda del zar Nicolás y las lenguas maledicentes apuntaban a un pasado de drogas y adicciones. No faltaba nada en su biografía.

En ese ambiente de confianza, Colette y Missy rememoraron la situación más embarazosa, provocadora y explosiva, que habían protagonizado juntas. Fue en la noche del 3 de enero de ese año en el Moulin Rouge: representaron la pantomima *El sueño de Egipto*, con la que armaron tanto escándalo que tuvo que intervenir la policía para cortar la función, que quedó finalmente suspendida. Missy interpretaba en el escenario a un egiptólogo que despertaba con un beso a una princesa del Antiguo Egipto, Colette, medio desnuda y ataviada únicamente por algunos abalorios estratégicamente colocados a lo largo de su cuerpo. Y el beso… claro, el beso. Colette y Missy se enredaron en una ceremonia de caricias mutuas mientras las lenguas buscaban todos los rincones de las bocas de las dos amantes.

El silbato del prefecto cortó el beso y deshizo el caldeado ambiente de Egipto para volver al París en el que fueron conducidas al calabozo.

Willy había sido invitado por Colette al estreno y la gente le gritaba acusándolo de ser un cornudo.

Así era la que se estaba convirtiendo en la mejor amiga de La Fornarina en París. Y le divertía. Resultaba todo tan diferente de Madrid que parecía que estuviera viviendo en otro mundo.

Un mundo más atrayente y seductor.

El éxito cosechado en la capital gala se convirtió en el preámbulo de su primera gira internacional importante. Países como Holanda, Bélgica, Noruega, Suecia, Alemania y varios lugares del Imperio austrohúngaro. Y atractivas ciudades como Budapest, Montecarlo, Londres, San Petersburgo…

Príncipes… Miembros de la nobleza y la realeza… Un auténtico sueño. Un público jamás imaginado.

Un festín de sensaciones para reanimar a cualquiera. Consuelo era feliz, pero también consciente de que la felicidad no es un estado perenne y hay que afrontar sus viajes de ida y vuelta con los que a veces nos sorprende.

En origen, el Moulin Rouge (el Molino Rojo) era uno de los muchos molinos que se extendían, en el siglo XIX, por la colina de Montmartre. Aunque, curiosamente, el local escogido por sus fundadores, un francés y un catalán, como establecimiento de ocio, no había funcionado nunca como molino. Los espectáculos de *cabaret* dieron pronta fama al Moulin Rouge, en el que nació el cancán, baile que se puso de moda y marcó una tendencia en los salones que querían estar a la última.

El Moulin Rouge era un derroche de parafernalia teatral y decorativa, donde imperaba el color rojo sangre mezclado con dorados. En su jardín habían colocado un gigantesco elefante de escayola que fue preparado para que los clientes pudieran acceder a su interior y asistir a espectáculos de danza del vientre. Podría definirse como un espacio onírico en el que la imaginación alcanzaba sus más altas cotas.

La bebida que se servía sin límite era el *champagne*.

Un día, la Mistinguett citó a La Fornarina en el Moulin Rouge

para presentarle a la también artista Yvette Guilbert, cuyo nombre verdadero era Emma Laure Esther Guilbert, musa principal del pintor Toulouse-Lautrec y retratada por otros pintores de la época. Tenía cuarenta años y, al igual que el resto de artistas que formaban parte del grupo de amigos de Colette, también procedía de una familia pobre de la periferia de París. Todos ellos arrastraban una historia de miseria que los engrandecía en la medida del esfuerzo que cada uno había hecho para labrarse un futuro y triunfar en una gran capital como aquella.

—Aquí donde me ves, tan pequeñita —le dijo Polaire—, también he sido inmortalizada por el gran Toulouse-Lautrec.

—Es comprensible —respondió Fornarina—, eres una estrella del *cabaret*.

Yvette Guilbert empezó a trabajar en unos grandes almacenes a los dieciséis años. Allí un periodista le aconsejó que se dedicara al espectáculo. Su carácter decidido la llevó a tomar de inmediato clases de canto e interpretación y, tres años después, actuaba en pequeños *cabarets*, algunos de mala muerte, preparándose para su debut, cumplidos los veinte años, en el Théâtre des Variétés. Después vendrían el Club Eldorado, el Ambassadeurs y el Diván Japonés. Hasta que en 1890 debutó en el Moulin Rouge, con tal clamor del público que quedó contratada de manera permanente. Fue en ese lugar donde se hizo famosa y nació el mito. Y su fama le propició varias giras por Estados Unidos, Alemania e Inglaterra. Por tanto, Yvette se había convertido en una de las mayores celebridades del espectáculo.

Su comportamiento sobre las tablas era el de una diva. Llevaba siempre enfundados guantes negros que sobrepasaban el codo y movía poco el cuerpo pero sí sus largos brazos, ondeándolos al mismo tiempo que cantaba.

Le gustaba vestir de amarillo chillón, color que destacaba frente el negro de los guantes. La tragedia navegaba a la deriva entre las letras de sus canciones lanzadas al aire con voz virginal. Aquello suponía una discordancia seductora: su apariencia inocente, y en cierto modo revestida de candidez, contrastaba con los temas atrevidos que interpretaba. En eso recordaba a La Fornarina.

—No puedo dejar de mirarla en el escenario. ¡Es impresionante! —comentó Consuelo con admiración hacia la artista que iba a conocer en persona esa noche.

—Pues yo lo que no puedo dejar de mirar es tu broche, querida —comentó Mistinguett—. Es fascinante.

—Las libélulas son, en sí, fascinantes —le respondió Consuelo.

Ciertamente se quedaron impresionados al ver el broche de libélula, del joyero parisiense René Lalique, que llevaba prendido la española en la blusa.

—¡Lalique! —exclamó Mistinguett—. Me encanta, elabora unas joyas maravillosas.

—En este caso se inspiró en la naturaleza —explicó Consuelo, para quien el broche regalado por su amigo Saint-Aubin era un gran tesoro, al margen del valor económico que tenía, que era mucho—. ¿Sabéis que las libélulas fueron los primeros insectos de la Tierra? Antes de que aparecieran los dinosaurios ya existían las libélulas. Me he informado bien —aclaró al ver las caras de curiosidad de sus amigos—. Si tenéis ocasión de ver alguna fijaos en lo ágil y rápida que es. Su vuelo en nada se parece al de ningún otro animal. Puede realizarlo en varias direcciones, incluso volar hacia un lado o hacia atrás.

—O sea, como yo —rio Colette.

Colette y la Mistinguett se ofrecieron a acompañarla a los mejores modistos de París: *madame* Pascaud, que vestía a las más importantes *vedettes* del mundo, y a Paul Poiret, el más famoso modisto de la capital del Sena. Pascaud confeccionó varias prendas, entre ellas un miriñaque romántico con varias capas de tul en color malva a modo de cascada. Por su parte, Poiret diseñó un vestido ceñido de raso hasta los tobillos, de color verde agua, una estola de piel de zorro y una pamela negra de ala muy ancha, con incrustaciones plateadas, rematada en los bordes por elegantes plumas colocadas al bies. No hacía falta ir al teatro para asistir a un espectáculo como aquel.

La Fornarina continuaba creyéndose alojada un sueño del que no iba a salir nunca. Una noche de luna llena, en ausencia de Pepe, que había emprendido un breve viaje como corresponsal de *ABC* por varias capitales europeas, Viena, Roma, Berlín, de nuevo… le pidió a Quinito que le acompañara a pasear por la *Rive Gauche* del Sena.

—Qué hermosa es esta ciudad —comentó el maestro.

—Creo que es mucho más que eso… —respondió Consuelo sonriendo para sus adentros como quien oculta un tesoro desconocido para el resto del mundo.

En medio de la claridad plateada de la noche vio el reflejo de la luz de su libélula iluminar los puentes de piedra de París.

33.
El Emperador del Paralelo

Londres, diciembre de 1907

Ala capital del Támesis, donde tenía previsto actuar en el Teatro Alhambra, La Fornarina viajó acompañada de Nati, Quinito Valverde y esa vez también de Pepe. El reencuentro de las dos amigas les resultó emotivo.

—Demasiados meses sin vernos, mi querida Nati. Te he echado de menos.

—Anda, mujer, que no es para tanto. No será porque no has estado bien acompañada —refiriéndose a Pepe.

—Siempre has sido una mujer muy sensata —le dio la razón el propio Cadenas bromeando.

La misma noche de la llegada, el grupo salió a cenar a un elegante restaurante de moda próximo al río que atravesaba la ciudad.

A los postres, dos hombres sentados solos en la mesa contigua, que habían estado atentos a sus conversaciones durante toda la velada, se atrevieron a levantarse para saludarlos. Uno, que lucía un bigote similar al de Cadenas, con los extremos apuntando hacia arriba aunque más prominente, aparentaba poco más de cuarenta años, mientras que el otro parecía más joven, quizás les separaba una década.

Resultaron ser dos españoles que estaban viviendo en Londres durante una temporada.

—Es usted La Fornarina, ¿verdad? —se dirigieron a Consuelo diríase que encandilados.

—Así es.

—Es un auténtico placer, señorita —ambos le besaron la mano caballerosamente—. Permítanos que nos presentemos, somos Ramiro de Maeztu, periodista y escritor —era el que parecía más joven—, y un servidor, Alejandro Lerroux, dicen que político y no seré yo quien diga lo contrario —comentó cáustico.

—El placer es nuestro, señores. Son muy amables.

—¡Esto no me puede estar pasando a mí! —Cadenas se levantó dando un respingo para estrecharles la mano—. Soy periodista y empresario teatral, escritor, en fin, un poco de todo cuanto se puede ser hoy, del *ABC*, *La Correspondencia de España*, de…

—¡No es necesario que sigas! —le cortó bromeando De Maeztu —. Sabemos perfectamente quién eres, Pepe. ¡Vamos a tutearnos ya, hombre! —le dio varias palmadas amigables en la espalda.

—¿Por qué no se sientan? —les invitó Consuelo al tiempo que les presentaba a Nati y a Valverde.

—Podéis llamarme Quinito, aquí es como me llaman todos —pidió el maestro.

—¡Vamos a pedir *champagne*! —propuso un exultante Cadenas.

—Tú y yo tenemos algo en común, Fornarina —le dijo Lerroux.

—¿También se dedica al *music hall*? —dijo ella con mucha sorna.

—Hemos quedado en que ibas a tratarnos de «tú».

—¡Cierto! ¿También «te» dedicas al *music hall*?

—Tibio, tibio, casi caliente —bromeó Lerroux jugando a las adivinanzas—. A mí me llaman «el Emperador del Paralelo». ¿Lo ves? —le guiñó un ojo—, la vida siempre puede sorprenderte.

Brindaron sonoramente, chocando con intensidad las copas de Taittinger.

—¿Y sabéis a qué se debe ese acertado calificativo de mi amigo? —aclaró Ramiro—. A su popularidad entre la gente del pueblo, que consideban a Alejandro uno más, los obreros y las clases populares, esas que se divierten sin tapujos en la avenida más alegre y desenfadada de Barcelona.

—Conozco el Paralelo. La primera vez que actué en la Ciudad Condal visité La Pajarera Catalana, ¡un local increíble! Aquello parecía París.

En origen se llamaba La Pajarera, sin más. Intentaba ser una tasca pero no pasaba de un destartalado barracón en el que recalaban borrachos, marineros, obreros con ganas de bronca al salir de las fábricas… un paisanaje poco recomendable para sacar adelante un negocio. Harto e incapaz de enderezarlo, su dueño acabó vendiéndolo por la astronómica cantidad de cien pesetas a un andaluz emigrado a Cataluña que lo supo rentabilizar. Montó un pequeño tablao flamenco al que llamó La Pajarera Catalana.

—Pues si entonces te pareció que recordaba París, espera a oír esto. Me he enterado, como periodista —informó Pepe Cadenas—, de que lo están reformando para transformarlo en un local al estilo de los *cabarets* parisinos. Así que tiene razón Consuelo: Lerroux, serás emperador del *music hall* de Barcelona.

Todos rieron y Alejandro pidió otra ronda.

Aunque pudiera parecerlo, los movimientos de Lerroux y De

Maeztu en Londres no eran libres, al menos no del todo. La Policía británica los tenía bajo control y vigilaba sus pasos al constar Alejandro Lerroux en sus ficheros como peligroso revolucionario español. De Maeztu iba en el «paquete» y, por si acaso, por su continua cercanía con el político en Londres, lo incluyeron en la vigilancia.

Lerroux, cordobés de nacimiento, pero instalado en Barcelona durante muchos años de juventud, diputado, era un activo y declarado republicano, aliado en ocasiones con quienes pretendían abolir la monarquía por muy constitucional que fuera. Las autoridades españolas y británicas sospechaban que pudiera estar organizando un nuevo partido del mismo corte republicano, pero más radicalizado y con veleidades anarquistas.

Más tarde, al salir del restaurante, Pepe le explicaría al resto del grupo que Alejandro Lerroux había dirigido un diario muy importante, *El País*, y otro que era el principal órgano de difusión del republicanismo catalán, *La Publicidad*, y que fue el fundador de *El Progreso*, igualmente de tendencia republicana.

Lo que no les contó era la de veces que había sido arrestado por sus acaloradas, y a veces incluso agresivas, soflamas anticlericales, a favor del movimiento obrero y radicalmente en contra de los patronos y de la represión del Estado, en artículos cargados de demagogia y populismo. Los mismos que contenían sus discursos políticos.

—¿Cuándo estrenas? —preguntó Lerroux.

El grupo les estuvo comentando el motivo de su estancia en Londres, el estreno de La Fornarina.

—¿No os gustaría asistir? —preguntó Cadenas.

—¡Nos encantaría! —exclamó Ramiro.

—Si te reconocimos fue por algo —le aclaró Lerroux—, ¡y es porque somos grandes admiradores tuyos!

Fue una primera noche en Londres inesperada y agradable. El debut, en cambio, no se salió de los márgenes de lo esperado, fue un enorme éxito, y Lerroux y su amigo De Maeztu disfrutaron con el espectáculo y con el hecho de haber podido conocer a La Fornarina, quién iba decirlo, ¡fuera de España!

El curioso grupo se frecuentó durante toda la estancia que duró en cartel la función. Pero un día se produjo un hecho que alteró el sereno devenir de aquellos días. La policía llamó a comisaría a La Fornarina para preguntarle por las actividades de «los señores Alejandro Lerroux y Ramiro de Maeztu», qué sabía de ellos, sus

impresiones sobre la presencia de ambos en Londres «y más tonterías carentes de sentido», contaría la artista a Pepe al salir. Entonces fue cuando supo que sus nuevos amigos estaban bajo vigilancia.

—Les aseguro que no sé nada. O al menos nada que les pueda interesar —afirmó ante la policía.

La dejaron marchar.

—Si a alguno de ustedes les interesara no tienen más que decírmelo, puedo conseguirles entradas para mi espectáculo, están muy solicitadas —les ofreció con ironía antes de abandonar el lugar.

Tras la función de aquella noche quedaron para cenar. Consuelo, que les contó lo sucedido, seguía dándole vueltas al tema. Ramiro y Alejandro les explicaron las razones por las que suponían que los tenían controlados. De hecho, les indicaron que prestaran atención a una figura, una sombra, apostada en la esquina frente al restaurante. Llevaba sombrero de ala corta y una capa. En efecto, Quinito, Consuelo y Pepe comprobaron que era cierto.

—No os habéis dado cuenta, pero siempre están donde nos hallemos nosotros. Cuando hemos quedado, ellos siempre han estado presentes y cerca, acechando, pero no os hemos dicho nada. A veces son dos. Hoy, al compañero le han debido conceder un descanso —les contó Lerroux.

—Se me ha ocurrido algo —dijo de repente Consuelo—. Pepe, ¿me acompañas a comisaría?

—¿Ahora?

—¿Qué se te ha ocurrido? —preguntó De Maeztu.

—Ya lo sabrás, no te preocupes, vamos —respondió pidiéndole a Pepe con un gesto que le ayudara a colocarse el abrigo.

De nuevo en las dependencias policiales pidió ver al inspector. Entró sola, le imploró paciencia a Pepe, quien por supuesto había dado por hecho que podría entrar con ella, y le pidió que esperara fuera del despacho. Lo que ocurrió en aquel cubículo solo La Fornarina y el inspector de la Policía inglesa lo sabían y el secreto quedó guardado con ellos. Pero las consecuencias fueron conocidas por todos. A partir del día siguiente, a Ramiro de Maeztu y Alejandro Lerroux les fue retirada la vigilancia y empezaron a hacer su vida en paz y con total libertad.

No sabían cómo agradecérselo, pero Consuelo restaba importancia a su intervención.

—¿Ni a mí vas a decírmelo? —le pidió Pepe.

—Entre nosotros hay temas más interesantes de los que hablar, ¿no te parece? —fue la respuesta que obtuvo, tras la cual lo besó apasionadamente.

Regresaron a París, donde el Teatro Olympia la esperaba.

París, capital en la que La Fornarina se había consagrado como

una estrella internacional con miles de seguidores y admiradores que pagaban lo que fuera necesario para conseguir sus fotografías y sensuales postales.

Codearse con intelectuales, aristócratas, nobles, artistas, escritores, realeza… Hablar varios idiomas… Leer obras de filosofía, de arte, de literatura… Cómo podía soñar con algo así, por muy elevados que fueran sus sueños de niña.

Entre los muchos regalos y cartas que le llegaban a diario al camerino del teatro, y a los que no solía hacer caso, hubo uno al que sí prestó atención: le enviaron un monumental ramo de rosas rojas, «el color del amor», rodeado con exquisitez por una pulsera de oro y brillantes. Se la puso aquella misma noche y volvió a lucirla en la Nochevieja, en la que la acompañaba también el broche de Lalique colocado sobre el espectacular vestido de fiesta que le había confeccionado *madame* Pascaud en su exclusivo taller.

El cuarteto español, formado por Consuelo, Pepe, Nati y Quinito, celebró la Nochevieja de 1907 por todo lo alto, en el Folies Bergère, con Colette, Missy y el grupo de amigos franceses, Polaire, la Mistinguett, Maurice Chevalier e Yvette Gilbert, al que se unieron los escritores Marcel Proust y Paul Valéry, muy amigos de Colette. Para entonces, la provocadora escritora se había cortado el pelo como un chico, emulando a su pareja. Otro escándalo que divertía a La Fornarina. Nati, por su parte, ya se había hecho a todo y, aunque todo aquello no le causaba especial gracia, tampoco se escandalizaba. A esas alturas estaba completamente integrada en aquel «grupo de locos divertidos». Mayoritariamente de locas.

El acceso de entrada del Folies Bergère, con su barroca y lujosa ornamentación deslumbrante, invitaba a la felicidad. Era un estímulo para los sentidos y el placer. La ancha escalinata flanqueada por paredes pintadas en azul con incrustaciones, remates y columnas doradas, recibía a los que iban llegando. Cuatro gigantescos y bien torneados candelabros, igualmente recubiertos de oro, con media docena de altísimas velas que retaban la ley de la gravedad, proporcionaban una acogedora luz ambiental que resultaba, al mismo tiempo, excitante.

La impresión ya se la llevaron, Consuelo y Nati, la primera vez que entraron en aquella sala de espectáculos, la mejor de toda Europa, pero esa noche de Fin de Año el Folies Bergère se había vestido de

gala sin reparar en gastos. Se manifestaba apabullante la profusión de adornos dorados, plateados y de color rojo chillón, abalorios, perlas, cuentas de cristal, lentejuelas… Las inmensas lámparas que colgaban de los techos alumbraban más que otras veces, con lo que los destellos de sus delicados cristales deslumbraban al paso de los invitados y *vedettes* que iban desfilando.

La Mistinguett se sentó al lado de Maurice Chevalier, «yo creo que entre estos hay algo», le cuchicheó al oído Colette a La Fornarina y acto seguido dijo en voz alta:

—¡Españolitos! Tenéis que contarnos vuestro viaje a Londres. Algo pasó allí para que estéis tan calladitos.

Consuelo arrancó a contar lo sucedido con Lerroux y Ramiro de Maeztu y todos siguieron con atención el buen relato que hizo de los hechos.

—Pepe, como te descuides, esta te quita el puesto de periodista —le pinchó Yvette haciendo una demostración de su carácter de perro viejo, que llevaba a gala.

Esa noche de gran fiesta, Consuelo estaba preciosa y elegante. Acaparaba prácticamente todas las miradas de los presentes.

—¡Que corra la viuda! —gritó Colette—. ¡Que corra la viuda!

Besó con pasión a su amante, la marquesa de Belbeuf.

—¿Qué viuda? —preguntó Consuelo, muerta de risa.

—¿Cuál va a ser, querida? ¡La mejor! ¡La Veuve Clicquot! Tomemos *champagne*.

Fue una noche inolvidable, «la mejor para pasar de un año a otro», le dijo Consuelo a Pepe abrazando el amor que sentía por él.

A mediados de enero partieron hacia Montecarlo para el debut en el Palais du Soleil. Y de allí a Berlín, donde La Fornarina se sintió en la obligación de aceptar una cena íntima con un príncipe que la perseguía desde París. No era el primero ni seguramente sería el último.

—Te ruego que no vayas.

—Pepe, esto forma parte de mi trabajo. Si me niego vete a saber qué dirá la prensa al día siguiente, es un hombre muy importante.

—¡Y qué más da que sea importante! Como si es un rey.

—Vamos, mi amor, déjalo ya —Consuelo intentó tranquilizarlo pero el temperamento de Cadenas presentaba resistencia—. No le des importancia, yo no se la doy.

La cena tuvo lugar en un escenario de película preparado al

detalle, con declaraciones de amor incluidas, pero a Consuelo ya no le impresionaban esas actitudes.

Siendo sincera consigo misma, además de mostrar agradecimiento y sentirse adulada, para lo que le servían las demostraciones de sus admiradores como aquella era para que Pepe sintiera la inquietud de poder mantener a su lado a una mujer como ella frente a «sucedáneas», le dijo un día a Nati.

La sombra de otras mujeres en la cama de Pepe no conseguía extinguirse en Consuelo.

Los agasajos del príncipe alemán desataron después terribles celos en Cadenas, quería empezar una discusión impetuosa y temperamental, como solía ser habitual entre ellos, pero, en esa ocasión, Consuelo no hizo ni caso.

34.
El tiempo entre sus manos

París, otoño-invierno de 1908

La lluvia en París olía diferente. A Consuelo le parecía que el agua caía más melancólica sobre los Campos Elíseos o el Bosque de Boulogne que en Madrid. «Me gusta más como suena en francés, Bois de Boulogne»…

Los colores de las grandes avenidas se enfundaban en la piel suave de las aceras y en el brillo de las farolas. El agua aplacaba el intenso ajetreo de la ciudad y hacía emanar del río Sena un agradable olor a humedad, que nada tenía que ver con el que Consuelo recordaba de los años en los que ayudaba a su madre a lavar ropa en el Manzanares.

Los excesos de la Nochevieja y los viajes tan seguidos a Montecarlo y Berlín se dejaron notar en el cuerpo de La Fornarina. Tuvo que parar la frenética actividad en la que llevaba instalada en los últimos meses, necesitaba un descanso. Arreciaron los dolores en el vientre.

Pepe y Nati insistieron en buscar a un médico de prestigio para que la examinara. De la dolencia ginecológica le dijo lo mismo de siempre, lo que le aconsejaron otros doctores: era necesario que se operara. Y le habló de la posibilidad de que estuviera padeciendo una neurastenia.

Consultado un segundo médico, el resultado fue bastante parecido. En cuanto a sus dolores solo cabía una intervención quirúrgica para acabar con ellos; en esta segunda consulta la neurastenia ya no era una posibilidad sino un claro diagnóstico. Pero ni al primero ni al segundo de los doctores hizo caso. Había acudido a ellos para que Cadenas y Nati la dejaran tranquila con el asunto de su salud, nada más que por eso.

Siempre tozuda, pasó unos meses de reposo en París antes de reemprender la gira internacional, a primeros de septiembre en Copenhague, donde cosechó un éxito inaudito para una artista española. El público y la prensa vibró con La Fornarina, «un rayo del envidiable sol del mediodía enviado al norte de Europa; el hechizo de una hermosa sonrisa».

Una hermosa sonrisa en un cuerpo maltratado por una afección arrastrada desde la adolescencia.

Regresó a París con ganas de seguir descansando y de disfrutar de su buena racha de amor con Pepe. Los períodos sin alteraciones solían durar poco.

Inestabilidad, choque de trenes, pasión arrolladora, amor desbordado, tormenta borrascosa, perdón y arrepentimiento. El círculo del que no salían.

En diciembre volvió a actuar en el Olympia y a mediados de ese mes fueron invitados a una cena de gala en honor de la infanta de España doña Eulalia de Borbón, en la que estaba prevista la asistencia de lo más granado de la sociedad parisiense: diplomáticos, políticos, artistas, intelectuales…

Veinticuatro horas antes, La Fornarina había participado en otro acto importante de españoles en París, una fiesta presidida por el embajador de España. Sus cuplés hicieron llorar de nostalgia a los invitados.

Emociones, la piel erizada y la añoranza de la tierra de los orígenes. De otra manera distinta, pero también las hubo al día siguiente en la convocatoria del homenaje al que Cadenas y La Fornarina se sumaban.

Doña Eulalia de Borbón, que tenía entonces cuarenta y cuatro años, era hija de la reina Isabel II, fallecida en la capital francesa hacía cuatro años; nieta de los reyes Fernando VII y María Cristina, hermana de Alfonso XII y tía de Alfonso XIII. Arrastraba una estela de escándalos que se resumían en su deseo de vivir la vida a su manera, no la que se esperaba de un miembro directo de la estirpe Borbón.

La figura de la infanta Eulalia era rotunda. Alta, de elegante delgadez, talle de avispa, una innegable belleza física, rubios cabellos y tez blanca en la que destacaba el color azul turquesa de sus ojos que lanzaban al mundo una mirada profunda y escrutadora. La hija de Isabel II era una mujer culta y muy preparada que dominaba cuatro idiomas, inglés, alemán, italiano y la que era su segunda lengua, el francés, debido a que durante el exilio en aquel mismo París donde La Fornarina y ella se acababan de conocer, Eulalia pasó su infancia, instalada en el palacio de Castilla, residencia oficial de la reina exiliada, educándose en el colegio del Sagrado Corazón.

A Cadenas y a Consuelo les resultó simpática y una excelente

conversadora. Hasta París habían llegado los rumores de sus conquistas sentimentales, la más destacada, de la que nadie en su familia quería hablar, era la del rey de Portugal. Decían que se enamoraron perdidamente durante una Feria de Abril en Sevilla cuando ambos tenían veinte años y Carlos de Braganza aún era el príncipe heredero al trono portugués.

Pero el gran escándalo que estaba en boga era su notoria y manifiesta intención de separarse de su marido, su primo Antonio de Orleans y Borbón, hijo de los duques de Montpensier, con el que había tenido tres hijos. Un bala perdida que se pasaba la vida encamado con otras damas —y a veces no tan damas— para escarnio público de su esposa, que no era precisamente una mujer dada a la resignación, «no tengo por qué aguantar esto», le había dicho a su madre antes de que esta muriera.

Aquella noche, La Fornarina interpretó varios cuplés envuelta en el maravilloso mantón de Manila que siempre viajaba con ella. A la infanta le emocionó.

—Nadie podría esperar mejor homenaje que este —agradeció a la artista y a los organizadores del evento.

Fue una velada inolvidable, en la que Eulalia y Consuelo se sintieron cercanas.

—¿No piensa volver nunca a España? —le preguntó La Fornarina.

—En París tengo todo lo que quiero. Me pone triste pensar en España y no parece que mi sobrino, el rey Alfonso, esté gustoso de soportar mi presencia en Madrid. Se han dicho tantas mentiras sobre mí… Pero no creas que me importa —doña Eulalia se sinceró con ella.

—¿Sabe lo que dice Alfred Musset? Que la verdad es eterna. Él también sabe lo que es la tristeza, ¿conoce el poema llamado así, «Tristeza»? «He perdido mi fuerza y mi vida, y mis amigos y mi alegría…».

—*J'ai perdu ma force et ma vie* —la infanta tradujo el primer verso al francés, que fue seguido por La Fornarina.

—*Et mes amis et ma gaieté*.

—*J'ai perdu jusqu'à la fierté qui faisait croire à mon génie* —siguió recitando la infanta para sorpresa de Consuelo.

—«He perdido hasta el orgullo que hacía creer en mi genio» —tradujo al español la artista—. ¡Es usted sorprendente, doña Eulalia!

—No te creas, querida, no es para tanto. Es que a mí también me gusta Musset. Y no sé si la verdad es eterna pero me gusta pensar que puede serlo. La verdad y la luz nos hacen grandes a los humanos.

Consuelo le dio la razón. Pensaba como ella, exactamente igual.

—Los seres luminosos, como las libélulas, son difíciles de atrapar pero hay que conseguir atraerlos a nuestras vidas para combatir la oscuridad que provocan otros seres o circunstancias.

—Verdad y luz —la infanta dijo la última palabra.

Ella misma, Consuelo, irradiaba luz después de los años de oscuridad y tinieblas de su niñez, que jamás había querido compartir con nadie.

Se despidieron con un abrazo, de los de verdad, de esos que se prolongan en el tiempo y en el recuerdo porque son eternos. Como la verdad.

José Juan Cadenas inventó para sus crónicas periodísticas un personaje ficticio bajo el que camuflarse. Don Procopio era un español, natural de Zaragoza, que tenía una visión muy particular sobre la parte «clandestina, pecaminosa y libertina» que albergaba París. Su invención le permitía hablar sin tapujos sobre los puntos oscuros de una ciudad que en España se veía como la patria de la libertad más descarada.

En aquellos días recibieron la sorpresiva y grata visita de Alejandro Lerroux.

—Voy a quedarme a vivir aquí por una larga temporada —les comentó.

—¿No estabas cómodo en Londres? —quiso saber Consuelo.

—Es una gran ciudad, pero creo que me tenían muy visto. Necesitaba respirar otros aires.

—¿Sentirte más libre?

—En parte, sí. Aunque últimamente no me tenían tan vigilado… creo que gracias a ti, Fornarina. ¿Vas a contarme qué les dijiste de mí para que me dejaran en paz?

—La verdad, Alejandro. Únicamente conté la verdad.

—Me cuesta creer que lo consiguieras así.

—Al contrario, con la verdad se consigue todo porque la verdad es eterna —respondió Consuelo con una sonrisa evocadora cuyo significado nadie podía descifrar—. Mañana iremos a ver a nuestra amiga Yvette Guilbert al Moulin Rouge, es una de sus estrellas. ¿Por qué no te vienes? —lo invitó Consuelo.

—¿*Music hall*? ¿*Cabaret*? No me veo en ese ambiente.

—Disculpa, pero… ¿La Fornarina? ¿Cuplés? ¿Varietés? —estuvo rápida en su respuesta—. ¿No eras tú quien declarabas tu admiración por mí y fuiste a verme actuar en Londres? ¡Te va a gustar! Contamos

contigo, no se admiten negativas.

Lerroux miró a Cadenas tirando la toalla.

—Es lo que hay, amigo. Ella es así —le dijo el periodista aguantando la risa—. Mi amor —se dirigió a Consuelo—, y te olvidaste de mencionarle el cancán, el baile de moda en París. Ahí sí le veo, señor Lerroux, sí le veo… —remató con ironía.

El político se dio por vencido:

—¿Quién me mandaría a mí venir a París?

Leipzig, Alemania, enero de 1909

La Fornarina volvió a Alemania, acompañada de Nati, para actuar durante un mes seguido en Leipzig, batiendo uno de sus mayores éxitos europeos. La carrera de la artista caminaba imparable. Parecía la espuma de los mejores escenarios, que subía y subía sin un techo que tocar.

—No creo que haya en todo el mundo una mujer más aclamada que tú, Consuelito, ¡ni más agasajada!

Nati no paraba de recoger regalos y flores que llenaban el camerino del teatro a diario. Ella no entendía ni una palabra de alemán pero le divertía el trasiego de obsequios y de caballeros que pretendían llegar hasta la artista española utilizando los métodos más rocambolescos.

Aprovechando el viaje, y como venía siendo habitual, La Fornarina era invitada a infinidad de actos públicos y fiestas privadas; tantas, que resultaba imposible responder a todas y mucho menos asistir. Ayudada por su amiga y asistente, seleccionaba las que parecían más interesantes.

En una de ellas, una cena convocada en su honor y en la que participaron aristócratas e intelectuales residentes en la ciudad alemana, todos hombres, vivió un episodio que le dejaría una negativa huella durante mucho tiempo.

Durante la sobremesa, entre risas y elevadas dosis de vino, los invitados, muchos de los cuales se conocían entre sí, pidieron con insistencia a uno de ellos que leyera las rayas de la mano. Estaban discutiendo acerca de si había vida después de la muerte, tema en el que, al parecer, el comensal solicitado era experto.

Comenzó extendiendo la palma de la mano de uno de los invitados, «un futuro limpio después de un tiempo turbio, esos problemas que te han hecho la vida imposible empiezan a resolverse». El hombre se quedó satisfecho.

Pasó al siguiente. Y luego a otro. Hasta que el anfitrión sugirió que se la leyera a la artista por la que se habían reunido esa noche.

—No, ni hablar —se negó La Fornarina—. Soy muy supersticiosa, esas cosas me dan miedo.

—¿Miedo? Una mujer viajera como usted, aclamada en medio mundo, no puede albergar miedos —dijo el hombre que ejercía de adivinador o de algo así como intérprete del oráculo de Delfos.

—Se sorprendería de lo que una mujer es capaz de albergar —reaccionó la artista.

—No lo dudo. ¿Se atreve, entonces? —Ya le estaba cogiendo la mano lentamente.

—¿Por qué no…? —la abrió ofreciéndosela.

Se hizo un respetuoso silencio. El hombre se concentró en la mano, callado durante casi un minuto. De pronto levantó la cabeza, soltándosela, para reconocer lo siguiente:

—Lo siento, pero no soy capaz de ver nada.

Un murmullo en la sala y desconcierto en La Fornarina:

—¿Cómo dice? No entiendo… —se ofuscó.

—Que no veo nada claro en las rayas de su mano.

—Eso no es posible. Todos tenemos surcos en la piel —replicaba ella.

—Es verdad aunque no siempre pueden descifrarse con claridad.

La Fornarina se molestó. Extendió su mano de nuevo, con firmeza y la palma boca arriba.

—Ahora que ya nos hemos metido de lleno, le ruego que me diga qué es lo que ve. No hay vuelta atrás.

—¿Está segura? —Necesitaba estar convencido de la decisión de la joven.

—Segurísima.

—De acuerdo.

Otra vez silencio. Los allí presentes seguían el movimiento de la yema del dedo del adivinador perfilando la ruta de las líneas, a la espera de conclusiones.

El dedo se detuvo.

—Esta interrupción… no me gusta —levantó la mirada—. Es evidente que la fama y el éxito, y el dinero que ello reporta, le llegan a edad temprana, pero…

—¿Pero…? —repitió La Fornarina—. Continúe.

—La línea de la vida se corta bruscamente.

—¿Eso qué significa? —Fornarina se estaba inquietando.

—Que la muerte está dispuesta a asaltarla pronto, también en plena juventud.

—¡Oh! —lanzó una exclamación de dolor y se levantó del asiento—. Gracias, caballero —le dijo turbada—. ¿Por favor, puede

alguien servirme una copa de *champagne*? La fiesta tiene que seguir.

Evitó que el vaticinio se convirtiera en el centro de la celebración e intentó desviar la atención haciendo como si nada hubiera pasado.

—Lo siento, señorita, lo siento de veras —se disculpó el quiromántico.

—No se preocupe. ¿Brindamos…? Así que en mis manos está escrito que tendré éxito, alcanzaré la gloria y disfrutaré de fama y fortuna a temprana edad… Pues, en ese caso, esperaré la muerte, ¡que venga cuando quiera! Merecerá la pena.

La fiesta continuó, pero a partir de ese momento pesaba un ambiente enrarecido que se había empañado de densos presagios. Pronto se dio por finalizada.

En la despedida todos quedaron emplazados a verse de nuevo al día siguiente en la función de La Fornarina, a pesar de que muchos repetirían, pero volverían a ir encantados, tal y como se lo hicieron saber a la protagonista.

Consuelo y Nati no consiguieron dormir aquella noche. Les había dejado conmocionadas el mal presagio. Así, mientras la amiga intentaba quitarle hierro al asunto, Consuelo empezó a sentirse tan mal, sugestionada por lo que le habían dicho, que llegó a creer que moriría esa misma noche.

—No seas agorera, Consuelito. ¡Pues no te queda vida por delante! ¿Cómo crees en esas cosas?

—No es que crea, pero me da mal fario. A ver, ¿a ti te gustaría que te hubieran dicho lo que a mí, que te vas a morir joven? Me ha dejado mal cuerpo.

—Ese cuerpo que Dios te ha dado, ¡que ya lo querría yo para mí!, no puede ponerse malo por un desgraciado que lee las manos para impresionar.

Pero las molestias que sentía Consuelo eran reales. Nati se las compuso para que al día siguiente, sin excusas, visitara a un médico en Leipzig, que resultó ser español. Fue muy claro: la joven tenía que ser operada de inmediato, dada la gravedad de sus dolencias.

La pesadilla que no acababa nunca.

Faltaban pocos días para el regreso de las dos mujeres a París. Consuelo no estaba de buen humor, las recomendaciones del prestigioso médico al que había visitado acabaron de hundir del todo su ánimo. Nati sabía que se le pasaría pronto, pero verla en ese estado le preocupaba y entristecía.

Los golpes en la puerta de la habitación que dio un joven mozo del hotel para entregarles una carta removieron los cimientos de aquella lluviosa mañana de ambiente enrarecido. La firmaba uno de los asistentes a la cena que le había brindado el nutrido grupo de caballeros. La misma en la que le leyeron su futuro a través de las líneas de las manos. Recordaba vagamente que se habían saludado en algún momento de la velada, pero poco más.

No había muchas cosas que pudieran sorprender a La Fornarina a aquellas alturas. Pero la carta le sorprendió. Comenzaba así:

> Mi muy admirada y respetada señorita Fornarina…

A Nati le dio un ataque de risa incontenible, «¡señorita Fornarina!», que contagió a Consuelo mientras intentaba reprenderla, «ten respeto, mujer, vamos a ver qué dice».

Conforme fue leyendo se le pasó la risa. Se quedó atónita:

> Mi muy admirada y respetada señorita Fornarina:
>
> Lamenté profundamente no haber podido disfrutar de su compañía por más tiempo durante la magnífica velada del pasado martes. Había visto postales con su bella imagen, que me dejaron embelesado; contemplarla a usted es como contemplar el cuadro de Rafael, La Fornarina, nombre también de maravillosa sonoridad.
>
> Sin embargo, haber tenido el honor de conocerla en persona acabó de enamorarme aún más. No me avergüenza admitirlo. Albergo un sentimiento sincero y muy profundo hacia usted y solo sueño con que pasemos el resto de nuestras vidas juntos, haciéndonos mutua compañía y reservando para nosotros los besos y caricias que nos queden por dar en este mundo.
>
> Puede pedir referencias mías, de quién soy, mi posición social y mi fortuna. Comprobará que no soy un loco sino un hombre enamorado que hará suyo, mi admirada Fornarina, todo cuanto es y posee.
>
> He dejado escritas unas notas aparte sobre la organización de su viaje de regreso a París para que lo realice como merece (espero que me acepte el obsequio).
>
> Aguardaré con ansia su respuesta a mi proposición,

que espero me escriba desde París. Le ruego que lo recapacite a fondo. Hasta entonces seguiré soñando con usted.

Atentamente, suyo

Hugo von Fürstenberg

Un espeso silencio colonizó la estancia. Consuelo se dejó caer, boquiabierta, sobre un sillón sin creer lo que acababa de pasar. La carta se quedó congelada en el tiempo entre sus manos. Inerte y viva a la vez.

Hugo resultó ser uno de los hombres más ricos y poderosos, pero no de Alemania, ¡sino del mundo! El multimillonario había reservado para el viaje de Consuelo y Nati a París un vagón de tren privado distribuido como una vivienda, con dos dormitorios, salón, baño y cocina, y dispuso nada menos que de seis personas de su confianza para que las atendieran en todo, desde limpieza, cocinera, ropa, mayordomo…

Consuelo decidió aceptar y devolvió los billetes que ya tenía.

—Creo que lo pasaremos mejor, desde luego yo no me voy a ver en otra como esta —reconoció Nati.

—Y seguro que hay *champagne* —concluyó Consuelo guiándole un ojo.

En efecto, el viaje les resultó cómodo y divertido, disponían de todo cuanto deseaban y fueron mimadas y colmadas de atenciones en todo momento.

—¿De verdad que no le vas a dar una oportunidad al tal señor Hugo? —le preguntó Nati; no lo decía en serio, Consuelo ni siquiera lo conocía—. Es que si te va a tratar así toda la vida, dime dónde hay que firmar, que yo me sumo. ¿Y si me adoptáis?

—No seas boba —Consuelo se aguantó una carcajada.

El paisaje desfilando a través de las ventanas del tren le hizo reflexionar sobre su destino, sintiéndose privilegiada y feliz por tener la vida con la que soñaba. La vida que de niña no pensaba que conseguiría.

Del saco del destino extrajo para desecharlo el vaticinio que leyeron en sus manos en la fiesta de Leipzig. Salvo eso, la suerte le sonreía. La suerte y el fruto de su propio esfuerzo, que no era poco.

Para que Cadenas no la viera llegar rodeada de ese lujo exagerado, a

Consuelo se le ocurrió que cambiaran de vagón, a uno de segunda clase en el que tenían previsto haber viajado, en alguna estación previa al destino. Las personas a su servicio recogieron sus enseres personales y les llevaron el equipaje al nuevo vagón.

Pero Pepe Cadenas ya había sido avisado de lo que se estaba cociendo a sus espaldas y a Consuelo le supuso un esfuerzo enorme poder convencerlo de que no había pasado nada entre Hugo y ella.

Por lo visto, no lo convenció del todo. Volvieron a meterse de lleno en el interior del círculo vicioso. En este caso fue Pepe quien le montó una escena de celos, pero a Consuelo le cogió sin ganas de discutir.

Se aproximaba el momento de regresar a Madrid. Aunque hacía malabarismos para sortear su enfermedad, cada vez notaba en su organismo más signos de que esta avanzaba por un camino que no era bueno. Tenía muy presente el último diagnóstico, el del médico español en Alemania. El mismo diagnóstico de siempre, que se resumía en una palabra de la que Consuelo no quería ni oír hablar: «operación».

Comenzó con los planes de su partida en unos días en los que iba a producirse el debut artístico de su amigo Maurice Chevalier, en el Folies Bergère, en cuyo escenario coincidió con Mistinguett.

—Me alegro de no perdérmelo —le dijo a Pepe.

En la noche del estreno el local estaba bastante lleno, no tanto por Chevalier como por la Mistinguett. El grupo de amigos acudió dispuesto a apoyarlos con muchas ganas.

—¿Vosotros creéis que estos dos son solo pareja artística? —preguntó con segundas intenciones y poca delicadeza Missy, la pareja de Colette.

—Yo creo que entre ellos hay algo más —respondió La Fornarina bajando la voz para que nadie más escuchara.

—No hace falta que hables tan bajo, pequeña —intervino Yvette Guilbert, la mayor del grupo—. Soy perro viejo, estaba segura de que acabarían juntos y nuestra Mistinguett, después de someterla a un tercer grado policial —ironizó—, me reconoció que le gustaba y que… bueno, ya me entendéis —realizó un extraño gesto que nadie supo interpretar pero que claramente indicaba que existía una relación sentimental.

—Nati y yo nos marchamos de París —dijo cambiando la dirección de la charla.

Les cogió a todos de sorpresa.

—Pero te irás para actuar y después regresarás, ¿no? —preguntó Polaire.

—Todavía no lo sé con seguridad, pero creo que me quedaré en Madrid por una buena temporada. Ahora tengo varios contratos interesantes en España y debo cumplir con ellos.

—Pues espero que esos contratos los cumplas y acabes rápido, querida —expresó Colette dando una larga calada a su pitillo—. Aquí te echaremos de menos, ¿verdad, mi amor?

Besó a Missy en la boca. En el escenario, mientras tanto, Chevalier danzaba con un traje de chaqueta de color claro brillante y entonaba melodías tradicionales francesas. Lucía en la cabeza el simpático sombrero tipo canotier que le había mostrado a La Fornarina días antes del estreno para conocer su opinión.

—Me fío de tu gusto. Dime qué te parece —le pidió.

—¡Me encanta! Creo que encaja muy bien contigo.

—¿Ah, sí? —Se lo enfundó habilidoso, como si realizara un número de magia—. Entonces este será mi sello de distinción a partir de ahora.

No defraudó. El público aplaudió aquella primera vez de Maurice Chevalier sobre las tablas convirtiéndola en un triunfo.

—Antes de irnos tienes que hacer algo importante —dijo Nati.

Estaban en el apartamento preparando las maletas.

—¡Pensaba que habíamos terminado todos los preparativos! No me digas que nos queda algo por hacer. ¡Estoy agotada!

—«Nos» queda, no. Es más bien «te» queda. Tú tienes todavía que cumplir con alguien —le recordaba Nati.

—Suéltalo ya, déjate de rodeos.

—Deberías escribirle a Hugo von Fürstenberg dándole una respuesta a su proposición. ¿Lo olvidaste?

—Es verdad. —Consuelo resopló como cuando un niño no quiere obedecer—. Pero, por favor, que no se entere Pepe, no podría soportar otra bronca más antes de irnos.

—Tranquila, yo me encargaré de hacerle llegar la carta. ¡Ay, Señor! No sé por qué te aguanto —bromeó con condescendiente resignación.

—¡Eso mismo digo yo de ti! —le respondió Consuelo y ambas estallaron en risas.

Costaba abandonar París. Aquel 1909 había pasado tan rápido como un leve suspiro. Llegada la hora de regresar a Madrid, La Fornarina se marchaba con la sensación de que el tiempo, el que con tanto ahínco y benevolencia disfrutó durante tres maravillosos e irrepetibles años en París, no podía retenerlo atrapado entre sus manos, como le habría gustado.

Retenerlo congelado, como una inesperada carta.

35.
Miedo al cometa Halley

Teatro de la Comedia, Madrid, 4 de mayo de 1910

Tarde de nervios. Tres años después de su último estreno en el Teatro de la Comedia, La Fornarina regresaba por todo lo alto a Madrid y con un nuevo repertorio. Tres años viviendo fuera de España, pero con su corazón depositado en un discreto rincón intangible de su amada ciudad natal. Ahora, en cambio, regresaba cargada de bolsas invisibles llenas de los aromas de París y de las risas con Mistinguett, Polaire y hasta con la intensa Yvette; o las divertidas y provocadoras conversaciones con Colette y su novia Missy. O los primeros y sonados pasos de Maurice Chevalier sobre el Folies Bergère…

Volvía con las vivencias de París en las maletas y consagrada como la artista española más internacional del momento, una estrella, con más clase y distinción, más glamurosa, bendecida por el aura sagrada de la capital francesa. Un aura ansiada por cualquier cupletista que se preciara.

Sintió sobre los hombros, por primera vez en su trayectoria, el peso de la responsabilidad de poder cumplir con lo que sabía que Madrid esperaba de ella. Tenía que estar a la altura.

Para elevar más su inquietud por el reencuentro con su público, que aguardaba expectante, el rey Alfonso XIII había anunciado su presencia en el estreno, deseoso de ver en persona a La Fornarina de la que, ya no solo el país, sino toda Europa hablaba.

El teatro estaba abarrotado de gente y el camerino, de flores, no cabía ni una más. Tuvieron que sacar muchas al pasillo. Antes de abandonarlo para dirigirse al escenario, Consuelo besó su medalla de la Virgen de la Soledad y frotó suavemente la estampita que siempre llevaba encima.

El vestuario para la representación era llamativo y se notaba que tenía mucha clase. Lo había confeccionado *madame* Pascaud, una de las mejores modistas de París que solía vestirla cuando vivía allí, a quien todas las *vedettes* se rifaban.

Intentó controlar los nervios. Inspiró profundamente y se persignó mientras el telón se alzaba. Fue aparecer en el escenario envuelta en su mantón de Manila y el teatro se vino abajo, cuando la actuación ni siquiera había dado comienzo. Gritos, aplausos, «vivas», «¡guapa!»… Jamás una sala madrileña había sido testigo de una puesta en escena tan espectacular como aquella. La primera y clamorosa ovación estuvo acompañada de una suelta de palomas blancas y una lluvia de claveles rojos, los que lucían las chulapas en Las Vistillas.

La Fornarina temió que su voz pudiera quebrarse por la emoción. Realizó una reverencia a los espectadores y comenzó a cantar *Clavelitos*, al tiempo que les lanzaba flores devolviéndoselas como gesto de agradecimiento.

Inevitablemente, la voz le temblaba.

¡Clavelitos!
¿A quién le doy claveles?
¡Clavelitos!
Que los doy con los ojos cerraos,
y los traigo en el cesto,
a precio modesto,
rojos y pintaos…

No podía haber mejor arranque para el regreso de La Fornarina a la capital. Aquellas primeras y eficaces frases cantadas arrancaron, ya de entrada, un fuerte aplauso que casi impedía escuchar con nitidez lo que venía a continuación:

Si tú me quieres, mi niño, cariño,
yo te daré un clavelito bonito
y verás qué bien marchamos
si estamos juntitos en un rinconcito.

Mientras lo cantaba, pensaba en el autor del cuplé, José Juan Cadenas. Su Pepe… Qué lejos estaba… Demasiado.

Si tú me quieres, serrano del alma,
yo te quiero a ti más, mi cañí,
y todos los clavelitos, bonitos,

todos serán para ti.
Todos son para ti.
Para ti, para ti, para ti.

Para ti, Pepe, para ti…

Al terminar ese primer cuplé, el público se puso en pie ovacionándola.

Sintiéndose orgulloso de verla tan bella y esplendorosa como una gran diva, que contaba además con un espectador excepcional como el monarca, se hallaba su querido amigo Alejandro Saint-Aubin.

Se sucedieron muchas más ovaciones durante el espectáculo. El repertorio nuevo convenció. Pero, sobre todo, convenció ella, La Fornarina.

Al final de la función, Alfonso XIII le aplaudió con ganas, sin protocolos, y ella le dedicó un saludo con una leve genuflexión. Mandó llamarla a su palco para felicitarla en persona.

Sin apearse de la emoción y en un ataque de coquetería, Fornarina quiso ir al camerino a cambiarse de vestido pero tardó más de lo debido y cuando apareció, el rey ya estaba marchándose, lo encontró de milagro, en el pasillo de salida. El monarca se mostró cariñoso con ella y le prometió una próxima visita.

La prensa, sin excepciones, coincidió al día siguiente en la consideración de que el estreno había sido un éxito apabullante. Tanto, que las ocho funciones contratadas se prorrogaron hasta un total de veinte. Y hubieran sido más de no haber tenido Fornarina otros compromisos ya firmados a los que no quería renunciar.

En un importante periódico apareció publicada una nota dedicada a ella, que firmaba «Tu caballero»:

> La Fornarina está en Madrid. Aparte de la azucena y del loto, acaso no haya surgido nada de la tierra que pueda comparársele. Si Homero resucitase, el óleo con que Afrodita unge el cuerpo de Héctor, en la Ilíada, no sería de rosa silvestre, acaso fuese hecho del aliento de La Fornarina…

—¡Qué intriga! ¿Quién habrá podido escribir algo así —comentó Nati divertida.

—Es un poco exagerado, ¿no crees?

—¡En absoluto! Quizás un poco cursi, pero nada de exagerado.

—¿Un poco? —respondió Consuelo con ironía.

—Lo mejor de todo es que lo firme alguien que se considera «tu caballero». ¿Quién será…? Yo también quiero tener mi caballero —dijo riendo Nati, que se lo estaba pasando bien con ese asunto.

—¡Pues todo tuyo! Te lo regalo.

Consuelo pensó que podría tratarse de El Duende de la Colegiata, ya que al día siguiente se presentó para invitarla a cenar y aceptó.

Fueron al Lhardy y pidieron mesa en el coqueto y exótico Salón Japonés, el preferido de La Fornarina. En él recalaba muchas noches a la salida del teatro. La decoración y la forma en que estaba iluminado conseguían un ambiente que le recordaba a la puesta en escena de algunos de los espectáculos de los inicios de su carrera y eso le hacía sentir bien. Aquel salón, único en Madrid, parecía estar hecho para ella.

Pidieron el mismo menú: un consomé de primero y como segundo plato, faisán a las uvas, sobre una mesa en la que, entre candelabros, se entreveraban difusos deseos ocultos, pero latentes. En el humo de las velas se enredaban las ganas que tenía Adelardo de estrechar el cuerpo de Consuelo y sentir aquella piel tan clara como su afán por ella.

A Fornarina le estaba resultando una velada agradable en la que El Duende le cogía la mano intentando ir más allá. Ella lo evitaba, pero sin oponer demasiada resistencia, la verdad…

Un cigarrillo en el lugar que le habría correspondido al postre, al que ambos renunciaron, y salieron a la calle a disfrutar de la fabulosa noche de mayo. A esa hora todavía quedaba gente andando por la carrera de San Jerónimo.

—Mira cuántas estrellas lucen hoy en el cielo —comentó Adelardo antes de cogerla por la cintura suavemente—. Claro que la más hermosa de todas ellas está en la tierra, aquí a mi lado. Tengo ese privilegio.

Consuelo se giró y sus rostros quedaron tan cerca que él, lejos de soltarla la atrajo más para besarle en la boca.

—Vaya… esto es mejor que el cometa —dijo la joven antes de responderle con otro beso.

—¿Qué… cometa…? —acertó a preguntar él felizmente perdido entre aquellos labios femeninos tan deseados.

Echaron a andar cogidos de la mano.

—Hoy leí en un periódico —contestó Consuelo— que la humanidad está inmersa en una absurda locura temiendo el paso del cometa Halley.

—Ah, eso. Así es. España está a punto de cruzarse con él. Entraremos de lleno en su cola. Mírame, Consuelo —se detuvo—, ojalá yo pueda ser un cometa al que permitieras entrar en tu corazón para quedarme en él.

—Qué cosas dices, Adelardo.

—Las que siento.

—Tal vez puedas hacerlo sin que yo me dé cuenta. Al fin y al cabo, ¿no eres un duende…? —dijo provocadora.

Otro de los admiradores de La Fornarina era un hombre riquísimo, de la alta sociedad madrileña, elegante, educado y culto. Adrián Kaussman, aristócrata de padres alemanes, la admiró desde sus comienzos, nada más darse a conocer como artista en ciernes. Llevaba años siguiéndola, pero sin aproximarse. Incluso al principio lo hacía de manera anónima. En sus cartas y notas que iba enviándole a los teatros en los que actuaba no firmaba, hasta que un día empezó a hacerlo. No le encontró sentido a continuar sin identificarse.

Ahora que La Fornarina había regresado a Madrid, su respetuoso admirador volvió a escribirle, haciéndole saber esta vez que deseaba conocerla.

—Pero ¿por qué no, Consuelito? —En ocasiones, Nati se desesperaba con su amiga—. No veo qué problema hay en que lo conozcas.

—Problema, ninguno. Pero resulta que no tengo el más mínimo interés en ese hombre.

—Perdona que te diga, pero si no lo conoces no sabrás si te interesa o no.

—Es que no quiero saberlo.

—Entonces piensa en lo que Pepe estará haciendo sin que te enteres.

Consuelo se quedó pensativa.

—Tal vez no sea tan mala idea…

Como la conocía bien, Nati acertó en el argumento definitivo para que Consuelo accediera a conocer a un hombre como Kaussman.

—Y encima ni siquiera te propone una cita amorosa sino que ha organizado una fiesta en tu honor, ¡y en el sitio de moda!

El restaurante Parisiana. Para Nati, un lugar de ensueño. Y en realidad lo era. Los maravillosos jardines daban la bienvenida a lo más parecido al paraíso. Se había inaugurado por todo lo alto en mayo de 1907 en la finca de La Moncloa, en la que ocupaba una vasta

extensión de cinco mil metros cuadrados. En aquella época era el no va más del lujo y la opulencia, y contaba con los adelantos, comodidades y detalles más modernos que se pudieran encontrar entonces, al menos en España. Era un espectacular chalé construido arquitectónicamente al estilo de los caserones vascos y decorado siguiendo las tendencias del *art nouveau* francés. Contaba con restaurante, salas de baile, una increíble terraza que se abría en verano, orquesta, cinematógrafo… Un delirio para el ocio de las clases pudientes. Comer costaba la friolera de entre cinco y siete pesetas. Pero para el señor Kaussman el dinero no suponía ningún problema.

Cuando La Fornarina y Nati llegaron al Parisiana se encontraron aquel paraíso lleno de antorchas encendidas marcando el sendero de entrada al restaurante, en cuya fachada habían sido colocadas luces eléctricas blancas que conferían de un aire irreal a la caída de aquella tarde, preludio de la que se presentaba como una noche que podría ser inolvidable.

El interior claramente se había decorado para la ocasión. A Consuelo le encantó el detalle de ver el espacio sembrado de fotografías suyas, muy decorosas todas ellas, y carteles de las principales obras en las que había actuado. Kaussman se había tomado la molestia, incluso, de encargar reproducciones de carteles de sus funciones internacionales como las de Berlín o París.

—¡Es impresionante! ¡Dime que esto no es real!

La expresión de sorpresa y admiración no se borraba del rostro de Nati.

—Verdaderamente impresionante. —A Consuelo, sobrecogida, casi ni le salía la voz.

De pronto, al entrar las dos mujeres en el enorme salón en el que pendían del techo valiosas lámparas de araña, todos los presentes, que eran muchos, irrumpieron en aplausos. La Fornarina llamaba la atención vestida de negro, con un sombrero claramente de diseño francés y el broche de Lalique sobre el pecho. Su amiga se apartó discretamente para dejar que la estrella saludara a las distintas personalidades congregadas, artistas, intelectuales, escritores, periodistas, pintores, músicos, empresarios teatrales… Cuando vio a su amigo Saint-Aubin se abrazó a él, «estáis preciosas las dos», le dijo al oído dirigiendo una mirada cómplice a la joya de libélula. «Os hemos echado de menos a ambas. Bienvenidas a casa»… y volvieron a sellar el abrazo.

Un pequeño ejército de camareros bien organizados salió ordenada y rápidamente por varias puertas que daban al salón. Comenzó una especie de baile de copas de *champagne*, aperitivos, cócteles, antes de pasar a la terraza principal, donde se había dispuesto una larga mesa para cenar.

—¿No se ha presentado el señor Kaussman? —preguntó Consuelo disimuladamente a Nati—. ¿Has oído algo de él?

—Nada. No creas que no he preguntado, pero es como si se tratara de un fantasma.

La cena discurrió entre el embrujo del ambiente, las velas y el influjo mágico de la libélula, todo bajo el amparo áureo del espíritu del tal señor Kaussman. Consuelo llegó al punto de morirse de ganas por conocerlo de una vez por todas.

Cuando se acercaba el momento final, un caballero uniformado se aproximó a La Fornarina para preguntarle:

—El señor Kaussman está interesado en saber si está siendo todo de su gusto, señorita Vello.

Consuelo, abrumada, respondió:

—Por supuesto que sí. Es más de lo que cualquiera imaginaría. ¿Tiene usted idea de cuándo comparecerá el organizador de esta maravilla?

—Eso no me corresponde a mí decírselo. Disculpe…

Y se retiró con el mismo sigilo con el que había llegado.

Con una nueva ronda de *champagne* servida, La Fornarina propuso un brindis. Los comensales se levantaron de sus asientos y ella, alzando la copa, dijo:

—Brindo porque nuestra patria sepa redimirse como en arte me he redimido yo. Y doy las gracias al señor Adrián Kaussman por habernos ofrecido esta magnífica cena.

Se escucharon choques de cristal y «vivas» a La Fornarina. Desde luego que estaba siendo una noche inolvidable.

Copas, cigarrillos y puros se servían, como remate de la fiesta, en otra terraza donde una orquesta interpretaba música suave.

Había un hombre apostado en un extremo mirándola. Consuelo se dio cuenta y sintió un pálpito en el corazón cuando vio que se aproximaba.

—¿Señor Kaussman? —le preguntó convencida de que era él.

—Adrián —respondió el desconocido.

A partir de ese momento, lo que sucedió durante el resto de la noche solo les incumbió a ellos, quedando sumidos en una burbuja en la que se respiraba un aire fresco y agradecido que ventilaba las ventanas que se iban abriendo en la conversación de Consuelo y Adrián.

Entre la espesura de las enormes copas de los árboles de aquel lugar mágico y cautivador en el que se ubicaba el Parisiana podía observarse una luna brillante que parecía retar al cometa que se esperaba con miedo.

Dos años antes se había descubierto que la cola del Halley estaba llena de gases altamente tóxicos como el cianógeno, lo que hizo cundir

el pánico en la población mundial. Bulos, leyendas sin sentido y profecías proliferaron durante los dos años de espera.

La Fornarina, en efecto, había regresado a Madrid coincidiendo con el paso del cometa Halley por España. Y el temido día llegó. En la madrugada del 18 al 19 de mayo de 1910, la Tierra y la cola del cometa de Halley se cruzaron. Para cuando nuestro planeta atravesó la cola, introduciéndose de lleno en ella, personas de todos los puntos cardinales habían llegado al extremo de quitarse la vida antes que sucumbir en la extinción de la humanidad que muchos vaticinaron con el paso del Halley. La locura colectiva no tenía límites. En todas las boticas europeas se agotaron las existencias de máscaras para evitar la supuesta inhalación tóxica; se produjeron cientos de brotes psicóticos y se redactaron miles de testamentos en tiempo récord ante la inminente llegada del fin del mundo, que, de haberse producido, de nada habrían servido. Pero la gente no se detenía a pensar. Actuaban en masa. En los Estados Unidos hubo celebraciones clandestinas de ritos satánicos.

De nada sirvieron las recomendaciones del prestigioso astrónomo José Comas Solá, quien escribió en el periódico *La Vanguardia* que el paso del cometa no acarrearía ninguna mala consecuencia y la población debía estar tranquila y mantener la calma. Pero era poco menos que una heroicidad hacerle caso.

Cuando la realidad le dio la razón y el mundo no desapareció, miles de personas se echaron a la calle por toda la geografía española para divisar el impresionante espectáculo estelar, un grueso haz de estrellas luminosas atravesando la bóveda celeste.

Estrellas que alumbraron sueños dormidos y el camino de regreso a casa de Consuelo.

36.
El brindis de los astros en el universo

Teatro Novedades, Málaga, 1 de junio de 1910

Cada vez que llegaba a una ciudad para actuar era, para La Fornarina, algo así como volver a empezar, por más consagrada que estuviera. Y el sentimiento se correspondía bastante con la realidad. Ya no era solo someterse al veredicto del público con cada obra, sino con cada día que se subía a un escenario, porque los espectadores eran exigentes; en muchas ocasiones, terriblemente exigentes.

A pesar de ello, no podía quejarse ya que la gente la adoraba y gozaba, también, del beneplácito de la prensa. Aunque, como en todo, no siempre era así; había excepciones. Pero eran eso, hechos puntuales. La gran mayoría admiraba lo que Fornarina había conseguido como artista y, en aquel tiempo, proliferaron los homenajes y actos en los que participaba como protagonista.

Unos diez días antes de su debut en Málaga, en la plaza de Las Ventas, en Madrid, tuvo lugar la Corrida de la Beneficencia, en la que toreaban Machaquito, Cocherito y Bombita. Era la tarde del 22 de mayo. El numeroso público —la plaza se llenó a reventar— estuvo más pendiente de La Fornarina, que apareció en un palco luciendo mantilla blanca y claveles de rojo estridente, que del coso. Se ganó una ovación mayor a la de cualquiera de los diestros que hubiera cortado oreja y rabo.

El interés que generó en Málaga su inminente estreno duplicó el precio de las localidades. La altísima cifra que cobraba por función, cuatrocientas pesetas, creó malestar en una parte de la ciudadanía malagueña, que asistió al estreno con ganas de reventar la función. Y así fue, al final de la representación, y cuando parecía que todo se

había desarrollado con normalidad, varios espontáneos, que no eran muchos, pero sí ruidosos, comenzaron a solicitarle a gritos que cantara canciones procaces que ni siquiera habían formado parte nunca de su repertorio. ¡Otra vez! Como en Murcia.

Un tipo, vociferando, le pidió que se desnudara. Se armó tal escándalo que decidieron bajar el telón, con tanta prisa que a punto estuvo de pillar debajo a La Fornarina. Lloraba de impotencia y les devolvía los insultos gritándoles: «¡canallas!».

Entonces muchos de los exaltados, sintiéndose ofendidos, quisieron tomar el escenario y agredirla. Consuelo creía estar viviendo dentro de una pesadilla cuya puerta de salida no se veía. Una parte mayoritaria de espectadores salieron en su defensa, pero los desestabilizadores, aun siendo menos, armaban más follón.

Nati, inmensamente desolada, y Consuelo escaparon al Hotel Inglés, en el que se alojaban, pero a las puertas se encontraron una concentración de exaltados, que tuvieron que disolver las autoridades.

Fornarina no se lo pensó: esa misma noche decidió rescindir el contrato.

—No estoy dispuesta a aguantar sucesos tan lamentables, Nati.

—Si te entiendo, Consuelo, y tienes toda la razón, ha sido horrible, pero vamos a pensarlo con calma.

—Ya está pensado y decidido. ¡Nos marchamos de aquí! No sabía que esta ciudad fuera un refugio de energúmenos.

Al día siguiente, mientras toda España leía en la prensa comentarios para todos los gustos sobre los incidentes de Málaga, Consuelo partió en tren hacia su siguiente destino artístico: Almería.

Salió del hotel con paso firme y seguro, y una esforzada pose arrogante. Subió a un coche descubierto que la conduciría a la estación, quería que la gente la viera. Se acomodó junto a Nati.

Al arrancar el coche se levantó ligeramente la falda y tocó un pequeño bulto escondido en el interior de la caña del botín queriendo asegurarse de que seguía allí.

—¡Estás loca! ¿De dónde lo has sacado? —exclamó Nati asustada al verlo.

Consuelo le soltó una sibilina sonrisa que denotaba satisfacción. Era un revólver preparado con varias balas y el ánimo de usarlas si hubiera sido necesario.

Después de Almería le esperaba Melilla, ciudad en la que nunca había actuado. Aprovechó el viaje para mostrar un gesto que le granjeó la

simpatía hasta de quienes no eran seguidores ni admiradores suyos, o simplemente no tenían interés alguno en las cupletistas o en las artistas de variedades. En un acto de recogimiento y en sepulcral y respetuoso silencio cubrió de flores las tumbas de los españoles caídos, hacía exactamente un año, en el Desastre del Barranco del Lobo, a las afueras de Melilla.

España y Francia habían obtenido la concesión para explotar minas muy ricas en hierro y plomo en el territorio marroquí del Rif, incluida la construcción de un ferrocarril en el que transportar los minerales. Pero contaban con la oposición del sultán, que alentó el hostigamiento contra los trabajadores de las minas, que habían empezado a ser protegidas por el ejército. En el Barranco del Lobo los rifeños atacaron por sorpresa a las tropas españolas causando una dantesca masacre.

A Consuelo le habían contado la historia y quiso corresponder honrando a las víctimas, posiblemente en agradecimiento por la calurosa acogida que le brindó el público melillense.

La artista dejó una honda huella de su paso por Melilla.

También fue la primera vez que actuaba en Palma de Mallorca. Triunfo absoluto. Y de nuevo a Barcelona para actuar en dos teatros importantes: el Apolo y el Gran Vía, en el que por entonces se representaba la exitosa obra *La corte de faraón*.

Pero lo mejor de la Ciudad Condal para La Fornarina tuvo nombre propio. Un nombre muy querido y añorado.

Cuando faltaban dos días para terminar sus actuaciones en Barcelona, una noche llamaron a la puerta de su habitación, en el hotel. A Consuelo le extrañó. A gran velocidad, le vinieron varios pensamientos al escuchar los dos golpes dados con los nudillos. ¿Sería un mensaje urgente? ¿Habría pasado algo? ¿En Madrid, a su familia? ¿O quizás a Pepe, en París?

Abrió.

—¡Pepe!

—Hola, mi amor…

—¿Estoy soñando? ¿Qué haces aquí?

—Yo sí que estoy soñando —respondió Pepe mordisqueándole el lóbulo de la oreja y buscando después con su boca el cuello de la joven.

—Tenía algo urgente que decirte y quería hacerlo en persona.

—¿Tan urgente es?

Se adentraron en la habitación, cerrando la puerta de un

empujón.

—Mucho…

Recorrían sus cuerpos con las manos, sobre la ropa, buscando la manera de desprenderse de ella.

—¿Y qué es eso que tenías que decirme y que no podía esperar?

—Que te amo, Consuelito.

Ya la ropa pasó al olvido.

Cadenas estuvo presente en la última actuación en el Teatro Gran Vía, en la noche del 20 de julio. Su despedida…

Todavía dispusieron de un par de días para disfrutar de su amor por las calles de Barcelona.

La Fornarina encadenaba una ciudad con otra. De Barcelona se desplazó a Valencia, y de la ciudad mediterránea a otra nueva aventura por Europa. Holanda, la bella ciudad suiza de Lucerna, Londres, Viena y parada final en Dinamarca.

Antes de regresar a España pasó unos días en París para estar con Pepe. Buscaba paz y los abrazos de su amante, en los que hallaba un remanso en el que descansar de la constante tensión de los escenarios.

Ocurre que a veces la paz que perseguimos, y que nos es tan necesaria en ese momento, se nos tuerce derivando en guerra en cuestión de segundos, lo que tardamos en encontrar aquello que no desearíamos que se hubiera producido.

Después de desayunar juntos, Consuelo fue al dormitorio y abrió un cajón del tocador. La melancólica luz de París se filtraba por la ventana reflejándose en el espejo de la pared. Su mano, paralizada, no podía soltar el tirador, mientras que su mirada se había quedado tan enganchada al objeto que estaba viendo como la mano al pomo. Un segundo detenido en el tiempo y después el movimiento era recobrado.

Un nubarrón tapó el sol, oscureciéndose la estancia.

Cogió lentamente la polvera, la sacó del cajón y, poniéndola a la altura de sus ojos, la observó con pulcritud y atención de entomólogo. Era dorada y de forma redonda. Pensó en guardársela en el bolsillo y esperar el momento más oportuno para someter a Pepe a un interrogatorio sobre cómo una polvera que no era suya, objeto inequívocamente femenino, había llegado hasta el cajón del dormitorio. Pero una reacción así no encajaba con su carácter. Así que cerró la mano apretando en ella la cajita dorada y salió hecha una

furia hacia el salón, donde Pepe leía el periódico plácidamente.

Se plantó delante de él con una invisible hacha de guerra alzada para el ataque.

—¿Está hoy interesante lo que dice la prensa? —le preguntó con voz firme.

Pepe la miró complacido por su aparente interés en su trabajo, sin sospechar la que se le avecinaba.

—Sí, mi amor, París nunca descansa, no paran de suceder cosas.

—¡Ni que lo digas! Ni París descansa, ni tampoco tú. ¿Qué es lo que ha sucedido para que «esto» —blandía la polvera como si quisiera asesinarlo con ella— haya sucedido? Aunque tus hazañas sexuales no creo que vengan recogidas en la prensa.

Cadenas cerró el periódico y se quedó momentáneamente noqueado ante el sorprendente hallazgo que había hecho Consuelo.

—Se te comió la lengua el gato —le soltó enfadada—. ¿He conseguido dejarte sin palabras? ¡Mira que es difícil!

Lo cierto es que el hecho tenía una explicación complicada, por no decir imposible. Aun así, él lo intentó.

—A ver, mi amor —empezó diciendo Pepe.

—¡No me llames mi amor! —le gritó ella.

—Vale, Consuelo, está bien. Cálmate…

—¡Tampoco me digas que me calme! —espetó visiblemente nerviosa.

—¡No sé qué decirte, entonces, si todo te molesta! —Ahora Cadenas también empezaba a alzar la voz. Lo de siempre.

—Es muy sencillo: dime de dónde ha salido esto, a quién pertenece.

Acorralado, Cadenas optó por tomar una tangente para tratar de salir del atolladero; una opción arriesgada. Pero tenía que intentarlo.

—Pero, mi amor… ¡perdona! Pero Consuelo, ¿es que ya no te acuerdas?

—¿Acordarme? ¿De qué tendría que acordarme? —La duda sembrada por su amante cortó en seco la escalada agresiva en la que se había instalado.

—Esa polvera va siempre conmigo, es de mi madre. Ya te lo conté en Madrid.

¡El colmo! A Consuelo le costaba creer el descaro de Cadenas inventándose semejante tontería para no asumir una posible infidelidad.

Volvió a la carga, alzando más todavía la voz.

—¡Dime de quién es esta maldita polvera! ¿Con quién estás saliendo? ¡Y encima la has traído a casa! ¡Y la habrás metido en nuestra cama!

—Pero ¿qué estás diciendo? Yo no estoy con nadie más que

contigo. Y en momentos como este te aseguro que me pregunto por qué seguimos juntos.

Nati, que asistía en la distancia a la acalorada discusión de la pareja, escondida en su habitación, también se preguntaba si aquel sinvivir terminaría alguna vez. ¿Merecía la pena esa devastadora erosión sentimental? A veces nos aferramos a algo, o a alguien, más por temor a perderlo que al deseo de mantenerlo.

Tanto Consuelo como Pepe reconocían que, a pesar de tantas fluctuaciones que terminaban en discusión, a pesar de tantos arrebatos de celos y sospechas continuas de posibles infidelidades por ambas partes, y a pesar de los estallidos volcánicos que tantísimo desgaste les causaban, no podían vivir el uno sin el otro.

¿O tal vez sí…?

Consuelo abandonó París con sensación agridulce. Emprendió viaje, de nuevo, a Barcelona, justo antes de finalizar aquel año de 1910, para participar en una importante función a beneficio de la Asociación de la Prensa en el Teatro Principal la tarde del 19 de diciembre. Entre las actrices, Margarita Xirgu, que seguramente no habría actuado nunca junto a una artista de varietés.

El éxito fue tan rotundo que los avezados empresarios de la Compañía Cómico Lírica le ofrecieron actuar en el Teatro Novedades, del 28 al 30 de diciembre, tres únicas funciones.

Aquellos días, tan buenos profesionalmente, se vieron ensombrecidos, además de por su tormentosa relación con Pepe, que parecía estar ya sentenciada, por el agravamiento de su antigua enfermedad que no la abandonaba. Se puso tan mal que no hubo más remedio que suspender la función del día 28. Como era muy responsable, quiso compensar a la empresa actuando en una función doble el día 31 sin cobrar más, a pesar de ser fin de año.

Aquella fue una Nochevieja triste para Consuelo. Físicamente se encontraba mal y anímicamente la ausencia de Pepe la entristecía, por más esfuerzos que hacía Nati para animarla:

—Un nuevo año es una alegría, Consuelito. Tienes que tomarlo así.

—Te lo agradezco, querida amiga, pero no acabo de ver los motivos que tengo para estar yo alegre. ¿Qué crees que estará haciendo Pepe ahora mismo?

—¡Vaya por Dios! Es eso. Por favor, sácalo de tu cabeza, y más en una noche como la de hoy. Piensa en lo bueno que tienes, que es mucho. Estás viva, eres una gran estrella, hay mucha gente que te

quiere, empezando por mí, ejem —se puso cómica—, y tienes salud. ¿Qué más quieres?

Lo de la salud… Consuelo callaba muchas molestias para no preocupar a su entorno, pero ahí estaban, persiguiéndola como un nubarrón perpetuo.

«¿Qué estará haciendo Pepe ahora mismo?», martilleaba como un yunque en su cabeza…

En París, José Juan Cadenas cenaba en uno de los mejores restaurantes de la capital. La compañía, de saberlo Consuelo, habría perforado su corazón.

En la apartada mesa de los dos comensales que se prodigaban, sin ningún pudor, carantoñas, corrían el *champagne* y las uvas sin límite. Ninguna frontera parecía poder trazarse entre Pepe y la mujer con la que cenaba.

—Estás preciosa esta noche, Consuelo.

Entonces, Consuelo Torres, Manón, le obsequió con una caída de ojos, impostada, nada natural, que poco tenía que ver con la espontánea Fornarina. Pero eso a Pepe, en una noche en la que hasta los astros brindaban en el universo huyendo de la soledad, le daba igual.

Manón extrajo de su bolso una delicada polvera dorada y redonda. Con extraordinaria coquetería se aplicó, utilizando la borla del interior, una pequeña cantidad de polvos en la nariz y barbilla. Después le dedicó a Cadenas un ridículo mohín con los labios.

A la misma hora, las doce de la medianoche, en Barcelona, La Fornarina iniciaba el tránsito al nuevo año acariciando la libélula de Lalique. Aquellas garras de oro poderosas emergiendo de un torso de mujer representaban la fuerza que a ella le faltaba en ese momento.

37.
Rancios del Ateneo

Sevilla, primavera de 1911

Necesitaba un descanso, de todo. De la vorágine de las funciones pero también de Pepe. «Todo termina pasando», decía su madre. Pero con él había aprendido que no todo pasa.

Los altibajos. La inestabilidad. Las oscilaciones. Nada de eso desaparecía. No les resultaba fácil, a ninguno de los dos, detener los habituales vaivenes por los que atravesaban. Era como si el viento agitara las ramas de su amor llevándolo en direcciones distintas y a veces hasta contrarias.

La relación, una vez más, no pasaba por su mejor momento. Consuelo quiso hacer un alto, tomarse un tiempo muerto que le supusiera un descanso, y se marchó de vacaciones con Nati a Sevilla. Fue la mejor idea que había tomado en mucho tiempo.

Permanecieron allí la Semana Santa y la Feria de Abril, en la que no pudieron pasar desapercibidas entre las vistosas casetas dispuestas en el Prado de San Sebastián. Tampoco en las procesiones religiosas ni en las corridas toros en la concurrida Maestranza.

La Fornarina era ovacionada allá por donde iba, ¡qué locura! Los periódicos locales hablaban de ella a diario, así que, al final el descanso no fue tal. La gente iba a verla salir del hotel por las mañanas. Los periódicos daban cuenta con orgullo de los restaurantes o teatros a los que acudía, los lugares, bien fueran parques como el de María Luisa o monumentos, que visitaba, y lo elegantemente vestida, maquillada y peinada que aparecía en cualquiera de las situaciones. «Deslumbrante», decían, con sus mantones de Manila, que lucía con muchísima gracia y garbo; o mantillas blancas que llamaban la atención entre mares de mantillas negras sevillanas; o los claveles rojos, su flor favorita que había convertido en un símbolo de su personalidad de artista.

Disfrutaron aunque les habría gustado gozar de algo más de

intimidad para que el descanso, sobre todo para La Fornarina, hubiera sido mayor.

—¿Cómo es que nunca te has enamorado? —preguntó Consuelo a su amiga a la salida de asistir a misa en la catedral.

—No se ha presentado la ocasión. Tienes que aceptar la vida como viene y, hasta ahora, es así como ha venido. —Nati no tenía ningún interés en «echarse novio», como así se decía.

—A veces a la vida hay que darle un empujoncito.

—Eso tiene gracia pero que lo digas tú no tiene mérito, a ti te salen los pretendientes de debajo de las piedras.

—¡Mujer, no es lo mismo! Admiran a la artista.

—No solo a la artista. Mira cómo tienes al señor Kaussman. ¿O qué me dices de El Duende? Loquitos perdíos.

—¡Qué castiza te has puesto!

Estallaron en risas.

—Pero tómatelo en serio, que cuando te descuides se te ha pasado la edad.

—Estás tú como mi madre, que me dice que me quedaré para vestir santos.

—Con lo bien que coses los vestirás divinamente —bromeó Consuelo—. ¿Sabes una cosa? No es ninguna obligación tener a un hombre al lado, y a veces es mejor no tenerlo.

—¡Claro, lo dice una que los atrae como moscas y tiene a todos los que quiere!

—Me sobran, Nati, me sobran.

—El amor nunca sobra —la amiga se puso seria y se lo contagió a Consuelo.

—En eso tienes razón. Pero… ¿tú crees que hay amor en todos esos admiradores? Ya te digo que no, pretenden a la imagen que tienen de mí, pero esa mujer no soy yo.

—Deberías pensar en tu relación con Pepe, Consuelito. Porque yo creo que así no puedes seguir, entre tanto sobresalto permanente. El amor es pasión, pero también debe ser un mar en calma.

—Uy, has salido poeta, no tenía ni idea —le tomó el pelo Consuelo.

—Es que me he puesto a leer tus libros cuando los terminas. Tampoco yo tenía idea de que acabaras siendo una gran lectora —le guiñó un ojo.

Posiblemente ni la propia Consuelo imaginó, años antes, que pudiera convertirse en una avezada lectora, menos aún leer en varios

idiomas, sobre todo en francés.

Y pensar que todo empezó por el libro del pintor Rafael y su amante, La Fornarina…

Madrid, junio de 1911

Consuelo acusaba la soledad. Había en ella un desasosiego del que empezaba a pensar si sería crónico. Posiblemente fruto de un inconformismo natural que, por un lado funcionó como impulso para superarse en lo que hacía, pero que, por otro, le causaba una angustia a veces innecesaria.

Su forma de amar no escapaba a esa manera de ser. Pepe Cadenas seguía en París trabajando para *ABC* y ella se refugió en la amistad con el periodista Adelardo Fernández-Arias, El Duende de la Colegiata. Sucedió de forma lógica, como si siguieran el curso ordinario de la naturaleza.

—¿Cuándo me harás el hombre más feliz? —preguntaba Adelardo sin ninguna esperanza.

—Pero si ya lo eres, Duende.

—Matadora, eso es lo que eres tú —le respondió haciendo gala de su humor e ironía, rasgos de su carácter y de muchos de sus artículos—. Esperaré cuanto haga falta. ¡A paciencia no me gana nadie!

Ni a tenacidad. Debido a su pluma afilada y su empuje para llegar adonde quería o conseguir lo que se proponía se convirtió en un personaje de la bohemia, tan respetado como temido. Causaba odios y amores; jamás, indiferencia.

A Consuelo le gustaba su compañía, su conversación, los lugares de Madrid que él, con enorme gozo, le descubría. Como por ejemplo el Ateneo de Madrid, en la calle del Prado, cerca de la carrera de San Jerónimo. La tarde en la que entraron no tardaron en asomarse los socios más jóvenes para ver a La Fornarina, incrédulos de que una mujer como ella deambulara entre aquellas paredes cargadas de sabiduría. La saludaron entre elogios e incluso algún aplauso, lo que enfadó a los mayores, que reprobaron su presencia en tan docta institución. Los espíritus vetustos que se consideraban a sí mismo guardianes de la moral y de los hábitos tradicionales clamaron al cielo frente a semejante provocación.

Al final las rancias mentes bien pensantes ganaron la partida ese día y montaron un escándalo que provocó que el director llamara a la policía. Todos los allí presentes pensaron, Fernández Arias el primero,

que iba a armarse un lío gordo. Sin embargo, los agentes, al enterarse de que el escándalo lo había generado una artista, desistieron de actuar, «no merece la pena».

Pasó lo mismo cuando acudieron al Casino para que ella lo conociera. Otra vez incidentes y la policía, indiferente. Sin embargo, el socio que la invitó, amigo de El Duende, fue expulsado.

Era aquel un tiempo en el que Madrid estaba experimentando una transformación social que se extendía a la moda y las costumbres. Las mujeres empezaban a vestir pantalones, a pesar de lo licencioso que seguía siendo para los conservadores más recalcitrantes, muy dados a ofenderse e incomodarse con facilidad.

Para ellos, La Fornarina representaba un peligro.

—¡Bendito peligro! ¡Esto es una pequeña revolución, Consuelo! —le decía exultante Adelardo—. Sin necesidad de subirte a la tribuna has sentado cátedra.

—¿Tú crees que es para tanto?

—¡Para tanto y más! Muchas artistas e intelectuales apoyan tu gesto de entrar en el Ateneo y el Casino como lo has hecho y ahora lo harán ellas. Voy a publicar un artículo en el que, por supuesto, aparecerás.

—Eso sí que es un honor.

En cierto modo, El Duende lo había interpretado con acierto, acabó siendo una pequeña revolución que remataba la emprendida por mujeres como las escritoras Rosario de Acuña o doña Emilia Pardo Bazán, quien tan solo seis años antes había conseguido ser la primera socia, mujer, del Ateneo Científico, Literario y Artístico de Madrid, con el número 7.925. El diario *La Época*, en su edición del 15 de febrero de 1905, tras el ingreso de la escritora gallega en el Ateneo, publicó: «La inteligencia no tiene sexo, y la de la señora Pardo Bazán es de aquellas que no solo honran a la Corporación que le abre sus puertas, sino al país entero, que la mira como uno de sus más insignes hijos».

Después de la visita de La Fornarina al Ateneo vinieron otras artistas detrás que siguieron el mismo trazo de la provocación, no porque sí, sino porque consideraban injusta y arcaica esa diferenciación entre hombres y mujeres.

—No corren tiempos en los que quepan actitudes como esa —comentaba El Duende a La Fornarina, no siendo él precisamente un adalid de la modernidad. Pero en eso estaba más alineado con la escritora Pardo Bazán o la periodista Carmen de Burgos, Colombine,

que con quienes permanecían arraigados en el pasado oponiéndose a cortar ninguna raíz de las costumbres más tradicionales. ¿Dónde se ha visto seguir vetando la entrada a las mujeres en determinados lugares considerados «solo para hombres»?

Pues eso, ¿dónde se ha visto…? Al sector menos avanzado del Ateneo no le quedó otra que soportar que las puertas se abrieran, no solo a más mujeres, sino a que fueran artistas de variedades, «¡el colmo!», se oía bramar a unos; «¡una perdición!», para otros. O peor todavía: «¡esto es el fin de la institución!».

Pero ni fue el fin, ni el colmo, ni una perdición, sino un reclamo para los reporteros gráficos la visita, pocos meses más tarde, de la exótica, bellísima, «sensual e indecorosa», bailarina Tórtola Valencia. Afortunadamente, la mayoría de asociados se abrió como las puertas, acogiéndola de buen grado en su sede y presumiendo de estar a la altura de los nuevos tiempos.

Tan de buen grado, que la junta directiva en pleno corrió a posar para los fotógrafos junto a «la señorita Tórtola». Por si fuera poco hubo una actuación, que aplaudieron fueran o no partidarios de que se realizara.

La estrecha relación que La Fornarina mantenía con El Duende de la Colegiata siguió su curso. Así, el inicio del verano de 1911 fue también el de una nueva una gira por España, en esa ocasión por el norte, que realizó acompañada de Nati. Primero, los teatros Principal y Victoria Eugenia, de San Sebastián, pero después el Teatro Circo Tamberlick, de Vigo, donde se les unió su amigo Fernández-Arias.

Días de éxito, celebraciones y felicidad. Porque Consuelo se sentía bien y relajada junto a Adelardo. ¿Quizás demasiado bien? Eso era lo que pensaba José Juan Cadenas, persuadido de que entre su pareja y El Duende existía, no una amistad, sino un idilio romántico. Sacó su peor cara para escribirle en unos términos que muchos habrían considerado intolerables, pidiéndole que viajara de inmediato a Barcelona, ciudad a medio camino entre París y Madrid, para reunirse con él. Tenía que ir acompañada solo por Nati, lógicamente. A Cadenas, El Duende le estorbaba, como contrincante sentimental, pero también periodístico.

Consuelo accedió a encontrarse con Pepe en Barcelona, donde hizo denodados esfuerzos por convencerle de que su amistad con el periodista no pasaba de eso, de una buena amistad.

Cadenas no sabía si creerle.

—¿Tú quieres que sigamos juntos? —le preguntó a su amada.

—¡Pues claro! ¿Cómo puedes dudarlo?

—Está bien. Tienes una oportunidad para demostrar que es así. Te creeré a condición de que canceles todos sus compromisos y te vengas conmigo a París. Allí prepararemos tu nueva gira europea.

Consuelo, sin pensárselo, dijo que sí. Estaba dispuesta a renunciar a los contratos que tenía firmados para acompañarlo a Francia, de nuevo.

—¿Te parece bien que te diga lo que tienes que hacer? ¿Pero quién se cree que es para decirte que te da una oportunidad? Y no es la primera vez que lo hace.

A Nati le indignó la exigencia de Cadenas. Su amiga no era mujer que se sometiera al arbitrio de ningún hombre, por eso se enervó más.

—No se trata de ninguna exigencia —se justificó Consuelo—, sino de amor.

—Pues a lo mejor es que tienes un concepto distorsionado de lo que significa amar —Nati estaba siendo dura con ella pero porque lo que pretendía era protegerla, cuidar de su estabilidad emocional.

—¿Qué sabrás tú de amor? ¡No tienes ni idea! —le soltó Consuelo devolviéndole una bofetada de crueldad que hizo que Nati saliera de la habitación a punto de llorar.

Inmediatamente se sintió mal por lo que acababa de decirle a su amiga del alma. Una amiga y compañera que siempre demostraba serle leal sin condiciones. No merecía algo así.

Salió al pasillo a buscarla pero no la encontró. Llamó a la puerta de su habitación, sin éxito. Nati no quería seguir hablando con ella y lo respetó apenada y arrepentida. Aunque no se apeó del convencimiento de marcharse con Pepe a París.

En ese círculo en el que se encerraba su relación con el periodista, volvió la pasión. Amor en París y una tanda de exitosas actuaciones que concluyeron en Viena, donde fue considerada «la española más hermosa».

Aquella «española hermosa», la artista que cerró en Barcelona la gira de ese 1911, el 15 de diciembre en el Teatro del Liceo, junto a Raquel Meller, creyó enraizado el árbol que sustentaba su vida junto a

Cadenas.

Como si no supiera que el viento díscolo volvería a soplar con fuerza…

38.
La venganza de Cadenas

Madrid, Navidad de 1911

Broncas y reconciliaciones. Y la amargura de asumir que la causa de la infelicidad, esa cansina alternancia que desgasta sin remisión, no tiene remedio.

Navegando en medio de ese océano tempestuoso pasaron aquellas navidades, acusándose mutuamente de haber sido infieles.

Los celos. «Los malditos celos y este dolor en las entrañas que no consigo detener». Consuelo se preguntaba a veces qué dolía más, si las molestias en el vientre o los desaires de Pepe.

Cadenas tenía atravesado a su colega de profesión Adelardo Fernández Arias, El Duende, que para él era, más que un duende, un demonio.

—Por mucho que me insistas —le recriminaba a Consuelo— en que El Duende y tú no sois más que amigos, cada vez me cuesta más creerlo.

—Piensa lo que quieras. Además, ¿a ti qué más te da?, si tú vas con quien te da la gana sin darme explicaciones. ¿Por qué he de dártelas yo a ti?

—Porque a mí me debes todo.

Esa frase, que hirió en lo más hondo a La Fornarina, fue la primera carga explosiva que cayó en el universo común de la pareja haciendo que empezara a morir una parte de este.

A la joven le pareció injusta y soberbia. Y entonces ya no pudo contenerse:

—¿Y tú qué me debes a mí? ¿Tal vez respeto? ¡No estaría mal! Porque me respetas bien poco cuando te paseas por todo Madrid del brazo de esa tal Manón.

—¿Manón? No sé de qué me hablas.

Absurda e inútil maniobra de Cadenas para despistar.

—¡Sí lo sabes, sí! ¡Lo sabes tú y también todos en esta ciudad! ¿Cómo tienes la desvergüenza de dejarte ver en público con ella? —

disparaba sin poder parar—. Aunque, claro, no sé qué me sorprende, si tú te sientes atraído por cualquier fulana.

—¡Manón es una artista! —respondió al instante Cadenas henchido de furia, como un macho herido—. Es una artista, no una fulana.

—Oooh, vaya… —ralentizó irónicamente la manera de hablar—. Resulta que es una artista —hablaba haciendo aspavientos dramatizados. Ella sí que estaba herida pero de verdad—. ¿Acaso las coleccionas?

—Sencillamente es una artista, como tú.

—¡Ni se te ocurra volver a decir eso! Ya le gustaría parecerse a mí.

—No dramatices.

Consuelo Torres, Manón, aspiraba a ser artista también de varietés, pero no destacaba por su arte, más bien escaso. Era una artista del montón, a pesar de que sus inicios en la escena teatral, junto a Jacinto Benavente, apuntaron como prometedores. El escritor la escogió para interpretar con él una función especial de *Don Juan Tenorio*, de José Zorrilla, en el Teatro de la Comedia en noviembre de 1911. Cadenas, que se propuso hacer con ella lo mismo que había hecho con La Fornarina, lanzarla al estrellato y escribirle un repertorio, la preparaba para debutar en el Trianón Palace.

Se lo tomó tan en serio que la llevó a que tomara clases de canto con el prestigioso maestro Larruga. Manón, que tenía más ínfulas que arte, no quería pasar a la historia como intérprete del «género ínfimo», sino afinar y modular su voz hasta poder cantar en operetas, o quién sabe si incluso en óperas serias. Esa era su intención, que no parecía acabar de encajar en la realidad. Había decidido dedicarse al cuplé, por el que, en el fondo, sentía desprecio, pero tenía una razón para hacerlo. En su familia pasaron penurias económicas al fallecer el padre, que era militar. Les quedó una ínfima pensión con la que mantenerse tres personas, ella, la madre y su hermana Paquita, y el cuplé estaba de moda, así que pensó que podría ser la forma más eficaz de ganar dinero.

La Fornarina se había enterado de la historia personal y familiar de Consuelo Torres —¡ya era fatídica casualidad que se llamara como ella!—, que incluía un episodio escandaloso que Manón, sin embargo, no escondía. Pensó que haciéndose la víctima, su rival conseguía conmover a la sociedad de estrechas miras, dando incluso pena.

Cosas del destino, a mediados de enero de 1912 ambas actuaron

juntas en una función a beneficio de la Asociación de la Prensa. Aquello fue tremendo. Consuelo montó en cólera al encontrarse por primera vez, cara a cara, con Manón. La que consideraba su contrincante era más joven y muy hermosa; sin embargo, como artista en absoluto llegaba al nivel de La Fornarina. Pero en el primer momento de verla, ese aspecto pasó a ser secundario. Su juventud y lozanía, en cambio, se le clavaron como un puñal, lo mismo que su esbeltez y estatura, que representaban lo contrario de la figura de Fornarina en aquellos tiempos. Un periodista llegó a describir a Manón en estos términos: «Alta, gentil, graciosa como una palmera del desierto».

Quinito Valverde, que ya estaba planteándose volver a España, había aceptado acompañarla en esa función. Bueno… a ella y a Manón. «Se va a liar, se va a liar», andaba murmurándole a Nati por los pasillos del teatro durante los ensayos en los que ninguna de las dos artistas se dirigía la mirada. Con sus gestos y desplantes, La Fornarina dejaba claro en todo momento que no iba a decirle ni media palabra a su rival. Tampoco es que a Manón le importara demasiado esa actitud despectiva.

En aquella función lo pasó peor La Fornarina que Manón. Llevaba mucho tiempo de relación con Cadenas, a quien consideraba el gran amor de su vida. Tener que actuar junto a la mujer que había hecho que su mundo particular con Pepe se resquebrajara, no fue un plato de buen gusto. En realidad, el culpable de su desgracia no era Consuelo Torres, sino el propio Cadenas, pero le resultaba más fácil responsabilizarla a ella que no asumir la condición de mujeriego del hombre al que amaba apasionadamente.

Ni un segundo. En cuanto acabó la representación, La Fornarina salió del teatro sin ni siquiera pasar por el camerino. Para no tener que hacerlo, le había dado sus cosas a Nati, pidiéndole que las custodiara durante el tiempo que durara la obra. Se marchó de allí corriendo.

Ese día no quiso que su amiga la acompañara. Quería guardarse para sí el lamentable espectáculo del dolor.

—Nati, ya no puedo más.

La amiga la encontró metida en la cama, demacrada y con signos evidentes en su rostro de haber llorado profusamente.

—¿Qué tienes, Consuelito?

—Siento humillación. Y rabia. Y una pena tan inmensa que no

me cabe en el pecho.

—Creo que debes descansar.

—Dormir no va a borrar la realidad, Nati. Y la realidad es que Pepe está con otra mujer, ¡y delante de mis narices!

—No digas eso. Ya sabes cómo es, le gusta que lo adulen y llamar la atención de chicas bonitas, nada más.

—No soy tonta, Nati. Se pasean sin pudor por Madrid y seguro que la lleva a los mismos sitios a los que íbamos juntos, sin importarle lo que diga la gente.

—A ti tampoco debería importarte lo que diga la gente —Nati la tapó con una manta—. ¿Por qué no duermes un poco? Así dejas de pensar por un rato, al menos.

«Duerme, mi niña, duerme»… la voz de Benita, su madre, la arropó mientras fue introduciéndose en un sueño profundo, impactando de lleno en la inconsciencia, como cuando la Tierra entró en la cola del cometa Halley.

José Juan Cadenas, que había terminado su estancia en París como corresponsal del *ABC*, vivía uno de sus mejores momentos profesionales, que le reportaba elevados ingresos económicos. Se había convertido en un aclamado autor teatral tras haber estrenado, en el madrileño Teatro Eslava, su primera opereta, en tres actos, *El conde de Luxemburgo*. Fue un éxito rotundo que le estaba facilitando contratos con otros teatros para representar sus nuevas obras. Así fue cómo del cuplé pasó a musicales más ambiciosos. Eso en lo que se refería a su trabajo.

En su vida personal y en su relación amorosa con Consuelo, si lo que Pepe pretendía era darle celos desde luego lo consiguió y con creces. Ella ya no pudo más y, en un arrebato de ira, rompió la relación reprochándole todo lo que se le podía reprochar y mucho más.

La ruptura fue tan convulsa que Cadenas le prohibió que usara en sus espectáculos las canciones compuestas para ella. Muchas tenían doble autoría y, aunque el maestro Quinito Valverde no se oponía a que las utilizara, se sentía entre la espada y la pared. La Fornarina no podía cantarlas si uno de los dos autores se negaba.

—Es lo más rastrero que se me ocurre —se lamentaba Consuelo a su amigo El Duende.

—Lo es, querida, pero hay que buscar soluciones en lugar de recrearnos en lo negativo, que es mucho, no te lo niego.

—¿Pero qué puedo hacer? —A Consuelo le desesperaba la situación a la que Pepe y ella habían llegado, en la que solo faltó el gesto vengativo por parte de él de retirarle el repertorio con el que había alcanzado el triunfo.

—Buscaremos otro repertorio, o mejor aún, lo crearemos. Hay muchos autores que estarían dispuestos a hacer lo que fuera para que La Fornarina interpretara sus composiciones.

—Eso es muy fácil decirlo, Adelardo, pero soy lentísima aprendiéndome las letras de las canciones y además carezco de formación musical; llego; pero me cuesta. Y el repertorio de Pepe ya lo tengo interiorizado. Podría cantarlo durmiendo.

—Sí, eso es un problema.

Pero a los problemas, como decía El Duende, hay que buscarles soluciones.

Manón aprovechó la circunstancia, pensó que no se vería en mejor situación que aquella para acaparar a Pepe. Una noche, después de cenar juntos, ella le insinuó al oído que podrían ir a algún lugar más íntimo, «¿no estaríamos mejor en una habitación de hotel, te imaginas, tú y yo solos…?». Consuelo Torres era una mujer ambiciosa y decidida.

—Me parece una idea maravillosa, pero ¿no te da miedo que te vean?

—¿Que vean a una mujer enamorada que va a dormir con su amante?

—Eres increíble, Consuelo —besó su boca con pasión.

Manón le hacía creer que se había enamorado de él, pero posiblemente fuera más realista pensar que le venía muy bien estar con alguien como Cadenas para darse a conocer en el mundillo artístico en el que quería destacar.

No era una mujer preocupada por su reputación. A su corta edad se había puesto ya el mundo por montera. Su condición de madre soltera era terriblemente escandalosa y, sin embargo, jamás lo ocultó. Tuvo a su hijo, un varón, cuando contaba apenas catorce años. El padre de la criatura era un diplomático que no quiso hacerse cargo de ninguno de los dos, ni de la madre ni del hijo, para terminar casándose con otra mujer como si nada hubiera sucedido.

Cuando cerraron tras de sí la puerta de la habitación del hotel, poco importaron reputaciones ni rumores, solo el dominio que Pepe Cadenas y Consuelo Torres tenían sobre sí mismos.

La preocupación por su carrera aumentaba en La Fornarina. Estaba a punto de viajar a Italia y ¿cómo iba a hacerlo sin su mejor repertorio…? Seguía sin ver salida a la situación.

La prensa acabó aireando los problemas de la pareja; quien salía peor parado era él. A pesar de ser compañeros de profesión de Cadenas, tomaron partido a favor de La Fornarina, que se consolaba, mientras tanto, con su amigo, el también periodista Fernández Arias, El Duende de la Colegiata, del que tan celoso estaba Cadenas.

En aquellos días apareció otro artículo favorable a ella firmado por «Tu caballero»:

> El Olimpo te espera, Bella Fornarina.
> Y en él no hay más diosas que tú.

El músico y empresario Vicente Lleó, junto al maestro Amadeo Vives, que supieron aprovechar el tirón popular aunque esta vez no fuera por un motivo artístico, le propusieron un buen contrato para los teatros Cómico y de la Zarzuela, el que ella eligiera. Pero La Fornarina atravesaba un pésimo momento. Su ruptura con Cadenas se agravó por la habitual dolencia ginecológica que la hacía sentirse incapaz de aceptar ninguna propuesta. Su ánimo estaba por los suelos. Moralmente hundida.

Lleó y Vives influyeron en la campaña en prensa a su favor, arremetiendo contra «la crueldad de José Juan Cadenas de privarla de su exitoso repertorio que tan buenos beneficios le habían reportado a la artista, pero también a su persona».

Al final, Cadenas, harto de la presión, terminó por replantearse su furibunda reacción y levantó el veto a sus canciones, tampoco quería causarle a su examante ningún perjuicio profesional. De ese modo, La Fornarina pudo cumplir con los recitales previstos en el Teatro Eslava, que se iniciaron la noche del 26 de enero de 1912 con una función a beneficio de la Asociación de la Prensa.

El éxito fue rotundo. Así lo relató en una crónica el diario *ABC*:

> Tímida y medrosa canta La Fornarina sus primeras canciones, con voz insegura y vacilante. Siempre que debuta ante el público de Madrid lo hace con miedo, poseída del «trac» invencible a los artistas que verdaderamente lo son.
>
> La Fornarina vuelve más linda de lo que se fue; su arte

> exquisito ha ganado en finura y distinción; detalla los cuplés con tan picaresca malicia, sonríe con tan graciosa coquetería, que al pasar por sus labios las más atrevidas frases se dulcifican y suavizan.

Lo que no se dulcificaba, ni suavizaba, era la relación entre los amantes que dejaron de serlo.

Adrián Kaussman, siempre tan pendiente de Consuelo como respetuoso, le envió un impresionante ramo de claveles rojos al Teatro Eslava. A la artista, en el estado vulnerable en el que se encontraba, dolida por su ruptura, le llegó al corazón herido. Con las flores enviaba una nota en la que podía leerse:

> Mi adorada Consuelo, si tu soledad te resultara insoportable has de saber que yo siempre estaré ahí, esperando… Siempre esperando.

No siempre resulta fácil explicarnos a nosotros mismos el porqué de una decisión que, desde el mismo instante en el que la tomamos, sabemos que es equivocada. No pensamos en cuánto ni cómo pagaremos el error al que nos abocamos, aunque suponemos que eso llegará. Pero aun así, decidimos hacerlo.

Consuelo decidió ir a París.

De nuevo París…

39.
A quienes me quieran mal

París, febrero-marzo de 1912

La Torre Eiffel y los Campos Elíseos. Volver a verlos fue una entrada de aire fresco en los pulmones de Consuelo. Había sido muy feliz en aquella gran ciudad de hermosos puentes sobre el gran río Sena, donde las dos orillas opuestas discurrían con atractiva nocturnidad.

Los momentos de terrible infelicidad, las infidelidades de Pepe y las broncas, más monumentales que la catedral de Notre Dame, prefería olvidarlas, si no cómo iba a haberse decidido a volver.

Pepe estaba esperándola, sin haberle dicho nada, convencido de que ella volvería. Se reencontraron como si no hubiera pasado nada entre ellos. No tenían remedio.

—¿Qué pasa con Manón? —preguntó ella.

—¿Y con Fernández Arias? —preguntó él.

Y ahí quedó todo.

Consuelo realizó ese viaje, como era habitual, acompañada de su amiga Nati, su asistente que le hacía más fácil la vida, amén de la depositaria de sus confidencias. Siempre leal. Siempre prudente y discreta.

Nada más llegar sufrió otro envite de su enfermedad.

—¿Qué es esto? —le preguntó a Nati cuando le mostró un trozo de papel con lo que parecía un nombre y una dirección escritos.

—Me he enterado de que es el mejor ginecólogo de París. Me he tomado la libertad de ir a pedirle que te reciba y lo hará encantado. Mañana por la mañana, a las once.

Consuelo se quedó boquiabierta sosteniendo el papel entre las manos. Pensó que Nati era increíble, aunque a ella le costara superar su reticencia a tratarse del sempiterno mal que la aquejaba.

—¿Y por qué no me lo has consultado antes?

—Tú misma conoces la respuesta: porque habrías dicho que no. De esta manera, si no acudes a la cita quedarás fatal y, como todo el mundo te conoce, La Fornarina no puede dar una mala imagen ni arriesgarse a que nadie la ponga verde, por ejemplo, por no acudir a una cita médica fijada de antemano… ¡Pobre médico! Imagínate cómo se sentiría.

Mientras hablaba, Nati había estado imitando cómicamente a su amiga, que al final acabó riéndose a carcajadas.

En efecto, el médico era uno de los mejores de la capital del Sena y, también en efecto, él, como los anteriores que había visitado, le expuso la necesidad de una intervención quirúrgica, inexcusable, algo de lo que ella seguía sin querer oír hablar.

—No entiendo por qué te engañas, Consuelo, tomando remedios que más bien son de bruja, con los que no consigues nada. Tienes que operarte.

—Yo te lo explico. No sé de dónde voy a sacar el dinero para una operación que será carísima.

—Pero si tu trabajo te va bien —replicó Nati.

—¿Y no has pensado en los contratos que podría perder durante la convalecencia?

—Hay algo malo ahí dentro —le señalaba la tripa—, es necesario sacarlo y acabar con él antes de que él acabe contigo.

—Eres una exagerada. Esos remedios de bruja, como tú los llamas, alivian mis males.

Y eso que Nati desconocía el principal de todos ellos: el éter, que entrañaba un peligro que ya se estaba dando en Consuelo, y era la adicción. El éter, más que aliviarle los dolores, lo que conseguía era que los sintiera menos al distorsionarle la consciencia adormeciéndola. Pero la realidad era que la maldita enfermedad estaba ensañándose con una mujer tan joven, por mucho que los abrazos del éter se apoderaran de ella haciéndole creer que la protegían.

Pasó una semana en cama, recibiendo los cuidados de Nati y atendida a ratos por Pepe. Y olvidándose de ellos, y de todo, cuando echaba mano del frasquito que guardaba entre la ropa asegurándose de que nadie la veía.

—¿Qué hace ahí Tobías? Hola amigo, cuánto tiempo sin vernos —bromeó Nati al ver el muñeco de la obra *El polichinela*, que había sacado Consuelo de un armario de su dormitorio.

—El pobre se siente solo aquí, en París. Voy a meterlo en mi cama durante mi convalecencia.

—Será durante el día, porque no me imagino a Pepe abrazándolo.

En aquellos días, las horas se le atravesaban a Consuelo,

acostumbrada a una actividad incesante, no solo de trabajo sino también de lo que la vida bohemia le ofrecía y a la joven le encantaba aprovechar. Ya no era tiempo de excesos, al menos de momento. Pero sí de gratas sorpresas como la de aquella soleada mañana.

—¡Adivina quién está aquí! —gritó Nati entrando en la habitación de Consuelo alborozada—. Tienes visita, querida.

—¿Visita? Si no esperamos a nadie.

—A ella no hace falta que nadie la espere… Creo que es la más impetuosa de tus amigas francesas… —Nati mantenía la expectación.

—¿En serio? ¡Ha venido Colette! —quiso dar un salto de la cama, pero Nati, mostrando una vez más su sensatez, se lo impidió.

Colette entró en la habitación y corrió a abrazar a su amiga. Nati las dejó a solas.

La escritora mantenía su cabello corto e iba vestida como un hombre, con pantalón oscuro, camisa blanca de puños vueltos y un chaleco absolutamente masculino, de color negro y abotonadura delantera. Llegó circundada por el humo de su cigarrillo que no se quitó de la boca más que para besar a su amiga.

—¡Cuánto te echo de menos, Fornarina!

—Y yo a ti, querida mía. Y yo a ti. Y también a los demás.

Se pusieron al día de lo acontecido durante el mucho tiempo que llevaban sin verse. Hablaron de los triunfos de La Fornarina, de la vida en Madrid, de las últimas e igualmente exitosas publicaciones de Colette. De sus amigos parisienses, de la Mistinguett y Maurice Chevalier, «yo también estaba convencida de que entre estos hay algo», dijo socarrona Colette; de Polaire, Yvette…

—Cuéntame, querida, ¿y cómo van tus «cadenas»?

Desde que se conocieron, a Colette le gustaba provocarla haciendo un juego de doble sentido con el apellido de su amante, de quien siempre decía que representaba las cadenas que ataban la vida de Consuelo sin permitirle que volara por su cuenta.

—No seas mala —le dijo Consuelo sonriente—. No sé qué decirte. Él está bien.

—¿Y vosotros?

—No tan bien como me gustaría. A veces dudo…

Colette le ofreció un cigarrillo, que Consuelo aceptó.

—¿De qué?

—De muchas cosas. De si me ama, de si yo no lo amaré demasiado, de si es el hombre que realmente me conviene…

—Cuando se es amado, no se duda de nada —afirmó la escritora francesa—. Pero cuando se ama se duda de todo.

—Sé que te empeñas en creer lo contrario, Colette, pero te aseguro que sé volar por mí misma, y de hecho lo hago, he tenido que hacerlo en muchas ocasiones en mi vida. He hecho cosas que no

imaginarías.

Le vino un fugaz recuerdo de la plaza Mayor… catorce años… dolor en uno de sus pechos… y una total oscuridad que teñía de negro sus noches infantiles.

—Es difícil que mi imaginación no llegue a lo más lejos.

—Tengo unas alas fuertes —afirmó rotunda Consuelo.

—Mi querida Fornarina… nunca toques el ala de una mariposa con el dedo, si no quieres ver su debilidad.

—¿Sirve también para las libélulas?

—Por supuesto. Cuida tu libélula y cuídate tú.

Le dio un beso en los labios y se despidió mientras en el camino de salida iba encendiendo el siguiente cigarro.

A pesar de la recaída de salud, La Fornarina aceptó varias funciones en Hamburgo. Por mucho que le costara estaba dispuesta a desplazarse y a actuar. Tenía ganas de sentirse viva y activa, y de darle paso, en su ánimo, a su innata alegría.

Lo que no pudo aceptar, como le pedía su representante, la agencia de Marinelli, era zarpar desde esa ciudad rumbo a Nueva York, donde le había conseguido una serie de suculentos contratos que, en principio, serían difíciles de rechazar. Pero suponía un elevado riesgo que devenía en temerario realizar ese viaje en su estado.

De Hamburgo, y tras meditar profundamente la negativa dada a su agente respecto a ir a Nueva York, que le ocasionó una gran pena a La Fornarina, ambas amigas, ella y Nati, volvieron a Madrid. Pero la artista ya no parecía la misma. Haber superado un bache no significaba, ni mucho menos, haber superado la enfermedad.

Su entusiasmo se había ensombrecido; se tornó más tenebroso, como sus pensamientos. Sacando fuerzas emprendieron un nuevo periplo por varias ciudades españolas. Sevilla, Zaragoza y Barcelona. Demasiado para una debilitada Fornarina.

Todo podía empeorar y así ocurrió. En aquel verano de 1912, en el último destino de la gira, la Ciudad Condal, sufrió un durísimo golpe anímico en el escenario. Ocurrió en El Bosque, un teatro al aire libre. Los empresarios tuvieron la ocurrencia de hacer actuar a La Fornarina junto a una artista francesa desconocida, Nitta-Jo, quien, a pesar de ser alguien del montón, era mucho más joven que la

española, y más exuberante y vigorosa.

Al verla, Consuelo no quería salir al escenario, afloraron sus peores temores. Ni la compañía de la Virgen de la Soledad podía sacarla de aquel apuro. La angustia le revolvía el estómago hasta el borde de la náusea.

Apareció en escena demacrada y visiblemente enferma, con los ánimos pisoteados, por el suelo, y afónica, posiblemente debido a los nervios. No fue una buena función para La Fornarina.

Llegó a tal punto el estropicio que, al correrse la voz y, con ella, el morbo, el público se lanzó en masa a adquirir localidades para las siguientes funciones, que no llegaron a realizarse. Nati sufría tanto al verla así de destrozada… Aquel episodio supuso un retroceso en su recuperación y un bocado en sus esperanzas.

La agencia de Marinelli le volvió a insistir para que embarcara, esta vez en Barcelona, con destino a Nueva York. El representante no perdía la ocasión de recordarle, en cada ciudad con puerto a la que la artista acudía para una nueva función, que la oferta de contratación se mantenía en pie. Ahora la joven unía, a la dificultad de su estado de salud, el miedo a realizar una larga travesía por mar tras el naufragio del trasatlántico británico Titanic, que se había hundido en menos de dos horas pocos meses atrás, el 14 de abril.

Lamentándolo, volvió a quedarse en tierra.

En esos malos momentos personales, de enfermedad y de desánimo, Consuelo decidió ir a París, desde donde se enteró de que la práctica totalidad de la prensa se había decantado por ella después del desastre en Barcelona junto a Nitta-Jo.

El diario *El Liberal* fue uno de los muchos que habían defendido a La Fornarina y ella quiso agradecérselo a su director con una carta:

> Distinguido amigo:
>
> Acabo de leer con el gusto de siempre el artículo en el que habla usted de mi labor esa noche triste, la última en la que trabajé en Barcelona.
>
> Tiene usted razón en cuanto dice, amigo mío, pero

enferma y ronca como un puchero —la salud nadie la tenemos comprada— no vacilé en salir a trabajar, perjudicándome en mi salud y en mis intereses puesto que tuve que renunciar a un contrato en Trouville, para dar al público una prueba de mi buena voluntad.

No temo competencias ni busco rivalidades que no necesito y que a nadie aprovechan más que a los que pretenden lucrarse con ellas.

No crea usted tampoco que me halaga saber que una parte del público —una parte muy insignificante, desde luego— se divida en dos bandos, uno para aplaudirme y el otro, como usted asegura, para «machacarme la cabeza» al primer descuido. ¡Pobre cabeza mía! ¿Qué les habrá hecho? Porque mi cabeza no me acusa de nada malo. Usted, bondadosamente, lo atribuye a la envidia; pero no lo creo. Tener que ganarse la vida como yo, cantando cuplés por los escenarios y riendo siempre, aunque no tengas ganas malditas de reír, no creo que sea una situación muy envidiable…

Conste, pues, que salí a trabajar enferma y afónica para demostrar al público mi buena voluntad. Esto era lo único que me interesaba. Cuando mi salud sea firme volveré a Barcelona y trataré de borrar el disgusto que haya podido proporcionar mi repentina ronquera. Las ronqueras, no lo dude, se pasan…

En mis correrías por los teatros de Europa he trabajado con los principales artistas de mi género y allí donde ellos alcanzaban grandes triunfos, yo me enorgullecía de mis pequeños éxitos. La gloria es muy grande, amigo mío, y cabemos todos sin necesidad de darnos empellones.

Yo trabajaré lo mejor que sepa, con toda mi alma, y volveré a sonreír alegre…

Y cuando recuerde que hay quien me quiere mal, seguiré sonriendo siempre… pero con un poquitín de melancolía.

Consuelo Vello, «La Fornarina»
París, a 15 de agosto de 1912

Allí, en París, y a pesar de que no se encontraba bien de salud, accedió a que su agencia de representación cerrara los contratos ofrecidos para actuar en varias capitales europeas, como Berlín o Lucerna. Necesitaba el dinero para someterse a un reconocimiento médico de calidad, confiando en que por fin algún médico le dijera que no era necesario operarse.

Sin embargo, unánimemente le aconsejaron que debía hacerlo. Otra vez lo mismo. Lo de siempre. Como si no lo supiera. La operación, sí, su única salvación. «Seguro que habrá otras».

Por qué decidió no seguir los consejos de los galenos pero tampoco de quienes la querían y se preocupaban por ella era algo para lo que nadie tenía respuesta. Posiblemente ni ella misma.

> Y cuando recuerde que hay quien me quiere mal, seguiré sonriendo siempre…

40.
Opio

Madrid, finales de 1912

«Todo pasa. Al final todo acaba pasando…».

Qué complicado encajar la frase de su madre en el carrusel en el que se había convertido su vida. Continuos viajes al extranjero, aplausos, reconocimiento, regalos y agasajos de todo tipo regaban su carrera, en la dicotomía de hallarse en un momento profesional tan bueno como pésimo era el personal. La devastación que la ruptura con Pepe le causaba era tan infinita como el Mediterráneo que la enamoró durante su primera estancia en Barcelona hacía diez años. Jamás había visto nada tan hermoso como aquella fusión del azul del mar y el cielo.

Ahora sentía que las entrañas le estallaban de dolor por la ausencia. Pero sabía que también por la dolencia ginecológica que llevaba demasiado tiempo sorteando y engañándose a sí misma a cada envite. Su inseparable Nati intentaba consolarla de lo uno y de lo otro, aunque en el asunto médico poco podía hacer más que insistirle en la necesidad de tratarse lo antes posible. Si no se ponía de inmediato en manos de un buen médico nadie le garantizaba que no fuera a tener consecuencias, que pintaban negras. Tan sombrías y oscuras como sus pensamientos. ¿Mereció la pena tensar tanto la cuerda de los desencuentros con Pepe como para que se produjera la indeseada ruptura? Ya era inútil pensarlo. Se trataba de un adiós irreversible, él se había encargado de dejarlo muy claro. Qué despiadada puede llegar a ser una venganza cuando de amor se trata.

Los cuartos oscuros de la memoria tenían que llenarse de los malos recuerdos de Pepe, pero ni siquiera esos podían ser apartados. Se daban la mano con las gratas evocaciones de la intimidad en la que creaban un mundo hecho a la medida de ambos, a pesar de lo distintos que eran.

Sus pertinaces nervios desatados la llevaron al único médico que visitó en aquel tiempo y que no era precisamente ginecólogo. Le diagnosticó neurastenia. Unas hojas de pasiflora por la noche fue el

tratamiento que le prescribió, «no es nada grave», sentenció. Pues para no ser nada grave sentía que el mundo se le venía encima, el aire le faltaba y el corazón latía desbocado hasta extremos desagradables e incluso preocupantes. Sentía como si alguien lo golpeara con una piedra.

Ni siquiera las fiestas navideñas, época del año que solía gustarle, sobre todo desde que empezó a salir con Cadenas, consiguieron levantar su ánimo. Aunque el problema sobrepasaba el deterioro sentimental porque su salud, para entonces, era manifiestamente mala y pasó aquellos días intentando descansar y recuperarse. Pero no dejaba de ser una manera de mentirse a sí misma. Se cuidó y, lo más importante, liberó su mente de las cadenas que la ataban a la idea de Pepe en la que permanecía atrapada. Solo así pudo volver a trabajar comenzando el nuevo año. Aceptó Barcelona y Mallorca como paso previo de preparación para volver a actuar en Madrid por la puerta grande, la del Teatro Apolo.

Su reaparición, en el mes de marzo, supuso el mayor acontecimiento artístico de los últimos tiempos. Los dolores del cuerpo, si bien no remitían, dejaba de sentirlos embriagada por la consagración de los aplausos, los obsequios, las muestras de admiración… Los males del alma, en cambio, avanzaban en su carrera imparable hacia la devastación.

Hasta que aquella primavera su vida fue apuñalada por el agravamiento de su enfermedad, que mostró su peor cara. Quizás fuera la primera vez en la que Consuelo tuvo la plena consciencia de que su estado era más grave de lo que quería creer y admitía. «Tienes que hacer caso a los médicos y operarte, Consuelito», le insistía Nati sin éxito.

Nada. Era inútil seguir intentándolo.

Y como la vida a veces se empeña en que un revés no venga solo, en aquellos complicados días supo que Pepe seguía viéndose con Consuelo Torres, Manón, lo que no contribuyó precisamente a su mejoría. Empezó a obsesionarse con esa mujer a la que culpaba de su soledad. Pensaba en ella a todas horas, intentaba imaginar dónde estaría en cada momento, en qué restaurantes comería o cenaría con Pepe, dónde tomarían un aguardiente, por dónde pasearían tomándose de la mano… Manón se convirtió en protagonista de un mundo imaginario en el que pena y dolor copaban el espacio.

Un universo irrespirable para Consuelo.

Se aficionó peligrosamente al éter y volvió a fumar, una práctica a la que antes no le concedía apenas importancia y a la que ahora, por el contrario, se aferraba como un niño hambriento a la teta de la madre. Los cigarrillos egipcios se convirtieron en un sustento que le ayudaba a sentirse viva. No le sacaban de encima la inmensa tristeza

en la que se sumió pero al menos le hacían olvidarla a ratos.

Sobre su espíritu se cernió una sombra cuyas dimensiones sobrepasaban los confines de lo soportable.

Una sombra que no estaba dispuesta a abandonarla en lo que le quedara de vida.

Volvió a la consulta del galeno a pedirle que le recetara algo más fuerte que la pasiflora y, ya de paso, le habló de los fuertes dolores que padecía en la zona de los ovarios.

—Se me rompen, doctor, se me rompen las entrañas por esas cosas malas que al parecer tengo y también se me rompe el corazón —se dio golpecitos en el pecho a la altura de dicho músculo—porque se me escapó mi gran amor.

—No hay que mezclar una cosa con la otra.

—No, doctor, si yo no mezclo. Es la vida la que ha querido que todo ocurra al mismo tiempo. No me quiere dar descanso. Pero necesito calmar estos dolores que me están matando. ¿Lo entiende? Ambos dolores.

—Perfectamente. Hay un fármaco que… —se dispuso a escribir el nombre para extenderle la receta, pero ella lo cortó antes de que siguiera.

—Verá, tal vez usted… —empezó a modular la voz revistiéndola de una melosidad que habría resultado irresistible a cualquiera de sus admiradores—. No sé… quiero decir que… vamos que si fuera tan amable… Me han hablado de las bondades del láudano.

—¿Opio? —respondió al instante el doctor.

Consuelo se incorporó hacia delante y le cogió las manos antes de desplegar un abanico de habilidades para convencer.

—Creo, doctor, que nos entendemos perfectamente. Usted sabe a lo que me refiero.

El médico, poniéndose en guardia, se soltó de ella. Con un dedo empujó sus anteojos que habían ido resbalando por la nariz anulándole el campo de visión.

Carraspeó.

—¿Me pide que le recete opio?

—Mejor llamémoslo láudano.

—Podemos llamarlo como más le guste, señorita, pero es opio al fin y al cabo.

La joven veía tambalearse su plan para conseguir la droga. No estaba dispuesta a tirar la toalla.

—Usted sabe quién soy, ¿verdad, doctor?

—Así es.

Se metió en el papel de La Fornarina y fue humedeciendo de lágrimas, poco a poco, sus ojos para conmover al galeno, quien, de momento, se mantenía inalterable, atento a lo que ella decía.

—Este dolor intenso me apartará de los escenarios si no tomo algo que lo mitigue o, mejor aún, lo remedie. Y el teatro es mi vida, ¿qué sería de mí sin poder actuar? ¡Me moriría! Le aseguro que me moriría. Ahora he tenido que suspender una tanda de funciones en el Teatro Apolo, ¿puede imaginarse lo que eso supone? Si pudiera recetarme algo que además de ser analgésico aliviara también la neurastenia podría seguir actuando.

El doctor aguantó en silencio unos segundos más. Hasta que se decidió:

—Veo que usted tiene conocimientos sobre el néctar celestial de la amapola, el *opium*.

A Consuelo no se le habría ocurrido llamarlo «néctar celestial de la amapola», pero la descripción le gustó.

—Simplemente soy una persona con ansia de conocimiento y, por lo que he sabido, considero que, en mi caso, podría ser de gran ayuda.

—Me parece una persona inteligente. Ha llegado a lo más alto y no es fácil para una mujer. Leo los periódicos y sé que a La Fornarina la aclaman en los mejores teatros de Europa.

—Es muy amable, doctor. Por eso mismo que dice quiero pedirle que me consiga ese remedio para los peores males de todos cuantos padezco.

—¿Ha oído hablar del láudano de Sydenham?

—No. ¿Debería?

El médico sonrió.

—No, claro que no. Bastante tiene usted con lo suyo. Bien. Me ha convencido. Voy a recetarle ese láudano, especialmente indicado para los padecimientos de nervios y para los dolores en general. O sea, para todo lo que usted quiere calmar.

—¡Así es! ¡Gracias, doctor! ¡Gracias, gracias!

Extrajo del pecho la medalla de la Virgen de la Soledad y empezó a besarla compulsivamente.

—Gracias por entenderme —insistió.

El médico no dijo nada más. Mientras extraía un papel en blanco de uno de los cajones de su mesa hablaba para sí murmurando, como quien recita una lección, «la adormidera, *papaver somniferum*, es una planta de la familia de las papaveráceas…». Y escribió en la hoja de papel la fórmula del láudano de Sydenham.

> 15 gramos de clavos de especias, más otros 15 de canela de Ceilán. 100 gramos de azafrán cortado. 200 gramos de opio de Esmirna y 1.600 gramos de vino de Málaga.

Esto último lo diferenciaba del resto de láudanos que podían componerse en el laboratorio, para los que se usaba vino blanco corriente.

Siguió escribiendo:

> Córtese el opio en trozos más bien pequeños. Cójase un matraz e introdúzcase el resto de ingredientes. Por último añádase el opio cortado.
>
> Macérese durante quince días, agitando con frecuencia para favorecer la mezcla.
>
> Transcurrido ese tiempo cuélese, exprímase con fuerza y después fíltrese.

Levantó la vista del papel y le comentó a Consuelo, que había permanecido callada:

—¿Sabe lo que decía el artífice de este láudano, Thomas Sydenham? Que, de los remedios que ha dado Dios al hombre para aliviar su sufrimiento, ninguno es tan universal y eficaz como el opio. Le recomiendo que haga uso de este jarabe —levantó el papel de la mesa— con sensatez.

—Guarde cuidado, doctor.

—No se equivoque, es usted quien tiene que guardar cuidado y mucho. Un consumo excesivo, además de causar un estropicio incalculable en su organismo, podría generarle una indeseable adicción.

El galeno volvió a escribir algo más en el mismo papel.

—Aquí tiene —se lo extendió—. Ha de tomar cuarenta gotas cada mañana. Abajo le he anotado la dirección de la botica en la que se lo darán sin pedir explicaciones. Solo tiene que decir que va de mi parte. Pero hágalo con discreción, me refiero al caso de que hubiera más clientes en ese momento.

—Entiendo. No se preocupe.

—Espero que le funcione y consiga restablecerse.

—Le quedo eternamente agradecida.

—Una última cosa, señorita Vello.

Consuelo ya se había puesto en pie.

—Usted dirá.

—*Clavelitos* es mi cuplé favorito… Es usted la mejor.

Por primera vez, el doctor le mostró una sonrisa que relajó la severa expresión de su rostro y que reconfortó a Consuelo, que no se lo esperaba.

Le costó recuperarse y no es que lo consiguiera del todo, pero sí lo suficiente para reanudar la actividad y reaparecer en el Apolo, el teatro que iluminó sus sueños de adolescente.

Compró el láudano en la botica que le indicó el médico y con la discreción aconsejada. Tomaba, sin olvidarse ni un solo día, las cuarenta gotas matinales, a las que atribuyó su ligera mejoría que le permitía volver a los escenarios. Sus fuerzas no eran las mismas, pero tampoco lo sería su vida si dejaba de actuar.

El día 17 de abril de 1913 fue un gran día para La Fornarina… y también para el Teatro Apolo, que había encadenado varios fracasos seguidos. Tenerla de nuevo, con lleno absoluto a diario, reavivó el moribundo local.

Cierto día escuchó a un tramoyista contarle a un compañero entre bambalinas algo sobre fumaderos de opio. No entendió bien lo que decían pero cazó algunas frases que le interesaron. Desconocía que existieran locales en los que la gente pudiera ir a fumar opio y menos que los hubiera en Madrid. Eran clandestinos, de ahí el hermetismo que los rodeaban.

Consiguió averiguar la dirección de uno y no se lo pensó. Acudió a conocerlo.

Tuvo que recorrer un entramado de sucias calles del corazón silente de la ciudad, atravesadas algunas de ellas por estrechos callejones oscuros que bien podrían ser la sede central del infierno, para llegar a un antro insospechable desde la calle. Se ubicaba en el primer piso de un edificio destartalado, medio en ruinas, justo al lado de una tienda que, aunque a esas horas estaba cerrada, se veía a través de un sucio cristal que debía de estar regentada por chinos, a tenor de los objetos que se vendían.

La escalera del portal le produjo asco, atreverse a tocar aquella barandilla resultaba una osadía que podía pagarse caro. Se subió ligeramente la falda para evitar que arrastrara por el suelo, en el que se acumulaba una suciedad cuyo origen era mejor no intentar descifrar.

Llamó a la puerta. Alguien la escudriñó por una desvencijada mirilla antes de franquearle el paso. Ella exhibió enseguida unas monedas en la mano y un tipo de mediana edad, de nacionalidad

china, que lucía gorro mandarín y perilla en el lugar de la barba, le dejó pasar.

Una brumosa oscuridad la recibió. Ni en sus peores pesadillas alcanzaría a fantasear con un lugar como aquel. Había gente tirada por todos los rincones. La mayoría, hombres, pero también algunas mujeres, sentados, tirados en el suelo o tumbados sobre literas, camastros y sucios colchones. Sostenían entre las manos unas pipas alargadas que compartían entre dos o tres, o incluso más, a la que daban profundas caladas en silencio. Nadie hablaba.

La droga se calentaba en lámparas de aceite. Olía a sudor y a tabaco incierto. El humo tornaba invisibles las siluetas. Los fumadores se convertían en seres ausentes del mundo por unas horas. Lo decían sus ojos de mirada extraviada por lugares inciertos e inhabitados.

Aquel cuchitril estaba pésimamente decorado con mobiliario decadente de clara procedencia asiática. Luces recargadas de abalorios, el mismo material del que estaban hechas las cortinas que separaban los ambientes sin tabiques; cajas de madera con incrustaciones de nácar diseminadas por mesillas ajadas por el tiempo y el mal uso, que contenían el opio que habría de ser fumado.

Una chica muy joven la tomó por la espalda, la recostó sobre un diván y, deslizándose con suavidad sibilina, le introdujo en la boca la boquilla de una pipa. Con la primera inhalación, que por desconocimiento fue demasiado profunda, Consuelo sintió como si alguien golpeara su cerebro y sus pies se alejaran del suelo.

Cuanto más inhalaba, más se le embotaban los sentidos y se distorsionaba la realidad, que buscaba un camino para dirigirse hacia otra que fuera distinta. Gracias a la droga la encontró, todos los que estaban allí la encontraban. El problema era cómo salir de ella para retornar a la auténtica, a la verdadera realidad, en la que tenían que seguir viviendo.

Los dolores del cuerpo se volatilizaron como el cuerpo mismo. En la mente, confusa, fueron apareciendo retazos de sus besos con Pepe, de los bailes de cancán en el Moulin Rouge de París, los aplausos del público y los abrazos de su madre cuando era niña. Se instaló en una desconocida sensación de bienestar en la que se dejaba mecer por un viento suave y agradable que agitaba sus cabellos causándole placer.

Hasta el alma dejó de dolerle. Aunque para entonces estuviera tan aturdida que no se diera ni cuenta.

41.
Una amante retadora

Santander y San Sebastián, verano de 1913

La brisa marina suavizaba el rigor de la canícula. Molestaba la humedad, pero a Consuelo y a Nati les compensaba la cercanía del mar y no sufrir la incomodidad de las altas temperaturas de Madrid.

Habían llegado a la capital cántabra después de una gira que, hasta ese momento, las había llevado a Zaragoza, Alicante y Valladolid, para continuar después en San Sebastián coincidiendo con la Semana Grande. El insuperable éxito de las funciones del Teatro Apolo, en Madrid, habían revitalizado a La Fornarina.

En aquellos días de ensayos y agradables paseos por la orilla en la playa pudo comprobar la expectación que generaba su visita a Santander y cuánto era de inmenso el cariño del público. Vivía un momento tan en calma y plácido, como lo estaba, extraordinariamente, el mar. No parecía que ninguna tormenta pudiera desatarse para agitar las aguas con zozobra. Pero la supersticiosa Fornarina, por alguna razón, no dejaba de acariciar la estampita de su Virgen de la Soledad durante todo el día del estreno.

—No puede ser que, a estas alturas, estés nerviosa por actuar en Santander. —A Nati le llamó la atención la actitud de Consuelo.

—No son nervios.

—¿Entonces qué es? Porque hoy a la pobre virgen no la acaricias, como siempre, sino que la frotas. ¡Hija, la vas a gastar!

—Nada… cosas mías. Vayamos ya para el teatro, que nos estarán esperando.

Todas las localidades del Teatro Pereda se habían vendido, llevaban días agotadas para las siete funciones. La Fornarina ya estaba acostumbrada a la expectación del estreno y Santander no fue una excepción.

Ovación al recibirla en escena y otra, mayor aún, al finalizar el espectáculo. Consuelo llegó a pensar que aquellos vítores y aplausos embriagaban más que el opio.

Nati la esperaba al pie de las escaleras del escenario nada más bajar el telón.

—No creas que estoy loca —le dijo la artista—, pero me ha parecido ver entre el público a una mujer que se parecía mucho a la Manón esa —hablaba con desprecio.

—Pues sí, pienso que estás loca, Consuelito. Ya me dirás qué iba a hacer la tal Manón aquí sentada viéndote actuar.

—Lo sé, pero era idéntica.

—Creo que estás obsesionada con ese asunto. Olvídalo.

—¡Tienes razón! Ven aquí, anda, y dame un abrazo —Consuelo se puso, de nuevo, alegre—. ¡Hemos vuelto a triunfar, amiga mía!

Al abrir la puerta del camerino, que no era individual, Consuelo y Nati se quedaron sin habla. «Va a ser que no estás loca…», musitó Nati sin fuerzas, como si se hubiera quedado sin fuelle.

Consuelo Torres, Manón, estaba allí. Era ella. Se había presentado en el camerino con la excusa de saludar a la otra artista de la función, la sevillana Amalia Molina, que fue consciente en todo momento de la tensión entre ambas mujeres aunque ella nada podía hacer.

—Por lo que se ve, el atrevimiento no tiene límites para algunas —dijo La Fornarina mirándola fijamente; más bien incrustando su mirada en la que consideraba desvergüenza de Manón.

—Supongo que hablarás de ti misma —respondió insolente Consuelo Torres.

—¿Se puede saber qué haces tú aquí?

—Estoy de vacaciones en Santander y he pensado en venir a saludar… a Amalia. Aunque no tengo por qué darte explicaciones. Por cierto, es un placer conocerte. La otra vez que nos vimos no diste opción ni siquiera a que nos saludáramos.

—Las dos sabemos que no es una buena idea que hayas venido. Y no vamos a fingir una cordialidad que no existe, ni existirá nunca, entre nosotras.

—Tranquila… —le recomendó Manón utilizando un tono de voz hiriente.

—Yo estoy muy tranquila. Quizás quien no debería estarlo eres tú. Tu ahora querido Pepe te dará la patada cuando dejes de interesarle, te utilizará en la medida de sus necesidades, ¡y pobre de ti como no triunfes! Porque, entonces, el momento en el que te deje se producirá más pronto que tarde. Y, por lo que veo, no parece que vayas a llegar muy lejos en el mundo artístico. Vámonos, Nati, hoy me desmaquillaré en el hotel, allí el ambiente estará más respirable que aquí.

Cogió su fina capa de abrigo y salió con la dignidad exacerbada y pisando fuerte, el suelo y también sobre la aturdida perplejidad en la

que había dejado sumida a Manón. Suficientes problemas tenía La Fornarina con Cadenas, como para que su acompañante ocasional le montara un numerito para ponerla nerviosa.

El verano en el norte de España se estaba poniendo animado. Manón no era la única que se dejó ver por aquellos lares norteños. El torero Rafael Gómez Ortega, el Gallo, a quien la prensa local le atribuía un romance con La Fornarina, también andaba en esos días, no por Santander, sino por San Sebastián, adonde ella ya había llegado para su próxima función.

—No le des importancia, ya sabes cómo son los periodistas.

A Consuelo no le había sentado bien la invención del romance con el torero. Pero fue solo al principio. Enfadada como estaba porque Manón siguiera en la vida de Pepe y, encima, hubiera tenido la desfachatez de acudir al teatro donde Consuelo actuaba, consiguió verle la parte positiva. Se sentó en un pequeño escritorio que había en su habitación, junto a la ventana desde la que se veía el mar, y escribió una nota que entregó a Nati.

—Dásela al conserje para que se la entregue a Rafael.

—¿A qué Rafael? ¿Al torero? Mira que te temo, Consuelito.

—Es comprensible —bromeó Fornarina.

Rafael se alojaba en el mismo hotel. Consuelo y él se habían visto en varias ocasiones en Madrid. A ella le gustaban los toros y había presenciado más de una corrida del maestro, compartiendo otros momentos fuera de la plaza.

Las calles y los locales de moda de San Sebastián, que no eran muchos, fueron testigos de sus encuentros, que la joven no deseaba ocultar. Al contrario, fomentaba que frecuentaran lugares en los que sabía que serían vistos. El Gallo estaba encantado presumiendo de acompañante. Como era de esperar, los periódicos no tardaron en recoger la noticia, incluido un hecho que, más que avivar los rumores de un posible idilio, fundamentaba dicha suposición. Una mañana, a punto de partir el maestro para una serie de corridas de toros, en el andén de la estación La Fornarina y El Gallo alumbraron su despedida con un apasionado beso que llamó la atención de los pasajeros que subían al tren.

El beso fue recogido por la cámara de un fotógrafo de prensa, quedando inmortalizado para la posteridad y para el orgullo herido de José Juan Cadenas, que decidió acudir a San Sebastián en un intento inútil de reconciliación. Pero inútil no por parte de La Fornarina sino por él mismo ya que, en el fondo, el periodista no estaba dispuesto a renunciar a sus conquistas y a rodearse de bellas mujeres, que su trabajo, en aquel momento como director y adaptador de operetas en el madrileño Teatro Reina Victoria, le facilitaba. La quiebra en la

pareja era difícil de recomponer. Muy difícil. Pero seguían hacia delante, juntos, sin pensarlo, como un tren sin frenos o un caballo desbocado al que se le han partido las riendas.

Regresaron juntos a Madrid y la situación entre ellos volvió a empeorar. El terrible y desastroso ciclo que se repite. Pepe volvió a las andadas saliendo con otras mujeres, sobre todo con Manón, y Consuelo intentó darle celos con hombres que no le interesaban lo más mínimo.

Su amigo, el periodista el Duende, estaba dispuesto siempre para ella y a él recurrió, para salir y desahogar su tristeza e impotencia. Con ello no hizo más que contribuir a que Cadenas se reafirmara en su sentimiento de ruptura.

—Lo siento, Consuelo, ya no podemos seguir. Yo, al menos, no puedo. He agotado todo lo que de mí podía mantenerse vivo en nuestra unión.

—Por situaciones peores hemos pasado y las hemos superado —replicaba ella.

—No sigamos engañándonos.

Entonces empezaron a echarse en cara mutuamente lo que uno y otra habían hecho para provocar celos y abatimientos. Dolor. Desasosiego. Cayeron en la trampa del peor cruce de reproches que pueden hacerse dos personas que se habían amado tanto como ellos.

Hasta que Pepe sentenció:

—Este es el punto final definitivo.

El punto final.

La ruptura definitiva.

«¿Así? ¿Sin más…? ¿Es posible que el adiós sea tan definitivo e irreversible como dice Pepe?». Consuelo sintió desmoronarse el mundo y arrastrarla en su caída.

«¿A qué puedo aferrarme, si no es a la idea de que este amor era para toda la vida?».

Tenían que alejarse para siempre. Tomar otro camino sin tener ninguna dirección a la que ir.

Alejarse…

Había llegado el temido momento en el que buscar otro horizonte que permitiera ver la salida del sol.

Nati comenzó a preocuparse porque cada vez con más frecuencia encontraba a Consuelo en un estado que le resultaba extraño. Nunca la había visto así; parecía otra persona. Un día se aventuró a seguirla cuando terminó la función en el teatro. Arribó a una de las peores zonas del centro de la ciudad. Daba miedo pasear por aquellas calles pasto de malhechores que deambulaban como muertos en vida.

La vio entrar en un portal oscuro y asqueroso. Subió las escaleras y descubrió que se trataba de un fumadero de opio.

Salió corriendo a la calle y comenzó a caminar sin rumbo ni saber qué hacer. Se le ocurrieron varias ideas que desestimaba en cuanto llegaban a su cabeza. Acabó tomando la drástica decisión de dar media vuelta y entrar para sacarla de allí. Fue terrible lo que vio en ese antro.

La encontró tumbada en un colchón inmundo. No perdió tiempo en recrearse en lo infame que era el lugar ni en preguntarse cómo una persona como Consuelo había podido acabar allí. Tenía que actuar y lo hizo.

—¡Me duele! Me duele, Nati. Déjame —imploraba Consuelo.

—¿Qué te duele? —La amiga la sujetaba intentando llevársela de allí.

—Me duele Pepe —empezó a gimotear sin que el llanto arrancara—. Y también me duele aquí —indicó, apretándose la zona de los ovarios—. Pero… pero más me duele Pepe, más…

Y entonces sí llegaron las lágrimas; un llanto desconsolado y dramático, como de muerte en cualquier escenario.

Un llanto que, mezclado con los efectos del opio, le nublaba el entendimiento, entorpeciendo la salida de sus palabras.

Se agarró a Nati con una fuerza sorprendente.

—¿Dónde está? ¿Dónde? —imploraba.

—¿Quién?

—¡Él! Para mí solo existe él.

Hablaba con voz pastosa y seguía aturdida.

—Solo ha habido un hombre… solo uno… solo él… Mi vida…

Con grandísimo esfuerzo, Nati consiguió sacarla de aquel sitio infecto. Consuelo se dejó llevar creyendo que iba a un lugar donde no existe el dolor ni la tristeza.

Sus lágrimas alzaron el vuelo, compulsivas, como las libélulas. No recordaba qué había sucedido la noche anterior.

Lloraba mientras se abrazaba al recuerdo de a quien había amado hasta casi despojarse de sí misma.

Se abrazaba a ese recuerdo coronado de espinas.

Siguió llorando.

Y cuando recuerde que hay quien me quiere mal, seguiré sonriendo siempre…

42.
Su eterno enamorado

Madrid, otoño de 1913

Tras la gira veraniega, Madrid, la ciudad que siempre llevaba anclada en el corazón, la recibía con muchas ganas. Las mismas que ella tenía de regresar.

Se alojó en el Hotel Palace mientras Nati se dedicaba a poner a punto un piso de lujo en el que Consuelo iba a vivir como inquilina. El entresuelo de un señorial edificio de la calle Castelló. Era imposible que ella tuviera dinero para alquilar un piso tan caro. El rico aristócrata Adrián Kaussman, el eterno enamorado de La Fornarina, el hombre paciente, era quien corría con los gastos.

Cuando Adrián la llevó a conocer el que sería su nuevo hogar, a Consuelo le entusiasmó. El piso era amplio, muy luminoso y parecía nuevo. Le encantó la cocina, soleada gracias a un ventanal que daba a la calle.

—Es extraordinario, todas las cocinas del mundo en los pisos dan a un patio de luces, menos esta.

—Es que es un piso diferente a los demás. Tú lo haces diferente.

Se sintió halagada.

—¿Por qué eres tan bueno conmigo?

—Vaya, vas a hacer que me repita: tú me haces bueno, Consuelo. Espero que no te parezca cursi porque es una gran verdad. Haces buenos a los seres que están a tu alrededor.

Le embargó una cómoda y agradable turbación.

La casa ocupaba parte del segundo piso, en el que solo había otro vecino. Una enorme maceta, con una planta alta y de intenso verde, embellecía el rellano.

—Es una Areca Dypsis —le había explicado Adrián antes de franquear la entrada de la vivienda—. ¿Sabes cómo la llaman? La palmera de los frutos de oro.

—Resulta exótico.

—Sí, pero, por favor, no me preguntes el porqué de su nombre ya que no tengo ni idea.

Ambos rieron. Consuelo se sintió a gusto, en paz. Tranquila.

—No puedo aceptar esto, Adrián. Es demasiado.

Recorrían las estancias deslizándose como si una brisa marina les empujara.

—Me ofenderías si no lo aceptaras.

—Sé que esperas de mí algo que tal vez no pueda darte nunca.

—¿Crees que soy ese tipo de hombres que hacen regalos a una mujer a cambio… de qué…? ¿De su íntima compañía? ¿De sexo, tal vez?

—No quise despreciar tu generosidad, lamento que lo hayas entendido así —le tomó la mano en son de paz.

—Siento haberte hablado de ese modo —se disculpó con sinceridad Kaussman—. Pero, por favor, te ruego que aceptes mi ofrecimiento. Lo único que pretendo es tu bienestar. Una mujer como tú merece esto y muchísimo más. Mi recompensa consiste, sencillamente, en gozar de tu compañía, ¡que no es poco!

—Te creo y me faltará vida para agradecértelo. En estos días tengo intención de viajar a París para desmontar el piso en el que vivía co… en fin, para desmontar mi casa y embarcar lo que pueda aprovechar para… mi nuevo hogar, esta casa.

La última frase llegó con cálida sonoridad a los oídos de Adrián. Cabalgó en ella lo más parecido que podía encontrarse en la Tierra a la felicidad.

Consuelo siguió contándole:

—Aprovecharé también para retirar unos pequeños ahorros que guardo en el banco Crédit Lyonnais. No tiene sentido que los mantenga si no pienso volver a vivir en París.

—¿Así que no volverás a París? —Kaussman recogió el guante con satisfacción.

—¿A vivir? No creo. De visita, sí. Tengo buenos amigos en esa ciudad.

Precisamente a Adrián no podía contarle que la idea de volver a vivir en Madrid y sola le costaba, por muy lujosa que fuera la casa. Dar ese paso, en aquel momento, no llegaba a ser aterrador, pero se aproximaba bastante. En cualquier caso tenía claro que lo que no haría sería vivir con otro hombre y menos si no lo amaba. Y a Kaussman no lo amaba. Bien que lo sentía, pero era la verdad.

—¿Necesitas ayuda con la mudanza? —le ofreció el aristócrata.

—Muchas gracias, pero no es necesario, lo tengo todo organizado. ¡Bastante has hecho ya! Adrián, de veras que no sé cómo agradecerte lo que te desvives por mí.

—Ya lo haces. Estamos aquí, compartiendo un tiempo muy valioso, charlando, disfrutando de la dicha de ser testigo de cómo te gusta esta casa. En mi opinión es más de lo que podría soñar.

Se despidieron y Consuelo marchó hacia el hotel con el corazón en calma y su espíritu reconfortado. Pensó que en la vida había que conformarse con lo que se presenta sobre todo si es mucho más de lo que el común de los mortales podría conseguir.

Tenía ganas de darse un baño y meterse en la cama. Los preparativos para el nuevo hogar le llevarían tiempo y necesitaría de todas sus fuerzas para el traslado de ropa y objetos, y el ajetreo que conlleva una mudanza.

A tan solo un día de poder ocupar definitivamente el piso de la calle Castelló, con todos los muebles y enseres colocados, sucedió un hecho inesperado. Ni el paso del cometa Halley habría provocado una convulsión semejante en la vida de Consuelo. Fin de la paz, la calma y la tranquilidad.

Lanzar la mirada hacia el destino no supone que sepamos, o que ni siquiera intuyamos, hacia dónde nos llevará.

Cuando un botones llamó a la puerta de su habitación para entregarle una nota, Consuelo no pensó en la posibilidad de que la vida fuera a girarse del revés.

> Estoy en el vestíbulo del Palace. ¿Puedo entrevistarme contigo? Solo tienes que decir que sí y subiré sin pensarlo.
>
> Tuyo, tu Pepe C.

El pulso se le aceleró. Sintió el latido de lo irremediable golpeándole. Por un instante fugaz, mínimo, se le pasó por la cabeza la ensoñación de que quizás las cosas entre ellos pudieran solucionarse. Sabía que era una tontería, posiblemente una equivocación que sumar a la larga lista de las anteriores, pero saberlo no le privaba de pensarlo.

Le dijo al mozo que le transmitiera al caballero que le había entregado la nota que estaría gustosa de recibirlo en el salón de su habitación.

El bigote de Pepe apuntando hacia el cielo y la sonrisa de Consuelo los puso en el disparadero. Plantados en el umbral de la habitación entendieron, al mirarse, que nada ni nadie iba a poder detenerlos.

Quisieron decirse muchas cosas, pero, cuando empezaron a besarse y a prodigarse caricias que estallaron ávidas de la piel del otro después de un tiempo contenidas, se dieron cuenta de que las palabras no hacían falta.

La cita fue corta. Esa misma noche, Cadenas se encargó de liquidar la cuenta de Consuelo en el Palace y, sin dar explicaciones a

nadie, partieron de inmediato hacia París juntos.

No hubo tiempo para mucha previsión. Únicamente Consuelo dejó escrita una carta para Adrián, su generoso admirador y amigo, su eterno enamorado, excusándose por no llegar a ocupar el piso cuyo alquiler le había regalado. Enviaría a recoger el mobiliario y los enseres que ya estaban colocados esperándola, convertidos en mudas estatuas de la decepción.

Al leerla, Kaussman no se enfadó, era de todos conocida la relación apasionada, pero borrascosa entre el periodista Cadenas y la artista. Convencido de que su momento llegaría, el aristócrata estaba dispuesto a esperar.

Su capacidad de espera y su paciencia eran resistentes al fracaso. Solo tenía que convencer de ello a la mujer que se le escapó de entre los dedos avivando aún más sus resignadas ganas de ella.

Con lo que no contaba Consuelo era con que la decisión de reanudar la relación con Pepe y volver a vivir con él en París iba a acarrearle la desaprobación de su gran amiga y colaboradora de tantos años hasta el extremo de abrir una brecha insalvable en el vínculo que las unía. Nati, cansada de ser testigo de cómo Consuelo tomaba decisiones alocadamente referidas siempre a su relación con Cadenas, decidió no acompañarla a París. En realidad decidió abandonarla.

—Quiero buscar nuevos horizontes profesionales. —Era una verdad a medias, pesaba más su profundo desacuerdo con la nueva decisión de Consuelo y decidió aprovechar esa circunstancia.

—No me creo que sea esa la razón de que nuestras vidas tomen caminos distintos. ¡Es una decisión muy drástica! —intentaba defenderse.

—¿Sabes lo que de verdad pienso, Consuelito? Que Colette tenía razón: Pepe es la personificación de unas firmes cadenas que te tienen prisionera.

—Yo no lo veo así. Simplemente nos amamos. Está bien, haz lo que quieras, emprende un nuevo camino —más que hablar, escupía con rabia y soberbia las frases, enfadada—. ¡Y no vuelvas a llamarme Consuelito!

Le salió un pronto malsonante fruto de la desesperación de tener que asumir la renuncia a Nati para el resto de su vida. Nati era el orden y el consuelo. El bálsamo enérgico que le ayudaba a centrarse. Juntas habían pasado por muchas situaciones buenas y malas. Y siempre estaba ahí, solícita para tenderle la mano y evitando juzgarla. Pero Nati no quería seguir a su lado para ver la que presumía que sería su caída si mantenía su relación tempestuosa con ese hombre. Las idas y venidas, sin tener nunca ningún argumento que no fuera el amor, provocaron una erosión que terminó por agotarla.

Volvió a casa de su madre con una pena enorme y un

sentimiento de frustración porque su vida durante años había sido Consuelo y porque la quería. Entendió que por amor, aunque fuera de amistad, se podía romper una relación. Pero eso ya no se le dijo.

París, invierno de 1914

De la necesidad no siempre se hace virtud. Consuelo y Pepe se necesitaban con ahínco, podría parecer que era irremediable que ambos tuvieran necesidad del otro, pero eso no suponía que fuera un virtuoso acierto haber vuelto. ¿Tal vez fue un error? ¿Otro más? Nunca se sabe hasta que no te embarcas en un navío que puede que llegue a mal puerto. Si no subes no podrás saberlo.

Pasaron un invierno maravilloso arropados por los ecos de los puentes de piedra sobre el río Sena y cobijados en la irrefrenable pasión que decoró el frío de París.

La enfermedad de Consuelo, aunque amagaba con aflorar otra vez, no lo hizo. Se mantuvo latente durante aquellos meses de amor y de salidas para disfrutar de la bohemia que ofrecía París sin corsés. Fue feliz participando en tertulias literarias con Colette y su grupo de escritores amigos, en las que no solo se hablaba de literatura entre vaharadas de humo y alcohol, sino también, y sobre todo, de la vida.

La pareja acudía a prácticamente a todos los estrenos teatrales y musicales que se produjeron en aquel tiempo. Frecuentaban el Folies Bergère y el Moulin Rouge, salían a comer, a cenar, a visitar los más variados locales nocturnos…

Vivieron una época de bonanza que resultó exagerada, por encima de sus posibilidades. Gastaron más de lo que debían y podían, y afectó a la relación. No era ninguna novedad. Ya les había ocurrido en ocasiones anteriores, pero no escarmentaban. Si Nati hubiera seguido al lado de Consuelo estaría reprendiéndola, y con razón, por volver a tirar de sus ahorros; un dinero que con tanto esfuerzo había ganado en los últimos años en los que la enfermedad hacía mella en su salud. «¿Qué va a pasar con tu sueño de retirarte a un chalecito en Madrid, con tus plantas y una buena cocina en la que disfrutar entre los fogones?», le diría. La conocía bien y sabía que era una buena cocinera a la que le encantaba pasar tiempo elaborando sus propias recetas. «Eso también es arte», la alabó Nati una vez y al recordarlo derramó una lágrima furtiva. Su amiga ya no estaba.

Se vio obligada a hacer planes para volver a Madrid y actuar, a pesar de que era lo último que querría haber hecho en ese momento.

—Prométeme que volverás pronto a París —le pidió Colette antes de partir. Habían forjado una bonita amistad que ninguna de las dos quería que se cortase por los avatares de la vida.

La despedida con Pepe, en cambio, no fue todo lo buena que habría cabido esperar. En el adiós se cargaron nuevos reproches, en esta ocasión que él la había llevado a gastar unos ahorros que necesitaba al abocarla a una vida de ocio y salidas desenfrenadas. Que más daba la razón. Su amante se convirtió en una quimera a la que había que renunciar en aras de una mejor vida.

En aras de la propia supervivencia.

Lo primero que hizo al regresar a Madrid fue ir a visitar a su hermana Petra, a quien encontró convertida en una señorita. El tercer hermano, Luisillo, un año y medio más pequeño que Petrilla, había encontrado trabajo en Galicia en la carbonería de un amigo de Laureano, el padre, que le ofreció además techo y comida. Le faltó tiempo al chaval para salir de casa corriendo celebrando no tener que volver más. Pero se llevaba bien con sus hermanas.

Cuando ese día Petra abrió la puerta de casa y se encontró a Consuelo se fundió con ella en un intenso abrazo con el que le regalaba las horas perdidas durante años.

—Te necesito, Petrilla… —le confesó Consuelo con emoción contenida tras el abrazo.

Fue sincera, le contó lo que había pasado con Nati.

—A ti no puedo engañarte, hermanita. Me aterra la soledad.

—Una estrella como tú diciendo eso impresiona. Pero te entiendo. Yo también me he sentido muy sola desde que te fuiste, pero no te lo estoy echando en cara, en absoluto. Hiciste lo que debías. Ojalá mamá siguiera estando entre nosotros.

Volvieron a abrazarse, esta vez entre lágrimas compartidas.

«Una estrella como tú»… Consuelo se juró a sí misma que haría todo lo posible para que su estrella no se apagara nunca.

Teatro Apolo, Madrid, 1 de mayo de 1914

Su vida experimentaba períodos cíclicos. El madrileño Teatro Apolo parecía tener reservado un hueco perpetuo en su destino y, así, en

aquel momento de necesidad apareció con un nuevo contrato.

A La Fornarina le gustaba volver a Madrid en primavera. Hacía lo posible por no faltar a la cita con esa estación del año aunque no tuviera que actuar, que no era el caso, ya que ese año estrenaba nueva función el primer día de mayo.

Le asistía su hermana Petra, que estuvo ayudándole a maquillarse y a prepararse para el debut esperado por su público fiel.

Habría deseado que aquella noche se desarrollara de manera muy diferente. Pero al salir al escenario, en La Fornarina se apreciaban signos manifiestos de su mala salud. Estaba desmejorada y era evidente el tremendo cansancio que le quitaba las ganas de actuar. Lo peor que se puede apreciar en una artista. Pero se esforzó para sacar fuerzas.

Los ciclos que se repetían no siempre eran buenos.

De pronto… Un racimo de nervios, como uvas de una viña, se apoderaron de su cuerpo hasta hacerlo temblar. No podía ser lo que estaba viendo… ¡no!

Allí, en primera fila… ¿Cómo era posible…? ¡Volvía la pesadilla!

La vida no le concedía un respiro y ella carecía de fuerzas para seguir luchando. ¿Merecía la pena hacerlo por Pepe, si hasta le había costado la amistad más auténtica de la que había gozado? Nati. Uno de los pilares que sustentaban su vida.

La iridiscencia de la libélula no quiso esa noche serle de ayuda.

Posiblemente no pudo.

43.
Vientos de guerra

La sala le daba vueltas. Veía cabezas del público rodeadas de una confusa nube que las empastaba unas con otras. Estaba mareándose. Se asfixiaba allí dentro, en el interior de un local que para ella había sido el templo en el que se alojaron sus sueños de niña. Un lugar en el que se sentía a gusto. Hasta ese momento.

¿Por qué tenía que ocurrirle? ¿Por qué…?

Ella. Otra vez. Cuánto deseó haber estado, en ese instante, en la orilla del Mediterráneo llenando de aire sus pulmones e inspirando aquella brisa de salitre olvidada…

Pero no. Era de noche y se encontraba en el Teatro Apolo de Madrid.

También ella.

Sentada en primera fila junto a su hermana Paquita estaba Manón. Las dos mujeres se habían maquillado para la ocasión y exhibieron al mismo tiempo una sonrisa de rojos labios que provocaron en la mente de La Fornarina la imagen de Pepe besando los de Manón.

A Consuelo le invadió una irrefrenable ráfaga de cólera. Entonces dejó de pensar en la función, no podía porque su cabeza había pasado a ser ocupada al completo por el recuerdo del amor que sentía hacia Cadenas. Y ese sentimiento, y la idea que tenía de él, pasaron a convertirse en su momento presente, allí, plantada sobre el escenario del Apolo. Se tambaleó ligeramente.

Tenía que reaccionar. La cólera se trasladó a la voz y sacó el mayor torrente del que era capaz —su voz no se caracterizaba por la potencia— para escupirle a Manón los cuplés a la cara. Pero a su rival amorosa no parecía afectarle nada, su irritante sonrisa se había quedado grabada en su rostro. Lo mismo en el caso de su hermana Paquita. Como dos gatas sardónicas, no paraban de reír. «¡Qué poca vergüenza!», iba pensando La Fornarina mientras cantaba.

Demasiados nervios le acabaron pasando factura y los cuplés brillantes y luminosos fueron apagándose poco a poco conforme avanzaba la función, hasta rozar la decepción. Fue una interpretación

mediocre que no estaba a la altura de una gran artista como ella.

Su amiga Nati se presentó en el teatro sin avisarle para presenciar su nuevo debut y evitó en todo momento que la viera. No ocupaba ninguna localidad, por si acaso. Se mantuvo de pie escondida tras uno de los pesados cortinajes del patio de butacas hasta que no pudo seguir presenciando aquel desastre, le hacía sufrir ver el mal estado en el que se encontraba Consuelo. Marchó silenciosa y discreta, como había llegado. Como siempre. Silencio y discreción, lo que su amiga, la gran artista, echaba tanto de menos ahora.

Petra esperaba a su hermana en el camerino para abrazarla.

—Vámonos a casa, Consuelo. Tienes que descansar. Olvídate de esa mujer y deberías olvidarte también de Pepe. Piensa ahora en ti. Es lo que debes hacer.

Se echó a llorar en los brazos de Petra como cuando de niña lo hacía en los de su madre, deseando haberse podido quedar dormida para olvidar todo.

Qué mala época era aquella para Consuelo Vello, La Fornarina. Desencantada de la vida y del amor, perdidas las ilusiones, terriblemente agotada y con la enfermedad arremetiendo con todo su vigor. Y aunque Petra se desvivía por ella, intentando suplir las atenciones de Nati, para Consuelo no era lo mimo. Sin su Nati le faltaba algo importante en la vida y así lo sentía con el comienzo de todos y cada uno de los días, en los que tristeza y soledad se aliaban en su contra.

En tales circunstancias anímicas decidió dejarse querer por su millonario admirador.

—Me encuentro peor que nunca, Adrián.

Le habló por primera vez de los males de salud que le aquejaban desde hacía años y él no entendió por qué no accedía a operarse, como le recomendaban todos los médicos sin excepción.

Kaussman, consciente de que posiblemente jamás fuera correspondido por la joven, creyó que podría haber llegado la hora en la que ella lo necesitara y quién sabe si querría cobijarse en él, «mi amor es limpio y honesto, carente de ningún otro fin ni interés que no sea hacerte feliz», quiso haberle dicho al tenerla delante, pero no se atrevió.

—¿Sabes con qué sueño? —le preguntó Consuelo.

—Me temo que no es conmigo —bromeó el serio Kaussman.

—Te hablo en serio.

—Y yo. Bueno, cuéntame tu sueño.

—Comprarme un hotelito, en Madrid, para retirarme.

—¿Un hotel? —Adrián se sorprendió y causó la risa en Consuelo.

—No, me refiero a un chalecito, no muy grande, pero lo imagino con un pequeño y hermoso jardín.

—Lo puedes conseguir, no es un sueño descabellado.

—No lo es, pero resulta que no dispongo del dinero que necesitaría para hacerlo realidad.

—Pero si te ha ido muy bien en tu carrera. Dime cuántas artistas han alcanzado tu éxito, la han admirado reyes y aristócratas, se codea con intelectuales y la han visto actuar en los mejores escenarios internacionales.

—¿Todo eso soy yo?

La Fornarina reaccionó con sentido del humor.

—Yo puedo prestarte el dinero. A mí me sobra.

—¡Ni hablar! Te lo agradezco, Adrián, pero eso sería demasiado y no quiero que insistas porque la respuesta siempre va a ser la misma: no. Además, el dinero nunca sobra.

—Está bien, está bien. Me ha quedado muy claro.

—Pero sí quiero pedirte algo.

Le entregó un papel doblado con esmero. Adrián lo desplegó y se alarmó al leerlo:

—¿Láudano?

Se trataba de la receta del médico al que convenció para que le detallara la fórmula magistral del láudano de Sydenham y se lo prescribiera.

—Pero esto es opio, Consuelo.

—Lo sé, me calma el dolor, créeme.

—No puedo participar de algo así, lo siento.

Consuelo le cogió las manos con fuerza en actitud suplicante.

—Por favor, Adrián, te lo ruego, consíguelo. No tengo a quién pedírselo. No tengo en quién confiar.

Ahí le tocó la parte más sensible de Adrián que le unía a Consuelo. La idea de que él fuera la persona en la que ella depositaba su confianza le llevó a acceder a su petición si con ello la ayudaba.

—Por detrás está escrita la dirección de la botica en la que te lo darán y el nombre del médico que lo receta. Has de decir que vas de su parte.

El hombre se guardó el papel en el bolsillo sin decir nada más.

—En Alemania me leyeron la mano y fue terrorífico —sintió la necesidad de abrirse a Adrián.

—No sería para tanto, seguro. ¿Qué vieron?

—Sí lo fue. Las rayas de mi mano dijeron que un gran éxito me llegó en mi tierna juventud, pero que estuviera preparada porque

también así podría llegarme la muerte.

—¿Tus manos dicen que morirás joven? ¿Y crees esas cosas?

—Soy lo bastante supersticiosa como para creerlo y me asusta. Presiento que va a ser así.

—Consuelo… nada deberías temer. Desecha de tu cabeza esas ideas absurdas, dignas de prácticas de brujería.

Le agradaba la calma con la que le hablaba Adrián.

—No mereces que te perturben historias como esa. ¿Por qué no te arreglas y vamos a comer algo?

—Te lo agradezco, pero estoy muy cansada. Quizás otro día.

—Lamento decirte, querida, que tengo un enorme defecto: me cuesta aceptar excusas. Le diré a Petra que te ayude y mientras iré pensando el mejor restaurante —le guiñó un ojo en un gesto de complicidad que gustó a Consuelo.

A finales de aquel mes de mayo actuó, cantando sus mejores cuplés, en una función extraordinaria en el Círculo de Bellas Artes. Su visible deterioro preocupaba a un público que, al haber oído rumores sobre su actuación previa en el Apolo, estuvo atento a todos sus movimientos y reacciones sobre el escenario con morbosa curiosidad. En efecto, los espectadores pudieron comprobar que había mucho de realidad en lo que corrió en la Villa y Corte como burdos chismes y quedaron conmovidos con la interpretación pesarosa de la admirada Fornarina.

> «Hay allá, en las orillas de la laguna de la Quinta, un sauce melancólico que moja de continuo su cabellera verde en el agua que refleja el cielo y los ramajes, como si tuviera en su fondo un país encantado».
>
> La sublime Fornarina habita y dota de sentido ese país encantado del que habla el poeta Rubén Darío, haciéndonos felices a los demás. La suya es una carrera de fondo plagada de éxitos que de ningún modo va a verse enturbiada por sus últimas actuaciones. Ha dado de sí misma más que ninguna otra artista que se conozca. Se ha entregado a su público hasta la extenuación; por eso, y no por ninguna otra malintencionada razón, es humano su cansancio.
>
> Vuelve a vibrar, Fornarina, y deja el sauce

melancólico para Darío. Obséquianos con lo mejor de ti en el escenario. Yo te estaré esperando y creo que no seré el único.

Tu caballero

Le sorprendió gratamente que el firmante como «Tu caballero» conociera sus gustos literarios, ya que Rubén Darío era de los poetas más queridos por ella. O tal vez fuera una casualidad, que, en ese caso, suponía un casual acierto de la persona que había redactado tan elogioso artículo. Consuelo los guardaba juntos, recortándolos con gusto. Ya tenía una buena colección de textos periodísticos de «Tu caballero», cuya identidad querría conocer para poder agradecerle lo que escribía sobre ella.

Aquello la animó. Inexplicablemente para Petra, aceptó una gira veraniega por Granada, Barcelona y Santander. Finalmente, San Sebastián, donde aprovechó para tomarse unas cortas vacaciones tras la tanda de actuaciones.

De vez en cuando, asegurándose de que su hermana no la veía, buscaba el frasquito de láudano que mantenía guardado en un lugar de su vestuario donde no pudiera ser descubierto y se tomaba unas gotas. Se convencía a sí misma de que no había caído en la adicción, pero en realidad le importaba poco, peor era el sufrimiento que le causaban los dolores.

Se dedicó a disfrutar, del mar, los paseos y el entusiasmo de su hermana, feliz de viajar con ella. El sol en la playa de la Concha le dio vida, la que parecía querer arrebatarle la pertinaz enfermedad.

Tenía previsto viajar desde San Sebastián a París para resolver unos asuntos financieros que en aquellos momentos eran vitales para su maltrecha economía y terminar de recoger algunas pertenencias personales que quedaron en su apartamento. Pensó, además, en su añorado Tobías, el muñeco que la acompañó y compartió con ella el éxito de la canción *El polichinela*.

Pero el 28 de junio de aquel 1914 se produjo un suceso con el que cambió el curso natural de la historia en Europa. El archiduque Francisco Fernando de Austria, heredero al trono del Imperio austro-húngaro, y su esposa Sofía, murieron en un atentado durante una visita oficial a Sarajevo, capital de Bosnia-Herzegovina. El sistema de

alianzas entre países se puso en marcha y, al mismo tiempo, una antigua red de venganzas y ganas de desagravios históricos que derivaron en el estallido de la guerra. La complicada situación bélica desaconsejaba un desplazamiento como el que había planeado Consuelo a París, una de las ciudades más afectadas por la contienda.

Confiaba en el criterio de su amigo, el periodista El Duende, para un asunto de trascendencia política y social de aquella envergadura y quiso conocer su opinión. Él fue claro y tajante:

—Estás loca si emprendes ese viaje.

—¿Tú también? Confiaba en tu amplitud de miras, te considero diferente al más común de los mortales.

—Qué graciosa estás hoy, ¿eh? —ironizó su amigo.

—No tanto como tú —se la devolvió.

—Hazme caso, Consuelo. Las noticias que llegan de Francia y Alemania son malas. Aquí nos pilla lejos y por eso parece que no va con nosotros, pero te garantizo que nos afectará. Ir a París ahora mismo es como si un cordero se metiera en la boca de un lobo, él solito.

—Me han llamado muchas cosas en mi vida salvo cordero.

—No, si está claro que tienes el día inspirado. Oye, por cierto, he leído un nuevo artículo de tu caballero…

—Sí, siempre resulta agradable.

—¿Y no tienes idea de quién puede ser el misterioso firmante?

—¡Ya me gustaría! Pero no —se quedó pensativa—. ¿No serás tú, verdad?

—¡Ya me gustaría!

Se desataron risas cómplices en los dos y en Adelardo también frustración y rabia por no haber sido capaz de persuadir a su tozuda amiga para que no cometiera la temeridad de ir a París.

Acostumbrada a sortear los peores obstáculos, Consuelo estaba convencida de que Tobías le traería suerte y decidió afrontar sola el complicado y arriesgado viaje. No consiguió convencer a nadie para que la acompañara; a Kaussman no consideró oportuno proponérselo, aunque habría podido ser la compañía perfecta para una aventura como la que se presentaba por delante.

A quien no quería poner en riesgo era a su hermana Petra, que, sin embargo, se ofreció a acompañarla.

—Ni hablar, Petrilla. No puedo permitirte que vengas conmigo aunque me encantaría que fuéramos juntas.

—¿Y por qué no se lo pides a Kaussman? Él te dirá que sí.

—Lo sé, pero no quiero que piense lo que no es, que me malinterprete. Sabes que él querría dar un paso importante conmigo, pero desgraciadamente no estoy enamorada de él.

—¡Pues es una pena, hermana! —comentó Petra divertida—. ¿Y este hombre por qué no se fijará en mí? —bromeó.

—¡Pero qué dices, insensata! Eres muy niña.

—Ya… ¡Ay, pero es que es tan guapo!

—Criatura… —comentó Consuelo con fingida resignación—. Ayúdame a elegir los vestidos para el viaje y déjate de tonterías, que tiempo tendrás.

París, agosto de 1914

El París que se encontró poco tenía que ver con el maravilloso que ella recordaba de los tiempos de gloria que vivió. El calor le resultó más denso; el ambiente, más pesado.

Las calles aparecían desiertas de gente y la poca que se atrevía a circular se asemejaba a apariciones que corrían a ponerse a resguardo de miradas indebidas evitando ser descubiertos. Se barruntaba la llegada de un acechante fantasma, el de la guerra.

El bullicio alegre del pasado había sido suplantado por el sonido de los aviones alemanes que sobrevolaban infundiendo un miedo lógico a lo pudiera desencadenarse.

Consuelo realizó las gestiones bancarias pendientes y cogió del apartamento lo estrictamente necesario. Su muñeco Tobías fue el primero en caer dentro de la maleta.

Como no debía permanecer mucho tiempo solo tuvo ocasión de ver a Colette. No se habría marchado de París sin hacerlo.

—Vete cuanto antes, mi querida amiga —le aconsejó la escritora—. Sal de aquí lo antes posible. Esto se está poniendo feo.

—¿Y qué harás tú?

—«De aquel terrible paisaje como jamás nadie ha visto, la imagen, vaga y lejana, esta mañana ha venido». Es un poema de Baudelaire. ¿Sabes cómo lo tituló? *Sueño parisiense*. Me preguntas lo que voy a hacer. Quedarme. No me marcharé del París de mis sueños aunque sé que posiblemente se convierta en un terrible paisaje que jamás nadie haya visto antes. Aguardaré a que pase el dolor y la tragedia que se nos avecina.

—Vente a España, Colette. Ven conmigo, no te quedes a sufrir

una guerra. Eso debe ser horrible. París, tan amado, tan hermoso, se convertirá en un infierno si esto avanza.

—Huir es de cobardes, Fornarina. Bien lo sabes tú, que jamás lo has sido.

—Lo sé, pero no quiero que sufras.

—Es lo que toca ahora. Ya nos hemos divertido bastante, yo desde luego —lo dijo con simpática picardía.

—¡Eres única! ¡Dios, cómo te echaré de menos!

—¡A ese no lo invoques! Y menos por mí.

Cuatro días después de abandonar París, la capital fue bombardeada por la aviación alemana, en un fatídico 30 de agosto.

La Fornarina regresó a Madrid con las maletas llenas de abatimiento y recuerdos, y con el ruido de las bombas que intuyó cuando partía mientras le lanzaba al Sena su adiós definitivo. Pero al menos Tobías no se separaría de ella nunca más.

44.
Un cuplé tuyo en mi boca

Madrid, primavera de 1915

La que ya llamaban Gran Guerra tiñó de sangre y luto Europa. En menos de un año, el continente se había hecho jirones en una contienda que mostraba el lado más feroz y brutal de la condición humana.

En una fatal coincidencia, la enfermedad de Consuelo se apoderó de su cuerpo de una manera irremisible, declarándole otra guerra distinta y sembrando de tristeza sus esperanzas. La parte del desengaño y la decepción correspondían a un hombre llamado Pepe. «Es mi pasión única; la de toda mi vida. ¡ÉL! ¡Ha sido tan bueno para mí…! Algunas veces me dio disgustos; otras, yo a él; pero los dos nos hemos perdonado siempre», escribió en una libreta una de las últimas mañanas de sueño y melancolía, temprano, amaneciendo un día que se sumaba a otro, y a otro, en una sucesión de jornadas de apatía e indolencia.

Petra no sabía qué hacer para sacarla del ensimismamiento en el que se le iban las horas del día con la única actividad de esperar la llegada de la noche.

—¿Ves? Si ahora tuviera mi casita podría salir al jardín y cuidar de mis flores. Plantaría hortensias y jacintos amarillos, dicen que era la flor favorita del rey Felipe II, lo he leído en algún sitio. ¿A ti te gustan las hortensias, Petrilla?

—No tengo ni idea de cómo son. ¿Tú crees que estoy yo para hortensias ahora? Tenemos que buscar a un médico, el mejor que haya en Madrid, para que te vea.

Consuelo, recostada en una especie de diván y tapada con una fina colcha, acarició la cara de su hermana con cariño.

—Me gusta que cuides de mí, Petrilla, pero no te preocupes más de lo debido.

—¿Y qué es lo debido? ¿Quieres que me quede cruzada de brazos contemplando cómo te vas apagando? —A su aniñado rostro

acudieron lágrimas más de impotencia que de otra cosa.

—Eso no es así.

—¿Ah, no? ¿Es que no te ves, Consuelo? Eres una persona llena de vitalidad y alegría. Y ahora no veo a esa persona por ningún sitio. —No pudo evitar echarse a llorar compulsivamente.

Su hermana mayor la abrazó, la ternura le aliviaba el espíritu, pero no los dolores.

—No llores, mi niña. Tienes razón, buscaremos al mejor ginecólogo de todo Madrid. He oído hablar de un tal doctor Recasens. Habrá que ir a por él.

«No llores, mi niña»… le salió la misma expresión que su madre le decía a ella, «mi niña»…

La consulta del doctor Sebastián Recasens y Girol estaba tan llena de libros que, si no fuera por el desorden en el que estaban dispuestos debido a la falta de espacio para tantos ejemplares, parecería una biblioteca.

Los adornos dispuestos por los diferentes muebles de buena madera maciza se veían de exquisito gusto y calidad. La estancia habilitada para que las pacientes aguardaran su turno estaba decorada con esmerada calidez.

Cuando La Fornarina acudió a él por primera vez, Sebastián Recasens era, a sus cincuenta y pocos años, una reconocida eminencia internacional. Había traído al mundo al infante don Gonzalo, hijo del rey Alfonso XIII y la reina Victoria Eugenia, nacido en 1902, el mismo año en el que el doctor, natural de Barcelona, había ganado por oposición la Cátedra de Obstetricia y Ginecología de la Facultad de Medicina de la Universidad Central de Madrid. Cuatro años más tarde fundó la Academia de Ginecología, Obstetricia y Pediatría. Recasens era, asimismo, académico de número de la Real Academia de Medicina y pionero en la lucha contra el cáncer ginecológico, siendo el introductor en España de las técnicas de radioterapia con las que combatirlo. Esto último suponía una auténtica revolución médica en la España de 1915. No cabía duda de que Consuelo había escogido a una importante celebridad médica.

Le detectó varios quistes ováricos que era necesario extirpar. Un diagnóstico que a Consuelo le dolió escuchar por más años que llevara sabiendo que una intervención quirúrgica era lo que le salvaría la vida.

En aquellos meses, la enfermedad era el centro alrededor del cual giraba la vida de Consuelo y las fuerzas y pocas ganas que le quedaban. Hasta que un día se produjo un hecho excepcional; un giro de los muchos que se habían diseminado a lo largo de su existencia.

Un coche de caballos, de vistoso empaque, llegó a la puerta de su casa y paró delante. El cochero que descendió de él, vestido con levita y chistera, subió a comunicarle que tenía la orden de invitarlas, a Consuelo y a su hermana, a que lo acompañaran hasta un lugar que no podía desvelarles.

La extrañeza de ambas las bloqueó momentáneamente. La artista desconfió; el hombre no solo no podía decirles adónde iba a llevarlas, sino tampoco de parte de quién venía, que era aún más importante. Sin embargo, Petra, demostrando una vez más la osadía de la temprana edad, convino que había que arriesgar y seguir al desconocido:

—Por favor, hermanita, ¿cuánto hace que no vives una aventura?

—Si es por eso, te diré que no necesito ni una más, ya he tenido bastantes.

—¡Pero esta es excitante! —le insistió Petra.

—O puede acabar siendo catastrófica, según lo que ocurra.

—Por favor, por favor, por favor…

Petra se ponía muy cómica cuando pretendía conseguir algo de su hermana mayor o convencerla para que aceptara lo que ella quería. Y lo consiguió.

—¡Pues vístete! ¡Rápido! ¡Qué emoción!

Recorrieron varias vías de la zona más noble de la capital hasta llegar a la calle Salas. Detuvieron el coche ante la fachada de una casa, un chalé del que se veía solamente la verja de la entrada.

—¿Es aquí? —preguntó Consuelo al cochero.

—Hemos llegado —le respondió—. Esperen, que les ayudo a bajar.

El hombre amable sacó un voluminoso juego de llaves, buscó una a tiro hecho y abrió con ella la cancela que daba a la calle, primero, y la puerta principal de acceso a la vivienda, después.

Consuelo y su hermana Petra se hallaban atónitas y desconcertadas. Se cogieron de la mano para adentrarse en aquel lugar desconocido pero agradable. Era una casa de dos plantas con el exterior pintado en un elegante y natural color crudo con remates en los arcos de la ventanas en tonalidades verdosas. El jardín, como el

chalé, no era inmenso, pero la disposición de los parterres y las flores que ya habían brotado lo convertían en un paisaje acogedor y de gran belleza. La parte delantera, la que daba a la calle y recibía a quien llegaba, ofrecía un reclamo de vegetación que recordaba, apelando a la imaginación, a una bombonera verde. Un coqueto rincón de agradable naturaleza desbordante.

El interior mejoró todavía más la buena impresión que daba el exterior. Los espacios eran amplios. Ventanales en todas las estancias permitían el paso de una luz clara y transparente. Una luminosidad animosa y saludable, que adquiría mayor relevancia en la cocina, dotada de cuatro ventanas dobles a través de las cuales podía observarse el jardín trasero.

—¡Es preciosa! —exclamó Petra con entusiasmo mientras recorría la cocina de un extremo a otro.

El cochero les iba explicando los entresijos de la vivienda y su distribución. Resultaba acogedora. Respondía con exactitud a la idea que siempre tuvo del chalecito en el que vivir cuando dejara los escenarios.

Al finalizar la extraña visita a la casa, el mismo cochero le entregó un sobre lacrado. El misterio excitaba cada vez más a la jovencísima hermana pequeña en la misma proporción que inquietaba a la mayor.

—¿A qué esperas? —le azuzó Petra—. ¡Ábrelo!

Contenía una carta:

> Mi adorada Fornarina:
>
> He leído con placer algunas de las entrevistas que se han publicado en periódicos y sé que uno de tus mayores sueños en esta vida sería tener tu propio «chalecito», como lo llamas tú. Una casita con jardín en la que retirarte en Madrid después de haber recorrido medio mundo prodigando tu arte.
>
> Sin duda te lo has ganado. Espero que seas feliz en esta casa que acabas de conocer y en la que puedes instalarte en el momento que decidas; tanto o más feliz de lo que soy yo pudiendo regalártela.
>
> Para un hombre que aspira siempre a más y a lo mejor, como es mi caso, los artículos se me quedaban pequeños para expresarte el sincero sentimiento que me mueve hacia ti sin esperar nada a cambio. Nada más que tu dicha, que no es poco.

Y algún día quién sabe…

Con mi respeto y admiración,

Tu caballero

«Tu caballero»… Ese hombre, quien fuera, estaba empeñado en hacer posible lo que con tanto ahínco anhelaba La Fornarina.

—Esto me desborda —reconoció ante el desconocido que se estaba comportando con suma corrección y discreción. Se limitó a sonreírles—. Me gustaría hablar con esta persona.

—Eso no es posible.

—Pero… ¡está regalándonos una casa!

—Tengo instrucciones muy claras. Debo ayudarles a trasladarse aquí cuando la señorita dictamine, pero no puedo decirles nada del señor.

—El señor… Llevamos así mucho tiempo. Ese hombre, que por lo que se ve es dueño de un gran corazón, está haciendo por nosotras algo que nadie haría. Seguro que es un buen hombre, una excelente persona, y deseamos conocerlo.

—Le repito que no es posible.

—Ya. Pues entonces no podremos aceptar este regalo. Es demasiado y no tiene sentido, no nos une nada a él, por muy generoso que sea.

—Si me permite, señorita, y le ruego que me perdone por tomarme la libertad de hablarle en estos términos, eso sería un desprecio terrible para alguien que está teniendo este gesto con su mejor intención. Tenga, este es el contrato que debe firmar y la vivienda pasará a estar a su nombre.

—Hermana —intervino Petra, que se había mantenido callada, no por prudencia sino impresionada por lo que les estaba pasando—, creo que deberías pensarlo bien. Este señor tiene razón. Tu caballero lleva tiempo escribiendo cosas muy bonitas de ti en los periódicos y ahora va y te regala una casa de manera desinteresada. ¿Cuánta gente hay a la que le pueda pasar algo así?

—Es usted muy sensata —dijo rápidamente el cochero.

—¿Nos permite un momento, por favor? —le pidió Petra al hombre, que asintió.

Se encerraron en un cuarto contiguo al salón. Petra quería tener unas palabras con Consuelo para hacerle reflexionar:

—A ver, ¿te imaginas lo felices que seríamos en una casa como esta? ¡Esto es un sueño inimaginable! Más aún, ¡un milagro!

—Lo sé, cariño, pero resulta todo muy raro, ¿no te parece?

—Pues… sí, pero porque no estamos acostumbrados a que la gente sea tan generosa. Consuelito, hermana, piensa en cómo podrías

descansar en esta casa y recuperarte, con tus plantitas… haciendo tu pollo tan rico… tus tartas… viendo cómo crecen las flores que plantarás en este jardín… ¿no te parece? —se lo repitió con intención.

Le hizo gracia que Petra, siendo tan joven, tuviera esa buena disposición de ánimo y fuera tan optimista.

—Es verdad, hermanita…

Su mirada se posó, a través del cristal, en una cascada de lilas que caían sobre el muro trasero como una melancólica melena sobre la espalda de una ninfa.

En menos de una semana, Consuelo y Petra se instalaban en la nueva casa, asumiendo que no podían agradecérselo al mecenas que lo hacía realidad. La ilusión de poder disfrutar de su «hotelito», sumado a la tranquilidad del entorno y, después de mucho tiempo, también a la económica, y a los cuidados de Petra y del doctor Recasens que la atendía con frecuencia al haberse tomado Consuelo en serio, por fin, su tratamiento, contribuyó a una especie de resurrección.

Atribuyó el alivio de los dolores a la tranquilidad con la que vivía en su casita de la calle Salas, cuyo jardín empezaba a cuidar, poco a poco, sin cometer excesos y atenta siempre a la posible llegada de alguna libélula perdida por la ciudad.

Así, en aquel tiempo primaveral se preparó a fondo para reaparecer, «piénsalo bien, hermana», le recomendaba Petra temiendo una recaída. Pero Consuelo lo había pensado más que bien. Le ilusionaba la sola idea de saber que el Teatro Apolo pudiera estar esperándola, como en efecto estaba. «El templo del arte»… escenario por el que habían pasado, y seguirían haciéndolo, los mejores artistas españoles y extranjeros. Y de entre todos ellos destacaba Consuelo. La relación de amor entre La Fornarina y el Apolo no podía apagarse como se había estado apagando ella; no estaba dispuesta a permitirlo.

Su buena disposición de ánimo fue otro elemento importante para la increíble recuperación que experimentó. De todos modos, y como se tomaba en serio su salud como nunca antes, quiso compartir con el médico la importante decisión que había tomado de regresar al teatro.

Volvió a visitar al doctor Recasens.

—Tengo que hacerlo, doctor. Necesito volver a actuar, para mí es la vida.

—Entiendo lo que me dice y me cuesta desaconsejárselo. Pero ha de saber que entre La Fornarina y Consuelo Vello, ahora debería elegir

a Consuelo. ¿Comprende lo que quiero decirle?

—Perfectamente, doctor. Y se lo agradezco, de veras. Pero tengo que hacerlo o me moriré.

—¿No contempla la posibilidad de que tal vez podría morir precisamente si lo hace? Un nuevo estreno sería excederse en su trabajo. Es la otra cara de una misma realidad, otra manera de verlo, y esa realidad es que a día de hoy usted está gravemente enferma. Pasado el verano debería operarse. En realidad debería hacerlo ya, pero temo que pueda producirse alguna infección posterior, para lo cual el calor es más propicio.

Ella no dijo nada a las sensatas recomendaciones médicas. Se mantuvo callada y seria.

—Bien —el doctor captó el significado de su silencio—. En ese caso, mi deseo es que le vaya lo mejor posible y coseche un nuevo éxito. Se lo deseo de corazón.

El 16 de abril, el Teatro Apolo estaba abarrotado. Era evidente la enorme expectación que generaba La Fornarina. Con las palabras del doctor Recasens muy presentes, elegir entre Consuelo Vello y La Fornarina, la artista acariciaba en el camerino la medalla de su venerada Virgen de la Soledad y la desgastada estampita.

Le dolían los ovarios. Petra advirtió que algo no iba bien y corrió a abrazarla. El dolor la doblaba.

—Petra, cariño, ¿puedes ir a conseguirme un vaso de agua?

—¡Claro! Enseguida vuelvo.

Fue una estratagema para buscar una pequeña bolsa de tela de la que extrajo el botecito que contenía láudano y tomó diez gotas. Suficiente. Luego inspiró profundamente y volvió a guardarlo antes de que llegara su hermana.

Meses antes de ese estreno había realizado varias grabaciones sonoras de sus canciones, «serás inmortal», le comentó Kaussman al acompañarle complacido a una de las sesiones. Nevaba en aquel día gélido en el que, como decía Adrián, inmortalizaba algunas de sus mejores canciones en un disco. Daba vértigo pensar en las personas y en la época a la que llegarían sus interpretaciones a través de aquellas canciones grabadas.

«Estaré en el Apolo, por nada del mundo me perdería tu debut, que será impresionante y apoteósico», le confirmó.

Llegó la hora de salir a escena. Se persignó.

El público respondió al esfuerzo de La Fornarina y le recompensó acudiendo a ver su espectáculo. Lleno total. Y las inequívocas y dolorosas huellas de su enfermedad caminando de puntillas por los recodos del teatro.

Sobrevolando la platea, el presentimiento fatídico de que había que aprovechar la ocasión y verla porque… quién sabe si habría más oportunidades.

> La satisfacción con que es siempre acogida por el público madrileño la reaparición ante él de la bella y gentil cupletista, se puso una vez más de relieve anoche en el Apolo, el teatro de los grandes triunfos de La Fornarina.
>
> La Época

Por fin apareció. Su presencia llenaba el escenario muy a pesar de su deterioro físico.

Se desató la locura. Aplausos y rojo clavel.

> Preludia la orquesta los primeros compases del cuplé y por el lateral izquierdo entra la gentil cancionista. Aplausos prolongados acogen tan bella aparición y mientras brillan resplandores de hermosura y destellos caprichosos de joyas, La Fornarina pregona claveles; con su paso menudo y su suprema elegancia cruza la escena y canta y envía los claveles a la sala, dejando vagar en los labios la sonrisa ideal…

… publicó el periódico *La Correspondencia de España* al día siguiente, 17 de abril, en su crónica sobre el estreno.

La Fornarina escogió con acierto las mejores composiciones de su repertorio para esa ocasión, la mayoría de José Juan Cadenas y algunas en colaboración con Quinito Valverde. «Con su repertorio, ameno y variado, con su gracia picaresca y con los encantos de su hermosura, cautivó a los espectadores, que le tributaron calurosos aplausos al final de cada canción», escribió el crítico teatral del diario *La Época*.

El delirio que se apoderó del teatro esa noche fue similar al de la prensa al día siguiente.

Teatro Apolo: Debut de La Fornarina.

La Fornarina es siempre la artista moderna. Su temperamento la lleva a sentir todo lo nuevo y así como su cuerpo va siempre vestido por la mejor modista, su espíritu va también siempre a la moda.

Se hizo artista en Madrid y sus canciones tienen toda la gracia chulesca de su pregón de sainete: en París aprendió gestos de señorita mimosa, y de esa mezcla de española y francesa nació La Fornarina que hoy es una muñeca rubia con zalamería de gitana.

Anoche reapareció en el Teatro Apolo. Estrenó cuplés y trajes; mucho gustaron unos y otros, y como ella gusta siempre, el éxito fue enorme.

ABC

El auditorio se volcó con La Fornarina. Al conocer todo el mundo el detalle de su historia de amor con Cadenas, aireada en la prensa durante años, una vez terminada la función y tras aclamarla durante varios minutos, los espectadores le pidieron que cantara «El último cuplé».

Sus ojos se agrandan y muy abierta la boca, como primera tentación, dice con su voz de cristal el título del cuplé…

La Correspondencia de España

El barullo de los bises y vítores dio paso a un silencio sepulcral que imponía. La Fornarina, con la cabeza inclinada hacia abajo como si quisiera guarecerse en su pecho, cruzó las manos sobre el mismo en un gesto de recogimiento. La alegre cupletista de garbo y desparpajo se convirtió, como si fuera una aparición espectral posada sobre el escenario, en una diva desgarrada por el zarpazo del desamor.

También es bella la canción: los ojos de la artista la subrayan con seductor encanto y los aplausos con que la concurrencia ovaciona a La Fornarina la obliga a cantar el último de la noche de su debut.

La Correspondencia de España

«El último cuplé», el último que escribió Cadenas para ella, convirtió al periodista y amante de la artista en una presencia que no estaba claro si era beneficiosa para ella. Pero lo afrontó, con el corazón roto.

> «El último cuplé» lo canta con un sentimiento tan insinuante que parece la revelación íntima de un anhelo: el alma de la cupletista acaricia el reposo y agita sus alas, vacilante, como ave en busca del nido donde se ha de posar.
>
> La Correspondencia de España

El alma de La Fornarina agitó las alas pensando en su libélula de Lalique, el broche con el que a veces creía proteger su pecho que tanto se le alteraba últimamente. Intentó, con enorme dificultad, acompasar la respiración para que el aire entrara en sus pulmones y, así, poder cantar. Levantó la cabeza y siguió con las manos cruzadas delante.

El silencio permanecía esparcido por el aire, respetando el duelo que abrigaba a La Fornarina en escena dando una mano a un invisible Cadenas al que querría haberle clavado puñales con la otra.

Entonó las primeras notas y, con ellas, intentó entonar también la emoción que, por momentos, parecía que haría estallar su cuerpo.

El público, que mayoritariamente era el habitual de La Fornarina, público siempre fiel, contuvo la respiración, inspirando gotas entreveradas de delirio y arrebato mientras ella se esforzaba por exhalar frases, palabras y partes de la escala musical de «El último cuplé», que sus labios, prisioneros de Pepe, acariciaban al soltarlas.

Las personas presentes aquella noche en el Apolo estaban teniendo la extraña sensación de que La Fornarina interpretaba la popular composición de Pepe Cadenas como si fuera la última vez que la cantara; como si se despidiera de su público, pero, por encima de todo, como si se despidiera de su «último cuplé».

Y de Pepe.

> … Y cuando, al fin, un día yo,
> como un juguete que pasó,
> al olvido el público me dé,
> cuando cante mi último cuplé
> en mi país, en mi país
> y en mi Madrid lo cantaré.

En un extremo de la sala, su amigo «El Duende de la Colegiata» ocupaba una de las butacas. Al otro, Adrián Kaussman aplaudía sin descanso desde que comenzó la función, hasta este momento de silencio en el que contemplar el desarrollo de aquella representación tan singular le oprimía la garganta con un persistente nudo. Pero allí estaba, rindiéndole su particular homenaje a la mujer de la que llevaba años enamorado silenciosamente, sin hacer ruido, acariciando la idea de que algún día ella pudiera corresponderle, como quien se deja acariciar por una pluma que apenas llega a rozar la piel.

Era la mujer que se mostraba públicamente deshecha mientras interpretaba su última canción de aquella función. La tenía ante sus ojos derrumbándose tan poco a poco que provocaba una impotente angustia. Adrián querría haber podido estirar un brazo para rodear su cuerpo y, acariciándola, decirle al oído que confiara en él, que todo estaba bien y que se recuperaría pronto de su enfermedad.

Para convencerla de que no tenía que desmoronarse, que no merecía la pena. Que ella importaba más que ese hombre por el que sufría.

> Nos pareció en la noche de su debut que la Bella Fornarina pasa por una crisis del ideal, una lucha entre la artista y la mujer, y que allá en su pensamiento más íntimo, las glorias de la escena perdieron ya gran parte del poder fascinador.
>
> La Correspondencia de España

Mientras en el Teatro Apolo tenía lugar la representación de La Fornarina, que tanto interés generaba, el doctor Sebastián Recasens estaba sentado tomando notas en su mesa del despacho, en la consulta. Era muy tarde para que estuviera trabajando, pero no conseguía mantenerse tranquilo. No dejaba de pensar en cómo le iría a Consuelo sobre el escenario.

Apuró la taza de café. El último sorbo del oscuro líquido coincidió con las últimas notas de «El último cuplé» en el Apolo, en el que negros augurios rodeaban como un halo la figura de La Fornarina. Había terminado.

La ovación se prolongó durante muchos minutos aquella noche.

Una ovación que en el tiempo se extendería para siempre, como lo haría la preocupación por su estado.

> La empresa del Apolo ha estado muy acertada al contratarla

> nuevamente. La Fornarina es ya una institución en este teatro.
>
> La Época

Pero pocos sabían que La Fornarina ya no quería ser una institución, y ni tan siquiera una estrella, sino una mujer sana arañando los cimientos de la felicidad. Pensó que tenía razón el doctor Recasens: había llegado la hora de elegir entre la artista y la mujer, algo a lo que ella se había estado negando durante toda su exitosa carrera. El brillo que ahora más le convenía no era el de la famosa estrella de las varietés y el cuplé sino el de Consuelito Vello.

El brillo, como el de las libélulas en la noche, que necesitaba para seguir viviendo.

> El tiempo dirá si «El último cuplé» fue cantado anoche con tanta delicadeza y ternura como artista o como mujer, aunque siga siendo tan sugestiva y misteriosa su sonrisa ideal.
>
> La Correspondencia de España

El tiempo es el único que siempre acaba diciendo la verdad.
Y la verdad, como escribió Musset, es eterna.
¿Pero cuánto tiempo le quedaba a Consuelo…?

El 28 de mayo, día en el que cumplía treintaiún años, «Tu caballero» publicó en un periódico un nuevo artículo dedicado a La Fornarina. Esta vez le felicitaba por partida doble: por sus actuaciones en el Apolo y por su cumpleaños, destacando lo que había conseguido y vivido en trece años. Solamente en poco más de una década, desde que pisó por primera vez el escenario del Teatro de la Zarzuela como figurante de relleno de la compañía. Aunque el periódico no lo mencionaba, porque no podía saberlo, en aquel entonces, cuando conoció a Nati en la cola para presentarse a las audiciones, era una analfabeta que no podía leer los carteles de la fachada.

Con el actual triunfo apabullante de ahora en el Apolo crecía también su pesadumbre; el desaliento de sentirse enferma y de que los médicos afirmaran que la fase de su dolencia ya había alcanzado una

gravedad que tal vez podía haberse evitado.

Quizás todavía no fuera demasiado tarde…

Solo quizás…

Resonaban los ecos de «El último cuplé» cantado en el Apolo.

«El último cuplé» era Pepe. Y Pepe era «El último cuplé».

«Me moriré con un cuplé tuyo en mi boca», le había dicho a su amor antes de la última y definitiva ruptura de la pareja.

Morir con un cuplé de Pepe prendido en su boca… y que el universo entero estalle en millones de puntos de luz y estrellas.

> ¡Oh, reina rubia!, mi alma quiere dejar su crisálida, y volar hacia ti, y tus labios de fuego besar; y flotar en el nimbo que derrama en tu frente luz pálida, y en siderales éxtasis no dejarte un momento de amar.
>
> RUBÉN DARÍO

45.
Mi corazón fantasma

Madrid, junio-julio de 1915

La salud de Consuelo iba a peor. Tuvo que acortar las funciones en el teatro Apolo, en las que ya no era capaz de interpretar ninguna canción compuesta por «su Pepe» porque le partía el alma. Las letras, en su boca, le sabían ahora a desilusión y derrota.

No conseguía hallar el equilibrio en ningún lugar más que en su nueva casa. Apenas salía. Su mejor compañía era la de Petra. De vez en cuando aceptaba visitas de su amigo el periodista El Duende y de Adrián Kaussman.

Una mañana, saliendo del Banco de España, adonde había acudido para hacer unas gestiones rápidas, tuvo una inquietante visión. Se encontró de frente con una mujer de pálida tez, enlutada de pies a cabeza y cubierta de velos negros. Destilaba una oculta belleza de edad indefinida. Era elegante, y oscura y luminosa a la vez. Miró fijamente a Consuelo; su mirada resultó penetrante y enigmática. Atrapaba como la tela de una araña. Y Consuelo se dejó atrapar.

Cuando, fascinada, se dispuso a seguirla, la desconocida se esfumó ante sus ojos, evaporada como el humo o la niebla.

Sufrió una crisis de nervios y corrió apresuradamente hacia su casa. Fue directamente a la cama para echarse boca abajo gritando: «¡He visto a la muerte! ¡He visto a la muerte! ¡Era ella, no hay duda!».

Su hermana Petra, alarmada al verla llegar en semejante estado, no conseguía calmarla y llamó a los médicos y a Nati. Creyó conveniente que su mejor amiga estuviera en aquellos complicadísimos momentos para Consuelo y no le falló. Lo hizo temiendo que su hermana se enfadara. Pero nada más lejos…

Cuando Consuelo y Nati se reencontraron sintieron, fundidas en un esperado abrazo, el tiempo de ausencias entre ellas. Con Nati llegó la ternura de la amiga de la que jamás deseó haberse distanciado; y el buen humor. Con su presencia, la senda de los días volvía a enderezarse.

Mucho más que una recuperación, lo que estaba sucediendo parecía un milagro. Consuelo mejoró tan considerablemente que, junto a Nati y Petra, llegó incluso a bromear con la supuesta visión que había tenido de la muerte, ella que era tan supersticiosa… En cualquier otra circunstancia no lo habría tomado a risa.

Un día, asombrando a ambas, Consuelo telefoneó al Teatro Apolo para transmitirle a su empresario que estaba preparada y que ya podía ir anunciando su reaparición, «supongo que le parecerá buena idea, ¿no?...», le dijo con mucha guasa ya que sabía que nada podía haber que quisiera más el Apolo que volver a tener en cartel a La Fornarina, «nuestra gran estrella internacional».

Llenaron las calles de la capital con el reclamo de su regreso. Su reaparición generó un entusiasmo colectivo que se reflejó en la taquilla: se vendió el aforo al completo y la empresa, antes de que se produjera el estreno, amplió el número de funciones. El fenómeno de la reventa estalló como una burbuja, alcanzando algunas entradas precios increíblemente astronómicos. Pero la gente estaba dispuesta a pagar lo que fuera por ver a una estrella como ella, guiados por el morbo de sus últimas y polémicas actuaciones.

Avisado por Nati y la hermana, Adrián se presentó aquella misma tarde con un gigantesco ramo de rosas blancas y una botella del mejor *champagne* francés que encontró en Madrid para celebrar el restablecimiento de Consuelo y su decisión de volver al teatro.

Nati y Petra prepararon una suculenta cena, tras la cual la amiga se marchó a su casa y la hermana se retiró a su habitación, para dejarlos a solas.

Consuelo y Adrián salieron al jardín a sentarse en unos cómodos sillones bajo el porche del que colgaban las lilas.

—Tuviste una buena idea plantándolas aquí —comentó Kaussman.

—Cuando llegamos a la casa las había solo en aquel muro del fondo, pero me gustaron tanto que quise plantar otras más cerca. Aquí, en el porche, quedan perfectas aunque con los calores del verano se resentirán.

—No importa, esperaremos la próxima primavera —se cogieron de la mano.

—Adrián, has sido muy amable viniendo esta noche. —Él le apretó ligeramente la mano sostenida en la suya.

—Consuelo… si tú quisieras…

No le dejó seguir:

—Sabes que no es posible.

—¿Cadenas…? ¿Es por él? Tu interpretación de «El último cuplé» en el Apolo fue tan… elocuente.

—Qué más da cuál sea la razón. Hay que aceptar la vida como se

presenta.

Adrián le besó la mano que ahora guardaba entre las suyas como un tesoro y suspiró.

El aroma de las lilas se quedó en ellos durante largas horas.

El día del nuevo estreno, Consuelo, que se levantó aquella mañana con extraordinaria disposición de ánimo, quiso dedicarse a prepararse con mimo para hacer acopio tanto de fuerzas como de la paz necesarias para un evento que sabía que, por los comentarios que circulaban por la capital acerca de la gravedad de su enfermedad, había generado una expectación inusitada, más que ningún otro de sus muchos estrenos de los que fue protagonista en Madrid. Era consciente de la curiosidad que suscitaba.

En el salón, junto al ventanal que daba al jardín, desde el que se veían las lilas que le recordaron a Kaussman, dos estantes repletos de sus libros, muchos de ellos escritos en francés, daban cuenta de su progresivo interés por la lectura. Cogió el que le regaló Alejandro Saint-Aubin, cuando apenas era una niña, sobre el pintor Rafael. Buscó la foto del cuadro titulado *La Fornarina* y la acarició suavemente, siguiendo con la yema de los dedos el contorno de la figura de la amante del pintor retratada en aquel maravilloso lienzo.

Después les pidió a Petra y a Nati que le ayudaran a preparar un baño tonificante. Entre las dos le aplicaron sus productos de belleza favoritos «para que esta noche luzcas esplendorosa, impresionarás a todos, ya verás».

Sin embargo, al salir del baño algo empezó a no ir bien. Súbitamente se sintió agotada. El cansancio extremo y un ligero mareo que amenazaba con ir en aumento hicieron que tuviera que acostarse. No entendían qué le podía estar pasando, si la mañana empezó bien.

—Se habrá mareado por el agua caliente —dijo Petra, por decir algo.

—No te preocupes, Consuelito —animaba Nati—, que esto se te pasará pronto.

Llamaron rápidamente al médico. El doctor Cospedal llegó con su equipo, pero había avisado, a su vez, a su colega el doctor Recasens.

Antonio María Cospedal y Tomé era el brillante médico, fundador del servicio de ginecología del madrileño Hospital de la Princesa, al que Consuelo había pedido una segunda opinión sobre su enfermedad. Al igual que Recasens, estaba considerado un prominente

doctor y sabio, miembro también de la Real Academia Nacional de Medicina y presidente de la Sociedad Española de Ginecología y Obstetricia. No cabía duda de que había elegido a los mejores. Pero ni los mejores eran capaces de luchar contra un enemigo cruel e irreversible: el tiempo. Consuelo llevaba años negándose a la evidencia de que tenía que someterse a una intervención quirúrgica y ahora resultaba difícil prever los estragos que esa indeseable espera podía haber causado en su organismo.

La exploraron a fondo y dieron cuenta a Nati y a Petra de la extrema gravedad de la situación antes de ordenar su necesario e inmediato ingreso en el Sanatorio del Rosario.

—Solo existe una posibilidad de que se salve y es la de una inminente operación. Es urgente hacerlo. Además de los quistes mucho me temo que se le haya podido complicar con una salpingitis, una inflamación de las trompas —les dijo el doctor Cospedal—. ¡Hay que llevarla a un hospital ya!

Al comunicárselo a la enferma tuvo un amago de negarse:

—No puedo suspender en el Apolo así como así.

—Le aseguro que no es así como así, sino a vida o muerte —Cospedal fue tajante—. Es distinto, ¿no le parece? En marcha, dispónganlo todo a la mayor brevedad.

Antes de salir hacia el hospital, Consuelo no olvidó coger el broche de libélula y su muñeco Tobías, quería llevarlos consigo.

—No me miren así… Me dan suerte —les dijo a los médicos.

El doctor Recasens cogió la mano de la enferma antes de salir:

—Ahora vamos a por Consuelo, tranquila. Pronto te reencontrarás con La Fornarina.

Esa misma tarde comenzaron los preparativos en el Sanatorio del Rosario, un centro hospitalario grande, moderno y bien equipado, inaugurado en 1889 como Casa de Salud y Convalecientes, que luego pasó a ser sanatorio, un lugar de reposo para personas acomodadas. Contaba con unos impresionantes jardines al haberse edificado en lo que entonces eran las afueras de Madrid.

Le adjudicaron una habitación luminosa, con una amplia ventana junto a la cama. Nada más ocuparla besó su estampita de la Virgen de la Soledad y la medalla que llevaba al cuello.

El Rosario lo regentaban las Hermanas de la Caridad de Santa Ana, congregación fundada a principios del siglo XIX.

Ya instalada, una monja entró para darle la bienvenida y entregarle un camisón y un gorro de plástico para la cabeza.

—No saldría a un escenario con esto, pero podría ser peor —bromeó Consuelo arrancándole una sonrisa a la hermana.

—Pues a mí el gorro me gusta —dijo Petra.

Fue lo primero que se colocó Consuelo. Tenía una goma fruncida para sujetarse a la cabeza y lo remataban unos pequeños volantes con los que jugueteó la enferma antes de enfundarse el camisón.

Se esforzó por mostrarse animada a pesar de lo mal que se encontraba, no solo físicamente. Los dolores la azotaban con saña, le costaba soportarlos.

A la caída de la tarde no pudo evitar pensar en lo que estaría pasando a las puertas del Apolo donde en breve debería iniciarse un estreno que no iba a producirse.

Una hora antes del suspendido debut, el desconcierto se extendió entre los asistentes que se agolpaban a la entrada del teatro, unos queriendo acceder al recinto con su entrada en la mano y otros muchos que pretendían saciar la curiosidad por lo que estaba ocurriendo.

Un representante de la empresa salió para intentar poner orden y calmar a la masa de gente con el ofrecimiento de que quienes quisieran podían devolver las entradas sin ningún cargo o bien cambiarlas para otro día.

Dos horas después, todos seguían allí, pero el paisaje era distinto. El barullo anterior se transformó en silencio y quietud. La noticia sobre la gravedad del estado de salud de La Fornarina había corrido por todo Madrid, llegando a la puerta del Apolo, donde la preocupación por su vida desplazó las ganas de ver a la artista. Nadie imaginaba la severidad de la situación.

Nadie imaginaba que el mundo pudiera cambiar de color si no estaba en él la sonrisa de La Fornarina.

13 de julio de 1915

A la mañana siguiente, Cadenas se enteró de la suspensión del estreno en el Apolo por motivos de enfermedad y acudió a su casa para verla y saber qué le había pasado, pero no halló a nadie. Hacía mucho que no sabían nada el uno del otro.

Le invadió la angustia propia del desconocimiento. De la incertidumbre y la lejanía.

En el hospital, conocedora de su gravedad, Consuelo dedicó el día antes de la operación a dejar dispuestos y cerrados algunos temas importantes por si no superaba aquel trance.

—¡Ni se te ocurra pensarlo! —le reprendió Petra.

—Lo sé, cariño, todo saldrá bien. Como decía nuestra madre, todo acaba pasando. Esto también pasará. Aun así, es mi deseo dejar

dispuestos algunos asuntos.

Al escucharla, a Nati se le humedecieron los ojos y fue a asomarse a la ventana para que su amiga no lo notara. Cuál sería su sorpresa al ver abajo, en la calle, a Pepe. Estaba apostado en la esquina justo enfrente de la entrada del hospital. Había conseguido enterarse de que estaba ingresada en el Sanatorio del Rosario.

Nati no le quitaba ojo. Lo vio moverse nervioso sin decidirse a nada. Hasta que adelantó un paso como si fuera a dirigirse hacia el sanatorio. Sin embargo se detuvo y volvió atrás. Miró hacia la fachada, dio media vuelta y se alejó del lugar cabizbajo.

La enferma acabó el día extenuada. Había hecho testamento ante un notario que acudió a la habitación. Nati y su hermana Petra ejercieron de testigos de todo. En el reparto de sus bienes, legó a José Juan Cadenas su joya más preciada de entre las muchas que tenía: el broche de Lalique. Quiso que la libélula se quedara con su gran amor, a pesar de todos los avatares por los que pasaron.

Al escuchar el nombre de Pepe, a Nati le dio un vuelco el corazón. Se sintió culpable sin que existiera razón alguna para ello.

Dictó sus últimas voluntades. Dejó por escrito que cuando muriera la amortajaran con el austero hábito de su Virgen de la Soledad, le pusieran medias de buena calidad, la dejaran descalza y la maquillaran como si fuese a salir a escena en lugar de permanecer en un ataúd.

—No querría que los amigos y aquellos que me quieren de verdad me vean, en la despedida, con la lividez cetrina de la muerte estampada en mi rostro.

—¡Por Dios, hermana, basta ya! —Petra no pudo más—. ¿Es que no podemos pensar en que todo va a ir bien?

—Pues claro… eso es lo que pensamos todos, yo, la primera —le respondió su hermana con la voz templada y en calma—. Lo que pretendo es hacer lo que cualquiera debería hacer y siempre se va dejando por falta de tiempo. Hoy, que tengo todo el tiempo del mundo, quiero aprovechar y poner mis cosas en orden.

—¿Podemos continuar, por favor? —preguntó el notario.

—¿Alguna de vosotras tiene idea de cuál es el cementerio más alegre de Madrid? —preguntó Consuelo de repente.

—Pero, ¡qué tozuda! —estaba exasperando a su hermana pequeña.

—Dicen que el de San Isidro —intervino muy seria Nati, condescendiendo.

—Pues entonces haga figurar que es mi deseo ser enterrada allí, en el cementerio sacramental de San Isidro. Me gusta.

Terminado el testamento, llegó el sacerdote llamado por las monjas atendiendo la petición de la paciente. Para evitar que a Petra

le impresionara, la mandó salir de la habitación antes de recibir el sacramento de la extremaunción.

Un hombre aguardaba en el pasillo a que el cura saliera para entrar él. Era Laureano, el padre de Petra y Consuelo. Entró en silencio y se sentó en una silla a los pies de la cama dispuesto a velar el sueño de su hija aquella noche. Sin decir nada para no herirla.

Demasiadas emociones en una sola jornada. La enferma estaba desmadejada, como una muñeca rota sobre la cama.

«Mañana será otro día…», dijo cogiendo de la mano a su padre. En silencio.

Sin decir nada…

14 de julio de 1915

En el quirófano, aunque la intervención se realizaba a vida o muerte, Consuelo estaba tranquila.

Cadenas se decidió a ir a verla, pero se encontró con una desagradable circunstancia. La familia se lo impidió, en parte para evitarle una fuerte emoción que podría perjudicarla, en parte también porque el padre no le perdonaba que no se hubiera casado con ella.

Consuelo no se enteró de que había ido.

Pero… ¿quién es nadie para decidir por ella?

Aparentemente, la operación salió bien. Cuando volvió en sí se mostró esperanzada.

15 de julio de 1915

—¡Estoy mejor! Y ya no tengo ningún dolor. ¡Es una realidad!

Lo decía por animarse, no tanto porque fuera exactamente así. Sin embargo, por la tarde su estado sí experimentó una ligera mejoría; o al menos ella se sentía mejor, que era lo que finalmente importaba. Llegó a pensar que podría reaparecer en el teatro, «el Apolo sigue esperándome, nada me haría más ilusión. Nati, encárgate tú, en cuanto me recupere, regresaré».

El doctor Cospedal fue hablar con Nati y con el padre de la enferma:

—Lo siento, pero el pronóstico no es bueno. Me gustaría decirles que se recuperará, pero hay que ver cómo evoluciona en las próximas horas.

—¿Eso significa que puede morir? —preguntó el padre.

—Pero si por fin se ha operado, doctor —le dijo Nati sin comprender.

—El problema es que se ha operado demasiado tarde —afirmó el médico—. Esa es mi opinión. Ojalá me equivoque.

Nati se acercó a la ventana para mirar la calle, asfixiada por la angustia y la incertidumbre, y vio abajo, en la misma esquina, a Pepe Cadenas.

—Salgo un momento a tomar el aire. ¿No os importa…? —les puso como excusa para ausentarse.

Bajó a reunirse con él para transmitirle las malas noticias que daban los médicos.

—Tiene que haber alguna manera de salvarla. Es fuerte, lo superará.

—Lamento ser pesimista, ya me gustaría poder contarte que hay esperanza, pero es que no la hay, Pepe, no la hay.

La congoja se apoderó de Nati y lloró, a pesar de no querer hacerlo delante de Cadenas. La situación, en las últimas horas, los metía de lleno en la tragedia de que tal vez ambos perdieran a su «Consuelito».

—De veras que siento no traer mejores noticias.

—Te lo agradezco, pero me resisto a aceptarlo. No puede morir, no, no… No puede morir.

Miró a Nati a los ojos, desorientado, derrumbado y deshecho por dentro. Tomó aire para decirle:

—¿Qué voy a hacer sin ella?

—Qué vamos a hacer todos… sin ella.

Nati regresó al sanatorio y en la entrada le entregaron un impresionante ramo de flores que alguien había llevado «para la señorita Consuelo Vello». En la escalera de subida a la habitación fue soltando las lágrimas a cada peldaño y sustituyéndolas por la alegría que infundían aquellas flores de intensos colores.

Por su parte, Pepe, hundido, incapaz de permanecer apostado en la calle tras conocer la verdad, se marchó a caminar, a recorrer las calles del centro sin un rumbo fijo.

Consuelo se alegró al ver llegar a su amiga cargada con el pesado ramo y le pidió que le leyera la nota que lo acompañaba.

Mi muy querida Consuelo:

He sabido con consternación de tu ingreso hospitalario y la obligada suspensión de tus actuaciones en el Teatro Apolo. Imagino lo que esto último puede suponer para ti, pero no te preocupes porque ahora lo importante es que tras la intervención quirúrgica te recuperes, lo cual no dudo que harás pronto. Tienes energía suficiente para ello, no en vano eres la mujer con más fortaleza que conozco; ninguna te iguala en empuje, como tampoco en belleza y corazón…

¿Te gusta tu nueva casa? Nada más verla te imaginé en ella. Solo faltan libélulas en el jardín de las lilas, pero seguro que, con el tiempo, conseguirás atraer a alguna.

Espero ansioso tu salida del hospital. Con todos mis respetos y mi eterna admiración.

Tuyo, Adrián Kaussman, «Tu caballero»…

—¡Tu caballero era Kaussman! —exclamó Nati verdaderamente sorprendida y, al mismo tiempo, conmovida por el descubrimiento—. Él ha sido durante todo este tiempo tu admirador anónimo y tu benefactor en la sombra. ¿Por qué no quiso que lo supiéramos?

—¿Cómo hemos podido estar tan ciegas las tres? —se preguntaba Petra, sin acabar de creérselo—. Él es quien nos ha regalado la casa.

Consuelo, con la tranquilidad que confiere llevar en el corazón un secreto de otra persona, que nadie más conoce, sonrió.

—Yo lo sabía —confesó.

—¿Te lo dijo?

—No hizo falta. Lo supe la noche de la fiesta que organizó para mí en el Parisiana, cuando todavía no nos conocíamos.

Hablaba despacio, como quien toma una taza de té caliente a sorbos para no quemarse.

Rememoró la conversación mantenida aquella noche no tan lejana, durante la cena homenaje que le brindó en el Parisiana, con el entonces desconocido Adrián Kaussman…

—Como artista roza usted la divinidad, adorada Fornarina.

—Siempre es agradable que alguien piense eso pero me temo, señor Kaussman, que soy más terrenal de lo que cree.

—¿No hemos quedado en que nada de señor Kaussman?

—¡Cierto!, Adrián…

—Siempre he deseado conocerla.

—Pues para desearlo, mucho has tardado en dar el paso.

—Es que soy un caballero. Para usted… perdona, para ti —insistió— quiero ser un auténtico caballero.

—Supe en ese momento —siguió contándoles a Nati y a Petra— que Adrián era quien firmaba aquellos artículos tan favorables a mi persona. Nunca, hasta ahora, había sido tan consciente de lo mucho que le debo.

—Es un hombre extraordinariamente generoso —alabó la amiga.

—Lo es. Ya no me cabe la menor duda.

Las horas que siguieron estuvieron persiguiendo a Pepe, acechantes. Entró en tabernas, cafés de tertulias nocturnas, *colmaos*, y en ningún sitio conseguía encontrarse bien o conceder, al menos, una efímera tregua al desasosiego. Hasta que se dio cuenta de que era porque en ninguno de esos lugares estaba ella, su verdadero amor. Consuelo. Se lamentó de lo absurdo que había sido no hacer todo lo posible por retenerla a su lado. No soportó la sensación que le causaba pensar en su posible ausencia definitiva. No podía.

«He sido un idiota por no haberme dado cuenta antes —acabó hablando solo mientras tomaba una copa tras otra—. ¿Qué puedo hacer ahora?»…

Regresó a su casa de madrugada borracho, sin poder reconocerse.

Aquella noche, Consuelo tuvo ánimo para coger el libro de Alfred Musset que había dejado sobre la mesilla de noche el día de su ingreso.

—¿Queréis que os recite uno de mis poemas preferidos? Es de *Las noches*…

La primavera nace esta noche;
los vientos van a iluminarse.
Esta noche todo va florecer:
la inmortal naturaleza
se llena de perfumes, de murmullos
y de amor.

—Se llena de amor…

Cerró los ojos y cayó rendida en un profundo sueño en el que abrazaba a Pepe.

16 de julio de 1915

Al día siguiente, Cadenas volvió a apostarse en la calle mirando hacia la habitación en la que Consuelo se recuperaba de la operación.

Nati, su cómplice en aquel terrible trance, se asomaba de vez en cuando para indicarle, con un gesto de cabeza, que todo iba bien. Había vuelto a mejorar, era una gran noticia, pero solo a medias. Su pronóstico seguía siendo grave.

Y así durante varias veces al día. Pepe pasó la jornada yendo a cumplir con algunas de sus obligaciones y regresando rápidamente a su rincón callejero desde el que divisaba la ventana.

Parecía que todo iba bien, pero una infección, que invadió gran parte de su cuerpo, hizo que a la enferma le subiera considerablemente la fiebre. Las esperanzas de recuperación se desplomaron, fulminadas como cuando se lanza una bomba.

—Petrilla, ven. Por favor léeme otro poema de Musset. El que tengo señalado. Hoy no dispongo de fuerzas.

La joven, aguantando las lágrimas, leyó:

¡Ay!, demasiado joven aún,
tú te morías de amor.
Consuélame a mí esta noche:
yo me muero de esperanza;
tengo que rezar para vivir hasta mañana.

Aprovechando que las hermanas estaban enfrascadas en la lectura, Nati le hizo a Pepe un gesto de duda a través del cristal de la ventana, poniéndolo en alerta. El periodista decidió volver a intentar ver a Consuelo, con tan mala suerte que en ese momento llegaban al sanatorio el padre y el hermano. Le amenazaron con montar un escándalo si persistía en sus intenciones. Cansado, Pepe salió a la calle de nuevo para ocupar su esquina.

En la cama, Consuelo pidió a Nati que se aproximara. No le quedaban energías ni siquiera para hablar pero haciendo un gran

esfuerzo le preguntó, acercándose la amiga a su oído, por Pepe, «¿cómo es que no ha venido a verme?». Nati le desveló que llevaba en la calle, para estar cerca de ella, desde su ingreso. Y afirmó que seguía amándola.

—Me ha dicho que jamás dejará de hacerlo.

Entonces, por fin, podía morir en paz…

Acarició la libélula, como si estuviera acariciándolo a él, y le pidió a Nati que se la entregara personalmente.

Tiniebla repentina… Las palabras de Saint-Aubin, «energía, paciencia y perseverancia, Consuelito, esa es la clave para todo en la vida», se mezclaban con los abrazos de Benita, su madre, «todo pasará, mi niña», los besos de Pepe, su Pepe, «me moriré con un cuplé tuyo en mi boca», las risas de Nati y las lágrimas de Petrilla, y daban vueltas en su cabeza buscando cómo deslizarse por una oquedad oscura, «todo acabará pasando», «¡madre…!», como un aullido.

«Dime, mi niña…».

Al soltar el broche quedó sumida en un delirio inconsciente provocado por la fiebre. Lo más parecido a un estado de coma que la libraba de la realidad.

17 de julio de 1915

A las cuatro de la tarde de aquel caluroso y triste día de verano, La Fornarina, no habiendo podido superar la infección generalizada tras la operación, dejó de respirar para siempre. Sin enterarse, en la quietud batida por las olas del Mediterráneo con el que entrelazada a su recuerdo tantas veces se durmió.

Dijo el médico que había sido una septicemia lo que acabó con su vida. Treinta y un años de vida. Nada más. Demasiado poco.

El tiempo olvidado siempre vuelve si se deja huella.

Nati, con su llanto y desconsuelo, se aproximó lentamente a la ventana y, asegurándose de que Cadenas la miraba desde la calle,

movió negativamente la cabeza varias veces. Después corrió la cortina.

El mundo en aquella esquina se fundió a negro… Y entonces la libélula agitó las alas y voló hacia Pepe, quedándose en él para siempre.

Pepe…

Mi corazón se entrega a ti,
como un fantasma,
con esa misteriosa poesía
que encuentran las almas
en los lugares de soledad
donde reinan los muertos.

Fragmento de un poema escrito por La Fornarina,
originalmente en francés, hacia 1911.

Nota de la autora.
En la muerte de La Fornarina

El fallecimiento de Consuelo Vello Cano a los treinta y un años se convirtió rápidamente en un triste acontecimiento que sacudió los cimientos sentimentales de aquella España de principios de siglo que contemplaba con temor los efectos de la Gran Guerra desatada en Europa solo un año antes.

El escritor Álvaro Retana, gran amigo de la artista, la vio recién amortajada en el depósito del Sanatorio del Rosario. Así describió el momento que tanto lo sobrecogió:

> «(…) estaba más bella que nunca, con el hábito de la Soledad, según su deseo. Parecía dormir sonriendo dulcemente entre rosas y claveles, coloreada como para salir a escena, ofreciendo sobre su pecho con las manos cruzadas un crucifijo. Serían las siete de la tarde. Comprendí el valor efímero de la belleza, de la juventud y de la salud.
>
> Dentro de pocas horas la reina del cuplé, la enloquecedora de multitudes, causaría horror contemplada como lo causarían las beldades más esculturales del mundo tras exhalar el último suspiro».

En la biografía que Fernando Periquet publicó aquel mismo año, 1915, se dan detalles de las horas posteriores a su fallecimiento.

> «En la mañana del domingo, día 18, desfilaron ante el cadáver innumerables amigos y admiradores de la famosa cancionista. Ya iban velándose las seductoras facciones…
>
> A las tres de la tarde, las cercanías del Sanatorio

estaban ocupadas por numeroso público.

Políticos, literatos y artistas mezclábanse con la gente del pueblo, en extraordinaria proporción».

Un coche fúnebre tirado por «ocho caballos engualdrapados recibieron el féretro». La espectacularidad como artista en los escenarios se trasladó a las calles de Madrid rindiéndole homenaje en la hora de su muerte.

> Cuando la comitiva llegó al cementerio hallábase ya invadido por una multitud que casi impedía el acceso al patio de la Concepción, en cuya sepultura privilegiada número 14 debía enterrarse el cadáver.
>
> Ya las primeras sombras de la noche esfumaban las siluetas de cipreses y sepulcros, cuando la losa de blanca piedra ocultaba al mundo los restos de la que fue mujer tan linda como inteligente, tan frágil como caritativa, tan ensoñadora como peligrosa…
>
> Madrid, septiembre, 1915

En la prensa se produjo una profusión de artículos que evidenciaban el impacto que causó la muerte de La Fornarina:

> Ha muerto en plena juventud, en plena belleza, en pleno éxito.
>
> Desde el primer día, desde el primer acento de su primera canción, La Fornarina fue una cosa aparte entre las cupletistas; fue el oro sobre los falsos metales, lo aristocrático sobre lo plebeyo.
>
> Exquisita en la dicción, mimosa en las inflexiones, su voz acariciaba, su voz era siempre aterciopelada y dulce.
>
> ABC, 18 de julio de 1915

> Mujer hermosa y mujer inteligente, supo realizar el milagro de su transformación, asimilándose rápidamente en un medio social que nadie hubiera pensado que podía

corresponderle. Su arte fue exquisito, aristocrático, delicado, completamente reñido con la plebeyez y la grosería imperante en los tablados que pisaba.

Con La Fornarina muere la única cupletista española que comprendió su arte y halló el matiz sutil, ingrávido. Fue madrileña y pareció exótica. Paseó en triunfo Europa y no dejó de ser nunca española.

Su vida ha sido una bella paradoja, mantenida por dos fuerzas igualmente avasalladoras: el capricho y la belleza.

El Mundo, 18 de julio de 1915

No era solamente Consuelo Fornarina una artista de la canción bella, elegante y risueña; era una artista por temperamento, por finura espiritual, que hacía de ella una de las mujeres más inteligentes y más sutiles que hemos conocido.

La Tribuna, 19 de julio de 1915

No se podía creer. Hemos esperado ansiosamente a que la noticia cruel se desmintiera. Hemos esperado sin esperanza. Porque ha muerto, se ha ido definitivamente, de un modo arbitrario y trágico, cruento y pavoroso. Ella tan femenina, tan encantadora, la que era verso, risa y canción galante, pájaro de oro y luz, ha quedado lívida (…) entre las cuatro paredes blancas, frías, desoladas, del Sanatorio…

Se ha ido silenciosamente, como en una pantomima y la tierra negra y húmeda devorará su carne celeste y perfumada.

¡La más hermosa mujer de nuestros tiempos!

El Parlamentario, 18 de julio de 1915

Presta la muerte de una tonadillera genial y simpática…

Al saber la desgracia poblaciones enteras han experimentado sincero pesar, aun quien, como el que estas palabras escribe, no la vio nunca (como no vio a Guerrita,

ni a Machaquito, ni a los Gallos, ni a Belmonte, ni a Pepita Sevilla, ni a Raquel Meller, ni a La Goya, ni a las Argentinas, ni a la Chelito), siente un dejo de franca tristeza.

El contraste entre la apoteosis en plena juventud y la muerte es bastante enérgico y sombrío para no conmover a todo ser dotado de sensibilidad.

La Fornarina se hizo amar; su figura arrogante y su faz bellísima, que todos hemos admirado en fotografía, su elegancia suprema, su decir correcto, insinuante y en extremo hábil para sortear las más ocultas sirtes, su juventud, su inteligencia extraordinaria, su nombre y aun su mote mismo, evocador de un Renacimiento de amor y gloria, todo en ella fue atracción y belleza. Pero, además, prodigó a los públicos su sonrisa, no enigmática, sino franca y benevolente; no grosera, sino plena de armonía y de distinción; no agresiva y mortificante, sino piadosa y resignada. ¡Adiós, mujer sublime y misteriosa, llena de inspiración y de gracia, a quien jamás he visto y ya nunca veré!

Antonio Zozaya,
Mundo Gráfico, 28 de julio de 1915

Sobre la blanca tumba de La Fornarina, en el madrileño Cementerio Sacramental de San Isidro, emerge un ángel alado esculpido en mármol. Es una escultura de Mariano Benlliure, de delicada belleza, que sufrió los estragos de los bombardeos durante la guerra civil española y posteriormente fue restaurada.

Benlliure era uno de los personajes que frecuentaban el restaurante Lhardy en la misma época en la que Consuelo recalaba allí al terminar sus actuaciones teatrales. Hay quien dice que, cuando el maestro llegó de su Valencia natal, no salía del Lhardy, en el que pasaba las horas y los días disfrutando de interminables conversaciones con otros artistas y con intelectuales, imagino que por aquello de que no solo de pan vive el hombre.

Existe, no obstante, otra versión sobre el ángel de la tumba, que afirma que es obra de la familia Nicoli, de Carrara, mármol con el que estaría construida.

José Juan Cadenas acabó viviendo con sus dos hermanas, Elisa y Paz. Tenía una de las mejores bibliotecas privadas de Madrid, especializada en teatro. Centenares de obras de Balzac, Dickens, Calderón de la Barca, Quevedo, Cervantes, Benavente, Juan Valera, Anatole France… y en varios idiomas, francés, inglés, alemán, italiano, portugués… Sería interminable enumerar todo. Hasta su cama estaba siempre llena de libros.

Considerado como un renovador del teatro musical, al que le dio un aire europeo inimaginable en España en aquellos tiempos, a él se debe la creación de dos importantes teatros de Madrid: el Reina Victoria, en la mitad de la carrera de San Jerónimo, y el Alcázar, en la calle de Alcalá.

Así lo definía un cronista en un artículo de *ABC*, de fecha viernes 15 de agosto de 1947, con motivo de su muerte:

> Hombre culto, trabajador, fino y sensible, infatigable viajero y conocedor de los mejores modelos literarios de nuestro país y del mundo. Con José Juan Cadenas se va medio siglo de vida periodística, literaria y teatral de la capital de España en uno de sus más genuinos y humanísimos representantes.

Y otro recuerda que en el despacho de Cadenas se reunían dramaturgos, compositores y periodistas jóvenes, que sentíamos la inquietud de aprender las lecciones de tan prestigiosos maestros.

Cadenas falleció en su domicilio madrileño a las siete y media de la mañana del jueves 14 de agosto de 1947 mientras leía el diario *ABC* en su sillón orejero. Tenía setenta y cuatro años. La causa de la muerte fue una miocarditis. En aquel mismo año había sido presidente de la Sociedad General de Autores, como también anteriormente del Montepío de Autores Españoles.

La Fornarina fue el gran amor de su vida, de cuya prematura muerte jamás de recuperó. Todo lo que de su relación se cuenta en esta novela, tanto en lo personal como en lo concerniente al ámbito artístico, es verídico.

Alejandro Saint-Aubin y Bonnefon, escritor, pintor, periodista, crítico

de arte y político, falleció en Madrid un año después que La Fornarina, en 1916, a la edad de cincuenta y nueve años.

El maestro Joaquín Valverde Sanjuán, conocido como Quinito Valverde, murió en Ciudad de México en 1918, con cuarenta y tres años.

El papel que tienen en esta novela coincide con el que ambos tuvieron en la vida real de Consuelo Vello. Únicamente se ha alterado, en parte, la autoría de la idea de que «La Fornarina» acabara siendo su nombre artístico. Fue iniciativa no solo de Saint-Aubin, sino más aún de su amigo el también periodista Francisco Javier Betegón y Aparici, director de importantes periódicos como *La Monarquía*, *La Unión* o *La Libertad*.

El pintor italiano Rafael Sanzio, uno de los más grandes artistas del Alto Renacimiento, llamado también Rafael de Urbino o simplemente Rafael (Raffaello), pintó la obra *La Fornarina* entre los años 1518 y 1519 en su taller de Roma. Posteriormente se hallaron varias copias atribuidas a alumnos suyos. Es un óleo sobre tabla, de 87 x 63 cm. El cuadro original de *La Fornarina* permanece expuesto en la Galería Nacional de Arte Antiguo (Gallerie Nazionali di Arte Antica), en el Palazzo Barberini de Roma.

El personaje de Pepín, muchacho con el que una jovencísima Consuelo entabla amistad en la plaza desde la que, sentados en un banco de piedra, veían el Circo y Teatro de Price, está basado en el acróbata Ramón Álvarez Escudero. En su biografía sobre La Fornarina, Emilio García Carretero cuenta que, «junto a su hermano Pedro, más joven que él, hizo popular el dúo “Los Rampers”, que alternaba el equilibrismo con el humor. Tras fallecer Pedro en 1920 en la playa de la Concha, de San Sebastián, al desnucarse como consecuencia de los ejercicios que hacía para su trabajo, Ramón siguió su carrera en solitario, llegando a ser uno de los mejores payasos de toda la historia del circo».

Por exigencias de la trama literaria he alterado algunas fechas reales. Aunque son pocos los datos que se tienen sobre Benito Calzado Aguirre, extremeño afincado en Madrid, donde controlaba la claque de la mayoría de los teatros de la época, según algunas fuentes el incidente en el que propinó un garrotazo a un espectador en Eldorado por el que acabó en el Juzgado de Guardia ocurrió en junio de 1901, y no en 1904. Igualmente, la estafa de un millón de pesetas, en la que se vio implicado, ocurrió en 1903 y no cuando aparece en la presente novela.

Algunas fuentes biográficas apuntan a que La Fornarina pudo ser consumidora de opio durante una época en la que le costaba soportar los fuertes dolores que le causaba su dolencia ginecológica. Hay que tener en cuenta que le tocó vivir en un tiempo en el que no existían muchas alternativas farmacéuticas, así que no es descabellado pensar que pudo ser cierto. Un tiempo en el que el opio era un asunto tan clandestino como muchos otros, en una sociedad que intentaba buscar aliento en la libertad que se resistía a despuntar.

Cada una de las tres partes de esta novela está precedida por un poema de uno de los tres componentes de un grupo singular; tres almas atormentadas, intelectualmente brillantes y de desatada creatividad. Eran los escritores Lord Byron, Percy Bysshe Shelley y Mary Shelley, entonces todavía Mary Wollstonecraft Godwin, una joven de dieciocho años que llevaba dos siendo amante del casado Percy —su esposa sería hallada muerta en el lago Serpentine, en Hyde Park, medio año más tarde—. Otras dos personas —Claire Clairemont, hermanastra de Mary y embarazada de Lord Byron, y el jovencísimo y precoz médico John Polidori— completaban aquel grupo que pasó unos días aislado en una casa frente al lago de Ginebra en junio de 1816.

Un año antes, la erupción del volcán Monte Tambora, en Indonesia, cubrió con una nube gigante de ceniza toda Europa, robando la luz del sol y las hojas de los árboles. Acabó siendo uno de los peores sucesos climatológicos que se habían vivido hasta entonces. Terribles tormentas azotaron las que iban a ser unas vacaciones estivales, en el que precisamente se conoció como el año sin verano. Aquellos fueron los meses más sombríos de la humanidad.

Las tranquilas aguas del lago no apaciguaron los ánimos de Byron, Percy y Mary, quienes aceptaron la afrenta de Polidori de

aprovechar aquellos oscuros días para escribir cada uno una historia fantasmagórica que, al final, confrontarían. Había que matar el tiempo como fuera. Todos aceptaron. En la escritura y en la convivencia confluyeron altas dosis de vino, pero también de opio líquido, el mismo láudano que años más tarde necesitaría La Fornarina. En el delirio en el que se entrelazaron la oscuridad del exterior, cenizas, demonios, drogas y la claustrofobia que les provocaba el encierro, Mary creó a Frankenstein, y Polidori, a un vampiro que inspiraría después a Bram Stoker para la invención del gran personaje de Drácula.

París…

En los años veinte, la artista Mistinguett, amiga de La Fornarina, fue la primera artista en asegurar sus piernas. Lo hizo por la astronómica cifra de medio millón de francos.

Maurice Chevalier fue hecho prisionero en Alemania nada más estallar, en 1914, la Gran Guerra. Dos años más tarde fue liberado gracias a la intervención del monarca español Alfonso XIII y su Oficina Pro Cautivos.

René Lalique, revolucionario del diseño de joyería *art nouveau*, creó el broche con forma de libélula en su taller entre 1897 y 1898, después de haber diseñado joyas para Cartier, Boucheron y Jacta. Se halla expuesto en el Museo Calouste Gulbenkian, en Lisboa (Portugal). Gulbenkian, armenio nacionalizado británico, fue amigo personal de Lalique en París y adquirió hasta doscientas piezas del joyero francés, que forman parte de la colección permanente del museo lisboeta. El propio Lalique se lo prestó a la famosa actriz francesa Sarah Bernhardt.

Con respecto a la veracidad de la libélula de René Lalique en la vida de La Fornarina prefiero dejarlo al libre albedrío del lector; a lo que elija su imaginación después de haber conocido esta historia.

Nadie mejor que los lectores para decidir, y sobre todo sentir, si fue real o no.

Quizás en eso consista la magia…

Bibliografía

ÁLVAREZ-SIERRA, J., *Diccionario de cirujanos españoles, hispanoamericanos y filipinos*, Diana, Madrid, 1961.

ANGULO ÍÑIGUEZ, Diego, *Historia del Arte*, tomo II, Imp. Raycar, Madrid, 1980.

ARCO, Miguel Ángel del, *Periodismo y Bohemia (En Madrid alrededor de 1900. Los bohemios en la prensa del Madrid absurdo, brillante y hambriento de fin de siglo)*, tesis doctoral, Universidad Carlos III de Madrid, Departamento de Periodismo y Comunicación Audiovisual, mayo de 2013.

ARTLEX, «René Jules Lalique. Obras de arte, biografía y análisis del joyero francés», *Art Dictionary*.

«Ayer falleció en Madrid el ilustre escritor don José Juan Cadenas», *Actualidad Gráfica*, 15 de agosto de 1947.

BARREIRO, Javier, «La Fornarina y el origen de la canción española», *Asparkía*, *Investigació Feminista*, n.º 16, 2005, pp. 27-39.

—, «Los contextos del cuplé inicial. Canción, sicalipsis y modernidad», *javierbarreiro.wordpress.com*, 22 de julio de 2011.

—, «Álvaro Retana en la erotografía del primer tercio de siglo. Un acercamiento a los textos del cuplé sicalíptico», *javierbarreiro.wordpress.com*, 5 de marzo de 2014.

—, «El padre Benito, jefe de la clac en los teatros madrileños», *javierbarreiro.wordpress.com*, 7 de agosto de 2015.

—, «El Madrid nocturno de fines del siglo XIX (1890)», *javierbarreiro.wordpress.com*, 14 de septiembre de 2015.

BRASA, Juan, «La zarzuela y las “jiras” y el “ballet”», *ABC*, 19 de abril de 1963.

BURGOS, Carmen de, «La Fornarina», en *Confesiones de artistas*, tomo II, V. H. De Sanz Calleja, Madrid, 1916, pp. 205-212.

CRESPO, Irene, «Lhardy, más de un siglo de Historia(s)», *traveler.es*, 18 de marzo de 2021.

DÍAZ, Lorenzo, *Madrid, tabernas, botillerías y cafés (1476-1991)*, Espasa Calpe, Madrid, 1992.

DÍAZ DE QUIJANO, Máximo, *Tonadilleras y cupletistas. Historias del cuplé*, Cultura Clásica y Moderna, Madrid, 1960, pp. 25-37.

DUBY, Georges y PERROT, Michelle (dirs.), *Historia de las mujeres*, vols.

IV, *El siglo xix,* y V, *El siglo xx*, Taurus, Madrid, 1993.
«El cometa de Halley», *El Norte de Castilla*, 20 de mayo de 1910.
FORTUNY, Carlos, «"Fornarina". Nacimiento, esplendor y muerte de la reina del cuplé», *ABC*.
—, «Medio siglo de canción ligera en España», *ABC*, 10 de diciembre de 1966.
FRAIZ ORDÓÑEZ, Jesús, «La Barceloneta de los Baños de San Sebastián», *La Mirada del Lector*, *lavanguardia.com*, 21 de julio de 2022.
—, «Los teatros Nuevo Retiro de Barcelona», *La Mirada del Lector*, *lavanguardia.com*, 20 de julio de 2023.
GARCÍA ÁLVAREZ, Teresa, *La Fornarina y otras bellas del cuplé*, Caligrama Editorial, 2023.
GARCÍA CARRETERO, Emilio, *Vida trágica y breve de «Fornarina». Homenaje en el centenario de su fallecimiento*, Zafra (Badajoz), 2019.
GARRIDO, Elisa (ed.); FOLGUERA, Pilar; ORTEGA, Margarita y SEGURA, Cristina, *Historia de las mujeres en España*, Colección Letras Universitarias, Editorial Síntesis, Madrid, 1997.
GÍMENEZ, M. R., «Café de Fornos», *antiguoscafesdemadrid.com*, 10 de junio de 2012.
—, «Salón Teatro Japonés», *antiguoscafesdemadrid.com*, 21 de octubre de 2019.
—, «La casa del New Club y el café Maison Dorée», *antiguoscafesdemadrid.com*, 16 de diciembre de 2021.
GÓMEZ, Víctor, «Museo Lalique, de simple vidrio a alta joyería», *france.fr*, 28 de octubre de 2019.
GÜIMIL, Eva, «Colette, la escandalosa vida de la mujer más libre de Francia», *Vanity Fair*, 4 de agosto de 2018.
«Halley, 1910: el cometa del fin del mundo», *estrellasyborrascas.com*.
«Historia de la Policía Nacional de España», en *policia.es*.
«Historia de Lhardy», en *lhardy.com*.
JIMÉNEZ, Andrés, «Madrid y el teatro lírico español a partir de 1900: Modernismo y Regionalismo», *Ars Longa*, n.º 17, 2008.
JIMÉNEZ, Javier, «El día en que toda España pensó que iba a morir envenenada por la cola de un cometa», *xataka.com*, 5 de mayo de 2022.
JIMÉNEZ MANCHA, Juan, *El Veloz Club*, Hemeroteca Municipal de Madrid, 2004, pp. 555-568.
«La Fornarina», Gallerie Nazionali Barberini Corsini, en *barberinicorsini.org*.
«La Fornarina», La Cámara del Arte (LCDA), en *lacamaradelarte.com*, 4 de enero de 2022.
«La Fornarina (retrato de una joven) de Rafael», Galería Borguese,

Roma, en *es.borguese.gallery*.
«“La Fornarina”, 1518-1519, Rafael Sanzio (1483-1520)», en *ELSEVIER* Revista Médica Clínica Las Condes, vol. 24, n.º 4, julio de 2013, pp. 730-731.
«Lavanderas del manzanares, contra viento y marea», en *revivemadrid.com*.
LAVER, James, *Breve historia del traje y la moda*, Cátedra, Madrid, 1995.
LÓPEZ MOYA, Diego, *La novela de La Fornarina*, La Novela de Bolsillo, Sociedad Española de Librería, Madrid, 1916.
MARTÍNEZ, Josefina, *Un antecedente en Madrid del color y del sonido: el Salón de Actualidades*, Actas del IV Congreso de la Asociación Española de Historiadores del Cine (A.E.H.C.), Madrid, Editorial Complutense, 1993, pp. 185-191.
MATTOSIAN, Juan Claudio, «La nueva era de Lhardy, el restaurante con más lustre de Madrid», *Vanity Fair*, 11 de junio de 2022.
MIRANDA, Sebastián, «“El Zar” y el azar», *ABC*, 16 de mayo de 1967.
—, «La pensión de madame Petit», *ABC*, 17 de junio de 1973.
MONTAGUT CONTRERAS, Eduardo, «Alejandro Lerroux», *Andalán*, 2 de enero de 2015.
MORAL RUIZ, Carmen del, «Ocio y esparcimiento en Madrid hacia 1900», *Arbor Revistas* CSIC, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, n.º 666, junio de 2001, pp. 495-518.
MORENO, Ignacio y RUÍZ, Begoña, *Las lavanderas. Puente de Segovia*, vídeo de Proyecto Divercity «Madrid, ciudad de las mujeres», Divercity, Erasmus+ (de la Comisión Europea) y Universidad Complutense de Madrid.
«Muerte de La Fornarina», *Diario Palentino*, 19 de julio de 1915.
Peitoral «Libélula», Museu Calouste Gulbenkian, Lisboa (Portugal), 2 de junio de 2022.
PÉREZ FERRERO, Miguel, «José Juan Cadenas», *ABC*, 16 de agosto de 1947.
PERIQUET, Fernando, *La Fornarina*, Sociedad Española de Librería, Madrid, 1915.
PINTA LLORENTE, Miguel de la, «José Juan Cadenas», *ABC*, 17 de mayo de 1959.
RACINET, Albert, *Historia del vestido,* (obra clásica del s. XIX reeditada y diseñada nuevamente con ilustraciones), Editorial Libsa, Madrid, 1990.
Rafael Sanzio, Museo Nacional del Prado, *museodelprado.es*.
RÉPIDE, Pedro de, *Las calles de Madrid*, Ediciones La Librería, Madrid, 1995.
RIOYO, Javier, *Madrid, casas de lenocinio, holganza y malvivir*, Espasa Calpe, Madrid, 1991.

RODRÍGUEZ-CHECA, José Luis, *Historias de las calles de Madrid*, Ediciones La Librería, Madrid, 2021.

ROMANO, Julio, «En la biblioteca de José Juan Cadenas», *ABC*, 31 de agosto de 1947.

«Saint-Aubin y Bonnefou, Alejandro», Museo Nacional del Prado, *museodelprado.es*.

SALAÜN, Serge, *Les spectacles en Espagne (1875-1936)*, Presses Sorbonne Nouvelle, 2011.

SÁNCHEZ FERNÁNDEZ, David Miguel, «El Teatro de Romea», *cinesdemadrid.blogspot.com*, noviembre de 2013.

SÁNCHEZ GARCÍA, Alfonso, *Los lavaderos del Manzanares*, fotografía de 1910, Museo Reina Sofía, Madrid.

SARASÚA, Carmen, «El oficio más molesto, más duro: el trabajo de las lavanderas en la España de los siglos XVIII al XX», *Historia Social* (de la Fundación Instituto Historia Social), n.º 45, 2023, pp. 53-77.

SHELLEY, Mary, *Frankenstein o el moderno Prometeo*, Grandes Clásicos Random House, 2015.

—, *Poemas*, traducción de Victoria León, Colección Visor de Poesía, Madrid, 2021.

SILVA DE BAYA, Noelia, «La escena madrileña de 1900 a 1905», *Teatro: Revista de Estudios Culturales*, n.º 17, diciembre de 2002.

URIBARRI, Fátima, «Colette, la novelista que escandalizó a la sociedad parisina», *XL Semanal*, 23 de agosto de 2021.

VILLARÍN, Juan, *El Madrid del cuplé*, Comunidad de Madrid, 1990.

VINCENT, Alice, *Mary Shelley entre fantasmas, opio y aguaceros: la historia del nacimiento de Frankenstein*, *penguinlibros.com*.

ZAMORA, José de, «Así era la “Fornarina”», *ABC*, 20 de noviembre de 1955.